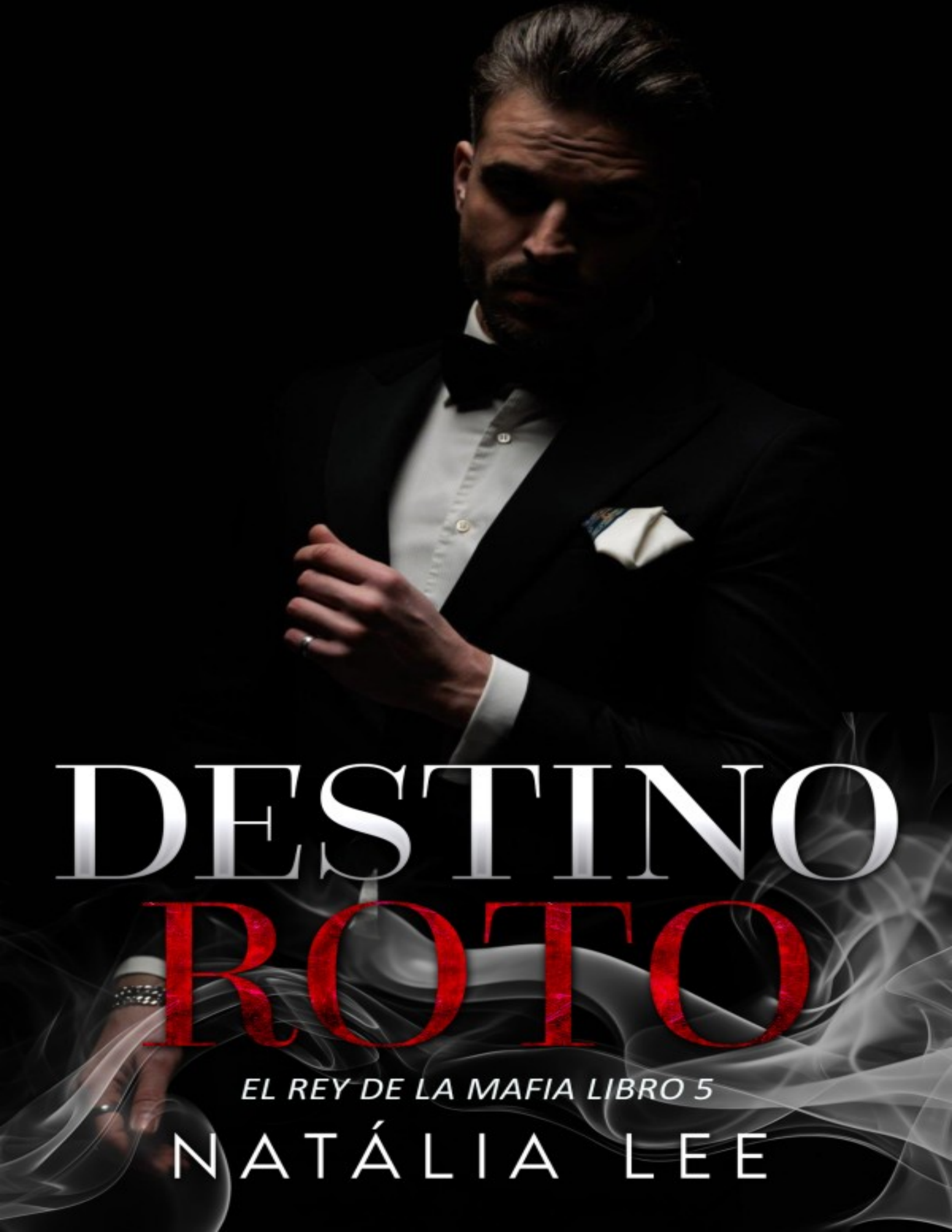


DESTINO ROTO

EL REY DE LA MAFIA LIBRO 5

NATÁLIA LEE

DESTINO ROTO

Natália Lee

Derechos de autor © 2025 Natália Lee

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Mailing List
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Mailing List

MAILING LIST

¡Suscríbete a mi lista de correo! ¡Recibirás noticias sobre mis próximos lanzamientos y promociones especiales!

subscribepage.io/nataliaes

CAPÍTULO 1

Liam

¿Qué es el amor?

Si te hubieras tomado la molestia de investigar la definición, la sociedad afirma que esos intensos sentimientos de profundo afecto provienen de la atracción gravitacional, la tensión sexual y el romanticismo inicial entre tú y otra persona, un alma gemela predestinada que, un día, se grabó en tu corazón y unió su alma a la tuya.

Con toda honestidad, nuestra relación, la de Alexa y la mía, se sintió más como un doloroso desastre, o quizá nuestra colisión fue una hermosa tragedia. Sea como fuere, caí con todo, y no puedo respirar ni funcionar sin ella.

¿Fue magnetismo instantáneo y encantamiento carnal con cierto grado de idealización?

Sí y no. Vi a una mujer hermosa y llegué a la conclusión de que era diferente. El sonido de su risa genuina me arrancó una de mis escasas sonrisas. Supe que la desconocida emoción que sentía, totalmente consumido por su proximidad, significaba algo. Su

felicidad y su sonrisa contagiosa hacían que mi corazón latiera más fuerte, pero, durante un tiempo inamovible, me negué a creer que pudiera ser algo más que sexo.

Antes de que cuestiones mi indecisión de antes, ten en cuenta que no soy un hombre normal. No me encontrarás trabajando diligentemente para llenarle el bolsillo a otro. No me verás deambulando por tiendas de barrio, vestido con ropa normal o informal, eligiendo la compra y contemplando qué vino sabroso debe presidir la cena de esa noche, ni desenvolviéndome en una esfera de normalidad con ciudadanos de bien que intentan llegar a fin de mes, ni tampoco me verás criando hijos con una esposa cariñosa del brazo.

No, soy un oportunista ególatra influenciado por los diseñadores de moda, los trajes a medida y los vehículos de alta gama. Me deleito en la opulencia y la riqueza, sin las complicaciones del matrimonio ni el estrés de unos retoños revoltosos. No espero a que el universo me ilumine el futuro ni dependo de otra persona para que motive mis aspiraciones. Eso es tedioso y aburrido. Toma nota: si deseas algo con la suficiente intensidad, dependerás únicamente de ti mismo y lo arrebatarás todo —incluso lo que no te pertenece— y lo reclamarás como tuyo. ¿De qué otra forma se consigue una gran cantidad de logros? ¿Crees que las oportunidades caen en tu regazo sin que hagas nada? ¿Debo ser una oveja y seguir las expectativas porque alguien una vez expresó la importancia de la educación, los trabajos de nueve a cinco, el matrimonio y los hijos?

¿Es mi visión de la vida pesimista?

Sí y no. Sé cuál es mi lugar y cuál es el de mis leales súbditos. Mi estilo de vida, aunque mal visto, es familiar, sencillo, pleno y

gratificante.

¿Es justa mi conducta inmoral?

No, pero ¿cuándo me han importado las opiniones de los demás?

La gente me juzga, y con razón. Soy un criminal y barón de la droga de renombre, un célebre cabecilla mafioso que espera a que te duermas por la noche para arrancarte de tus dulces sueños e infundirte pesadillas espantosas. Desafía mi honorabilidad. Soy un hombre de palabra, pero eso no significa que no vaya a mirarte a los ojos mientras te arranco el músculo palpitante de debajo de la caja torácica y se lo doy de comer a los lobos.

¿Nací malvado?

No, derramo las mismas lágrimas que los demás.

No debes olvidar que una vez fui un niño pequeño, alguien que observaba a las familias interactuar a través de las verjas de los parques, imaginando qué se sentiría al disfrutar de pícnics sobre una manta con hermanos. Me senté en muchos bancos, con la bicicleta a un lado, engullendo cacahuetes baratos, escuchando a las madres piropear a sus hermosas hijas, oyendo a los padres alabar a sus hijos, enseñándoles y guiándolos para convertirlos en hombrecitos como preparación para la civilización.

El abandono y el rechazo dolían más de lo que jamás quise admitir. A menudo me preguntaba por qué mi madre eligió las drogas en

lugar de mi bienestar y por qué mi padre despreciaba mi existencia.

Cuando era joven, ingenuo y optimista, me imaginaba varias situaciones en mi cabeza. Incluso cuando Bill —el excéntrico guitarrista jamaicano que me tomó bajo su protección y mostró una compasión y empatía puras por un niño cuya pequeña mano blanca encajaba perfectamente en su gran palma morena— se convirtió en un factor importante de mi existencia, soñaba con una vida diferente. Me aferraba a la esperanza de que mi padre se acordara algún día de mí, o de que mi madre no se hubiera inyectado heroína en las venas y me hubiera dejado solo en el mundo.

¿Culpo a mi infancia del hombre que soy hoy?

Para cualquier psicólogo, un —sí — sería una respuesta aceptable, pero culpar a las personas que me hicieron daño no me da ni una pizca de consuelo o entendimiento. Perjudicarme a mí mismo con un laborioso desprecio y resentimiento no repara nada; el dolor del ayer fortaleció y creó al hombre que soy hoy. Sin albergar amargura por las personas que me trajeron a este mundo, nunca habría reunido la fuerza necesaria para superarme y, en un estado de distracción, buscar a gente afín para estabilizar mi futuro.

¿Planeé reinar en lo más alto?

Sí, tuve una visión y apenas dormí hasta que una jaula dorada cubriera como una cúpula la ciudad que me gusta llamar mi imperio.

Volviendo al punto original: ¿qué es el amor?

Olvida las historias de amor cliché, los tópicos de —y vivieron felices para siempre —, las promesas eternas y las parejas idealizadas e irreales. Sí, el amor consume el alma, es una conexión apasionada entre tú y tu pareja, pero ¿es vuestra eterna afirmación de afecto suficiente para no desviarse nunca? ¿Te aburrirás en veinte años y empañarás tu relación invitando a una tercera persona a tu cama? ¿Te llevarán tus adulterios a una vida de soledad? Si no es la infidelidad, ¿la complacencia hará estragos en los cimientos que una vez fueron grabados en piedra? Cuando pase el período de luna de miel, ¿seguirás venerando, engrandeciendo y dedicándole serenatas a tu media naranja?

La gente susurra algunas falsedades difamatorias a mis espaldas. Las calles de Londres declaran que soy un hombre sin corazón que merece la desgracia y las dificultades por mis pecados, y sus falsas acusaciones narran una historia vívida. Y, hasta cierto punto, sus especulaciones no solicitadas no están lejos de la verdad; sin embargo, dejemos la corrupción al final de la pila para que pueda abordar los rumores de mujeriego, los viejos bulos que más me fastidian. Sí, aprecio a las mujeres. Es imposible enumerar mis pasadas aventuras, y quijotesco por mi parte jurar que no volveré a admirar una cara bonita entre la multitud, pero las opiniones sinceras no son un testimonio de infidelidades.

Cuando conocí a Alexa, compartí un momento de debilidad con Natalie. Por aquel entonces, era una de las bailarinas principales del Club 11. Fue una época en la que me negaba a mí mismo a la mujer que realmente deseaba, permitiendo que Natalie me diera placer.

Aparte de Natalie, no hubo otras hasta que un oficial me informó de la muerte de mi mujer, arrancándome el corazón en el proceso.

Si pudiera borrar esos recuerdos borrosos, lo haría en un abrir y cerrar de ojos, eliminaría a cada mujer que abracé en ausencia de Alexa. Si hubiera sabido —incluso si hubiera tenido la más mínima inclinación— que estaba viva, nunca habría empañado nuestra relación con mujeres sin nombre ni rostro.

La gente cambia, y yo cambié. Conocí a una belleza seráfica y la reclamé como mía. Si los don nadie sin importancia disfrutan de los chismes infundados, entonces debéis preguntaros por qué. El aburrimiento, concluí, imaginando sus monótonas vidas en las que calumniar a los demás es lo más destacado de su existencia anodina e improductiva. La diferencia entre este criminal infernal y vuestro amantísimo esposo —que se acuesta con su asistente personal mientras estáis en casa cuidando de sus hijos— es que yo me comprometí a amar a una sola mujer. No encontraréis a otra en mi cama; tomadme la palabra dentro de treinta años. Puede que no me veáis conviviendo con la gente común, como he mencionado antes, pero por Alexa Haines movería montañas, haría zozobrar la ciudad y le arrancaría el alma a cualquier necio que la agravie. Mañana mismo moriría en su honor si eso significara que ella pudiera volver a respirar.

—No vale la pena. —El superintendente jefe Reginald Burton se paseaba por el centro del callejón; la entresuela de sus zapatos de cuero marrón producía un chirrido discordante con cada pisada frustrada—. Ninguna mujer —escupió furioso, acercando su cara a la mía— vale esta mierda. ¿Estás puto ciego, Warren? Alexa Haines no vale esta puta mierda. Ni para ti. Ni para mí. —Puntuó cada sílaba—. Ni para la ciudad de Londres.

Llevaba una vida solitaria a la espera de mis hermanos y me conformaba con aventuras sin sentido para proteger los pedazos rotos de mi gélido corazón. Y entonces ella entró en mi vida y

enderezó mi futuro. —Antes de esta entretenida perorata, me hiciste una pregunta, Reginald. —Con el pie apoyado en la pared de ladrillo policromado que tenía detrás, encendí la punta de un cigarrillo y exhalé una nube de humo hacia el cielo nocturno—. Me preguntaste —¿qué es el amor? —, y siempre, cuando me evoca el sentimentalismo, considero lo lejos que he llegado y la gente que me ha ayudado en el camino.

Reginald se ajustó su sombrero fedora marrón y se abrochó los botones de la gabardina. Antes de su convenida llegada, se había disfrazado para ocultar su identidad.

Alguien se fue de la lengua, una rata informó anónimamente a la comisión independiente de quejas contra la policía de que el jefe estaba infringiendo las leyes contra la asociación con delincuentes, así que, mientras se toma un descanso de la metropolitana —más bien un permiso sabático forzoso—, está esperando una respuesta de la oficina parlamentaria para determinar la exactitud de las pruebas que se tienen contra él.

¿Ha recibido Reginald pagos ilegales del sindicato?

Sí, le pago a ese hombre una cantidad exorbitante de dinero por sus servicios. Sin la leal participación de Reginald, es imposible engañar a la ley y escapar del castigo por mis fechorías. Los polis corruptos como él, a cambio de un estilo de vida próspero, ocultan gustosamente pruebas para socavar posibles investigaciones en los tribunales y pasan soplos para evitar detenciones. Es una desventaja que esté fuera, mirando hacia dentro. Lo quiero dentro de esa sala de interrogatorios, imponiendo y sacando información, ayudando subrepticiamente a Alexa en su hora de necesidad.

—Preguntas tan seniles me recuerdan una vida que ya no me importa; una época en la que Alexa existía a apenas veinte minutos del lugar donde yo dormía por las noches, esperando a que la encontrara —admití, encogiéndome de hombros—. ¿Será el amor mi mayor fracaso? Probablemente. Sin embargo, eso no cambia lo que siento, Reginald. Para mí, el amor es más que un voto de promesas para toda la vida. Es una necesidad posesiva de ponerla a ella por delante de todo y de todos, incluyéndome a mí mismo.

Su mirada condenatoria se mantuvo firme. —No puedes amar a alguien que deja que te culpen por sus crímenes. Joder, si no tiene cuidado, ¡toda la puta organización se derrumbará sobre todo el mundo, incluyéndome a mí!

—Tu arrogancia me insulta —espeté, tirando el cigarrillo a medio fumar al suelo y plantándome delante de su cara—. Alexa no es una informante ni una puta chivata. Jamás de los jamases le contaría la verdad a la escoria de uniforme azul para salvarse. Conozco a esa mujer como la palma de mi mano, y se llevaría los secretos de todo el mundo al Hades si eso significara protegerme; no es que yo lo permitiera. Tú y yo lo sabemos de sobra. —La incertidumbre brilló en sus ojos entornados—. Necesito verla, Reginald. Encuentra una forma de meterme en una habitación con ella.

—Es imposible, Warren. Os detendrán a los dos incomunicados. —Suspiró, derrotado—. Mierda, ni siquiera puedo rozarle la mano. Es un caso blindado.

—¿Por qué la fijación? Si la policía ha obtenido hechos irrefutables y pruebas concretas, ¿por qué no la han acusado ya?

—Tienen un testigo presencial fiable y un soplo anónimo. —Su tono de voz bajó—. Es más gordo que el fraude y el asesinato, Warren. Usarán estas pruebas para engatusarla, la harán cantar como a un canario. ¿No lo ves? No es a Alexa a quien quieren sentada en ese estrado, enfrentándose a la justicia. —Su mirada asesina se clavó en mí—. Eres tú.

Lo que siento por Alexa supera el afecto conmovedor y el exceso de emotividad o la nostalgia. Roza una peligrosa obsesión. Él cree que ella no merece nuestra exposición, pero para mí, ella vale mi corazón. Me enfrentaré a la cadena perpetua para asegurar su libertad. Si la metropolitana le aplica todo el peso de la ley, entraré voluntariamente en la comisaría y asumiré la responsabilidad por sus crímenes. —Entonces no me dejas otra opción.

Antes de que pudiera pasar a su lado, me agarró del codo, provocando que la sangre me hirviera de rabia. —Tu estupidez nos costará caro a todos los que te han ayudado, Warren.

Mi ceño furioso pasó de su mano a su cara. —A menos que quieras una muñeca rota, Reginald, te sugiero que me sueltes. —Aclarando su garganta, aflojó su agarre. —No la dejaré pudrirse. Si es a mí a quien buscan, entonces estoy aquí para que me lleven. —Dominándolo con mi altura por encima de su cuerpo regordete, me eché hacia atrás sobre los talones de mis zapatos de cuero, con las manos hechas un puño dentro de los bolsillos del pantalón—. Me decepcionas, jefe. Quizá sea hora de invertir y cambiarte por un modelo superior.

—Eres ilógicamente tenaz —ladró, mirando de reojo hacia el Bentley aparcado, que esperaba mi regreso—. Aprecio tus limitados problemas de confianza y tu falta de fe en mí. Sin embargo, si no

puedo interceder, ¿por qué no aceptas la oferta de Stevens? No, no es un miembro activo del sindicato, pero es un detective de puta madre. Puede anular este sinsentido con un chasquido de dedos.

El detective Donny Stevens, continúa parloteando el jefe. No conozco al hombre en cuestión, pero al parecer, es uno de los aliados más cercanos de Vincent. También es un hombre fiable pero deshonesto que trabaja en estrecha colaboración con Reginald. —Le pertenece a Vincent. —Componiendo mis facciones, me froté la barba incipiente, contemplando la idea—. Ya conoces mi opinión sobre los de fuera. No estaré en deuda con nadie.

Desde la llamada de Vincent, repudio la consideración de nuestra línea de sangre. No voy a entrar en esa conversación sin sentido ni a aceptar la propuesta de mi supuesto hermano. Una vez que Alexa esté libre, me reuniré con mis hombres de confianza. En particular, con Brad; me sentaré con ellos con una botella de Macallan y discutiré esta molestia no deseada. Sinceramente, la declaración de Vincent es insondablemente irreal. Si se convierte en un estorbo recurrente, no tendré más remedio que eliminar el problema y seguir adelante. Ahora mismo, sin embargo, tengo problemas más importantes de los que ocuparme: mi mujer.

—Acepta la oferta de Vincent —insistió Reginald, mirándome con desesperación—. Si quieres que liberen a Alexa, él es tu única esperanza.

—¿Por qué tengo que pasar por Vincent? —pregunté, irritado por la idea de fusionarme con un foco de atención necesitado y acabado que anhela mi atención—. Donny es uno de los tuyos. Haz que lo arregle bajo tu firme supervisión.

Negando con la cabeza, se rascó la nuca. —Es un detective de homicidios de puta madre que ama su trabajo, pero la insubordinación es una de sus muchas tendencias agotadoras. Stevens está manipulado por Vincent. No desobedecerá las órdenes de ese hombre…

—Bien —espeté, listo para sacar mi teléfono—. No tengo tiempo para la insumisión de este capullo. Si se niega a ayudarme porque Vincent no le ha dado el visto bueno, le haré una visita y le sacaré el consentimiento a la fuerza.

—Por el amor de Dios. —Cansado y pálido, se paseó por el estrecho espacio, volviendo a comprobar su entorno—. ¿Qué, ahora vas a eliminar a uno de mis hombres más valiosos por esta zorra? ¿A esto hemos llegado?

Encendido por una rabia que se extendía, le agarré bruscamente del cuello y estrellé su cuerpo tembloroso contra la pared. —¿Has olvidado quién soy? —espeté, y sus ojos húmedos se abrieron como platos—. Primero, cuestionas mi racionalidad. Ahora estás insultando a mi puta mujer. —Hundiendo los nudillos bajo su barbilla, me aferré a él, ignorando su patético jadeo, detectando unos pasos que se acercaban—. ¿Quién es la zorra ahora, eh?

—Jefe. —La presencia ecuánime y la voz tranquila de Brad se filtraron entre nuestra hostil actuación—. El bueno de Burton está a segundos de vomitar. Quizá quieras aflojarle el nudo.

—Que le jodan a su nudo. —Amenazas prometedoras salieron disparadas de mi ceño fruncido. Le arranqué el fedora de la cabeza a

Reginald, alborotando su ralo pelo gris—. Se te están subiendo los humos, Reginald. Odiaría tener que dar un ejemplo contigo.

—Warren —suplica, sus uñas arañando desesperadamente mi muñeca, las mejillas hinchadas y sonrojadas—. Por favor, te lo ruego.

—Rogar es de débiles —gruñí, empujándolo a un lado con una fuerza innecesaria. Jadeando, se desplomó, el trasero chocando contra el suelo, salpicando el agua estancada de un bache—. Recita las reglas, jefe.

Poniéndose a cuatro patas, bajó la cabeza, nivelando su respiración frenética. —Nunca desafíes al jefe.

—Correcto. —Sacando la Desert Eagle de la cinturilla de mi pantalón, insertando un cargador para crear un efecto de pánico, le apunté con el cañón a la cabeza, oyendo a Brad mascullar una maldición a mi lado—. ¿Qué les pasa a los soldados insolentes?

Reginald se lamió los labios secos, mirando a Brad por debajo de sus cejas pobladas. —No dejes que me mate, Jones. Sabes que os cubro las espaldas. No está pensando con claridad… —Le di una patada limpia en la barbilla, mandando su cuerpo quejumbroso a un montón en el frío suelo—. Warren…

Agachándome, agarrando un puñado de su pelo, lo obligué a ponerse en pie sobre sus piernas tambaleantes, arrinconándolo contra la pared. —Nadie llama zorra a mi mujer —articulé con

dureza, metiéndole el cañón del arma en la boca jadeante— y vive para contarlo.

Reginald se agarró a mi camisa, con los ojos abiertos como los de un ciervo deslumbrado por los faros. Gimoteó una larga sarta de disculpas, una sola lágrima rodando por su mejilla.

Capté su promesa ahogada y retiré la mano, arrancándole el arma de la boca. En el segundo en que el oxígeno llenó sus pulmones, se dobló por la cintura, salpicando un chorro de vómito entre mis zapatos de cuero.

—Oh, qué puto asco. —Brad ahuyentó el hedor de demasiadas cervezas y comida rápida regurgitada de su nariz, fingiendo una arcada dramática—. Joder, Burton. Tienes que poner ese culo a dieta antes de que un paro cardíaco te meta en una caja antes de tiempo.

—Por si no te habías dado cuenta —responde Reginald, con un hilo de saliva goteando de su barbilla—, ya soy un muerto viviente.

—Gracias a esos kebabs grasientos. —Brad se estremeció, prestando gran atención al desastre que Reginald había dejado en el suelo—. ¿Eso es un puto champiñón entero? Jefe, es incorregible. Mátalo de una puta vez y acabemos con esto.

Enderezando la espalda, las manos de Reginald se cerraron en puños. —Gilipollas bocazas…

—Basta. —Levantando una mano autoritaria, silencié su discusión pueril—. En un momento de derrotismo, prometiste ayuda, Reginald.

Resignado, el jefe se limpió el vómito de los labios, sacudiéndose los restos de la mano. —Conozco a alguien que puede conseguirte diez minutos con Haines. —Sus ojos tristes se encontraron con los míos, subyugados por nuestra inusual contienda—. Pero es lo mejor que puedo ofrecer. Joder, mi trabajo está en juego aquí, Warren. Dale un respiro a este viejo, ¿quieres?

Enfadado pero adrenalínico, sentí alivio y le hice un gesto hacia el Bentley. —Guía el camino.

***

Alexa

Estoy tumbada en el catre más incómodo del mundo, leyendo los horribles grafitis de las paredes y el techo manchados. Tinta negra y azul deslucía mi poco atractiva celda provisional, una historia detallada sobre incontables criminales detenidos y sus procesos mentales de auténticos locos.

Girándome de lado, entorné los ojos para leer la descripción de los crímenes cometidos, escrita con lo que parecían heces humanas en el banco de madera que los detectives me ordenaron utilizar si necesitaba ir al baño.

Arrugué la nariz con asco.

Poniéndome la sudadera de Liam por encima de la cabeza, cubriéndome la cara, me dejé caer de nuevo en la cama quejumbrosa, quejándome en voz baja. No puedo creer mi mala suerte. Esta mañana, he despertado a una nueva era, envuelta protectoramente en los brazos de Liam, sintiendo una sensación de cierre. No había previsto este pequeño contratiempo —bueno, no es nada trivial, Alexa. Es más bien una situación grave, pero, oye, llevas la ropa de Liam. El olor de su colonia perdura en la tela, así que al menos tienes eso— cuando buscaba a Jace por el ático, y desde luego no había considerado un interrogatorio cuando imaginaba un día de pereza en el sofá con un suministro inagotable de helado.

¿A qué se ha reducido mi miserable vida?

Según el Detective Gilipollas, Alexa Haines, haciéndose pasar por Victoria Rose, fue vista por última vez con la víctima, Rohan Wallace. Quiero decir, al principio, me reí. Esta mujer trastornada de aquí no tiene absolutamente ningún recuerdo de dicho hombre. De hecho, esta paciente mental senil se aseguró a sí misma que el arresto era un malentendido. Tal vez le darían un tirón de orejas por no haber comunicado su —muerte —, pero una vez que pusiera en marcha el numerito de las lágrimas y explicara su no tan fácil historial con Flamur Bajramovic, el departamento de justicia lo entendería con empatía y la despediría amablemente, ¿verdad? —Error —.

¿Por qué tengo que soliloquizar en tercera persona?

—Porque eres una jodida chiflada, Alexa. —Apartándome mechones rebeldes de la cara con un bufido, miré a través de la capucha ajustada y me quedé mirando el techo agrietado, ese que parece encogerse con cada minuto que pasa—. Oh, Dios. Voy a morir en la cárcel.

¿Y si alguien intenta convertirme en su zorra?

Una turbulenta oleada de náuseas causó estragos. —Necesito salir de aquí. —Pasando las piernas por encima de la cama, me puse en pie tambaleándome, hice un corto trayecto hasta el cerramiento metálico y me agarré a los barrotes con fuerza—. ¡No puedo quedarme aquí! —grité, estudiando la puerta cerrada con desdén—. Por favor, me moriré. Y esto no es un truco para llamar la atención ni un acto desesperado. —Sacudiendo los barrotes con fuerza vigorosa, me atraganté con una bocanada de aire, lágrimas no deseadas inundando mis ojos—. No puedo respirar.

Soltando la barandilla, agarrándome la garganta, inhalé respiraciones cortas y agudas, sin poder calmar mi respiración frenética. —Oh, mierda —gemí, apoyando la espalda en el cerramiento, deslizándome por el metal frío y desplomándome en el suelo—. Inspira… y… ——No puedo hacerlo —, pensé, golpeándome la nuca contra los barrotes, regañándome interiormente por ser tan débil—. Ayuda…

Oí que se abría el cerrojo de la puerta de la sala y di gracias a mi buena estrella. Quería enfrentarme al guardia, admitir mis pecados y arrepentirme solo para salir de este infierno. Mientras luchaba por conseguir oxígeno, vendería mis órganos para rellenar mis pulmones de aire, para aliviar este dilema entumecedor e inmovilizador que controla persistentemente mi vida.

—Alexa, respira —susurró Liam detrás de mí, y un sollozo entrecortado se escapó de mis labios. Sus brazos se colaron por los barrotes que nos separaban y se enroscaron en mi cintura, atrayéndome hacia él—. Inspira y espira, cariño.

Asintiendo, me aferré a sus antebrazos, deseando que esta pared impenetrable desapareciera para poder envolverme en sus brazos, donde pertenezco. —Liam… ——No funciona —, pensé, con el pecho agitado, el miedo recorriendo mis venas heladas.

—Despacio —me engatusó, quitándome la capucha de la cabeza, liberándome del frágil escudo que esperaba que me protegiera—. Alexa, respira. —Su voz agitada me atravesó, haciéndome volver en mí, obligándome a conquistar esos demonios que siempre residen en mi interior—. Joder.

De manera brusca, Liam me puso en pie, cara a cara, quitándome la sudadera del cuerpo al azar. Un frío suave y omnipresente envolvió inmediatamente mi piel ardiente, aplacando mi ambiente claustrofóbico.

—Liam —grazné, incapaz de verlo a través de una visión momentáneamente deteriorada—. El… pecho…

Sus manos se aferraron a mis codos, sus dedos clavándose dolorosamente en mi piel. —No es real —dijo con voz ronca, besando mi frente perlada de sudor, gruñendo en lo profundo de su pecho. Enrollando mi pelo alrededor de su puño, tiró de las raíces, arrancándome un gemido de dolor insoportable—. Respira, Alexa. Necesito que respires, joder. —Concentrándome en el dolor que me infligía, cerré los ojos, instándome a mí misma a estabilizar mi respiración. Inhalé una larga y profunda bocanada, y respiramos al unísono, acumulando el aire del otro—. Buena chica.

—Me siento… —Exhalando un torrente de preocupaciones, dejé caer la cabeza sobre el barrote, mis manos cayendo a su cintura,

sujetando su cinturón—. Liam, me siento mareada.

—¿Lo dices en sentido figurado por la situación, o necesito llamar a alguien?

—No lo sé —me quejé, frotándome las gotas de sudor de las cejas —. Tengo el estómago hecho un nudo.

Liam me agarró de la cintura, amasando mi tenso abdomen con sus pulgares terapéuticos. —Joder, odio esto —dijo con rabia, su cuerpo fusionado con el cerramiento, desesperado por alcanzarme—. Mírame.

Incliné la cabeza hacia atrás, con el pecho hundiéndose a cada respiración forzada. Le miré fijamente a sus hermosos ojos azules; la visión de su abatimiento me rompió el corazón. —Estoy bien — mentí, odiando sus rasgos dolidos—. No me mires así, Liam. Duele.

—¿Así cómo? —preguntó, con las cejas fruncidas en un gesto duro —. ¿Como un hombre enamorado? ¿Un hombre que, por primera vez en su vida adulta, no puede controlar ni sacar provecho de una situación? —Apretando los dientes, me agarró la garganta con manos suaves pero crueles. Molesto por las restricciones que limitaban nuestra proximidad, resopló con impaciencia, mordiéndose el labio inferior—. ¿Cuáles son los cargos?

—Maté a…

Su mano se aplastó sobre mi boca. —No, no lo hiciste —recalcó, y yo asentí obsecuentemente—. Juega con inteligencia, Alexa. —Su voz bajó a un susurro—. No dejes que esos gilipollas de uniforme azul te pongan palabras en la boca. Tergiversarán y te sacarán una confesión a la fuerza si no usas esto. —Me dio un golpecito en la sien con un dedo—. No mataste a nadie. No tienes ningún recuerdo del hombre en cuestión y cuando te lancen horas y fechas a la cara, devuélveselas con una coartada. —Me incliné, y él murmuró un suave beso en la punta de mi nariz—. Estabas conmigo. No hay coincidencia, Alexa. Diles a esos hijos de puta que estabas con Liam Warren. Que vengan a por mí.

Su mandato me sentó como un cuchillo en la garganta. —No, no voy a echarte la culpa a ti.

La vehemencia ardía en sus fríos ojos. —No tienes elección.

—Alguien me dijo una vez que todo el mundo tiene elección —le recordé, zafándome de su firme agarre—. Hacerte daño, de cualquier forma, nunca, jamás, será una elección para mí, así que no esperes otra cosa de mí, Liam.

—Esa tonta obstinación equivale a una condena —dijo con calma, incitándome a la sumisión—. ¿Es eso lo que quieres, cariño? —Se agarró a los barrotes, apoyando la cabeza entre dos de ellos, provocándome con esos ojos cínicos—. ¿Puedes soportar eso, día tras día, peleando con reclusas condenadas a perpetuidad que no tienen nada que perder? Mírate —añadió con sarcasmo, observando mi esbelta figura con un hiriente destello de desaprobación—. ¿Cuánto pesas estos días, Alexa? ¿Cuánta energía podrías reunir para defenderte de los admiradores?

—Que te jodan —repliqué, y él soltó una risa seca—. Tus jueguecitos mentales de pacotilla son inútiles, Liam. He tomado una decisión. Mi decisión es protegerte.

—No quiero tu puta protección —dijo con vehemencia, sujetando los barrotes con los nudillos blancos por la urgencia—. Alexa, ven aquí.

—No. —Tercamente persistente, me apoyé en la pared sucia, manteniendo un espacio entre nosotros.

—Bien. —Retrocediendo unos pasos, metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Iré ahí fuera y admitiré que le disparé a Wallace para que acabemos con esto.

Sonreí con suficiencia. —Aunque no me inclino a decirte la causa de la muerte de Rohan, te deseo la mejor de las suertes con esa confesión de pacotilla. —Ni siquiera sé cómo murió ese hombre. Quiero decir, no soy una santa. He blandido pistolas en ocasiones de forma impulsiva, pero sé muy bien que el asesinato de Rohan tiene que ser por esos viales de aspecto raro que Jace me dio para inyectar a nuestros ricos candidatos. O eso, o me enfrento seriamente a cargos por un crimen que no cometí.

Si no hubiera una barrera entre nosotros, estoy segura de que Liam se habría abalanzado sobre mí. Sus ojos se desviaron brevemente hacia mi pecho, recordándome el endeble sujetador de encaje que me abroché sin pensar antes del arresto. —Creía que no recordabas a la víctima.

—Y no lo recuerdo. —Sinceramente, no recuerdo a nadie con el nombre de Rohan Wallace—. Sin embargo, sí recuerdo a cada hombre que atraje a las habitaciones de hotel, Liam. Aunque no por su nombre. Si me muestran una imagen, estoy segura de que metí la pata en algún momento. —Su mirada se desvió hacia la cámara giratoria, fijada de forma segura en la esquina de la habitación—. ¿Pueden oírnos?

—No —aseguró, pasándose una mano por la barba incipiente. Sus brazos cayeron a los costados, los músculos de sus hombros, tensos, estirando su camisa blanca. Es solo en ese momento de admiración que tardíamente percibo la ausencia de la chaqueta de su traje—. Joder. —Sacando su teléfono, tecleó en la pantalla y se lo llevó a la oreja—. Vincent. —Mi interés se despertó—. Hazlo. —Colgando groseramente mientras Vincent estaba en mitad de la conversación, se vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo—. Deja de ser cabezota, Alexa. Ven aquí.

Me aparté de la pared, deteniéndome a milímetros de los barrotes. —Mi decisión no es un acto de petulancia, Liam. Simplemente no quiero que te veas atrapado en el fuego cruzado.

Volviendo al cerramiento, metió los brazos en mi celda, rodeando mi cuerpo con ellos, de forma firme e inflexible. Sus labios rozaron mi lóbulo. —Te interrogarán más —susurró, aferrándose a mí como si yo fuera su salvavidas—. Solo responde con respuestas cortas. Sí, señor. No, señor. ¿Entendido?

—Sí. —Girando la cabeza, encontré su mirada, rozando sus labios con los míos—. Señor Warren.

En contra de su buen juicio, él sonrió contra mi boca.

—No admitas nada. Da igual lo que te echen encima. No hables con nadie hasta que mi abogado, Carl, esté presente. Confía en Stevens para que te ayude, pero, en cualquier momento, si te sientes incómoda con su participación, retírate y mantente con la boca cerrada. ¿Entendido?

Asiento.

—Quiero llevarte a casa —admite, y nunca le he oído sonar tan vulnerable, tan expuesto por amor—. Quiero que seas mi para siempre, Alexa.

Las lágrimas me anegaron los ojos.

—Para siempre es mucho tiempo.

—No contigo. —Soltando un suspiro entrecortado, me besó la comisura de los labios, sus dedos tocando un piano ausente por mi columna, provocándome piel de gallina por los brazos y el pecho—. Contigo, para siempre no es suficiente.

Liam Warren me ha arruinado para cualquier otro hombre.

—¿Liam?

Sus ojos se alzaron de golpe y chocaron con los míos.

—¿Sí, nena?

Componiéndome, le coloqué un oscuro mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Me quieres?

—No tienes ni idea. —Sus labios rindieron homenaje a mi mandíbula —. No tienes ni puta idea de lo mucho que significas para mí.

Alguien llamó a la puerta y él escupió otra maldición.

—No puedo dejarte aquí.

—Sí que puedes. —Ahuecando su cara, le acaricié los pómulos afilados con el pulgar, tranquilizándolo con una sonrisa sincera—. He soportado cosas peores que una celda sórdida y vulgaridades preparadas, Liam.

—No digas eso. —Apretando la mandíbula, me agarró las muñecas, sus pulgares presionando mi pulso—. Te juro que más le vale a Vincent salir de esta o lo enterraré.

Aún no le he informado a Liam de la implicación de Vincent en el bombardeo del ayuntamiento, ni de su confesión al marcharse. De todos modos, contarle a Liam lo que su supuesto hermano me dijo puede esperar. Intuyo que este hombre ya pende de un hilo.

—Confío en él si tú lo haces.

Por alguna razón desconocida, mi lealtad inquebrantable sigue asombrando a Liam. Inexpresivo, me observa, buscando una grieta en mi armadura, o un posible engaño en mi mirada firme.

—¿Qué?

—Todavía estoy intentando entender cómo he tenido tanta puta suerte contigo.

La puerta sonó una vez más, pero Liam la ignoró, pellizcándome la barbilla con el pulgar y el índice, inclinando mi cabeza para poder mirarme profundamente a los ojos, desenterrando cualquier certeza que deseara.

—No me iré de esta comisaría sin ti.

—Espera en el coche —le aconsejé, sabiendo que la policía metropolitana provocaría a Liam para que actuara de forma agresiva, solo para detenerlo—. Por favor, por mí. Quédate con Brad. Llama a tu abogado y, por el amor de Dios, ten una botella de vodka preparada.

Mi ligera broma no consiguió apaciguarlo. Dejando caer los hombros con desánimo, recogí la sudadera desechada y volví a vestirme.

—Te quiero, Liam —susurré, sin mirarlo—. Eres tú el que no tiene ni idea de la magnitud.

Liam me agarró del codo, atrayéndome hacia él.

—Entonces más te vale volver a casa conmigo, Alexa, o no me haré responsable de la conmoción que pueda o no causar.

Su aterradora advertencia impregnó nuestro húmedo espacio.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me atreví a mirarlo, y el pavor me paralizó—. No le hagas daño a ese hombre, Liam.

—Puede que tú no hayas atado cabos, Alexa, pero yo soy un hombre perspicaz que sabe leer entre líneas. Todo este puto lío lleva el nombre de Jace por todas partes. —Expresó mis más profundas preocupaciones, mientras una promesa mortal ensombrecía su expresión. Acercándome de un tirón a la barandilla, me magulló los labios con un beso firme—. Me enamoré. No me ablandé. Si te pasa algo, ese cabrón pagará con su vida. —Antes de que pudiera protestar, me apartó de un empujón y se dirigió a la puerta—. Ahórrate las amenazas, Alexa. No soy un hombre con el que se negocia.

Un hombre trajeado, al que no conozco, mantuvo la puerta abierta y la cerró con la misma rapidez, dejándome sola en esta fría y aislada habitación.

—Mierda.

***

CAPÍTULO 2

Alexa

El abogado de Liam, Carl Miller, está de pie ante mí con aire imperioso. Lleva un impecable traje negro de dos piezas y una camisa blanca, el pelo del tono más oscuro de un castaño chocolate, elegantemente peinado hacia un lado con gomina. Mientras echa un vistazo a su reloj de pulsera de oro blanco, se ajusta las gafas bifocales de montura negra; su maletín de cuero, inmaculado con un toque de elegante modernidad, descansa a punto en el suelo.

A nuestra derecha, un agente inexpresivo, corpulento y bien formado, escruta nuestro mudo intercambio, con las manos entrelazadas sobre la entrepierna.

Previamente, Carl me había despertado de un sueño poco favorecedor, sin hacer caso de la baba seca de mi barbilla. Me ofreció un vaso de plástico, lleno de agua helada, y me pidió que le confiara mi vida. A ver, que me llamen escéptica, pero confiar en la gente tan a la ligera es lo que hace que me metan en una jaula, así que durante los primeros quince minutos de nuestra conversación privada, Carl se irritó e impacientó por mi falta de respuesta y mi semblante impasible.

—No puedo ayudar a alguien que no está dispuesto a dejar que luche en su nombre —me había dicho—. Necesito tu historia, Alexa. Empieza desde el principio, sin dejar piedra por remover.

Le conté a Carl Miller mi historia. Empezó con mi infancia, la dinámica familiar —o más bien las disfunciones—, hasta el segundo en que Flamur Bajramovic me cogió de la mano y me condujo al sufrimiento eterno. Hablamos de los años que pasé escondida bajo suelos de hormigón y de cómo la dulce voz incorpórea de mi madre se convirtió en mi salvación.

Con todo lujo de detalles, compartí información perturbadora sobre mis abusos y cómo esas sombras espantosas afectaron sin tregua a mi vida. Ni una sola vez levantó un bolígrafo o garabateó notas, lo que me pareció algo preocupante, pero sus ojos nunca se desviaron. Asimiló mis confesiones, sin palabras pero asintiendo con frecuencia, conceptualizando cómo pasé de ser una niña que huía de sus aposentos, con Kathy a cuestas, a una joven que perdía a su hermana, encontraba a Liam Warren y conocía a los Trajes.

En profundidad, admití cómo Jace traicionó nuestra efímera amistad para conspirar en mi reciente secuestro con un viejo demonio.

—Estaba atado de pies y manos —le había dicho a Carl, explicando cómo Rezart y sus hombres ayudaron a Bajramovic a secuestrar a Summer Williams—. Perdoné a Jace en el segundo en que comprendí que luchaba por su hija.

En realidad, admiro a Jace. Ojalá mi padre se hubiera preocupado lo suficiente como para protegerme. No, Patrick Haines me entregó al diablo sin remordimientos y luego condujo más de doscientas

sesenta millas desde Cornualles a Londres para empezar una nueva vida, sin las personas a las que se suponía que debía amar incondicionalmente.

Después de mi larga y agotadora conversación de antecedentes, me recosté, con los brazos cruzados, esperando la respuesta de Carl.

—Deja que yo lleve la voz cantante —me había aconsejado, pasando por alto por completo las dos horas que pasé compartiendo verdades inquietantes—. Y pase lo que pase, no des demasiados detalles sobre tu relación con el señor Warren.

Estupefacta, asentí secamente, preguntándome si el hombre padecía hipertimesia o si era simplemente un ignorante.

Actualmente, mientras me muerdo las malditas uñas, observo a Carl golpear distraídamente el suelo con su zapato de cuero pulido. Temiendo lo que fuera que la policía metropolitana hubiera formulado alegremente para lanzarme todo el peso de la ley, hincho las mejillas y giro la cabeza justo a tiempo para ver a dos inspectores vestidos de etiqueta entrar por el resonante pasillo: una despampanante rubia escultural con unas piernas kilométricas y un apuesto varón que se afana con dos carpetas gastadas por el tiempo.

Subrepticiamente, Carl me lanzó una mirada de —lo tenemos controlado —, que, por desgracia, no me tranquilizó. Pone una mano tranquilizadora en la parte baja de mi espalda, instándome a seguir a los inspectores del interrogatorio al interior de la caldeada pero ventilada sala.

Sentarme en una silla de metal y enfrentarme a un interrogatorio no es nuevo para mí. Ya me he encontrado en este momento antes, sudando bajo presión, cuando me elevé del infierno, reviviendo la atrocidad de mi pasado y las pesadas cadenas que una vez encadenaron mi pura existencia.

—Inspectora Taylor Johnson —se presentó la bella mujer, señalando con displicencia a su compañero—. Mi compañero. Donny Stevens.

Mis ojos se dirigieron automáticamente a Donny, el que pertenece a nuestro misterioso Vincent. Liam me aconsejó que confiara en mi instinto al entrar en territorio desconocido. Aun así, Donny todavía no ha hecho contacto visual directo conmigo, por lo que interpretar esta situación puede ser más difícil de lo que pensaba inicialmente.

Carl me hace una seña para que me siente alrededor de una mesa rectangular de acero y luego se une a mí, abriendo su maletín y colocando un libro encuadernado en cuero delante de él.

Deslizándome con cuidado en una silla, frente a Donny, a la vista de Johnson, cruzo las manos en el regazo, mis dedos tropezando con los flecos deshilachados de los pantalones de chándal de Liam.

Taylor Johnson se desabrocha la chaqueta de color melocotón y la cuelga sobre el respaldo de la silla.

—Sala de interrogatorios digital para garantizar la admisibilidad de las pruebas —dijo, señalando una videocámara fijada al techo—. Grabación para tratar el delito del que usted, señorita Haines, es

sospechosa. No tiene que responder a nuestras preguntas, pero podría haber consecuencias si no lo hace.

—No tiene que decir nada —continúa Donny, alzando su mirada hacia la mía, y es en nuestro cómplice duelo de miradas cuando percibo sus atractivos rasgos—. Pero podría perjudicar su defensa si no menciona al ser interrogada algo en lo que posteriormente se base en el juicio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada como prueba.

Donny es más que guapo. Es arrebatadoramente hermoso, de una masculinidad inquebrantable, mandíbula fuerte y afilada, y mechones oscuros que complementan su mirada feroz. Sus labios gruesos y fascinantes captaron mi atención mientras recitaba los derechos Miranda.

Parpadeando para volver al interrogatorio, espero a que Carl intervenga, pero el inútil se limita a quedarse ahí sentado, recorriendo con el dedo el borde de su vaso de agua.

Genial. Estoy jodida.

—Señorita Haines —empieza Taylor, abriendo una carpeta y desplegando notas—. ¿Le suena el nombre de Rohan Wallace?

Carl golpea silenciosamente un dedo sobre la mesa, permitiéndome responder.

Inclinándome, hablé al micrófono imaginario.

—No.

—Según un testigo presencial creíble, que está dispuesto a declarar ante un tribunal, si fuera necesario, usted, operando de incógnito, pasó muchas noches en el bar de un determinado hotel, entreteniendo a clientes masculinos.

Colocando los antebrazos sobre la mesa, Carl entrelazó los dedos.

—¿Ha sido eso una pregunta o un acto de intimidación, inspectora?

Vaya, pues puede que aún haya esperanza para mí.

Sonriendo con suficiencia, Taylor se aclaró la garganta.

—Señorita Haines, usted fingió su muerte, ¿correcto?

Carl golpeó la mesa dos veces, dándome vía libre.

Directa a la yugular, pensé.

—No, no fingí mi muerte.

Su ojo izquierdo se crispó ante mi respuesta.

—¿Por qué no estaba en casa la noche del incendio?

Jesús, es como si quisiera que ardiera en llamas, la zorra imposible.

—Estaba celebrando el treinta cumpleaños de mi pareja.

—¿En el Club 11? —inquirió, frunciendo los labios en una mueca—. ¿Liam Warren?

Tomando un sorbo de agua para calmar la sed, Carl puso un dedo sobre la mesa, otra orden tácita para que respondiera a las preguntas de la bruja.

Asiento.

—Sí.

Complacida por mi admisión, Taylor le dirigió a Donny una mirada indescifrable, arqueando una ceja definida.

—¿Y cuánto tiempo lleva saliendo con Liam Warren?

—Esa línea de interrogatorio es irrelevante —interviene Carl, aflojándose la corbata de seda—. Han retenido a mi clienta durante casi veintidós horas. ¿Tienen pruebas suficientes para tomar una decisión?

Furiosa por la pregunta de Carl, Taylor cerró una carpeta y abrió otra.

—Tenemos imágenes de las cámaras de seguridad de la señorita Haines saliendo del bar y entrando en una suite privada con el señor Wallace la noche que fue asesinado.

Antes de que Taylor pueda presentar las pruebas, Carl le arrebató la imagen impresa de la mano y examinó los detalles pensativamente.

—Esta mujer no tiene absolutamente ningún parecido con mi clienta. —Dejó la foto, y yo la miré, con el estómago revuelto al reconocer al hombre en cuestión—. Espero que tengan algo más que una imagen borrosa y un barman increíble que se pasa las horas de trabajo acostándose con clientas en lugar de hacer su puto trabajo. ¿Debo recordarles, inspectores, que los rumores son inadmisibles en el Tribunal de la Corona? De hecho, me inclino a preguntar qué juez incompetente del Tribunal de Primera Instancia autorizó una orden de arresto sin una causa probable.

Y yo me inclino a ahogarme con mis dudas iniciales.

Este hombre es un puto genio.

—¿Por qué acompañó al señor Wallace a una suite privada, señorita Haines? —preguntó, ignorando la arenga de Carl—. Su esposa declaró que su marido tenía una aventura. También afirma que su marido hizo una transferencia bancaria inusual la noche que murió, enviando dinero a una cuenta en el extranjero. ¿Sabe algo de eso?

Carl apoyó la palma de la mano en la mesa.

—De nuevo, no tengo ni idea de quién es Rohan Wallace, ni tuve una aventura con un hombre casado.

—¿En qué parte de mi pregunta insinué que era usted la que tenía una aventura con un hombre casado, señorita Haines?

Oh, está jugando sucio.

—Usted dijo que la esposa de Rohan mencionó infidelidades. ¿Debo suponer que no estaba insinuando que su amante clandestina no era yo? ¿Considerando el hecho de que es a mí a quien interroga?

Observándome con complicidad, Donny se recostó en su silla, haciendo clic exasperantemente con la punta de su bolígrafo.

—¿Niega haberse acostado con un hombre casado?

—Niego haberme acostado con nadie que no sea Liam —replico, y la comisura de su labio se crispó—. Estoy comprometida, inspector. ¿Ha conocido a mi pareja? —Arqueando una ceja burlona, recorrí con la mirada a los dos—. Dudo mucho que Liam me diera un buen azote por follar con otro hombre.

A Carl se le atragantó el agua, frotándose el pecho para calmar la irritación.

—Mi clienta niega cualquier implicación con la víctima.

—¿Quizás su endiablado amante intercedió? —aventuró Taylor, recuperando toda mi atención—. ¿Es posible que su indomable pareja supiera de su desliz, señorita Haines, y se encargara él mismo de deshacerse del señor Wallace?

—Subjetivo —ladró Carl—. De nuevo, inspectora, le recuerdo que los rumores y las opiniones no solicitadas son inadmisibles en un tribunal. Deje cualquier vendetta que tenga contra el señor Warren en la puerta y haga su maldito trabajo.

Colocando los codos sobre la mesa, Taylor contorneó su esculpida mandíbula con una uña afilada.

—Encarcelar a ese criminal es la precisión de la ley.

—Entonces, ¿por qué no está él aquí sentado, asistiendo a este interrogatorio? —Carl buscó a Donny con ojos inquisitivos—. No está siguiendo los procedimientos probatorios, inspector. ¿Me atrevo a insinuar un motivo oculto? La inclinación me impulsa a cuestionar el supuesto examen del patólogo de la víctima. ¿Dónde están las notas? Me gustaría leerlas. Empiezo a preguntarme si este aparente asesinato no es más que un truco engañoso para engatusar a mi clienta y que vocalice confesiones de pánico.

Taylor echó humo, cerrando las manos en puños apretados.

—No está usted en posición de hacer tales exigencias imperiosas.

—Y usted no está en posición de utilizar el frágil estado mental de una mujer vulnerable, señorita Johnson. Haga preguntas de procedimiento y tome una decisión. O acusa a la señorita Haines o traiga el formulario de puesta en libertad para que podamos marcharnos tranquilamente. —Pensé que había terminado, pero el hombre se levantó, apoyando ambas palmas en la fría mesa—. Interrogatorio ilegal —echó un vistazo a su reloj de pulsera—, por la inspectora Taylor Johnson a las ocho y cuarenta y siete de la tarde para engatusar a mi clienta a una posible concesión o moneda de cambio.

—Ya es suficiente —dijo ella furiosa, apagando la grabadora—. Siéntese, señor Miller.

Desviando su mirada hacia la videocámara, se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—La señorita Johnson está engañando a mi clienta usando tácticas tiránicas con la esperanza de que acepte un acuerdo a cambio de un criminal de renombre.

—¡Le ruego que me disculpe! —Levantándose bruscamente de la silla, igualó la postura dominante de él—. Aún no le he ofrecido nada a la señorita Haines, Miller…

—Por supuesto que habíamos considerado un acuerdo —dice Donny, y su furiosa compañera le lanzó una mirada despectiva, a la que él respondió con un encogimiento de hombros despreocupado—. El señor Miller es un hombre de leyes, Taylor. Él, mejor que nadie, reconoce el engaño y la incitación. Dejémonos de tanto teatro y vayamos al grano de una vez.

Sin palabras, ella giró la cintura para mantener el contacto visual con él, tamborileando las uñas pintadas en el respaldo de la silla.

—¿Qué estás haciendo? —siseó, bajando la voz a un susurro hueco —. ¿Podemos salir un momento?

—¿Señorita Haines? —Donny se levantó, y me encontré sincronizándome, no queriendo ser la única persona sentada en una silla—. Me gustaría un momento a solas con usted.

—Absolutamente no —espetó Carl, y Taylor, de acuerdo con él por primera vez desde que comenzó el interrogatorio, asintió con vehemencia—. Todas las preguntas deben cesar sin la presencia de un abogado.

—Está bien —asentí, y Carl me lanzó una mirada de incredulidad—. Sinceramente, Carl, la hostilidad entre usted y la inspectora Johnson me está dando una tortícolis de caballo, de todas formas —bromeé a medias, pero no le hice ni pizca de gracia—. Acepto, inspector.

Satisfecho, Donny abrió la puerta de la habitación e indicó a Taylor y a Carl que salieran. Estirada y despechada, Taylor salió furiosa de la habitación, sin esperar a Carl, que cerró a regañadientes su maletín, dejándolo en la silla para cuando volviera. Él también salió, y Donny cerró la puerta silenciosamente detrás de ellos. Apoyó la espalda en la pared, usando la lengua para estirar un chicle rosa en la boca; el fuerte estallido resonó por la habitación.

—¿Necesitas una bebida fría? ¿Un sándwich, quizás?

No se me ocurría nada peor que atiborrarme o engullir carbohidratos.

—No, estoy bien.

Miró la videocámara.

—La silencié antes —dijo, separándose de la pared para ponerse delante de mí—. Es inquietante.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Estar tan cerca de la posesión más preciada de Warren —bromeó, y entrecerré los ojos—. Me mataría por admirarte. Lo sabes, ¿verdad?

¿Era esa una pregunta trampa?

Di un paso atrás, generando una distancia cómoda entre nosotros.

—No voy a hablar de Liam con nadie.

—Carl tiene razón. Las fuerzas del orden quieren a Warren en el estrado. Comprensible. El hombre ha causado un alboroto ilegal

durante muchos años. ¿Quién mejor que tú para sacarle de las sombras?

Lo miro con recelo.

—Me mataría antes de dejar que le pasara algo.

Lo que pareció respeto brilló en sus ojos vigilantes.

—Vincent habla muy bien de ti.

—¿El señor Smith? —bromeé, y el desconcierto se dibujó en sus facciones—. ¿Dónde está mi caballero oscuro? —Dirigiendo la mirada a la puerta cerrada, rodeé la silla y me agarré al respaldo—. Está aquí, ¿verdad?

Donny se rascó la barbilla.

—Podría estar abajo, esperando a que le dé noticias.

Quería hacer tantas preguntas.

¿De dónde salió Vincent?

¿Por qué Liam no estaba al tanto de la existencia de su hermano?

¿Por qué Vincent me siguió la noche del ataque del alcalde?

—Ayudarme para que Liam te acepte no funcionará, Donny. Conozco a ese hombre. No es de los que ceden.

—¿Ni siquiera por ti?

Sonreí ante eso.

—Desataría el infierno en la tierra por mí, pero no es un hombre con el que se negocia. Supongo que Vincent cree que, ayudándome, conseguirá tener una relación con su supuesto hermano.

Donny bajó la guardia, permitiéndome ver la verdad en sus ojos.

—Tiene esperanzas, sí.

Ya me lo imaginaba. De hecho, deseaba volver atrás en el tiempo para darle una paliza a Vincent por sus pasadas mentiras.

—Odio que la gente me utilice —dije, enmascarando mi decepción con una mirada endurecida—. Fui una tonta al creer que apreciaba a una compañera de vodka.

Ajeno a mi nostalgia, Donny retiró una silla y se sentó.

—¿Puedo hablar extraoficialmente?

Me reí, en voz baja y gutural.

—Estoy bastante segura de que toda esta conversación es —extraoficial —, inspector.

—Vincent te tiene bastante aprecio —admite, aunque, a estas alturas, ya no sé qué creer—. Creo que te ayudaría independientemente de Warren. Debes de haberle causado una gran impresión. —Sus ojos inspeccionaron la ropa holgada que ahogaba mi físico—. No aceptes un acuerdo, Alexa. Carl tiene razón. Tenemos pruebas insuficientes y un testigo poco fiable. Taylor creía que te acobardarías bajo presión y venderías a Warren. Esta noche, has demostrado resistencia y fuerza. Mantén eso cuando vuelva, mantente firme, niégalo todo y firma los papeles de la puesta en libertad.

Me crucé de brazos.

—¿Bajo qué consejo?

—Debemos aconsejarte que no abandones el país mientras continúa la investigación. Además, un pajarito me ha informado de que hay una mujer abajo, prestando declaración. —Mi ceño se frunció—. El dinero siempre gana, Alexa.

—¿Liam pagó a alguien para que admitiera un crimen que no cometió? —pregunté, completamente estupefacta—. Eso es una locura.

—No, Vincent pagó a alguien para que admitiera una noche de drogas, sexo y alcohol. Es probable que haya abierto las compuertas y soltado mentiras devastadoras a cambio de un cuantioso acuerdo.

—Un pago inaccesible.

—Tendrá la mala suerte de que la acusen de homicidio involuntario. —Dejó caer las piernas y se levantó—. Dependiendo de las pruebas, puede que incluso reciba un tirón de orejas y rehabilitación. —Encogiéndose de hombros con despreocupación, hizo estallar otra burbuja de chicle—. ¿Cómo podemos probar que Wallace no había consumido drogas voluntariamente y sufrido una sobredosis, Alexa? Demasiadas zonas grises.

Me mofé de la audacia.

—Ah, pero si ella no hubiera confesado el crimen, ¿me enfrentaría a cargos de asesinato en primer grado?

Su sonrisa arrogante me tranquilizó extrañamente.

—Las desventajas de salir con Warren.

—Ser su mujer tiene sus ventajas. —Detectamos un crescendo de voces y giramos la cabeza al unísono para ver a una Taylor enfurecida entrar en la habitación—. Parece cabreada…

—Infuriada —corrigió con innecesaria amargura, y mis cejas se dispararon hasta el nacimiento del pelo—. ¿Cómo lo hace, Haines?

¿Cómo duermes por la noche, sabiendo de sus monstruosas capacidades? —Colocándose ante mí, me robó el espacio para respirar, su perfume floral invadiendo mis sentidos—. ¡Respóndeme!

Fingí ser tonta.

—¿Quién?

—Sabes perfectamente a quién me refiero —argumentó, señalándome con un dedo en la cara—. A Warren.

Carl suspiró frustrado y cogió su maletín, listo para irse. Compartió una mirada impaciente con Donny, que se frotaba los ojos cansados, ambos deseando dar por zanjado todo este asunto.

—Si tanto te fascina Liam, ¿por qué no le haces esas preguntas personalmente? —insinué, y su suficiencia se desplomó—. Ah, es verdad. No puedes. —Inclinándome, le susurré al oído—. A no ser que quieras perder la lengua.

Su garganta se movió.

—¿Es eso una amenaza?

Me dolían las mejillas de tanto sonreír. Acepté un trozo de papel de Carl, sin leer la letra pequeña, y firmé en la línea de puntos, finalizando mi liberación.

—Una advertencia amistosa.

—No sabía que Warren autorizaba a la gente a hablar en su nombre —añadió en tono de discusión, apoyando una mano en la cadera.

—Creo que todos sabemos que no soy una don nadie, Taylor. — Dejando caer el bolígrafo, me aparté el pelo rebelde detrás de las orejas y la fulminé con mi intensa mirada—. Soy Alexa Haines, la mujer de la que Liam Warren decidió enamorarse. No te equivocarás mucho en la vida si lo recuerdas.

Antes de que otra palabra saliera de su boca venenosa, seguí a Carl fuera de la habitación, evitando la mirada vigilante de Donny mientras los cuatro nos separábamos. Demasiados agentes curiosos observaban mientras serpenteaba por los pasillos, pero mantuve la vista al frente y contuve la respiración hasta que el frío viento invernal sopló en mi cara.

—Hasta aquí llego —dijo Carl, limpiándose las gafas con un paño negro—. ¿Necesitas que te lleve a casa?

Me permití unos minutos para observar el tráfico omnipresente fuera de la comisaría.

—No, alguien me está esperando.

Estrechándome la mano, Carl murmuró un adiós y bajó los pocos escalones de cemento, hacia su vehículo aparcado. Metió su maletín

en el maletero de un Mercedes negro y me saludó amistosamente con la mano antes de acelerar en la noche.

Exhalando un suspiro de calma, bajé los escalones, buscando con la mirada los conocidos Bentleys. Llegué a la acera, preguntándome si Liam me habría dejado desatendida después de todo, cuando un escalofrío me recorrió la espalda.

Hundiéndome los dientes en el labio inferior, me di la vuelta y lo localicé, a Liam. Inexpresivo e inaccesible, estaba al pie de los escalones, ignorando todo y a todos los que nos rodeaban. Sus ojos azul hielo se encontraron con los míos, sin que ninguna palabra saliera de sus labios.

Confundida por su indiferencia, incliné la cabeza hacia atrás y miré el cielo nocturno; las estrellas parpadeantes, reconfortantes y evocadoras de agradables recuerdos de mi infancia. Sentí una suave salpicadura de lluvia en mi mejilla y cerré los ojos antes de apartarme de los peatones errantes y correr hacia el hombre que amo.

Sonriendo como una loca, tropecé y salté directamente a sus brazos, que me esperaban, envolviendo mis brazos y piernas alrededor de su cuerpo inmóvil.

—Pensé que me habías dejado.

Liam hundió la cabeza en la nuca, manteniéndome firmemente sujeta.

—Nunca.

Mientras nos abrazábamos, distinguí una alta silueta al otro lado de la calle, presenciando nuestro intercambio. No necesité verle la cara al hombre para saber que era Vincent; reconocí su gabardina negra mientras desaparecía por el callejón.

Cerrando los ojos, apreté el pelo de la nuca de Liam, demasiado asustada para soltarlo.

—Te querían a ti, Liam —susurré, y sus brazos a mi alrededor se aflojaron—. Yo solo era un peón en su retorcido juego.

Soltando un suspiro cansado, Liam bajó mis pies al suelo, pero mantuvo un brazo alrededor de mi espalda, manteniendo nuestra cercanía. Bajó la mirada, capturando mis ojos, robándome el aliento.

—Liam, te quiero —dije sin pensarlo dos veces, hipnotizada por su arrebatadora belleza—. Es peligroso.

Eso me valió una de sus raras sonrisas. Entrelazó nuestros dedos. Sus anillos de oro, fríos contra mi piel.

—No voy a malgastar energía hablando de inferiores, Alexa. Tener a la ley respirándome en la nuca no es nuevo para mí. —Llevando nuestras manos unidas a sus labios, depositó un beso afectuoso en mis nudillos—. Hay mucho que deliberar, pero, por ahora, quiero una noche a solas contigo… —Un problema no expresado murió en su voz susurrante.

Tragué un nudo apretado, aliviando el dolor en mi garganta.

—Eso sonó como una despedida inminente.

—No hagas eso. —Su mano alrededor de la mía se tensó, impidiéndome alejarme—. Nunca es una despedida. No contigo. —Su boca se encontró con mi hombro, y le oí inhalar—. Tienes esa mirada salvaje en los ojos, Alexa. Me temo que eres tú la que me va a dejar.

Nunca me había sentido tan desconcertada.

—¿Adónde voy a ir, Liam?

Sacudió la cabeza, negándose a expresar las preocupaciones que lo agobiaban.

—¿Qué comida pido? —preguntó, sacando su teléfono—. ¿China? ¿Tailandesa?

—Un perrito caliente —dije, y sus cejas se juntaron—. ¿Qué? Me apetece mostaza y cebolla. ¿Algún problema, señor Warren?

—Esa es la combinación más asquerosa que jamás haya insultado mis oídos. —Nos condujo por la calle, destacando como un pulgar dolorido entre los demás transeúntes—. Te llevaré a The Grape and Vine. Will puede prepararte uno.

—No —protesté, enlazando mi brazo con el suyo—. Hay un puesto de hamburguesas al final de la calle. Comprémoslo ahí. —Pareció asqueado por la idea—. Liam, no quiero un perrito caliente gourmet decorado con perejil innecesario. Quiero una salchicha grande… —Su sonrisa arrogante hizo que pusiera los ojos en blanco—. ¡Eres incorregible! No todo gira a tu alrededor… —Me arrastró hacia él, arrancándome una risa improvisada—. ¿Tienes que ser un cavernícola?

—¿Cavernícola? —repitió, agachándose inesperadamente para agarrarme las piernas.

—Liam, no te atrevas… —Me echó sobre su hombro como una muñeca de trapo sin huesos, dándome una fuerte palmada en el trasero—. Oh, Dios. Voy a matarte. Bájame. —El calor me subió a la cara—. La gente está mirando.

—Que les jodan —tronó, y escondí la cabeza en su espalda, mortificada—. Queremos una salchicha grande —le dice a alguien; tardé en darme cuenta del olor a comida intensa que impregnaba el aire frío—. Esconde la mostaza.

—No, no escondas la mostaza —intervine, retorciéndome para levantar la cabeza—. Ponle también un poco de kétchup.

Repugnado, Liam me devolvió los pies a tierra firme, palpándose los bolsillos en busca de la cartera.

Me pasé una mano por el pelo revuelto, sonriendo a modo de disculpa a los clientes reunidos, que esperaban pacientemente a un

lado su comida. A juzgar por sus expresiones de enfado, Liam se había colado groseramente en la cola.

Dentro del camión de comida aparcado, el hombre mayor preparó mi perrito caliente, limpiándose las manos grasientas con un delantal manchado.

—¿Algo más? —preguntó, y Liam le respondió con un imperceptible movimiento de cabeza—. Nueve libras con veinticinco.

—¿Por un puto perrito caliente? —preguntó Liam, y el tipo gimió una respuesta—. Ladrón de mierda.

Ya no me quedaban energías para recriminarle a Liam su mala educación. Le lanzó al hombre un billete de veinte libras y me entregó un perrito caliente de aspecto delicioso. Satisfecho por mis ganas de comer, caminó a mi lado, encendiendo un cigarrillo.

—¿Bueno?

Lamiéndome la salsa de los labios, asentí, ofreciéndole un bocado.

—¿Quieres?

Su boca se torció con aversión.

—¿Cómo puedes decir que odias algo sin probarlo primero?

Uno de los Bentleys de Liam pasó a toda velocidad a nuestro lado, y supe por su elección de música que Nate era el conductor.

—¿Nos están siguiendo?

Liam inclinó la cabeza.

—¿Adónde vamos? Huelo a calcetines de viejo. Una ducha sería suficiente.

—Podemos quedarnos en casa de Heather —sugirió, y el pavor me oprimió el pecho—. ¿Qué?

Jace vive en el hostal de Heather.

—¿Por qué no en el ático?

Ocultando sus facciones, exhaló el humo hacia el cielo oscuro mientras sopesaba una respuesta.

—Me apetecía un cambio de aires.

Dejé de caminar.

—Adoras el ático.

—Correcto —dijo, y no añadió nada más.

—Rechazaste la casa de invitados, así que, ¿a qué se debe este cambio de opinión? —De nuevo, optó por no responder—. ¿Por qué tiene que haber mentiras entre nosotros?

—¿Por qué das por sentado que te engaño, Alexa? —Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato—. ¿Tiene que ser todo en la vida una conspiración?

Abrí la boca para responder, pero alguien chocó contra mi espalda y me tiró el perrito caliente a medio comer de la mano. Rodó por el suelo mientras yo lo miraba con los ojos como platos y el alma rota.

—Lo siento muchísimo —dijo una dulce voz femenina—. Estaba con el móvil y no…

—Mira por dónde coño vas —la reprendió Liam, agarrándome del codo y atrayéndome hacia él—. ¿Qué, ahora no tienes nada que decir?

Me atreví a mirarla y deseé no haberlo hecho. De pie, con elegancia y los tacones más sexis del mundo, una mujer rubia con un vestido morado ajustado que se ceñía a su figura estudiaba a Liam con lo que parecía ser asombro. Quiero decir, él no se la estaba comiendo con los ojos. Había sido cruel en su forma de abordarla, pero ella era despampanante —hermosa, así que, en su defensa, no es fácil apartar la mirada—. Me recordó lo horrenda que me veía yo al lado de este hombre guapo y hecho a medida y la diosa que hacía girar cabezas que tenía enfrente.

—Me disculpo de verdad —dijo ella, rebuscando torpemente en su bolso—. Puedo comprarte otro perrito caliente.

Vale, de acuerdo, al principio pareció amable, pero ese último comentario sonó un poco burlón.

¿Se estaba burlando de mí? No me opondría a recoger ese perrito caliente destrozado y metérselo por la garganta.

—¿No te conozco de algo? —le preguntó, y los músculos de mi cuerpo se tensaron, rígidos—. Me suenas de algo.

Miré de uno a otro, esperando su respuesta.

Pero Liam nunca se delata. Incluso si hubiera conocido a esta mujer antes de nuestro encontronazo, nunca lo revelaría.

—No te he visto en mi vida —dijo secamente, y no estaba segura de si creerle—. Ya puedes largarte.

Ella ignoró su dureza.

—No, estoy segura de que te he visto antes —insistió—. Eres el dueño del club nocturno, ¿verdad? —Sus ojos se afilaron, con un brillo de emoción en aquellas profundidades verdes—. Warren.

—Vale, ahora que hemos determinado que recuerdas su cara de alguna parte —le cogí la mano, incitándolo a caminar; el muy cabrón

no se había movido—, ¿podemos irnos, por favor? —Estaba enferma de unos celos ridículos—. ¿Hay alguna mujer en Londres con la que no se haya acostado? —¿Liam?

—¿Te acuerdas? —inquirió ella, y él pareció dudar por unos segundos—. Me invitaste a tu despacho y estuvimos liándonos en tu escritorio…

—Basta —dijo él, intolerante—. Por si no te has dado cuenta, estoy aquí con una cita.

—¿Una cita? —repetí con incredulidad—. En realidad, soy su novia. —Cuando ella apretó los labios, él hizo una mueca y el desánimo me oprimió el pecho—. Ah, ¿así que esas tenemos? —Soltando su mano, me abrí paso entre sus —disputas de enamorados — y seguí adelante—. No me llames nunca, gilipollas.

—Alexa, espera —gritó, y oí su corta conversación antes de que el eco de sus zapatos resonara mientras se acercaba a mí. Me agarró del brazo—. Nena…

—No lo hagas, Liam. —Zafándome de su mano, doblé la esquina, con ganas de arrancarle las rótulas por ser tan irrespetuoso, sobre todo con otra mujer delante—. Me voy a casa.

—Tu hogar está conmigo —argumentó, sin dar su brazo a torcer. Me atrapó una vez más, obligándome a detenerme en seco—. Alexa.

—¿Te avergüenzo? —pregunté en voz alta, encarándolo—. ¿Por qué insinuaste que solo era una cita, Liam?

—Tengo casi treinta y un años —dijo, y no pude comprender su lógica—. Decir que eres mi novia sonaba infantil. —Un poco apaciguada, me calmé… más o menos—. Nunca podrías avergonzarme, Alexa. Adoro el suelo que pisas.

Me mordí el interior de la mejilla para reprimir una sonrisa tímida.

—Estaba coladita por ti.

La mirada de Liam se desvió por encima de mi cabeza. La mujer sin nombre cruzaba la calle. Incluso mientras se alejaba, aún no había dejado de dirigirle una mirada de admiración. Estuve medio tentada de hacerle una peineta, pero me resigné a ser madura.

—No la conozco —dijo, sin lograr convencerme—. La recordaría si lo hiciera. —Mis hombros cayeron con desaliento, y él maldijo—. No quería decir que valiera la pena recordarla, Alexa. Joder, no doy una contigo esta noche.

—Liam —susurré, rodeándole el cuello con mis brazos—. Mírame. —A mi orden, sus ojos se clavaron en los míos, fríos y penetrantes—. ¿Me quieres?

Olvidándose de la belleza rubia, Liam sonrió contra mis labios y dijo con voz ronca:

—Siempre. —Le mordisqueé el labio inferior y él siseó, tirando de mí hasta que nuestros pechos se tocaron—. Te necesito a ti y a una cama en los próximos cinco minutos, o te follaré contra esta pared.

El fervor me recorrió. Me preparé para aceptar esa oferta cuando una punzada aguda me atravesó el costado. Con la boca salivando, me lamí los labios repentinamente secos e inhalé una profunda bocanada de aire por la nariz.

Al notar que tardaba en responder, Liam levantó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —Sus ojos recorrieron mi cara—. ¿Estás bien? Estás pálida.

—Liam, creo que… —Con el estómago hecho un nudo, lo aparté, apoyé una mano en la pared y vacié el contenido de mi estómago de una forma vergonzosamente violenta—. Oh, mierda —gemí, doblándome por la cintura mientras el vómito salpicaba el suelo—. Ese tío envenenó mi perrito caliente.

Liam apareció detrás de mí en un instante, recogiéndome el pelo en un puño.

—Joder —gruñó, frotándome la espalda mientras yo tenía arcadas.

Quería morirme.

—No puedo creer que haya vomitado delante de ti. —Estaba segura de que no era la primera vez que me veía así, pero, aun así, decir que estaba incómoda sería quedarse corta—. Borra esto de tu memoria. —Enderezando la espalda, me limpié los labios con la manga de la sudadera—. Ahora sí que necesito esa ducha.

Desbloqueó su teléfono y escribió un mensaje a uno de los Trajes.

—¿Por qué no nos conformamos con un hotel?

Eso sonaba fantástico.

Me volví hacia él, con una sonrisa coqueta danzando en mis labios.

—¿Habrá mucho sexo?

Liam me miró como si fuera la única mujer que pisaba la tierra. Extendió la mano y yo deslicé mi palma sobre la suya.

—Estoy enamorado de ti.

Mi sonrisa se desvaneció, y la seriedad reemplazó el ligero flirteo.

—Ven —me tentó, caminando hacia atrás y llevándome con él—. Tenemos tiempo perdido que recuperar.

Nunca sobreviviría a la vida sin él.

***

CAPÍTULO 3

Alexa

La muerte por orgasmos múltiples existía.

—Oh, mierda —chillé, apretando los muslos y aprisionando la cabeza de Liam—. Vas a matarme.

Sus ásperas palmas me agarraron la parte superior de los muslos.

—Ábrete para mí —murmuró contra mi coño empapado, separándome más las piernas—. Buena chica.

Arqueando la espalda sobre el colchón, relajé las piernas, queriendo confusamente que me devorara.

—No pares —gemí, reincorporándome sobre los codos para poder verlo mientras me daba placer—. Liam…

Estaba en la cama, arrodillado ante mí en su gloriosa y desnuda dominancia. Su cuerpo esculpido y musculoso brillaba con una fina capa de sudor.

¿Qué había hecho yo para merecer semejante espécimen de hombre?

Succionándome con la boca, me mordisqueó el clítoris dolorido, mientras su lengua acariciaba mis pliegues húmedos. Alcé la mano y me ahuequé un pecho, acariciando y pellizcando mi pezón tenso.

Observándome con un brillo de fascinación en sus ojos entornados, se irguió y se apoyó en los talones, con su miembro colgando pesado entre sus muslos contraídos; las gruesas y airadas venas se unían en su glande hinchado, donde una pequeña gota de líquido preseminal me tentaba a probarlo.

Me puse de rodillas frente a él y deslicé las manos por su pecho definido, deteniéndome en sus fuertes hombros.

Acercándose más, rozó mi nariz con la suya, sonriendo como un tonto enamorado.

—Creo que nunca has estado más guapa —exclamó, y mis mejillas se sonrojaron—. Sigue mirando mi polla así y me veré obligado a hacer que te atragantes con ella.

Mi boca se abrió ante sus groseras palabras.

—No lo harías.

—¿Es que no me conoces de nada, Alexa? —Enredando los dedos en mi pelo, inclinó mi cabeza hacia atrás y me rodeó la cintura con un

brazo, pegándome a él—. Soy un hombre de palabra.

No tuve respuesta. En cambio, mi estúpida sonrisa imitó la suya y me incliné para besar esos labios carnosos con sabor a excitación. En el segundo en que nuestras lenguas se conectaron, el poderoso órgano bajo mi esternón palpitó, recordándome cuánto me afectaba este hombre.

Gruñendo guturalmente en mi boca, Liam dominó astutamente mi cuerpo, sepultándome bajo él mientras se arrastraba por encima de mí. Ni una sola vez apartó su boca de la mía; su beso era abrasador, quemándome por dentro, consumiendo mi cuerpo, mi mente y mi alma.

—Te deseo —gimió, colocando los antebrazos a cada lado de mi cabeza para apoyarse—. Joder, te necesito.

—No sobreviviría a otro asalto —bromeé, lamiendo lentamente la comisura de su boca—. Mierda, Liam. Me has arruinado para cualquier otro hombre… —Su mano se aferró a mi cadera, sus dedos apretando dolorosamente, aplicando una presión injustificada—. ¡Liam! ¿A qué ha venido eso?

—No me toques los cojones, Alexa —dijo con una voz autoritaria que supe que debía tomar en serio—. Mataré a cualquier hombre que se atreva a tocar lo que es mío.

Su declaración de violencia no debería excitarme, pero su cautivadora posesividad me calentó la sangre.

—Espero que estas reglas irracionales también se apliquen a mí, señor Warren.

Los labios de Liam se cernieron bajo el lóbulo de mi oreja. Casi podía oír su ambivalente proceso de pensamiento mientras consideraba una buena réplica.

—Explícate.

Reprimí una mirada de fastidio.

—No me opongo a destripar a cualquier mujer que le ponga las garras encima a mi hombre.

—Tu hombre —dijo con voz ronca, con un toque de satisfacción en su voz de barítono—. Tus celos no conocen límites, nena.

Oh, es un cabrón con doble moral.

Giré la cabeza para mirarlo, notando su sonrisa reprimida.

—Dime que estás de broma.

—Nunca. —Agarrándome las muñecas, me inmovilizó los brazos por encima de la cabeza y estampó sus labios contra los míos, robándome el aliento—. Nena.

Todo queda olvidado.

Atrapada en el cerco de sus brazos protectores, envolví mis piernas alrededor de su cintura y fusioné su cuerpo con el mío, sumergiéndome en este momento prestado entre nosotros. No se puede negar cuánto nos queremos Liam y yo, pero la vida y sus dilemas siempre se interponen en nuestro romance. Nunca es sencillo, sin estrés ni tranquilo. Cuando llega el momento de estar a solas, aprovecho la oportunidad con ambas manos y me aferro a cada beso, cada caricia y cada susurro como si fuera el último, antes de que el sindicato se rompa o los adversarios derramen su veneno sobre nuestra frágil burbuja y arruinen nuestro tiempo sagrado juntos.

A lo lejos, oí el rasgado de un envoltorio de preservativo. Enfundó su miembro erecto y entró en mí por enésima vez desde que nos registramos en este hotel de cinco estrellas anoche.

—Liam —grité, clavando las uñas en su espalda.

Con las rodillas en la parte inferior de mis muslos, me separó las piernas, abriéndome para él, y luego me folló sin piedad, hundiendo su polla gruesa y dura una y otra vez, golpeando el punto perfecto de la euforia.

Sinceramente, no creía que pudiera soportar otra sesión de sexo. Ayer, al llegar, Liam se reunió con Nate en el vestíbulo del hotel y recogió una bolsa de viaje para nosotros. Me había ordenado que cogiera la tarjeta de la habitación y me reuniera con él, pero soy una yegua desafiante que se escondió en el bar como alternativa. Soy culpable de beber un suministro inagotable de vodkas solos antes de

obedecer a este hombre. Una vez que me reabastecí del coraje líquido necesario, entré tambaleándome en nuestra lujosa suite, me duché y restregué cualquier recuerdo de confinamiento transitorio de mi piel, me envolví en la toalla blanca más mullida y me tiré de cara a la cama.

Dormí como un bebé hasta que la puerta se entreabrió y un suave resplandor se filtró en la habitación. Liam entró en silencio, se duchó y se sentó en una silla de estilo regio, roja y dorada, envuelto en una toalla, ocupado con su teléfono. Sus pulgares tecleaban furiosamente en la pantalla, y supe, solo por la tensión de sus hombros, que algo iba terriblemente mal. Sin embargo, no hice preguntas. El hombre tiene rasgos exasperantes, y esconder los problemas dentro de un tarro de masón indomable es uno de ellos. No puedes forzarlo a compartir sus problemas o desahogarse. Si quiere hablar, lo hará cuando esté completamente preparado.

En lugar de añadir más preocupaciones a las de Liam, me giré boca arriba y di unas suaves palmaditas en el colchón, invitándolo mudamente a unirse a mí. Poniendo el teléfono en silencio y boca abajo en el aparador de aspecto antiguo, dejó caer la toalla al suelo y se tumbó a mi lado. Lo que me dejó sin aliento, sin embargo, fue su deseo de abrazarme. En nuestro abrazo momentáneo, apoyó la cabeza en mi pecho, escuchando los latidos regulares de mi corazón mientras me sostenía. Aunque vulnerable, aceptó que mis uñas le hicieran cosquillas en la nuca y observó la suave lluvia que danzaba en el cristal de la ventana.

Por supuesto, el sexo no tardó en llegar. Liam es un hombre de sangre caliente con una libido discutible. Su alto deseo sexual supera incuestionablemente mi necesidad de placer, pero una vez que su boca encuentra la mía, soy un caso perdido.

—Alexa, eres la maldición de mi puta vida —gimió en el hueco de mi cuello, hundiéndose dentro de mí—, pero la clave de toda mi existencia.

Enredados entre las sábanas, acompasamos nuestras embestidas. Adaptándome a su grosor, rodeé sus hombros con mis brazos. Se retiró un poco y luego se hundió más profundo, arrancándome un gemido ahogado. Erótico pero tierno, pasó su lengua por mi boca y me mordió el labio inferior, los músculos de su espalda flexionándose bajo mis palmas.

Agarrándome la cintura con manos rudas, me embistió con un vigor contenido. Grité mientras me llenaba, mi coño acomodando su castigadora longitud. Mis manos, que se aferraban a él, cayeron a las sábanas revueltas y me agarré a ellas mientras una oleada que me hizo encoger los dedos de los pies me recorría.

Sujetándome la garganta con una mano, Liam capturó mi gemido orgásmico con un beso apasionado. Sus movimientos se ralentizaron. De un lado a otro, sus caderas se movían entre mis muslos, prolongando la eminencia devastadora de mi clímax.

Con una fuerza inútil, lo obligué a tumbarse y me senté a horcajadas sobre su cintura. Se apoyó en el cabecero de terciopelo aplastado y agarró su pesada polla, acariciándola y provocándome mientras me observaba colocarme sobre él. Su pelo negro y húmedo le irritaba las cejas, rebelde pero acentuando su mirada dura pero hipnótica.

—¿Vas a cabalgarme, nena?

Con los dientes clavados en mi labio inferior, apoyé las manos en sus hombros y sostuve su mirada con la mía mientras él se acomodaba dentro de mí. Ante la invasión, mis paredes se tensaron y envolvieron su miembro cada vez más grueso. Nuestras miradas se encontraron, y vi verdadera adoración en aquellos fascinantes orbes azules.

Apoyada sobre las rodillas, con las palmas planas sobre su pecho, moví cuidadosamente las caderas, lo que me valió un gemido gutural por su parte. Dolorosamente llena, incliné la cabeza hacia su hombro e inhalé su increíble aroma masculino. Él giró el cuello para encontrar mi mirada y me besó los labios, suave, gentil y sin prisas. Sus dedos delinearon la longitud de mi espalda, su mano se posó en mi trasero, masajeando una de las nalgas.

Lo trabajé larga y profundamente, mi trasero golpeando sus muslos. Dejó besos de boca abierta a lo largo de mi cuello, devastando, succionando y mordiendo mi garganta. Esas manos grandes, ásperas pero que consumían el alma, palparon cada centímetro de mi espalda, las yemas de sus dedos detallando las plumas delicadamente entintadas y los intrincados detalles que Jace tatuó en mi piel.

—¿Lo odias? —pregunté, preguntándome si en secreto detestaba el diseño que yo elegí voluntariamente dejar en mi cuerpo de forma permanente.

—No —dijo, apretando la parte posterior de mi cuello—. Amo todo de ti, Alexa. —Se hundió en mí, y mis labios se separaron en un gemido ahogado. Aprovechó mi baja guardia como una invitación y presionó su boca contra la mía. Piel con piel y cubiertos de sudor, nos entrelazamos mientras él se atrincheraba—. Hazme correr.

Apreté intencionadamente alrededor de su polla palpitante, arrancando un gemido involuntario de sus labios. Cuando Liam tiene un orgasmo, me provoca algo. Es la forma en que se pierde, dándome todo de sí, en un fugaz momento de debilidad. Palpitó, pero nunca me dejaría insatisfecha, así que su pulgar localizó mi ardiente manojo de nervios y lo rodeó, incitándome a caer por el precario borde con él. Cada caricia que me daba me dejaba sin poder y a su merced. Perdí la voluntad de cabalgarlo y me deshice en sus brazos, estrellándome contra una distracción embriagadora. En tres espasmos entrecortados, se soltó y se corrió dentro de mí. Incluso cuando estaba temporalmente sorda y con la vista borrosa, escuché su gemido gutural y presioné mi mano contra su pecho, sintiendo su corazón palpitante.

Liam dejó un casto beso en mi hombro y me levantó de encima de él. Me derrumbé en la cama y me acurruqué, observándolo erguirse en toda su altura. Arrancándose el preservativo con un chasquido resonante, cerró la puerta del baño tras de sí.

Todavía estaba bajando de mi subidón cuando regresó. Poniéndose un par de calzoncillos limpios, se colocó un cigarrillo entre los labios, encendió la punta y abrió una ventana. Apretándome una almohada contra el pecho, me apoyé en un codo y jugueteé con la pelusa imaginaria del edredón.

—Es un hotel de no fumadores…

Encogiéndose de hombros con indiferencia, Liam sopló una cortina de humo y arrojó un mechero sobre la cómoda.

—Demándame.

Le sonreí con cariño.

—Matarías a cualquiera que intentara presentar cargos contra ti. —No negó mi afirmación segura—. ¿Pedimos el desayuno? —reflexioné, cogiendo el menú plastificado de la mesita de noche—. ¿Quieres un Jameson?

—Alexa, son casi las seis de la tarde —me informa, y mis ojos se abrieron como platos—. Pero aceptaré un whisky.

Jesús, nos habíamos pasado el día follando.

—Vale, conformémonos con algo ligero entonces. Definitivamente podría comer.

—Igualmente —dijo con rudeza, y mis ojos se alzaron bruscamente ante su tono coqueto—. Nunca le niegues a un hombre una buena comida, Alexa.

Descartar su insinuación sexual resultó ser imposible.

—¿No has comido suficiente? —coqueteé a mi vez, y los músculos de su mandíbula se tensaron—. No es que me queje. —En el soporte, su teléfono vibró con un mensaje de texto—. ¿No vas a mirar el teléfono?

Fingiendo no oír mi pregunta, Liam terminó su cigarrillo y lo arrojó por la ventana.

—Bajaré y pediré directamente en el bar. —Abriendo la bolsa de viaje, rebuscó ropa limpia—. ¿Preferencias? —Vistiéndose con un chándal moderno que hacía la boca agua, sacó las llaves y, a escondidas, guardó el teléfono—. ¿Vodka?

Me enfurecí.

—¿No confías en mí cerca de tu teléfono? —No, no se trataba de confianza. Iba a responder a la pesada de turno que necesitara su atención, sin mi curiosidad ni mis preguntas—. Gilipollas —resoplé con incredulidad, arrojando la almohada de plumas de pato a un lado y poniéndome en pie de un salto—. Quizá puedas perderte mientras estás abajo…

—Alexa —espetó él, cogiéndome el antebrazo—. ¿Por qué tienes que empezar una discusión? Hemos pasado una buena noche, ¿no?

Quería abofetearlo.

—Estás actuando de forma sospechosa. ¿Por qué?

—¿Quién está actuando aquí? —respondió, el muy insensible—. Nunca finjo ser alguien que no soy.

Me quedé con la boca abierta.

—Quiero saber quién te está escribiendo.

Controlando sus rasgos airados, se calzó unas zapatillas nuevas, estrangulando los cordones blancos con cada tirón y nudo.

—No.

—No —repetí, mirándolo en completo shock—. ¿Sabes qué, Liam? Que te jodan. No voy a seguir con estos jueguecitos.

—La única que está jugando eres tú.

—¿En serio? —La modestia y la gracia se quedaron en la cama; giré sobre mis talones para encararlo—. ¿Soy yo la que esconde el teléfono y guarda secretos, Liam? ¿Soy yo quien está arruinando nuestro tiempo juntos saliendo de la habitación del hotel para escribirle a otra mujer, sin duda? —El pánico brilló brevemente en sus ojos, y cuando desvió su atención de nuevo a sus zapatillas, creyó tontamente que no me había dado cuenta—. Hijo de puta.

Liam no tuvo ninguna tolerancia con mi disgusto. Se puso en pie bruscamente y me encaró, lo que me hizo reconsiderar mi comportamiento y echarme atrás. Me apoyé en la pared, manteniendo un espacio entre nosotros, sin estar segura de si confiar en el fuego salvaje de sus fríos ojos.

—¿Quién te está escribiendo? —pregunté con voz hueca, con lágrimas asomando a mis ojos—. Me niego a compartirte, Liam.

—No es así, Alexa. Hellen —añadió, y una rabia pura burbujeó desde lo más profundo de mi estómago—. Está causando algunos dolores

de cabeza. Estoy tratando de desvincularme… gradualmente.

—¿Desvincularte? —Oh, ya los desvincularé yo, claro que sí—. ¿Desde cuándo Liam Warren se preocupa por los sentimientos de una damisela? Ciertamente no te preocupaste por mis sentimientos, Liam. No cuando me rompiste el corazón.

El arrepentimiento inundó sus ojos.

—Fue diferente…

—¿Diferente? ¿En qué fue diferente tratarme como una mierda, Liam? Dices que te preocupas por mí, y sin embargo me desechaste como a un cadáver molesto. Pero Hellen está recibiendo el encanto, ¿verdad? Toda esa gilipollez de —no eres tú, soy yo —, ¿eh? — Cuando no refutó mi suposición, no vi más que rojo—. Liam, ¿en serio?

—Es la hija del alcalde, Alexa. ¿Qué quieres que haga? ¿Tirar su cadáver al Támesis y esperar que toda la ciudad no la busque? Tengo que jugar con inteligencia —continuó, rascándose la barba incipiente—. Necesito tiempo para resolver esto.

—No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo te citas con esa mujer.

—¿Quién te está pidiendo que lo hagas? No estoy interesado en Hellen Bennet. Esa mujer hace que se me erice la puta piel.

—Déjame ver los mensajes —interrumpí, recordando cómo me mintió una vez cuando le escribía a ella. ¿Y si me estaba engañando de nuevo?—. Necesito verlo por mí misma.

Se acercó, y yo extendí las manos para impedir que me tocara.

—No podemos construir una relación basada en la toxicidad y la falta de confianza.

Incliné la barbilla en señal de desafío.

—Haces que sea un poco difícil confiar en ti, Liam.

Hubo un cambio en su comportamiento. Retrocedió, preparándose para la discusión que estaba a punto de desatarse.

—¿Y tú qué?

Frunciendo el ceño, perpleja, cogí una de sus camisetas tiradas del suelo y me la puse por la cabeza.

—¿Qué pasa conmigo?

—Hablas de las mentiras entre nosotros, pero tú todavía no me has rellenado ningún hueco, Alexa. —Ambos sabíamos que esta conversación tenía que ocurrir en algún momento. Sin embargo, no estaba del todo lista para abordarla—. La última vez que comprobé, mi mujer pasaba la noche en el ático conmigo. No volvió. En

realidad, murió —dijo sarcásticamente—. Luego resucitó de entre los muertos y se prostituyó con otro hombre…

Lo abofeteé, con la fuerza suficiente para que me ardiera la palma de la mano.

—No te atrevas a llamarme puta —susurré a gritos, el dolor evidente en mis ojos vidriosos—. No todo en la vida es blanco o negro, Liam.

Mirándome asesinamente, se frotó la mejilla enrojecida.

—¿Qué te he dicho sobre joderme a hostias?

—Vuelve a llamarme puta y una bofetada en la cara será la menor de tus preocupaciones. —Empujándolo con el hombro con fuerza deliberada, rodeé la cama y cogí unos leggings de la bolsa, vistiéndome al azar—. Eres una contradicción andante, Liam. ¿Cómo puedes insultar a nadie? Podría follarme a un hombre diferente cada día de la semana, y aun así no alcanzaría tus líos de faldas.

Sus fosas nasales se ensancharon.

—De nuevo, nunca he negado ser el hombre que soy.

Sintiéndome beligerante, me subí unos calcetines negros hasta las rodillas.

—Sí, bueno, que el cielo no permita que su señoría se reconozca a sí mismo como un gilipollas rastrero.

—¿Soy un gilipollas rastrero? —Tensando los hombros, invadió mi espacio vital, prácticamente pegando su cara a la mía—. Yo no finjo ser alguien que no soy, Alexa. Te enamoraste de mí, sin importar mis —líos de faldas — y mi actitud de —me importa una mierda —. A diferencia de alguien que conozco, que se hace pasar por una —hizo un gesto amplio hacia mí— mujer dañada y tímida sin voz; esta persona tímida y remilgada que no puede soportar el contacto de un hombre, pero que voluntariamente se folló a alguien que no era yo.

Sería impropio de Liam no ir a matar con los insultos.

—¿Cómo el hecho de que le escribas a otra mujer a mis espaldas saca a relucir el tema de Jace?

—¡Porque vas por ahí, fingiendo ser este ángel perfecto, culpándome por cada problema en nuestra jodida relación, cuando tienes tus propios trapos sucios en el armario! —gritó enojado, mirándome con desdén, con una luz turbia y sucia—. No eres ninguna puta santa, Alexa. ¿Y qué si le doy coba a Bennett? Me sacrifiqué con esa zorra por ti.

—Oh, ¿así que ahora es mi culpa que tropezaras y te acostaras con otra? Muy sutil, Liam —espeté, buscando las zapatillas que Nate había empacado—. Gracias por hacerle el amor a alguien que no era yo. —Exaltada, adopté una actitud valiente y le lancé una mirada condenatoria—. No puedo expresar suficiente gratitud por tus desinteresados servicios.

Antes de que pudiera coger los zapatos, los arrancó de la bolsa y los lanzó al otro lado de la habitación.

—¿Es así como lo llamas, eh? ¿Hacer el amor? ¿Crees que le hice el amor a esa mujer? La follé —gruñó, pintando una imagen espantosa de él tocando a Hellen—. Brutal y violentamente, con un amor no correspondido. No confundas lo que ella y yo compartimos. —Un atisbo de sufrimiento intolerable airó sus ojos—. ¿Fue así para vosotros dos? ¿Le permitiste a Él —hacerte el amor —, nena?

No fue hacer el amor, no con Jace, pero nuestra noche juntos tampoco fue insignificante.

—¿Qué estamos haciendo, Liam? —susurré, mientras el hielo se extendía por mis huesos temblorosos—. ¿Por qué nos estamos haciendo daño?

Comprendió mi pregunta y soltó una sarta de improperios.

—No se saca nada bueno de tapar las grietas, Alexa. Teníamos problemas antes de que desaparecieras. Tú tienes preguntas; yo tengo preguntas. —Moviendo la nuez de Adán, tragó el nudo en su garganta—. Ignoramos las incertidumbres porque no queremos discutir…

—Pero discutimos de todos modos —terminé por él, y asintió de acuerdo—. Vale, bueno, adoptemos el enfoque maduro y abordemos todo. —Aparcando el trasero en el borde de la cama, crucé las piernas—. ¿Quién empieza?

Hizo sonar sus llaves.

—Las damas primero.

Incluso enfadada con él, no puedo evitar sonreír.

—¿Pedimos el alcohol primero?

Aliviado, se quitó la sudadera y llamó al servicio de habitaciones.

—Envíen una botella de Macallan a la habitación ochenta y tres. —Su mirada suavizada se posó en mi cara—. Y de Grey Goose también. —Terminando la llamada, tiró el teléfono al suelo y se cruzó de brazos—. ¿Qué necesitas saber?

Inhalé una bocanada de aire para darme ánimos.

—¿Jurarás cumplir tus promesas si pido clemencia?

***

CAPÍTULO 4

Liam

—¿Jurarás cumplir tus promesas si pido clemencia? —Alexa me observó atentamente, anticipando nerviosamente mi reacción—. Liam, por favor. No puedo hablar libremente sin un cierto nivel de seguridad.

Contemplando un argumento válido, me froté la barbilla.

—Alexa, por ti haría casi cualquier cosa.

Sus hombros se echaron hacia atrás.

—¿Pero?

—Pero mi instinto me dice que tu petición es por Jace —afirmé honestamente, y esos ojos color avellana traicionaron su fingida indiferencia, validando mis reservas—. No me mires así.

Desesperada, se irguió, pasándose los dedos por el pelo alborotado.

—Tus tendencias intransigentes me irritan, Liam. —Soltó un suspiro cansado, y yo estudié cada detalle de su belleza sobrecogedora, desde la cicatriz desvaída bajo su ojo hasta los labios besables que me debilitan las rodillas—. Tiene que haber un compromiso. —Ajena a mi veneración tácita y a mi enamoramiento inexorable, jugueteó con las placas militares que le colgaban del cuello, con el pulgar puliendo el raro diamante rojo—. Vamos, Liam. Hagamos las cosas de otra manera. Se supone que estamos en el mismo bando.

—¿Qué quieres de mí? —deliberé, mordiéndome el labio inferior entre los dientes apretados—. Como he dicho antes, soy quien soy, Alexa. Ni una sola vez, desde que me involucré contigo, he solicitado un trasplante de personalidad. Amo todo lo que eres, cada perfecta imperfección, pero tú deseas enmendarme, remodelarme y reconstruirme. Algunos podrían calificar de egoístas tus altaneros términos y condiciones.

Un arrepentimiento genuino afeó su rostro sombrío.

—Francamente, tú sí me cambiaste, Liam. Exigiste una mujer más fuerte, alguien poderosa y digna de estar a tu lado. Y por ti, hice hasta lo imposible para erradicar y expulsar los demonios de mi cabeza.

Joder.

—Alexa, he desafiado la fuerza y la ferocidad que estabas empeñada en mantener bajo llave para tu propio beneficio, no para el mío —repliqué, al oír que llamaban a la puerta de nuestra habitación—. Está bien.

Caminé hasta la puerta, la abrí de un tirón, le arrebaté las botellas sin hacerle caso al camarero y se la cerré en las narices. Desenrosqué el tapón del Macallan, me llevé el borde del cristal a los labios y bebí el alcohol suficiente como para quemarme la garganta y el pecho.

Dándose cuenta de que yo estaba dándole largas, Alexa se levantó y se entretuvo a mi lado. Hombro con hombro, me rozó el brazo con las uñas, erizándome la piel. Le rodeó el cuello de la botella de vodka con una mano y apoyó la espalda en la pared, dejándose caer sentada. Nadie diría que la habitación estaba ocupada por una cama de matrimonio y más muebles. Con un sutil gesto de los ojos, me indicó en silencio que me sentara a su lado.

Lamiéndome el alcohol áspero de los labios, caí de culo al suelo y estiré las piernas.

Satisfecha con mi sumisión, destapó el vodka y bebió con avidez.

—Al convertirse en miembro del sindicato, cada hombre tiene un único salvavidas en lo que respecta a los de fuera —insinuó, y yo maldije para mis adentros, sabiendo hacia dónde se dirigía esta conversación tácita—. Mientras su amigo, familiar o pareja no denuncie a la organización, tus hombres pueden garantizarles la inmunidad. ¿Se me puede conceder a mí la misma cortesía?

—¿Quieres malgastar ese as en la manga con él? —murmuré con una mueca de incredulidad—. Dime cómo acabaste en su poder y puede que me plantee tu ridícula propuesta.

Alexa volvió a enroscar el tapón de la botella.

—Jace fingió ser mi amigo y traicionó mi confianza. En tu trigésimo cumpleaños, fingió estar borracho y se alió con Flamur y los albaneses, me tapó la boca con un pañuelo con cloroformo, me metió en el maletero de un coche sin matrícula, subió mi cuerpo inconsciente a un ferri y recogió los billetes que había reservado para su viaje. No sabría decirte cuánto tiempo viajamos ni cómo me trasladó sin que nadie se diera cuenta del vehículo a la casa de vacaciones que había alquilado, pero sí recuerdo despertarme en un lugar desconocido, aterrorizada y sola…

Sus palabras empezaron a desvanecerse. Paralizado, yo seguía en el suelo, mientras la botella de Macallan se me escurría lentamente de entre los dedos.

—…Quiero decir, tenemos que considerar su estado mental, Liam. Los albaneses secuestraron a su hija. Ningún padre —ningún progenitor— merece pasar por algo tan atroz…

—Jamás mencionaste que él estuviera implicado en tu secuestro, Alexa. De hecho, me hiciste creer que tu desaparición había sido cosa de Bajramovic. —Mi cuerpo se tensó y una garra dolorosa me estrujó el corazón palpitante—. Voy a matarlo, joder.

—¿Qué? —Su cabeza se giró bruscamente en mi dirección, y el pavor se manifestó en sus ojos desorbitados que parpadeaban—. No, Liam. ¡Por eso no quería decírtelo! ¡Ni siquiera me has dejado terminar!

Lancé el Macallan al otro lado de la habitación, haciendo añicos el cristal, me puse en pie de un salto, cogí las llaves de la cama y fui directo hacia la puerta.

Jace Williams es hombre muerto.

—¡Liam! —Agarrándome la parte de atrás de la camiseta, hizo toda la fuerza posible para evitar que me marchara—. Si le haces daño, no te lo perdonaré nunca, ¡jamás! ¡Liam!

—¡No te burles de mí! —bramé, quitándome sus manos de encima de un manotazo—. No —le advertí con voz letal, cerniéndome sobre ella— insultes al hombre que soy, Alexa. No cederé.

Cada músculo bajo mi piel acalorada se tensó, retorciéndose y contraiéndose mientras me esforzaba mentalmente por orientarme.

—No he llegado tan lejos en la vida siendo un débil —espeté, y ella trastabilló y se dio con la parte de atrás de las rodillas contra el armazón de la cama—. ¿Cómo puedes defenderlo después de todo lo que te hizo?

—Liam —sollozó, negando con la cabeza enérgicamente—. No lo estás viendo desde su perspectiva. Yo no era más que una desconocida, un billete para la libertad de Summer. Ya te lo he explicado. No fue nada personal. Solo quería recuperar a su hija.

Gruñendo, le di un empujón en el hombro y cayó en la cama.

—No es mi puto problema.

La rabia sustituyó a la desolación.

—¿Dónde está tu compasión? —gritó, cogiendo lo primero que encontró, una almohada, y lanzándomela a la cabeza—. ¡Gilipollas sin corazón! ¡Era una niña, Liam! Una niña inocente que cayó en brazos de un monstruo… por mi culpa —replicó, dándome dos palmetazos en el pecho—. Su sufrimiento fue por mi culpa. Fue culpa mía que muriera, culpa mía que enterrara a su niña, así que que te jodan a ti y a tu puta cabezonería, tu cerrazón y tu falta de cooperación. —Con el pecho agitado, se apartó los oscuros mechones de la cara de un soplido—. Si le tocas un pelo de la cabeza, te juro que te mato yo misma.

Su férrea promesa me golpeó con fuerza en el pecho.

—De nuevo, la mujer de la que me enamoré como un idiota elige a otro hombre —dije, más para mí que para ella—. ¿Cuándo me volví tan ciego, eh?

Una única lágrima rodó por su mejilla.

—Que yo lo proteja no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Te adoro —susurró, acercándose con delicadeza para ahuecarme las mejillas—. Liam, tócame. —Cogiéndome la mano, la posó sobre su pecho para que sintiera los latidos irregulares de su corazón—. Solo tú tienes el poder de hacerme experimentar un torbellino de emociones encontradas. —Su risa nerviosa me rozó la barbilla—. Eres el centro de mi vida.

Junté mi frente con la suya y cerré los ojos.

—¿Por qué no viniste a mí, Alexa? Podría haberte ayudado. No tenía por qué ser así.

—Te conozco —musitó, sin mirarme—. En el segundo en que te contara lo que pasó, supe que tú y los Trajes perseguiríais a Jace hasta matarlo por haberme secuestrado. Supongo que quise evitar lo inevitable, así que le prometí ayudarlo. Sí, gestionó fatal el secuestro de su hija, pero estaba destrozado, roto, desesperado por traerla de vuelta a salvo. —Me miró por debajo de sus pestañas húmedas, buscando una pizca de comprensión—. Ojalá mi padre hubiera tenido su resiliencia, Liam. —Estaba tocándome la fibra sensible, y estaba funcionando—. Estás dejando que mi noche con Jace te nuble el juicio. Si nunca me lo hubiera… ——Follado —, pensé, apretando los dientes—. Por favor, por mí, déjalo pasar. Él tiene que vivir cada día sin su pequeña. ¿Qué mayor castigo hay que una vida de duelo y sufrimiento?

Exhalé un suspiro tembloroso y le froté la espalda.

—Tiene una oportunidad —cedí, y un gemido de alivio vibró en el fondo de su garganta—. Si se pasa de la raya, Alexa, no seré indulgente. Que sepas que hago esto por ti. —La esquivé, considerando un trago de vodka—. Lo que pasó con Jace se queda entre nosotros. Se acaba aquí.

Limpiándose las lágrimas de las mejillas, sorbió por la nariz.

—Por supuesto.

—Se acabó lo de compartir su cama —continué, y ella asintió en silencio—. A partir de este momento, no cuestionarás mis decisiones, sobre todo en lo que respecta a otros hombres. ¿He sido jodidamente claro?

Con las mejillas sonrojadas y totalmente desconcertada, Alexa inhaló una bocanada de aire.

—Sí.

No me gustaba, ni un pelo, pero acepté… por ahora.

—¿Cuál era tu relación con Kellie? —preguntó y, la verdad, me había olvidado de ella—. La dejaste embarazada.

—Ese niño no era mío. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? —Ya te dije que Kellie mintió. —Cuando su tristeza persistió, cedí—. Alexa, ella no significaba nada para mí.

Mis palabras no deberían apaciguar a Alexa, pero es indiscutible que mi actitud indiferente respecto a Kellie inspiró su sonrisa.

—Nunca tienes sexo conmigo sin protección.

—Estaba pasando por un mal momento, nena —admití, cogiéndole la mano y entrelazando nuestros dedos—. No tienes ni idea de lo mucho que me destrozó tu muerte. Había veces que me despertaba con una mujer sin nombre dormida en mi brazo, sin recordar nada de la noche anterior. El alcohol, las drogas y el sexo se convirtieron

en un mecanismo de supervivencia. —Aunque ninguno de los dos vicios funcionó de verdad. En lugar de eso, me cargué de culpa—. Vale, vayamos directos al grano. Odias y te molesta que me acostara con otras mujeres. Lo dije antes y lo volveré a decir: no significaban nada para mí. Para que podamos seguir adelante, tienes que perdonar y olvidar mis errores del pasado y darme la oportunidad de demostrarte quién soy.

Me pasó el pulgar por los nudillos.

—Lo sé.

—Te prometo —dije con voz ronca, ahuecando su cara, queriendo que me mirara a los ojos— no volver a meter a otra mujer en mi cama. Alexa, ¿no lo ves? Eres mi salvavidas.

Sus ojos recorrieron mi cara.

—Liam Warren no hace promesas —bromeó a medias, añadiendo un toque de humor a nuestra seria conversación—. ¿Solo nosotros?

—Solo nosotros —murmuré, besando la curva de su deliciosa boca —. Siempre.

—¿Cómo seguimos adelante?

No estaba preparado para esa pregunta.

Alexa vive en un hostal; yo prácticamente vivo en el despacho. Ha sido un camino difícil, pero, sin duda, para consolidar nuestra relación, ¿el siguiente paso es irnos a vivir juntos? Entonces, ¿por qué me inquieta la idea? —Nos estamos precipitando —, pensé, acunándola en mis brazos, inhalando el champú con olor a rosas de su pelo.

—Quiero vivir contigo, pero me temo que no es el momento adecuado. Alejarte no es una opción, Alexa. Soy bueno en muchas cosas. Ser una pareja perfecta no es una de ellas, así que contribuye. Dime qué quieres.

Soltándose de mi abrazo, se apartó el pelo detrás de las orejas y jugueteó con los dedos de los pies en la alfombra.

—Quiero decir… —empezó a vacilar, y mis cejas se fruncieron en un ceño oscuro—. Creo que, o sea, quizá, me gustaría volver a Newquay…

—Newquay —, me pregunté, pensativo.

—¿Quieres irte de Londres?

—No permanentemente —tartamudeó, apresurándose a tranquilizarme—. Unas cortas vacaciones…, unos meses…

—Unos meses —puntualicé cada sílaba, con la decepción pesando sobre mis hombros—. Alexa, entiendes que no puedo irme, ¿verdad?

—Cuando no se inmutó ni pareció sorprendida, entrecerré los ojos—. Yo no formaba parte de tus planes.

Haciendo acopio de valor, me miró a los ojos.

—No soy estúpida, Liam. Sé que no puedes dejar el sindicato, al menos no por mucho tiempo. —Retorciéndose los dedos, se aclaró la garganta seca—. Quiero decir, me encantaría que vinieras a casa conmigo…

—¿Casa? —ladré, con el corazón desbocado—. Espera un momento, Alexa. ¿Son unas vacaciones o una posible mudanza?

—No, Liam. No lo sé —balbuceó, rascándose el pecho enrojecido—. Solía vivir allí, y después de todo lo que les pasó a Kathy y a mi padre…, a Paddy, más bien…, siento que podría ser el momento de reemplazar los recuerdos angustiosos por otros positivos. Cuando pienso en mi infancia, solo está él y la miseria de mi madre. —Se lamió los labios—. Tengo tantas preguntas. ¿Dónde vivía mi madre? ¿Trabajaba? ¿Tenía amigos, o hay posibles familiares?

Estaba completamente paralizado.

—Vale, pues vete una semana o dos y vuelve —sugerí estoicamente, y ella hizo una mueca—. ¿Qué?

—Nada —mintió con una sonrisa ingenua—. Dos semanas deberían ser suficientes.

Egoístamente, asentí con brusquedad, negándome a dejar ir a la única mujer que se había adueñado de mi corazón.

—Puedo hacer que uno de mis hombres te escolte.

Mirándome boquiabierta, Alexa recuperó la botella de vodka y bebió el líquido suficiente para que le lloraran los ojos.

—Liam, no voy a explorar mi antiguo pueblo con los Trajes metomentodo a cuestas. Por favor, solo quiero ser una turista normal, admirando las vistas de la costa y bebiendo cervezas baratas junto a una hoguera, o atiborrándome de nubes de azúcar.

Enarqué una ceja.

—¿Nubes de azúcar?

—¿Podemos no reírnos de mí? —Sentada con las piernas cruzadas en la cama, me invitó a acercarme con una mirada seductora y, como el calzonazos que soy, apoyé una rodilla en el colchón y me arrastré hacia ella—. Te llamaré, te enviaré mensajes e incluso haremos videollamadas. ¿Qué te parece?

Gruñendo, le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—No voy a dejarte sin vigilancia ni vulnerable a los de fuera. Mi mujer tiene seguridad veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Y, Alexa, las medidas de seguridad no son negociables, así

que retira tu mano de mi entrepierna y deja de intentar usar el sexo para manipularme.

Riendo a carcajadas, echó la cabeza hacia atrás, invitándome a besarle la columna del cuello.

—Liam, no me negarás un buen polvo, ¿verdad?

Me tiene cogido por los huevos, y lo sabe.

—Sí. —Sujetándole la muñeca, le llevé la mano a la boca y le lamí el vodka derramado del dedo índice.

Sus ojos dilatados se fijaron en el movimiento.

—¿Podría hacerte cambiar de opinión?

—¿Sobre qué? —dije con voz ronca, rozándole la mandíbula con los dientes.

—Ven conmigo —dijo en voz baja, recolocándome la cadena del cuello—. Seguro que hasta tú te mereces un descanso de vez en cuando.

Exhalé un suspiro cansado.

Antes de la muerte de Larry Fagan, sobreviví a un ataque mientras disfrutaba de un vino en un restaurante italiano. Mientras conversaba con mis hombres, unos tiradores enmascarados me apuntaron a la espalda y bombardearon al dueño, Mario, y su excelente servicio, lo que resultó en un tiroteo mortal desde un coche que dejó muchas víctimas. Afortunadamente, tanto mis hombres como yo sobrevivimos y salimos ilesos del edificio y, aunque existe una pequeña posibilidad de que el ataque no fuera dirigido a mí, no debo tomarme el asunto a la ligera.

Alexa ha vuelto a mi vida, a salvo y tan hermosa como siempre, pero es hora de ponerse manos a la obra. Ella vuelve a Newquay, Cornualles, para recorrer el camino de los recuerdos y revivir su pasado, pero yo tengo gente que visitar, plumas que alborotar y un submundo que orquestar.

Además, Vincent, mi supuesto hermano, es un estorbo problemático que necesita ser atendido. No puedo ignorar sus pasos incorpóreos para siempre.

Dudando, observé a Alexa de forma casi imperceptible, completamente embelesado.

—No. —Su sonrisa esperanzada se desvaneció. Me entregó la botella de vodka y me obligué a apreciar la sustancia de sabor fuerte—. Vuelve. Encuéntrate a ti misma y vuelve a casa. ——Vuelve a casa conmigo —, pensé, pasándole el pulgar por los labios—. Dos semanas, Alexa.

Quitándose los calcetines, metió los pies descalzos bajo la cinturilla de mi pantalón de chándal, apoyándolos en la parte posterior de mis

muslos.

Sabiendo lo que quería —lo que ansiaba—, incliné mi boca sobre la suya, oyendo cómo la botella de vodka rodaba de la cama y caía al suelo. Rompiendo nuestro beso por un nanosegundo, le arranqué la camiseta del cuerpo, pero sin apartar la mirada ni una sola vez. Mi vista se posó en su rostro, memorizando su belleza por última vez hasta que volviera a estar en mi cama.

Sus leggings negros no tardaron en seguir el mismo camino.

Nos devoramos y adoramos nuestros cuerpos, gradualmente, sin ropa entre nosotros. La cogí en mis brazos y ella me devolvió el abrazo, con las manos aferradas a mi cuello.

Llevándonos al baño, cerré la puerta de una patada y di una palmada a ciegas sobre los azulejos de mármol para encontrar el interruptor de la luz. Iluminado bajo un cálido resplandor, entré en la cabina de cristal, abrí la ducha y siseé al sentir el agua fría como trozos de cristal en mi piel caliente.

—Te quiero desnuda —rezongué, apoyando las manos en la pared, con ella pegada a mí—. ¿Nena? —Besándole el hombro cubierto de rocío, presioné deliberadamente mi polla dura y dolorida contra su coño caliente.

—Iré a la farmacia mañana —aseguró, clavándome las uñas en el cuello—. ¿Liam?

Agarrando la base de mi miembro, tiré hacia arriba, alineándome en su entrada.

—¿Sí, nena?

—¿Quieres tener hijos?

Me quedé helado.

El corazón se me hundió en el vacío del estómago.

—Ahora no —dijo, desconcertada por mi repentino distanciamiento —. ¿Quizá algún día?

Soltando el agarre de mi polla, la puse de pie y me pasé una mano por la cara.

—No.

Mordiéndose el labio inferior, clavó la mirada en el cielo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Nunca?

—Nunca —dije con firmeza, sin cambiar de opinión—. Supongo que tú sí.

Alexa no está ni disgustada ni aliviada. No, está pensativa, especulando sobre probabilidades futuras o, en mi caso, improbabilidades.

—No lo sé —respondió finalmente, echando gel de ducha en una esponja blanca—. La verdad es que no lo había pensado.

—¿Hasta ahora? —inquirí, y ella hizo un puchero—. ¿Qué?

—¿Cómo que nunca, nunca? —preguntó una vez más, frunciendo el ceño—. Podrías cambiar de opinión en diez o quince años.

—Alexa, no hablo con doble sentido. Cuando tomo una decisión, es definitiva. No quiero hijos ni las responsabilidades que conllevan. Mi vida es genial, ¿por qué complicarla con unos mocosos? —Me frotó el pecho, frustrada y con demasiada fuerza—. ¿Estamos discutiendo otra vez?

—Todavía no lo he decidido —dijo bruscamente, lanzando la esponja por encima de mi hombro.

—Por el amor de Dios. —Negué con la cabeza, me eché champú en la palma de la mano y me enjaboné y aclaré el pelo—. No podemos pasar cinco minutos sin discutir.

Soltando un bufido, sacudió el pelo mojado adrede, las puntas me golpearon en el rabillo del ojo, y salió furiosa de la cabina.

—Sí, eso es —dije beligerante—. Vuelve a darme la espalda. No hay nada nuevo ahí, ¿eh?

—Que te jodan, gilipollas —murmuró por lo bajo, robando la única toalla del radiador caliente—. Estoy bastante segura de que no he visto otra cosa que no sea tu espalda desde que me acosaste.

—¿Que te acosé? —Cerré el grifo y corrí tras ella, con los pies chapoteando en el suelo—. Me estuviste persiguiendo durante meses.

—Lo sé. —Encogiéndose de hombros con frialdad, se secó con la toalla, sin mirarme.

—¿Estás escuchando las palabras que salen de tu boca? —Está loca de atar—. A estas alturas, ni siquiera sé por qué coño estamos discutiendo.

Hinchando las mejillas, dejó caer la toalla y mis ojos se desviaron automáticamente hacia su pecho.

—Liam, puede que algún día quiera tener hijos —dijo tan bajo que casi no la oí—. Pero si tú no quieres, ¿en qué lugar nos deja eso? —Pasándose una mano por el pelo, me miró de reojo—. ¿Qué sentido tiene que sigamos con una relación si queremos cosas diferentes?

¿De verdad creía que nunca querría tener hijos?

—Alexa, soy uno de los criminales más notorios de Londres. —No es una afirmación egocéntrica; es un hecho—. Que tú —dije, señalándola— estés a mi lado ya es bastante peligroso. Tú lo sabes; yo lo sé. Si Liam Warren tuviera hijos… —recalqué, enunciando la aterradora imagen—, tendríamos suerte si sobrevivieran a la infancia.

Ante mi crueldad, Alexa inspiró bruscamente.

—¿Por qué iba alguien a atacar a un niño inocente?

—No lo sé, nena. ¿Por qué te secuestró un monstruo? —No quería ser cruel, pero tenía que asimilar la gravedad de lo que me estaba pidiendo—. Protegerme a mí mismo y a la Hermandad estaba por encima de todo hasta que llegaste tú. Ahora, tú eres mi máxima prioridad. No me pidas esto, Alexa. Te llevarás una gran decepción.

Hundió las pálidas mejillas.

—Vale.

—¿Vale? —pregunté, dudoso—. ¿Estás simplemente de acuerdo para luego no estarlo en el futuro?

Haciendo la señal de la cruz sobre su corazón, me sonrió con tristeza.

—Te lo prometo.

Solté el aire que estaba conteniendo.

—Bien.

—Bien —repitió, con un toque de sarcasmo. Buscó su ropa tirada por el suelo y, mientras se vestía, pateó la toalla, y yo me sequé el pecho a medias—. Debería irme.

—¿Qué? —Sabía que su sumisión era un acto taimado y deshonesto —. ¿Irme adónde? ¿Adónde coño vas?

—A hacer la maleta —dijo como si fuera obvio—. Me voy a levantar temprano, Liam. Quiero coger el primer autocar disponible.

—No, he dicho que uno de mis hombres te acompañará. Pasa la noche conmigo y mañana haremos los preparativos.

—No voy —cortó mi orden, afilando la mandíbula— a volver a casa con los Trajes. Te guste o no, Liam. Soy una mujer adulta capaz de tomar decisiones.

—Bien —espeté, lanzando furiosamente la toalla sobre la cama—. Vete sola, desprotegida e indefensa. Si alguien te ataca en mi ausencia, ¿qué me importa a mí, eh? Mi mujer —adulta — lo tiene todo controlado. —Su silencio me irritó—. ¡Alexa!

—¿Qué? —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. ¿Qué, Liam?

Su dolor era mi dolor.

—No quiero que te pase nada malo.

—Bueno, pues se lo pediré a Jace —pronunció lo impensable, y me imaginé arrancándole su negro corazón—. Es mi amigo, Liam. Me sentiría más cómoda con él.

—Absolutamente no, joder —repliqué, y ella puso los ojos en blanco —. No me pongas los putos ojos en blanco. Tu relación con Jace se acaba aquí.

Gruñó exasperada.

—Liam, no voy a dejar de ser su amiga porque tú me lo exijas.

—¿Cómo te sentirías si yo siguiera teniendo cerca a una ex, restregándotela por la puta cara? —La puerta se cerró de un portazo y la rabia incontrolable emanó de mí. Caminé hacia la manilla y la abrí, encontrándome cara a cara con el gerente del hotel—. ¿Qué? —bramé, con la vena del cuello palpitando.

Ni una sola vez miró la polla que me colgaba entre las piernas.

—Señor, hemos recibido numerosas quejas de otros huéspedes. Si no bajan el tono, no tendré más remedio que pedirles que se marchen…

—Lárgate de aquí, joder. —Cerrándole la puerta en la cara de un portazo, continué mi debate con la mujer exasperante que me fulminaba con la mirada desde el otro lado de la habitación—. Vas a dejar a Jace. Y punto.

—¡Hipócrita de mierda! —Cogiendo mi zapatilla del suelo, la lanzó, y me agaché a tiempo para que se estrellara contra la pared—. ¡Cómo te atreves a pedirme esto, cuando la estirada de Hellen anda por ahí con sus putas intromisiones!

—¿Quieres que me arriesgue a quedar expuesto metiéndole una bala entre los ojos por impulso? No hay problema, Alexa. —Me puse unos pantalones de chándal, atándome los cordones en la cintura—. Acabaré con esa zorra para que estés contenta.

—Eso no cambia nada —dijo, con la voz tensa—. No me hagas elegir, Liam.

Mi fría mirada se alzó.

—No debería haber elección.

Lanzó las manos al aire.

—No es una competición de a ver quién la tiene más larga, Liam.

—¡Entonces por qué coño la estás convirtiendo en una! —grité, pasándome una mano por el pelo antes de dar un puñetazo impulsivo a la pared. Los nudillos crujieron al chocar, y cogí las

llaves, el teléfono, la sudadera y las zapatillas, decidido a marcharme, y me vestí con urgencia—. Realmente eres una niñata zorra.

—Sí, bueno, pues prefiero ser una niñata zorra a un capullo estirado y pomposo como tú. —Con los pantalones puestos pero del revés, se adelantó, igual de ansiosa por salir de la habitación.

Antes de que pudiera agarrar el pomo, me cerró la puerta en la cara. Cerrando los ojos momentáneamente, inspiré profundamente para calmarme, abrí la puerta de un golpe y avancé a grandes zancadas por el grandioso pasillo, palpándome en busca de los cigarrillos. Saqué el paquete del bolsillo, me coloqué uno en la comisura de los labios y encendí la punta mientras atravesaba las puertas giratorias de cristal de la entrada del hotel, saliendo a la calle.

Alexa, despeinada y volviéndose loca, se ató sus rizos rebeldes con una goma, mientras sus ojos iban de un lado a otro para parar un taxi.

Inclinando la cabeza hacia atrás, soplé una cinta de humo hacia el cielo sin estrellas.

—¿Te vas a ir sin despedirte?

Frotándose la nariz roja con la palma de la mano, me lanzó una mirada venenosa.

—No mereces nada de mí. —Pasó un taxi negro y levantó la mano.

Para evitar que se fuera bajo una nube negra, le agarré la muñeca, esperando un rodillazo en los huevos.

En lugar de eso, se mordió el labio superior, mirando a la luna como si su presencia plena y brillante la ofendiera.

—Suéltame ahora mismo.

Con el pulgar presionado con fuerza contra su pulso, tiré el cigarrillo, la atraje hacia mí y le susurré un beso afectuoso en la sien.

—Estoy enfadado contigo.

—El sentimiento es muy mutuo, Liam —gimió, cubriéndose la boca con la otra mano—. ¿Por qué, si nos queremos tanto, nos comportamos así?

Al otro lado de la calle, Josh, ataviado con un exquisito traje de tres piezas azul marino, se levantó de un Bentley aparcado. Cerrando la puerta del coche, apoyó la espalda en la ventanilla, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y los pies cruzados a la altura de los tobillos.

¿Por qué está aquí?

Giré la cabeza hacia un lado, haciendo sonar mi cuello.

—No es nuestro momento.

Sus ojos redondos buscaron los míos, enrojecidos y vidriosos.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—No, te estoy dejando desplegar esas alas —dije con esfuerzo, tragándome el nudo angustioso que tenía en la garganta—. Ve a Newquay. Quédate. Vuelve… o no —añadí a regañadientes, y sus labios se entreabrieron—. Cuando estés lista para comprometerte conmigo, con el sindicato y con la Hermandad… te esperaré. —Con la mirada, le ordené a Josh que se acercara—. Josh puede llevarte a casa de Heather.

—Liam… —Sus palabras se desvanecieron—. ¿Habrá otras si nos separamos?

Levanté las manos, rindiéndome en broma.

—Como he dicho, te esperaré… —Su pecho se estrelló contra el mío, sus brazos se enroscaron en mi cuello, sus labios se soldaron a mi boca. Sujetándole la cabeza, la besé hasta dejarla sin aliento. Un sinfín de peticiones pesaban sobre mi corazón. Por una vez, me contuve de exigir más—. Estoy enamorado de ti.

Apoyando su frente en la mía, apretó los labios, asintiendo.

La entregué a uno de mis hombres de mayor confianza.

—Josh, lleva a Alexa a casa.

—Señor. —Tomando a Alexa por el codo, la acompañó hasta el coche, sin que sus ojos se apartaran de mí en ningún momento.

Deslizándose en el asiento del copiloto, cerró la puerta, esperando a que Josh se acomodara tras el volante antes de abrocharse el cinturón.

—¿Cómo va eso, jefe? —Brad, como una aparición, me pasó un brazo por los hombros—. Pareces asquerosamente enamorado…

—Quítate de encima. —Zafándome de un tirón, rechacé su gesto y me encaré a él mientras Josh se alejaba por la carretera como alma que lleva el diablo; te juro que lo mato si le pasa algo—. ¿Por qué estás aquí? —Es mi noche libre. Le dije a Nate que dejara cualquier asunto de negocios hasta que lo llamara—. ¿Quién ha muerto?

Mascando el extremo de un palillo, miró abiertamente a dos mujeres. Contoneando las caderas, con faldas que apenas les cubrían el culo, se quedaron en la entrada del hotel, contemplándonos con ojos de aprobación que decían —fóllame —.

—Joder. Mi polla necesita un poco de eso.

Esbocé una leve sonrisa.

—Nada nuevo, entonces.

—Señoritas —las provocó con un guiño travieso—. Estáis para comeros.

La rubia se rio tontamente, tirando de la mano de su amiga, implorándole que se quedara.

—Hay una suite ahí arriba con mi nombre —las tentó, y luché contra las ganas de reprenderlo—. Sois bienvenidas a uniros a mí… o a nosotros —lanzó un pulgar en mi dirección—, si el jefe está por la labor.

—Brad —le regañé, y él sonrió con picardía—. Tómate un puto día libre. —Dirigí mi atención a las tías—. Ya podéis largaros.

—Capullo —escupió la chica de pelo negro, arrugando la nariz con asco—. No hace falta ser tan borde.

—No le hagas caso —siseó su amiga, arreglándose el vestido—. Es Liam Warren.

—Oh, ignorad al lobo feroz. —Brad agitó una mano burlona delante de mi cara—. Mucho ladra, pero no muerde. Yo, sin embargo, muerdo. —De repente, aburrido de sus ronroneos gatunos, les dio la espalda, lamiéndose el palillo en la comisura de la boca—. Hemos tenido un problema.

Por supuesto que sí. La vida sería aburrida sin dilemas.

—¿Qué tienes para mí?

La jovialidad de Brad disminuyó. Su expresión dura ejemplificaba cómo terminaría esta noche.

—Vincent.

No sé muy bien qué pensar de eso.

—¿Dónde está?

Haciéndome un gesto para que lo siguiera, me guio calle abajo y dobló la esquina, silbando una melodía escalofriante mientras nos adentrábamos en el callejón de ladrillos que apestaba a alcantarilla.

Aparcado en el bordillo, bajo una farola, Nate se levantó de un Bentley, ataviado con un traje negro y un gorro.

Estiré los dedos dentro de los guantes de cuero de Bill, miré a mi alrededor para asegurarme de que estábamos solos y me detuve junto al maletero.

—Abre.

Desbloqueando el maletero, Nate abrió la puerta y señaló al hombre en cuestión, acurrucado en posición fetal, con bridas en las muñecas y los tobillos.

—Lo encontramos husmeando en tu despacho —dijo Nate, metiendo la mano y arrancándole la cinta aislante de los labios—. Aún no sabemos cómo burló la seguridad.

Vincent no gritó cuando Nate le quitó la mordaza de la boca. De hecho, el hijo de puta tuvo el descaro de sonreírme con arrogancia.

—Vincent —espeté, abriendo una navaja afilada—. ¿Encontraste lo que buscabas?

Sus penetrantes ojos azules se clavaron en mí.

—Sí.

***

CAPÍTULO 5

Alexa

Para adelantar el viaje, me desperté al amanecer y terminé de hacer una maleta a medio llenar de la noche anterior. Con el suave resplandor de la lámpara, conseguí prepararme para Cornualles, con calma y en silencio, sin molestar a Jace, que dormía como una estrella de mar, desnudo, en la cama de matrimonio, con la caótica manta enredada en las piernas.

Después de mi encuentro espontáneo y no programado con Liam, regresé al hostal de Heather y no me sorprendió encontrar a un Jace ansioso paseándose por la cocina, con una botella de vodka vacía en la mano. El muy borracho.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, me había reprendido por mi desconsideración. Mientras yo pasaba el día con Liam, bebiendo y haciendo el amor en un hotel de cinco estrellas, Jace se había preocupado hasta la extenuación por mí. Ni un solo miembro del sindicato tranquilizó a mi amigo ni le dio noticias, así que él creía que yo me consumía en una celda, temiendo por mi libertad.

Supongo que, después de todo, era una mala amiga. Ni una sola vez, a salvo en los brazos de Liam, pensé en Jace o en Heather. Muriéndose de la preocupación y abusando del alcohol para mitigar

el tormento de sus emociones, se convencieron mutuamente de mi posible condena a prisión. Y, sin embargo, mi ser desconsiderado no se había molestado en infundirles ánimos o consolarlos en su hora de angustia.

Quizá era hora de mirarme en el espejo, de reevaluar mi comportamiento reciente.

—Egoísta —me había llamado Jace.

Egoísta, destructiva, manipuladora, indiferente, narcisista y ensimismada, Alexa no acepta críticas constructivas. ¡No, se caracteriza por el egocentrismo y un jodido y falso sentimiento de que se lo merece todo!

Vale, esa última diatriba me dejó boquiabierta y estupefacta. A ver, entendía su frustración e impaciencia, ¿pero narcisista? ¿Yo? ¿Estoy ensimismada? ¿Manipulo a la gente? ¿Soy realmente tan perjudicial para los demás?

Jace cerró la puerta de la cocina de un portazo deliberado a sus espaldas, haciendo vibrar la fina porcelana y los tarros de especias de las estanterías de la pared.

Cobardemente, me quedé junto a la ventana, escuchando el estruendoso aguacero chocar contra los muebles de ratán de Heather. Tres tazas de café después, reuní la fuerza mental para enfrentarme al otro macho alfa de mi vida. Solo que, al entrar en la habitación, preparada para un combate de boxeo, encontré a Jace

dormido; el lado derecho de la cama —mi lado de la cama— estaba vacío, espacioso para que me uniera a él.

Le hice una promesa a Liam.

Me hice una cama improvisada en el sofá. Era incómoda y las piernas me colgaban por encima del reposabrazos. Sin embargo, no le faltaré más el respeto a Liam. Es mucho pedir, pero algún día quiero que Liam acepte a Jace; que incluso lo tolere. Para poder lograr una amistad tensa, posiblemente falsa, entre esos hombres, tenía que respetar los recelos de Liam. Así que se acabó lo de acurrucarse con mi amigo. Podemos continuar nuestra relación, renunciando a la rutina atípica pero familiar que una vez apreciamos.

En este momento, estoy limpiando nuestra habitación, lista para que Heather entre y haga su magia para adecentarla. Exhalando un suspiro de cansancio, metí la ropa de cama doblada en el armario y eché el resto de mis pertenencias en una maleta.

—Vale. —Recogiéndome el pelo en una coleta tirante, me siento a los pies de la cama y enfundé mis piernas en unas botas altas de ante negro.

Mirando por encima del hombro, le pongo una mano con delicadeza en la espalda tatuada de Jace, rezando para que no se despierte de un sobresalto y continúe con el interrogatorio de anoche.

—Jace —dije en voz baja, dándole un golpecito en la columna—. ¿Podemos hablar?

Gimiendo con voz gutural, entreabrió un ojo y frunció el ceño.

—¿Alexa? —Lamiéndose los labios secos, se frotó los ojos para quitarse el sueño, se giró sobre la espalda y se pasó una mano por su pelo castaño y revuelto—. ¿Qué hora es? —Mira la ventana, por donde el sol empieza a salir en nuestro horizonte—. Joder. ¿Por qué estás levantada tan temprano? —La curiosidad lo asaltó y examinó mi aspecto: vestida elegantemente, la cara completamente maquillada y bisutería fina—. ¿Qué está pasando?

—Me voy de viaje —dije lo que quería haber dicho ayer—. A Newquay, Cornualles, es donde nací... ¿Quieres venir conmigo?

Jace se incorporó sobre los codos, y el edredón le cayó hasta la cintura. Se rascó el pecho desnudo, fijándose en mi maleta cerrada sobre la silla.

—¿De verdad?

Asentí.

Haciendo un ruido evasivo, apartó la manta y se levantó de la cama, ofreciendo una vista privilegiada de su trasero tatuado.

—No pensé que te quedarías después de lo de anoche.

Digamos que he estado reflexionando esta mañana.

—Eres mi mejor amigo —susurré con vulnerabilidad, parpadeando para contener unas lágrimas inoportunas—. ¿Por qué iba a dejarte?

—¿Warren? —musitó él, anudándose una toalla a la cintura.

—A Liam no le agrada la idea de que seas tú quien me acompañe, pero lo sabe e incluso me ha deseado un buen viaje. —Eso no es del todo cierto. Omití la discusión, las amenazas de —matar a Jace — y una separación temporal mientras yo —extendía mis alas —.

Sentándose en el aparador, Jace entrelazó los dedos, observándome con una mueca de sospecha en sus ojos verde bosque.

—¿A Warren le parece bien que me vaya de vacaciones contigo? —preguntó, necesitando confirmación—. Me cuesta creerlo, Alexa.

—Cree lo que quieras, Jace. —Poniéndome de pie, me ajusté el botón de los vaqueros azules—. Escucha, no quiero perder el tiempo debatiendo o deliberando. Heather está abajo y quiero despedirme antes de que llegue el taxi.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—¿A qué hora piensas irte?

—En treinta minutos —dije, y sus ojos se salieron de las órbitas—. No te preocupes. He preparado tu bolsa de viaje, por si acaso. Todo lo que tienes que hacer es ducharte y vestirte.

Abrí la puerta del dormitorio, la cerré silenciosamente detrás de mí y me aventuré escaleras abajo. Al pasar por el salón principal, detuve mis pasos, giré lentamente la cabeza hacia atrás y me quedé mirando boquiabierta. Con vistas al jardín, una joven pareja disfruta del desayuno cerca de la ventana, riendo mientras comparten una jarra de zumo de naranja.

¿Qué demonios?

Relajando mi momentáneo ceño fruncido, seguí adelante en busca de nuestra hermosa posadera. El pan recién hecho y el chisporroteante aroma del beicon impregnan la cocina cuando entro; la chef/jardinera/decoradora/empresaria —qué demonios, es una personificación del empoderamiento femenino—, ataviada con un traje floral y un perfume con aroma a lavanda. Heather, untando mantequilla en el pan, con el delantal ceñido al cuerpo, tararea melodías al son de la radio.

—Buenos días, Alexa —dice con voz cantarina, sacudiéndose las manos—. Supongo... —Levanta la vista y, cuando ella también se fija en mi aspecto, se le forman arrugas de preocupación entre las rígidas cejas—. Estás deslumbrante, querida. ¿Vas a alguna parte?

Inflo el pecho, abro el frigorífico, cojo un cartón de zumo de manzana y me sirvo un vaso.

—Tienes clientes.

—Sí —dijo, aunque con cautela—. Decidí que era hora de reabrir el negocio, ¿recuerdas?

—Eso es maravilloso, Heather. —Bebiendo un sorbo de mi zumo, saboreando las dulces y sabrosas manzanas en mi lengua, me acomodé en un taburete—. Por cierto, me encanta el vestido. —Lleva un vestido de verano de chifón azul, largo hasta el suelo y con tirantes finos—. ¿Hay una cita con Ivor sobre la mesa? —bromeé, mientras devoraba una rebanada de pan tostado con mantequilla que me había dejado en la isla de granito.

—Solo un café por la mañana —dijo ella como si no fuera gran cosa —. Quizás un paseo por el parque. —Con las mejillas sonrosadas, finaliza la preparación de dos desayunos cocinados en una bandeja —. Un momento, querida.

Usando la espalda, abre la puerta y sale de la cocina, llevando el desayuno inglés completo a los clientes.

Me zampé dos bocados de tostada antes de dejar a un lado las sobras desmenuzadas.

Heather regresó y apagó el fuego.

—Te vas.

Dios, es muy perspicaz.

—Creo que ambas sabemos que se me ha acabado el tiempo aquí, Heather.

—Y Nath... Jace —tartamudeó, sentándose frente a mí—. ¿Se irá él también?

Incluso si Jace no viene conmigo a Cornualles, no creo que se quede aquí sin mí.

—Sí.

—Oh —dijo casi inaudiblemente, y la piel suave y traslúcida alrededor de sus ojos se arrugó—. ¿Adónde iréis?

—A rememorar viejos tiempos. —Llegó la suave voz de Jace.

Dando un respingo, me giré por la cintura y sonreí ampliamente.

—Estás para comerte —bromeé, abrumada pero a la vez eufórica por su decisión de venir conmigo.

Jace se aparta del marco de la puerta, dejando nuestras maletas en el suelo.

—¿Hay café por ahí?

—Por supuesto, mi amor. —Heather, rápida en atenderlo, corre hacia el hervidor para prepararle una taza—. Lo que sea para mi chico favorito.

—¿Chico? —me articuló Jace sin voz, y yo simplemente me encogí de hombros.

—Buena esa, Heather. —Luciendo vaqueros, botas de trabajo, una camiseta negra ajustada y su cotidiana chaqueta de cuero, le quita la taza a Heather, dándole un cariñoso beso en la mejilla—. Eres un encanto.

Poniendo los ojos en blanco, ella lo despidió con un perezoso gesto de la mano.

—Seguro que le dices eso a todas las chicas.

Adoptar esa ligereza pronto se volvió tedioso para Heather. Sus labios temblaron y sus ojos tristes se llenaron de lágrimas.

—¿Heather? —Poniéndome de pie, rodeé el mostrador—. ¿Qué ocurre?

—¿Estás bien? —La inquietud de Jace se sincronizó con la mía. Dejando la taza, se secó las manos en los vaqueros y se dispuso a intervenir—. ¿Heath?

—Es una tontería —lloró, levantando sus gafas de montura dorada para secarse las lágrimas—. Ignorad a esta vieja loca.

—Oye —la regañé suavemente, rodeándole la cintura con un brazo —. Si tú estás loca, entonces yo estoy para que me encierren.

—Sí —convino Jace, doblando su brazo por encima del mío—. Y si Alexa está para que la encierren, bueno, entonces yo estoy chalado.

Le lancé una mirada de —¿qué coño? —.

—¿Chalado?

Él puso una mueca.

—Vosotros dos —sollozó Heather, mirándonos con cariño—. Oh, os voy a echar tanto de menos.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos.

—No es un adiós, Heath —Jace no logró tranquilizarla, apretándole el hombro—. No te vas a librar de nosotros tan fácilmente.

Dejando escapar un suspiro devastador, nos tomó de las manos, aferrándose a ellas en un último abrazo.

—Gracias.

Frunciendo el ceño, perpleja, pregunté:

—¿Por qué?

Con los ojos empañados y llenos de tristeza, Heather se soltó y se puso de pie ante nosotros, desahogándose mentalmente.

—Por obligarme a salir de la oscuridad.

Sin palabras, la estudié, insegura de esta gratitud que nos otorgaba.

Jace, al igual que yo, se rascó la ceja arqueada.

—Antes de que vosotros dos llegarais, yo era simplemente un zombi andante que luchaba por levantarse de la cama por la mañana. Supongo que lo que intento decir es que me disteis una razón para despertarme, para vestirme, para fingir felicidad hasta que el contentamiento se convirtió en algo natural y la jardinería ya no era una tarea.

Me deshice del nudo que tenía en la garganta.

—En cierto modo, disfruté haciendo de madre para mis nuevos huéspedes —continuó, robándole el café a Jace y dándole un trago —. Aunque debo confesar. Siempre supe que no erais hermanos. Y desde luego tampoco me creí esos nombres falsos.

Soltando una carcajada, me sequé disimuladamente una lágrima de la mejilla con los nudillos.

—Os quiero con toda mi alma —dijo, y una emoción desconocida me recorrió—. Ahora, tengo clientes que atender, así que ya podéis iros.

Para Heather, vernos marchar era una tarea insoportablemente dolorosa. En su lugar, se entretuvo en el salón principal y fingió leer un libro, sin siquiera dirigirnos una mirada mientras nos despedíamos de la casa de huéspedes. Sin embargo, mientras metía las maletas en el maletero del taxi, sentí que nos observaban.

Heather nos veía marchar desde detrás de la cortina.

***

Según los folletos, Newquay, una ciudad en la costa norte de Cornualles, es famosa por sus playas de arena de Fistral y Watergate Bay. Tarareando para mí misma, metí el folleto en mi bolso, me deslicé las gafas de sol sobre los ojos y seguí a Jace, que sacaba nuestras maletas del autocar, fuera de la estación.

Un viaje improvisado a Newquay equivale a un dúo sin rumbo.

Jace, con gafas de aviador y una gorra, sorbió su café.

—¿Y ahora qué?

No tuve respuesta.

—¿Reservaste un hotel antes de que nos fuéramos?

Negué con la cabeza.

—¿Y un coche?

Arrugué la nariz.

—No sé conducir.

Resopló.

—Por favor, dime que al menos te acordaste de traer el dinero.

Oh, revolví cada rincón, recoveco y hueco en casa de Heather, reuniendo el dinero escondido para nuestra aventura.

—Por supuesto que me acordé del dinero. No soy completamente irresponsable, Jace.

Sin estar de acuerdo, resopló groseramente y tiró su vaso de café vacío a una papelera.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Hubo una pausa preñada—. ¡Alexa!

—No lo sé —repliqué, recuperando mi bolso y arrastrándolo al otro lado de la calle.

—No había pensado tan a futuro.

—No creo que hayas pensado en absoluto —ladra, esquivando un vehículo que pasaba y volviendo a reunirse conmigo en la acera—. Busquemos un hostal o algo así.

—¿Un hostal? —chillé, con imágenes de películas de terror insidiosas pasando por mi mente—. No, hostales no, Jace.

Molesto por mi petulancia, Jace se ajustó la correa de la bolsa de viaje sobre el pecho, me arrebató la maleta de las manos y avanzó con decisión.

Lo miré asombrada.

—¿Adónde vas?

—A encontrar una puta habitación —bramó, atrayendo la atención de turistas, viajeros y compradores—. Mueve tu culo gordo, Alexa.

—Ojalá tuviera el culo gordo —murmuré, sonriendo tímidamente a los sibaritas de las mesas, que disfrutaban de una tarde de cervezas frías y almuerzos ligeros.

Mis tacones repiquetearon alternativamente en la acera mientras mantenía una distancia prudente detrás de un Jace enfurecido. Se detuvo junto al escaparate de una tienda. Sin hablar conmigo, abrió la puerta y entró, dejándome sola frente a una lujosa boutique.

Con las manos en las caderas, me balanceé sobre los tacones de mis botas, admirando los banderines descoloridos por el sol que

serpenteaban entre los edificios de pequeños negocios, los animados bares y restaurantes, los vivaces lugareños y el agradable olor a mar.

La puerta de la tienda se abrió. Jace salió precipitadamente, blandiendo un sobre.

—He encontrado un sitio donde dormir. El de la agencia de viajes dijo que está a unos veinte minutos andando... —Sus ojos críticos hicieron hincapié en mis botas—. ¿Necesitamos un tranvía?

—No. —Desde Victoria, pasearme con tacones de quince centímetros ayudaba a la elegancia y la postura, así que rara vez siento el suelo bajo mis errantes piernas—. ¿Te apetece un pretzel?

—Joder, sí.

Compré una bolsa de pretzels blandos en la panadería y caminé con Jace hasta nuestra casa de vacaciones. Polarizando y catalogando los paisajes, llené el vacío de mi estómago, me quejé dos veces —culpa de la sed— y finalmente localicé la casa de playa en el acantilado con vistas a la costa. Llamadme parcial. Tenía el mejor amigo más increíble del mundo. Se había enfadado conmigo; sin embargo, el adorable granuja se aseguró de que el tiempo que pasáramos en Newquay fuera memorable. Pasamos por B&Bs, hoteles, hostales e incluso un camping de caravanas. La cabaña de madera, sin embargo, fue un toque especial.

—Me encanta.

Jace subió los escalones hacia el porche de madera.

—Aún no la has visto.

No lo necesitaba.

—Es perfecta, Jace.

Rebuscando con las llaves, abrió la puerta principal y me indicó que entrara primero.

Sin poder contener mi emoción, entré corriendo. Espaciosa pero acogedoramente íntima, la cabaña combina un ambiente confortable con una cocina y sala de estar interconectadas, bien iluminadas y ventiladas, con muebles rústicos y un atractivo porche envolvente para esas sesiones de vodka nocturnas con Jace.

Dejé que Jace encontrara un dormitorio. Abriendo de un empujón una puerta que crujía, entré en el cuarto pequeño; las tablas de madera del suelo gemían a cada paso.

Quitándome el abrigo de piel sintética y echándolo sobre la silla de madera, pasé la mano por el edredón de color verde mar que cubría la cama de matrimonio y me dirigí a la ventana. Girando la manilla, la entreabrí, casi saboreando la frescura de la corriente de aire.

A lo lejos, el sonido de las olas tranquilizadoras chocaba contra los cipreses de un verde frondoso, aferrados al acantilado.

Instintivamente, cerré los ojos para escuchar, mientras el viento frío soplaba suavemente a través de los mechones de mi pelo.

Quitándome las botas con la cremallera, y luego los calcetines, me remangué los vaqueros, dejándolos casualmente a la altura de las rodillas, y abrí la desvencijada cancela. Siete escalones guiaban el camino. Mis pies descalzos tocaron la hierba, y las hebras húmedas se entrelazaron entre mis dedos.

Manteniendo los ojos cerrados, extendí los brazos y rocé las yemas de mis dedos sobre la hierba crecida, arrancando un delicado hilo y tejiéndolo con mis dedos.

—¿Estás bien?

Mis pestañas se abrieron con un aleteo.

—Sí.

Con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, Jace apareció en mi visión periférica, de pie a mi lado.

—A Summer le encantaba encontrar conchas —me dice, estudiando el océano en calma, con un nudo duro en su mandíbula tensa—. Pero no cangrejos —bromea, soltando una breve carcajada—. Nunca cangrejos.

Esbocé una sonrisa triste.

—¿Qué hacías con todas las conchas?

—Hacer cosas, supongo. —Jugueteando con una roca irregular bajo su bota, le da una patada ligera hacia la derecha—. Quiero decir, puedes pintarlas, o hacer llaveros... —No necesitaba ver sus ojos para saber que la tristeza y la visión borrosa empañaban su mirada —. ¿Tienes hambre? He visto una freiduría de camino aquí. Podría traernos la cena y vodka.

—Como si fuera a rechazar lo bueno. —Fingir una sonrisa cursi era fácil, pero cortar la corona de hierro forjado que estrangulaba mi dolorido corazón parecía imposible.

Jace abrió la boca, pero esas palabras se las tragó y no las dijo. Inclinando la cabeza, desanduvo sus pasos.

La arena se derretía bajo mis pies mientras continuaba hacia la playa. No dejé de caminar hasta que la orilla estuvo a mi alcance. Mordazmente frías, las olas espumosas lavaron los granos de arena de mis dedos.

Agachándome, me senté cómodamente, subiendo las rodillas hasta el pecho, con los brazos abrazados a las espinillas. Pronto, el frío fue un recuerdo borroso.

—¿Qué estás haciendo, Alexa? —me pregunté en voz alta, frunciendo los labios. —Encontrándome a mí misma —, pensé, sonriendo estúpidamente.

A mi izquierda, unas pozas de marea se encontraban en la base del acantilado. Poniéndome de pie de un salto brusco y frenético, corrí, con determinación en cada paso que golpeaba la arena.

Deteniéndome en seco, antes de poder rasparme o engancharme los pies, coloqué las manos sobre las rocas circundantes perfectamente talladas, usándolas para trepar.

A través de las aguas turbias, me sumergí y busqué en la playa, con las manos vadeando, los vaqueros empapados hasta los muslos. Bellotas de mar, algas resbaladizas, lapas y anémonas de mar.

—Vamos.

Apoyando el trasero en una roca saliente, desechando los escombros en la arena, apoyé las palmas de las manos en el suelo irregular. Mis dedos trazaron un objeto afilado, y una pequeña sonrisa bailó en mis labios. Ahuecándolo hacia la superficie, limpié con el pulgar la arena húmeda de la concha amarillo-marrón; su anterior ocupante se había mudado, imagino.

Escondiéndola en mi bolsillo, salí de la poza y volví a la cabaña de madera.

Jace todavía no había regresado. Cojo una toalla, una muda de ropa y artículos de ducha y los dejo en el baño mientras me quito los vaqueros empapados del cuerpo.

Junto a mi cama, abrí el cajón de la mesilla de noche y coloqué la concha de Summer dentro.

—Vamos a hacerte un nuevo atrapasueños, princesa.

CAPÍTULO 6

Liam

Asistí a un desayuno temprano con los hombres, acompañado de champán caro y puros cubanos; el pintoresco amanecer alimentaba con su cálida luz el horizonte engañoso y aparente de la zona de asientos al aire libre del restaurante.

Con las pilas cargadas para el día, ordené a Nate y a Josh que se reunieran con un aliado en Gateway para transferir la entrega de armas de anoche: quince grúas de pistolas de alta gama y cargadores.

Antes de trasladarme al centro de Londres, cuando solo era un muchacho que deseaba una vida diferente, trabajé diligentemente para construir una ronda sistemática y una base de clientes disciplinada, pero la venta de armas sueltas a yonquis de la calle o a políticos corruptos por una miseria cesó. El comercio ilícito de contrabando incorpora un círculo más pequeño de clientela, pero esos traficantes de armas sedientos de dinero pagan exorbitantemente para quitarme esas grúas de las manos con la intención de distribuirlas a contrabandistas de armas por pequeños márgenes de beneficio, similar al narcotráfico. Es una situación en la que todos ganan. Importo mercancía, suministro bajo demanda y me beneficio ventajosamente.

Soy dueño de un lucrativo club nocturno con chicas despampanantes que ofrecen extras adicionales a los buscadores de placer, un casino a punto de abrirse y un restaurante de cinco estrellas impresionantemente ornamentado. Ambos negocios son edificios de ladrillo sin problemas utilizados como lugar de encuentro para la organización: una tapadera. En realidad, implican una mezcla de beneficios legítimos con los beneficios de actividades ilícitas; es una gran manera de engañar a las fuerzas del orden.

Al manejar el mercado negro y el submundo criminal, las serpientes oportunistas que se esfuerzan por abdicar de mi trono y desatar el infierno sobre mi ciudad, ocasionalmente asoman la cabeza. El sindicato exterminaba plagas molestas con mi visto bueno; sin embargo, hoy, mientras Brad visitaba a Fat John, el corredor de apuestas de cuarenta y tres años de Camden, decidí aprovechar. Una visita amistosa, si se quiere.

—Tengo el dinero —bramó John, arrastrándose como un perro sarnoso mientras Brad caminaba despreocupadamente detrás de él —. Solo necesito un par de días, Warren...

—Eso dijiste la semana pasada. —Brad, tan impaciente como siempre, le dio una patada al hombre bajo la barbilla, enviando su corpulento cuerpo en un montón aullante por el suelo.

—Por favor —sollozó John, limpiándose una mezcla de lágrimas y babas de sus dientes manchados de sangre—. Puedo saldar mis deudas trabajando...

—Basta —dije secamente, aburrido de su teatro—. De pie.

Brad se pasó una mano por la cabeza antes de agarrar a John por el pescuezo y ponerlo de pie.

—Tienes oídos, capullo. —Forzó a John a sentarse en un taburete desvencijado y le limpió la cara con una servilleta, dando toquecitos y eliminando las salpicaduras de sangre—. Si el jefe te ordena que te levantes, te levantas de una puta vez, ¿entendido?

Asintiendo servilmente, John inhaló una bocanada de aire tranquilizador y esperó.

—Hace doce meses viniste a mí —comencé, con una máscara estoica—. Si no recuerdo mal, me estuviste fastidiando durante cinco semanas, exigiéndome que me sentara contigo.

Me dedicó un seco asentimiento.

—Accedí, John. Me senté en una mesa contigo y atendí a tu argumento poco convincente. Incluso te ofrecí una copa.

—Te lo agradecí —insistió él, con ojos suplicantes—. Me prestaste dinero, Warren. Por eso, te estaré eternamente agradecido.

—No soy un servicio de caridad —espeté, y él gimoteó—. Términos y condiciones, John. Con intereses, te facilité los fondos, sobre la base de que me devolverías mi generosidad.

—El negocio —señaló las paredes manchadas de humo, los asientos de cuero raído y los televisores montados en la pared—. La gente no

tiene dinero para apostar estos días, Warren. Está la cosa muy mal. Tengo suerte si saco diez centavos. Con la recesión y todo eso.

Parpadeé una vez.

—No es mi problema.

Brad cerró la puerta con llave y le dio la vuelta al cartel.

John observaba, absorto.

—¿Por qué ha dado la vuelta al cartel de abierto? No puedo cerrar el chiringo, Warren. Necesito a los clientes.

En su muñeca, un reloj de diseño me llamó la atención.

—Bonito reloj.

Su mano se cerró automáticamente sobre los diamantes blancos.

—Un regalo de mi madre... —Le agarré el antebrazo—. ¡No, Warren! No te lleves mi reloj... adoro este maldito reloj.

Le metí la rodilla entre los muslos, arrancándole un gemido ahogado de la garganta, y apliqué fuerza bruta. El dolor insoportable lo doblegó, y no alivié su tormento aplastante hasta que el Rolex cayó en mi palma.

—¡Cabrón! —chilló en el segundo en que di un paso atrás, ahuecando sus partes—. ¡Me has roto la polla!

Le dirigí una mirada de fastidio, sopesando la joya en mi mano.

La cabeza de Brad apareció por encima de mi hombro.

—Bonito —silbó por lo bajo—. ¿Cuánto te costó eso, John?

—Un regalo —masculló—, de mi madre.

—Vacía las cajas registradoras —le dije a Brad, y John se tambaleó del taburete—. Encárgate de la oficina también.

—No, Warren. No me hagas esto. —Cojitranco, se tambaleó detrás de Brad, con la camiseta empapada de sudor—. Vamos, Brad. Tú eres buena gente.

Brad arqueó una ceja, pero no respondió. Cogiendo las llaves de la caja del mostrador, lo rodeó, abrió la caja registradora y se llevó el dinero.

El derrotismo irradia de John. Ha perdido la voluntad de luchar, de regatear o de suplicar, pero cuando me ve meter un cargador en la Desert Eagle, su barriga y sus hombros redondos se enderezan como una tabla.

—No, no hagas eso. No me merezco eso...

—Cierra la puta boca —ladré, amartillando el arma y apuntándole a la cara—. ¿Cómo jugamos a esto? ¿Rodillas? ¿Cabeza o pecho? Pídemelo amablemente, y apuntaré al corazón. —Mi labio se curvó en una sonrisa siniestra—. He oído que es menos doloroso.

Su boca se torció en una mueca.

Le di al seguro con el pulgar; el chasquido seco lo hizo respingar.

—¡Espera! —Levantando las manos en señal de rendición, temblaba violentamente, sopesando razonamientos sin sentido—. ¿Y si comparto algunas verdades?

Brad reaparece, con las ganancias del hombre metidas en una bolsa negra.

—Deja de rajar, calvo. Me muero de puto hambre. —Se echó la mercancía al hombro, deteniéndose con impaciencia a mi lado—. Ya sabes lo de mala leche que me pongo cuando me privan de la comida.

Nunca he conocido a un capullo tan melodramático en toda mi vida.

—Las calles. —John usó mi vacilación como una invitación—. Hablan, Warren. He oído algunos rumores. Ya sabes, podría ayudarte.

—¿Cómo cojones puedes ayudarnos? —preguntó Brad, dirigiéndole una mirada cruel.

—Te atacaron —me dijo, con optimismo en sus ojos brillantes—. En lo de Mario, ¿verdad?

Encogiéndome por dentro, entorné los ojos, con la mano firme en la Eagle.

Brad hinchó las fosas nasales.

—Glosectomía, jefe.

—¿Glosectomía...? —Pálido como un muerto, John se tapó la boca, chupándose la lengua—. No, puedo ayudar. Fui a un pub la semana pasada y oí a gente hablar, dos tipos dijeron que habían puesto precio a tu cabeza.

—¿Estás de coña? —pregunté, pero mi instinto me dijo que le creyera—. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Y qué coño de precio?

Lamiéndose la sangre de los dientes, bajó las manos con cautela.

—No sé sus nombres; nunca los había visto antes.

—¿Dónde está el pub? —preguntó Brad, con un aura amenazante en su oscuridad—. ¿Dónde está el puto pub, John?

—En el este de Londres —tartamudea, dando un paso casi imperceptible a la derecha—. Un bonito local de esquina, Warren. Cerca del Old Spitalfields Market.

Hice memoria, sin éxito.

—Conozco el sitio —confirma Brad, frotándose la barba incipiente—. ¿Descripciones?

—Vagamente... —John, sellando su destino, echó a correr hacia la puerta.

Le permití dar seis pasos, apunté a la nuca y apreté el gatillo. Impactado por la bala, su cuerpo muerto cayó como un saco de mierda, golpeando el suelo.

—Todavía necesitamos esas descripciones.

Ignorando a Brad, encendí un cigarrillo, esquivé al muerto y salí de la casa de apuestas.

Gruñendo, Brad caminó a mi lado, una mano en el bolsillo del pantalón, la otra firmemente aferrada al saco.

Sentada en un banco rústico, esperando un autobús, una mujer mayor observa el ajetreo, las calles de Londres, los viajeros y el tráfico ubicuo.

Discretamente, dejé caer el reloj en su bolso de cuero, ignorando a un Brad que parloteaba mientras nos dirigíamos hacia el Bentley aparcado.

***

Dentro de la oficina del Club 11, entronizado detrás del escritorio de caoba, apoyé los codos en las rodillas y cogí mi teléfono. Alexa se fue a Cornualles esta mañana. Yo no le escribí; ella no me escribió. Sin embargo, sigo revisando mi teléfono, anhelando su confirmación. Echaba de menos los días en que trabajaba abajo, las noches en que podía admirarla desde lejos o convencerla de que se uniera a mí en el santuario de estas cuatro paredes. Echaba de menos los tiempos en que, sí, nuestra relación se elevaba a alturas febrilmente peligrosas, pero esos breves instantes juntos eran mi único propósito en la vida. Hoy en día es un raro privilegio mantener a la hermosa mariposa a mi alcance.

Desechando la idea de llamar, lanzo el teléfono a un lado, saco lo esencial del cajón y preparo un mazo de cartas. Con el canuto liado en la mano, le quité la punta de un mordisco y lo encendí con una llama, inhalando el humo.

Llamaron a mi puerta.

—Adelante —grito, subiendo los pies al escritorio.

La puerta se abrió sigilosamente y entró Cherry, la vibrante pelirroja. Lleva tacones de aguja de cristal y un tanga de diamantes de imitación. Sus pechos voluptuosos, tersos y rosados, atractivos a la vista masculina.

A mí, sin embargo, no me importa la curvilínea coqueta. Girando la cabeza y dando otra calada, la veo dejar fajos de billetes enrollados

sobre el escritorio.

—La recaudación de esta noche —ronronea, aparcando su trasero regordete en el sillón—. ¿Necesita ayuda, señor Warren? —Trazando mi mandíbula con uñas afiladas, estira el cuello para encontrar mi ceño fruncido y displicente—. Podría enviar a otra persona si lo prefiere.

Le paso el canuto.

—Estoy pillado, Cher.

Llevándose la chusta a la boca, frunció los labios pintados de brillo alrededor del extremo, inhalando una calada. Sus ojos azules eran como deslumbrantes cristales, indiscutiblemente su mejor rasgo.

—Oh, es verdad. Has vuelto con Alannah, ¿no?

Su intento de fingir ignorancia desató mi ira.

—Alexa —la corregí, y ella hizo un mohín con los labios—. Vuelve a faltarle el respeto, en mi presencia o en mi ausencia, y te arrancaré esa lengua descarriada y vengativa y te haré atragantarte con ella. —Apoyando los pies en el suelo, me acerqué, agarrándola por su frágil cuello—. ¿Ha quedado sobradamente claro?

Tragando saliva con dificultad, inclinó la cabeza.

—Bien. —Recuperando el canuto, me dejé caer de nuevo en la silla y fumé suficiente marihuana para adormecer las voces insistentes dentro de mi cabeza—. ¿Dónde está Cora?

—Con un cliente, señor —susurró, arreglándose la cadena de diamantes de imitación que le rodeaba la cintura.

Mi teléfono vibró en el escritorio.

Me incliné para cogerlo, sin reconocer el identificador de llamada.

—Warren —respondí, echando humo hacia el techo.

—Duerme, mi niño, en la copa del árbol —susurró alguien en voz baja al otro lado de la línea—. Cuando el viento sople, la cuna se mecerá.

Aplastando el teléfono con la mano, volviendo a comprobar la pantalla, me incorporé.

—¿Quién coño es?

Resuena una risita de mujer.

—Cuando la rama se rompa, la cuna caerá.

Extendí la mano y Cherry me dio su teléfono.

—Una serenata —dije con voz monótona, enviando un mensaje a Nate desde su número y ordenándole que viniera a la oficina inmediatamente—. Me siento honrado.

Se hizo el silencio.

—Y caerán el niño, la cuna y todo lo demás.

Cherry, al oír la extravagante conversación, puso cara de pato.

—Me alegro de que lo apruebes —dijo la mujer desconocida—. Liam.

—Warren —gruñí, y ella soltó una carcajada ahogada.

Nate entra en el despacho y Cherry le susurra algo al oído. Poniéndose las gafas de leer de montura negra, enciende mi ordenador, conecta un cable a mi teléfono y abre un servidor. Levantando seis dedos, me instó a que alargara la conversación.

Relajé la mandíbula y pregunté:

—¿Qué puedo hacer por usted...?

Otro silencio me recibió.

—No necesitas saber mi nombre, Liam.

El teléfono hizo clic coincidiendo con la pantalla del ordenador, y los números ascendentes del temporizador se quedaron a cero.

—Mierda —espeta Nate, pasándose una mano por su pelo recién cortado—. Déjeme su teléfono, señor. Rastrearé el número IMEI.

Fui a pasarle el teléfono cuando vibró en mi mano.

Mi corazón se hizo añicos.

—Fuera.

Tras cruzar una mirada con Cherry, Nate se apartó de mi escritorio, haciéndole un gesto para que saliera primero. Esperando a que la puerta se cerrara tras ellos, acepté la llamada.

—Alexa.

—Liam. —Su suave voz hizo que cerrara los ojos—. Oye, es decir, solo quería ponerte al día. Si quieres, claro.

Masajeándome el pecho con la palma de la mano, dejé caer la cabeza hacia atrás en el respaldo de la silla.

—Siempre.

—Me he registrado en una cabaña de madera preciosa. Es para morirse, Liam. ¿Y las vistas? Fenomenales. Puedo ver el océano desde la ventana de mi habitación.

Sé que está con Jace. Tengo en la punta de la lengua preguntarle si está en esa habitación con ella, pero, en lugar de eso, confío en su honestidad.

—Suena bien. —Echo un vistazo a mi reloj—. ¿Algún plan para el resto de la tarde?

—No, no esta noche. Comida, vodka y a la cama tempranito. Me levantaré al amanecer, saldré a correr por la playa y luego empezaré con todas las chorradas para turistas.

—¿Correr? —Pagaría por ver eso—. ¿Con qué propósito?

—He leído que es una forma estupenda de despejar la mente.

Su comentario tan aleatorio hizo saltar todas las alarmas.

—¿Te preocupa algo?

—No —mintió, y lo odié—. Necesito el ejercicio, también.

Mis labios se estiraron en una sonrisa.

—¿Te estoy descuidando? —Esperaba su confusión muda—. ¿No te hago trabajar lo suficiente, Alexa?

—Liam —dijo, con un toque de ahogo—. ¿Siempre tiene que ser sobre sexo?

—¿Te estás quejando?

—No. —Se rio, y mis músculos, en tensión, se relajaron—. ¿Estás en el trabajo? —Su tono se volvió más bajo, ronco y sugerente.

Exhalando el humo, me terminé el porro y lo apagué en el cenicero.

—¿Por qué no me preguntas simplemente si estoy solo, nena?

—¿Estás solo, Liam?

—Sí. —Mi polla tuvo una sacudida—. ¿Y tú?

—Estoy en mi habitación, sentada en la cama, solo con una toalla.

—¿Ducha?

—Jacuzzi.

Mis venas ardientes se helaron al instante.

—¿Tienes un jacuzzi? —Apretando el puente de mi nariz, apreté los dientes. Imágenes de ella en bikini flotaban en mi mente. Jace, ese cabrón, sentado a su lado—. Suena solitario.

Es un truco; quiero saber si me lo dirá.

—Solo durante la primera hora —dijo con ansiedad—. Liam, Jace también está aquí. No quiero mentir ni fingir que no se unió a mí solo para apaciguarte. Pero debes saber, como enfaticé antes de irme, que aquí solo hay amistad.

Mi polla semierecta se desinfló.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia.

—Liam... un momento —se interrumpió de repente, ahogando la voz en el auricular—. Lo siento, Liam. Mis tacos están listos. ¿Puedo llamarte antes de dormirme?

—Claro. —Chasqueé la lengua dos veces—. Te quiero, nena.

—Yo también te quiero —dijo, y lo sentí hasta los huesos—. Adiós, Liam.

Cuelgo la llamada.

Nate me espera fuera del despacho. Le doy mi teléfono y nos vamos en direcciones opuestas. Pondrá a prueba sus habilidades

informáticas y mañana me traerá novedades: un nombre o un destino del misterioso interlocutor.

Los guardias de seguridad se yerguen mientras deambulo por los pasillos, un asentimiento corto y seco como reconocimiento. Marcando el código de la sala de baile principal, abrí la puerta de par en par, invadido por la clamorosa música de mi club y el humo que flotaba bajo. Serpenteando entre la multitud de fiesteros, me dirijo a la barra, ignoro a los empleados y bajo al subterráneo.

En el sótano, Josh salta de un barril de acero y guarda su teléfono.

—Jefe.

—¿Brad? —pregunté, y señaló hacia las cámaras. Me detuve en la puerta—. ¿Josh?

Se atusó el desordenado pelo castaño, secuela de los tirones de una mujer.

—¿Sí, jefe?

—El retraso aislado es un motivo de preocupación —le reprendí, y se puso rojo de humillación. Agarrándole la chaqueta del traje por el puño, lo arrastré más allá del umbral—. Deja de hacerte el guapo, chaval. ¿Te pago para que te quedes sentado sin hacer nada?

Cuando le di un sopapo en la nuca, maldijo, frotándose el dolor a medias que le provoqué.

—Lo siento, señor.

Desabrochándome la chaqueta del traje, pasando junto a los hombres reunidos, serpenteo más allá de las celdas vacías. Brad, furiosamente aburrido, no me quitaba los ojos de encima. Con un palillo encajado entre los dientes, se apartó de la pared de ladrillo.

En la celda de Vincent, agarré el cerrojo y lo abrí.

—¿Estás listo para una charla, Vincent? —Anoche dejé aquí abajo a esta molestia mientras reflexionaba sobre cómo manejarlo.

Aunque elegantemente trajeado, Vincent está esposado, con los brazos atados a la espalda. Sangre seca y agrietada le mancha la ceja izquierda, un puñetazo no premeditado en la cara, propinado por Brad.

—Incluso los funcionarios de prisiones ofrecen a los reclusos agua y algo de comer, Liam.

—Warren. —Deslicé la puerta metálica hacia un lado, chasqueé los dedos, tratándolo como si fuera un perro—. Arriba. Josh, diles a los demás que se vayan.

Josh corre por el pasillo débilmente iluminado y resonante, ordenando a los hombres que se vayan. Le oigo cerrar la puerta, privatizando nuestro altercado.

Bostezando, Vincent se levantó perezosamente, moviendo los hombros hacia delante y hacia atrás.

—El suelo era un poco incómodo. —Su ligereza era un acto consciente para enmascarar el engaño—. Tortícolis.

Sacando la Eagle de la cinturilla de mi pantalón, le indiqué que se adelantara. Saliendo de sus oscuras cámaras, me adelantó sin prisas —no sin antes lanzarme una mirada mordaz—, acentuando su altura.

—Es alto —, pensé, marcando sus pasos.

—Bajo la luz.

Riendo sombríamente, Vincent echó la cabeza hacia atrás. El bromista mira hacia la bombilla que cuelga, con una sonrisa baja y divertida en los labios.

—Muy dramático, hermano.

—No soy tu hermano —dije indignado, extendiendo el brazo derecho, con la pistola agarrada bajo unos dedos rígidos—. Mi madre parió un solo hijo, un solo vástago, antes de que esa zorra de mierda se quitara la vida. No vengas a mí, Vincent, con gilipolleces. Tú y yo sabemos que es humanamente imposible que compartamos sangre.

Brad, inquisitivo pero demasiado cauto, descansa junto a Josh en la primera celda. Sus ojos, pegados a Vincent.

—Ese ha sido un discurso defendible —dijo Vincent con aspereza, lamiéndose lentamente el labio inferior—. ¿Y qué hay de nuestro padre, hermano?

Lo escudriñé con altivez.

—No.

—¿De verdad? —Su tono despectivo se deslizó por mi piel—. ¿Cómo puedes estar tan seguro? Conocí al hombre —añade, y la complicidad en sus fríos ojos hizo temblar esqueletos enterrados—. Antes de su asesinato, por supuesto.

De nuevo, el brillo conspirador en sus ojos desveló la verdad en los míos.

—Ray tuvo un hijo.

Fingí indiferencia, pero luchaba por disipar el misterio de nuestro extraño parecido. Desde su mandíbula afilada como una cuchilla hasta las ondas negro azabache, aunque su peinado era más largo y maleable. Tez pálida y alturas idénticas. Sus ojos azul hielo reflejaban los míos.

Vincent es una versión más joven de mí. En verdad, mirarlo evocaba aquellos recuerdos deprimentes del East End, el estudio. Pasé demasiado tiempo en el baño, examinando mi reflejo en el espejo.

No, me niego a creerlo.

Es inviable.

¿Por qué estoy a punto de vomitar?

Le di la vuelta a la imagen. Bill me devuelve la mirada, con el brazo sobre el hombro de otro hombre, la pictórica isla caribeña como telón de fondo. —Hermano de otra madre —, leí en la caligrafía.

Traicionado. Confundido. Enfadado. Herido.

Rodeando el escritorio, encendí el portátil y navegué por internet.

Raymond (Ray) Warren, consejero delegado de la empresa de ventas Telecomservices.co, casado con su esposa Evelyn, dos hijastras... Ojeé los detalles innecesarios y me detuve... Divorciado. Esposa anterior, V. Jayne. —Vamos —, me quejé, abriendo artículos, esperando más, cualquier cosa más.

Pero ¿qué más necesitaba?

Es evidente por qué Bill me envió aquí, a casa de Raymond. ¿Un hombre que era su amigo? ¿Mi supuesto padre? ¿O estoy sacando conclusiones precipitadas? Mucha gente tiene nombres parecidos... la esposa, sin embargo. De la que se divorció. ¿Podría haber sido mi madre?

—¿Me importa lo suficiente como para averiguarlo? —. Recité la inolvidable pregunta, la misma vacilación exacta que había sentido al cernirme sobre el cuerpo dormido de mi padre.

Brad discierne el cambio innegablemente inquietante en mi antes distante actuación, el ligero carraspeo en mi voz.

—¿Jefe?

Dejé de leer la biografía de mi padre.

¿Por qué dejé de leer?

—¿Qué pasa, hermano? —Un brillo de engaño descarado centellea en sus profundidades sin alma—. Pareces como si hubieras visto un fantasma.

—Un trabajo sencillo. —Le apunto a la cara con la pistola, pero no se inmuta—. A efectos de discusión, digamos que esa patética excusa de hombre, en efecto, nos engendró a los dos. ¿Por qué crees tan complacientemente que eso cambia o significa algo?

—¿No es nuestro linaje un prerrequisito para la compasión o el entendimiento, Liam? —Otra sonrisa críptica y de doble filo. Es realmente la personificación de la audacia y la astucia.

¿A qué juego está jugando?

—No seguiste las instrucciones. Insistentemente, me faltó interés, y aun así vienes a mi club, engañas a mis guardias... —Todavía estoy esperando un informe sobre eso—. Entraste e invadiste la privacidad de mi oficina y, en un comprometedor estado de patética indefensión, pides compasión.

Mirándome fijamente desde debajo de sus oscuras y encapotadas cejas, se lamió los dientes superiores.

¿Por qué no puedo leerlo?

—Está intentando sacarte de tus casillas —dijo Brad en solidaridad, poniéndose delante de mí y obstruyendo mi eje óptico—. ¿A que sí, Vinnie?

Me uní a Brad, un frente unido. Imperturbable y absolutamente desalmado, conté mentalmente, con el dedo en el gatillo temblando.

—No es nada personal, Vincent —le provoqué, con expresión grave —. Después de todo, yo maté a mi propio padre.

En un movimiento mecánico y animal, los brazos de Vincent, antes esposados, salieron disparados de detrás de su espalda. Su objetivo principal, Brad, falló con su pistola —y yo casi apunto para disparar, un nanosegundo, pero la espalda de Brad se encontró de repente con el pecho de Vincent, la cadena irrompible, cerrada y ahogando el cuello de mi mano derecha.

No me arriesgaré a perder a Brad.

—¿Qué desafortunado? —se burló Vincent, con los puños apretados en las esposas, asfixiando el oxígeno de la tráquea de Brad—. Bastante decepcionante, hermano. Me dijeron que tu instinto nunca te fallaba.

Las manos de Brad se aferran a la cadena, sus piernas se agitan para ganar ventaja.

—Hijo... de la gran... puta —escupe, enseñando los dientes.

—Da un paso más —advierte Vincent, mirando de reojo a Josh—, y le rajaré el puto cuello. —Notando el débil brillo a través de sus nudillos blanquecinos, una cuchilla, puse el seguro de la Eagle—. Te pedí tu tiempo y me lo negaste.

—No quiero tener nada que ver contigo, Vincent —dije, y lo decía en serio.

—¡Ah! —Brad se frenó, estremeciéndose en el indomable encierro de Vincent. Bajo las cadenas, un riachuelo de sangre gotea por su cuello, consecuencia de la paciencia de Vincent—. ¡Josh! —Sus ojos preocupados se agrandaron, y Josh se movió con su Glock empuñada—. ¡Ni se te ocurra disparar! ¡Lo juro por todo lo jodidamente sagrado, si este gilipollas me mata, te atormentaré hasta el suicidio!

Fijamente, Vincent observa, queriendo sacarme de mis casillas.

—¿Y si te dijera que compartimos un interés común?

Su pregunta despertó mi atención, pero permanecí callado.

—Nos has engañado.

—Hice lo que tenía que hacer —dijo Vincent, sus labios rozando la oreja de Brad, la lengua moviéndose por su lóbulo—. El sindicato bloqueó cualquier forma de contacto por mi parte. No podía llamar, ni mandar mensajes, ni correos. El señor Alzaim es todo un intelectual, muy astuto. Esperé. Y esperé. Y esperé —dice con cara de póquer, arqueando una ceja burlona—. Estoy cansado de esperar, hermano. Disculpas por este secuestro caótico, pero hice lo que tenía que hacer.

Hijo de puta.

Agarrando el pelo de Brad, los hizo retroceder un paso.

—Me lo agradecerás —continúa, lanzando una memoria USB por el suelo—, algún día.

Brad ladró de dolor, sus rodillas cediendo. En un movimiento indescifrable, Vincent liberó la cadena del cuello de Brad y le dio una patada en la columna. Esquivé su cuerpo proyectado y perseguí a un Vincent que huía del subterráneo, disparando balas sin apuntar, los casquillos metálicos repiqueteando contra las paredes.

Vincent no mira hacia atrás ni devuelve los disparos. Está armado, pero no ha echado mano de su pistola. Atravesando la puerta a toda velocidad, hacia el sótano, salta por encima de un barril de acero y sube las escaleras metálicas de dos en dos.

Pisándole los talones, con el sudor goteando por mi espalda, subí la escalera a toda pastilla, la música del club reverberando cada vez más fuerte.

—¡Eh! —oigo gritar a una de las bailarinas por encima del bajo atronador—. ¡Mira por dónde vas, gilipollas!

Chocando contra ella, tirando una bandeja de chupitos de cristal de sus manos, pasé de largo por la alargada barra y me abrí paso entre los clientes como una bola de bolos derribando pinos, sin quedarme a escuchar sus recriminaciones.

Vincent se desliza por las escaleras hacia la entrada y tiene la audacia de sonreírme antes de escabullirse entre los porteros, desapareciendo fuera.

—¡No os quedéis ahí parados! —espeto, abriéndome paso a codazos entre su corrillo de cotilleo—. ¡Disparad a ese hijo de puta!

El aire de la noche me golpea en la cara. Jadeando y sudando, corro hacia el centro de la carretera, esquivando vehículos, con la cabeza girando de izquierda a derecha y, en la brumosa distancia, más allá de los juerguistas, veo a Vincent. Se mete en un Bugatti negro mate, enciende el motor y se pierde en la noche, los neumáticos chirriando a su paso.

—Jefe. —Gavin, el portero principal, se tropieza a mi lado—. No sé qué...

Le di un puñetazo en la mandíbula, lo bastante fuerte como para romperle un diente de oro.

Chocando contra la pared, arrastrando a una miríada de mujeres vestidas con glamour, se llevó la mano a la mejilla, lamiendo la sangre de sus dientes.

Nate, arreglándose el piercing de la nariz, ayuda a una joven a levantarse. La cameló a ella y a sus admiradoras: bebidas de cortesía y entrada gratis por las molestias de la mecha corta de su jefe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nate, cruzándose de brazos.

—Encuentra a Vincent. —Mi mundo giró sobre su eje—. Y mátalo.

***

CAPÍTULO 7

Alexa

Mis primeros días de vacaciones en Newquay fueron animados por una difusa aventura de alcohol fuerte, comilonas y visitas turísticas impresionantes. Jace se autoproclamó guía turístico. Temprano y con energía, se aventura en el pueblo para comprar los ingredientes esenciales del desayuno —al parecer, a mi mejor amigo le encanta cocinar— y durante más de una hora, recopila información sobre el patrimonio histórico, cultural y contemporáneo con el cicerone de la ciudad. Después de pasar tanto tiempo con la —anciana — del centro de visitantes, seguro que me llevaría al puerto pesquero o a las casas de campo del siglo xviii. Eso es lo que le recomendó su amiga, ¿verdad?

—Haces un bocadillo de beicon de muerte —dije, hincándole el diente a mi comida.

—Me alegro de que te guste. —Jace, de pie junto a los fogones con unos pantalones de chándal caídos, fríe un huevo en la sartén—. ¿Quieres otro?

—No, estoy bien. —Cogiendo un vaso, me pasé la comida con zumo de naranja natural—. ¿Quieres que nos pasemos por Huer's Hut? —

Es una pregunta trampa—. Bueno, supongo que sí, teniendo en cuenta que hay quince folletos duplicados pegados en la nevera.

—Creo que deberíamos alquilar unas tablas e ir a hacer surf.

Me tembló el ojo izquierdo.

—No sé nadar. —En parte verdad. Tengo una experiencia inolvidable nadando a lo perrito; casi me ahogo, también—. ¿Y esas casas de campo?

—No, no me va el rollo antiguo.

No creía que mis ojos pudieran entornarse más.

—Y sin embargo, vas al centro turístico todos los días a por información histórica.

Untando un panecillo con mantequilla, pone un huevo encima del beicon, lo unta con salsa marrón y engulle la mitad de su comida de un bocado.

—Alexa, duermes como un pajarito con hipersomnia. Si no fuera al pueblo todos los días, estaría en el porche durante seis horas, aburrido y bebiendo alcohol. —De vuelta a la encimera, se chupó la salsa del pulgar—. En dos semanas seré un casi alcohólico.

Mmm. Me convencí de que Jace solo se ponía sus mejores camisetas y vaqueros para la aparentemente —vieja guía turística —, que, para ser sincera, no creo que sea tan vieja. Su comportamiento actual me lleva a pensar que era una joven rubia de piernas largas con un acento mono.

—¿Quizá pueda acompañarte mañana? —insinué, buscando una fisura en su indiferencia—. Ayudar a organizar la próxima excursión.

Engullendo un gran bocado, dejó el plato sucio en el fregadero.

—¿El día que salgas de la cama antes de las seis de la mañana? Le enseñaré el culo a todo Newquay.

Oh, desafió mi competitividad interna.

—Te tomo la palabra.

A la mañana siguiente, pedaleo torpemente en la bicicleta al lado de un Jace desnudo. Bueno, semidesnudo. Solo con botas, tapándose la entrepierna, camina con paso firme a mi lado, negándose a entretener mi risa incesante.

—Jace... —Una alegría incontrolable vibraba dentro de mí—. Oh, Dios. No puedo parar. —Con las manos agarradas al manillar, pedaleaba peor que un niño de cinco años aprendiendo a montar en bici—. Haz que pare —dije con hipo, acurrucando la cabeza en mi hombro para secar las lágrimas de risa de mis frías mejillas—. Supéralo ya.

Lanzándome una mirada mordaz, se adelantó, el sol temprano iluminando su trasero apretado.

—¡Eres un mal perdedor! —grité, las ruedas de la bici traqueteando bajo mis pies—. ¿Por qué es tan jodidamente difícil?

Deteniéndose bruscamente, Jace, manteniendo una mano en la ingle, se rascó el sudor del pecho desnudo.

—Para empezar, vas demasiado despacio.

Está sorprendentemente loco.

—Si voy más rápido, me mataré.

—No seas tan dramática. —Antes de que pueda pasar pedaleando nerviosamente, me agarra el manillar, deteniéndome en seco—. Bien, tienes que confiar en la carretera, Alexa. Mira a tu alrededor. —Extendiendo los brazos, señaló la carretera desierta, larga y bordeada de árboles, y desvié la mirada de su legendario Prince Albert—. Ni peatones. Ni vehículos. Ni jabalíes... —Una vieja camioneta oxidada pasó a toda velocidad, los neumáticos levantando el polvo acumulado—. Esa fue una excepción.

—Todavía estoy asimilando el comentario de los —jabalíes —, Jace. —Apoyando los pies en el suelo, me recliné en el asiento y contemplé la hermosa paleta caleidoscópica de rosa, púrpura y rojo en el cielo—. ¿Los jabalíes son vegetarianos?

Su lento parpadeo me anima a cuestionar mi racionalidad.

—Omnívoros —afirma como si fuera obvio—. Ni siquiera importa, Alexa. No hay jabalíes en Newquay.

¿Por qué soy una crédula idiota?

—Quizá quieras taparte —dije, señalando con la barbilla a una corredora que se acercaba—. A la vista.

Tieso como un palo, Jace se tapa sus partes y mira por encima del hombro.

—Mierda. —Inesperadamente, deja caer la cabeza sobre mi pecho, lo que engañosamente parece un tío disfrutando de un rápido chupetón en medio de la nada—. ¿Me ha visto?

Vistiendo mallas de yoga ajustadas y una camiseta sin mangas, la mujer se quita los auriculares y reduce el paso. Magnetizándose en nuestra dirección, bebe agua mientras se maravilla con la increíble obra de arte de Jace.

¿Por qué los demás hacen que correr parezca tan fácil? Salí a correr a medianoche y duré cinco minutos antes de doblarme por la cintura y soltar tacos a diestro y siniestro, jurando no volver a canalizar a mi diosa interior del fitness nunca más.

—Ya se ha ido —mentí, agarrándole el pelo por la nuca—. Ya puedes dejar de esconderte.

—Joder —maldijo, levantando la cabeza—. Es inapropiado, yo aquí con toda mi gloria desnuda.

—¿Jace? —Con la coleta rubia rebotando, se secó el sudor de la frente—. Me pareció reconocerte.

—Kim... —Furioso, Jace me miró de reojo, una amenaza tácita de estrangulamiento en sus ojos contraídos—. ¿Corriendo por la mañana? —musitó, y yo resoplé—. Obviamente.

—Sí. —Cruzando los brazos, nos escudriñó, solícita y pálida—. ¿Es esta tu...? —Había un deje de acusación en su voz.

—Alexa —me presenté, dándole un amistoso apretón de manos—. Soy la hermana de Jace.

—Kimberly. —El alivio brilló en sus bonitos ojos marrones—. ¿Por qué estás desnudo? —le preguntó a él—. Y delante de tu hermana, nada menos.

Jesús, se me había olvidado que tenía el pene colgando.

Me encogí por dentro.

Sus ojos entornados y conspiradores se deslizaron de él a mí.

Jace, que aún no había dicho ni pío, arrastra la barra de titanio entre los dientes.

—Perdí una apuesta.

Rascándose el pliegue entre las cejas fruncidas, me preguntó:

—¿Hiciste que tu hermano se desnudara por una apuesta?

Juzgando, ¿eh?

Con los labios contraídos en una línea incómoda, elegí el camino fácil ignorando su tenso enfrentamiento para observar un pájaro volando por encima.

Jace parecía pálido y desorientado.

—Es una larga historia.

—Oh —dijo ella, con su seguridad intacta—. Bueno, debería continuar mi carrera... ¿Estarás en la agencia de viajes más tarde?

Me atraganté con el aire salado.

—Lo siento —resollé, tosiendo para aclarar mi garganta—. Moscas.

—Hoy no. —Las mejillas de Jace ardían, y me costó todo mi esfuerzo no agravar su problemática situación—. Mañana.

—Vale. —La decepción dio paso a una sonrisa falsa—. Te veré mañana... Ha sido un placer conocerte, Alexa.

—Igualmente —le grité mientras se ponía a trotar a buen ritmo—. Oh, quiero todos los detalles jugosos, Jace. —Cuando no responde, le tiro del lóbulo de la oreja—. Es guapa.

—Supongo —asintió con ojos desganados—. ¿Qué?

Mordisqueándome el interior de la mejilla, jugueteé con las borlas y las cuentas que colgaban del manillar.

—¿Te acostaste con ella?

Su ceño fruncido se suavizó.

—¿Importa?

¿Importaba? No me correspondía hacer una pregunta tan personal.

—No. —Permanecimos pensativos mientras hablábamos—. Quiero decir, no lo sé.

—¿Alexa? —Se pasó una mano por su expresión incrédula—. ¿Estás celosa?

—No... no —articulé, reprimiendo la risa—. Nuestra amistad no fue una coincidencia; creo genuinamente que estábamos destinados a encontrarnos. —Mi pecho se hinchó de nostalgia—. Te quiero, Jace. Tu felicidad es igual a mi felicidad. Si quieres salir con una mujer diferente cada día de la semana, por mi parte no hay ningún problema. Pero los amigos hablan, ¿verdad? Quiero que te abras a mí. ——No que me mientas sobre tus paseos matutinos —, pensé, arrancando la goma deshilachada del manillar de la bici.

—Eres una chica. —Un gemido salió de su boca—. No puedo hablar contigo como lo haría con los colegas.

Y tiene el descaro de llamarme dramática.

—¿Por qué no?

—Es raro, supongo... —Prolongó una mirada intensa—. ¿No estás de acuerdo?

—No, protesto enérgicamente, Jace. Quiero que hables conmigo. —Volví a equilibrar mi pie derecho sobre el pedal—. Venga. Probemos. Cuéntame cómo sedujiste a Kimberly y lo alucinante que fue el sexo.

Jace me miró como si me hubiera crecido una polla en la cabeza.

—¿Seducir?

Parpadeé dos veces.

—¿Los tíos usan una terminología diferente?

—Sí. —Agarró el manillar y caminó hacia atrás, ayudándome a evitar un choque fatídico con la bici—. Quería follármela, Alexa. Vi a una tía decente, me gustaron sus ojos y pensé: —no me importaría tener esa boquita alrededor de mi polla —. No la —seduje —. Coqueteé con la otra mujer en su lugar.

Nunca entenderé el cerebro masculino.

—¿Por qué coquetearías con otra?

—Las mujeres no son las únicas que se hacen las difíciles, Alexa. — Un coche pasó, el conductor tocando el claxon—. En serio, necesito cubrirme el culo.

Mis rodillas se movieron en un tenso movimiento circular, y los pedales se frustraron bajo mis zapatillas.

—No puedo hacer esto.

—Puedes. —Alternativamente retiró las manos del manillar y posó una palma en la parte baja de mi espalda—. Es fácil, Alexa. Tómate tu tiempo y no entres en pánico. Si quieres parar, reduce gradualmente la velocidad de los pedales y pon los pies en el suelo.

Asintiendo, implementé una velocidad baja.

—¿Y si me atropellan?

—¡No lo harán! —gritó detrás de mí—. ¡Ojos al frente, Alexa!

—Mira, Jace. —Bajo el cálido sol, bajé por la carretera con una necesidad imperiosa de desplegar los brazos y sentir el viento en mi pelo—. ¡Estoy volando!

***

Me paré junto al muro cubierto de musgo y adoquines, sin reconocer la cancela del jardín desgastada por el tiempo ni el exterior de ladrillo blanquecino. Agazapada entre la hierba alta y el bosque descuidado, la primera planta de la casa tenía las ventanas tapiadas, un cartel de —se vende — dañado y muebles esparcidos por los lugareños que trataban los terrenos abandonados e inhabitados como un vertedero ilegal.

Llenando mis pulmones de aire fresco, despejé los pensamientos oscuros y confusos, abrí las puertas inseguramente sujetas por las bisagras y me deslicé por el camino.

Antes, mientras Jace se ocupaba con Kimberly, peregriné por todo Newquay, de un tendero a otro, preguntando a todo el mundo sobre la historia de Adaline. Ni una sola persona recordaba el nombre. Casi había perdido la esperanza cuando un señor mayor, que leía un periódico fuera del pub local, escuchó mis preguntas.

—¿Quién pregunta? —La voz áspera del hombre me inmovilizó—. No nos gustan los reporteros por aquí, guapa.

Su franqueza explicaba por qué los pueblerinos, tan unidos, trivializaban los temas delicados. Mientras me miraba por encima del borde de sus gafas de leer, sentí la vigilancia de los demás, todos ansiosos por oír mi respuesta.

No deseaba revelar mi identidad. En lugar de interrogar al hombre mayor, aparentemente inaccesible y cascarrabias, sonreí sin ganas, me di la vuelta sobre mis talones y contuve las lágrimas.

Solo pasarían cinco minutos antes de que una mano se posara en mi hombro.

—Te pareces a ella —dijo el hombre, con el pecho subiendo y bajando.

Mirando por encima de su hombro vestido con camisa, calculo el tiempo y la energía que le había costado subir la larga cuesta. Dejó su almuerzo a medio comer. Sostiene un bastón para mantener el equilibrio.

—Era mi madre.

Estoy en el jardín, con las largas briznas de hierba llegándome a la cintura. Enroscando los dedos en la cuerda deshilachada, me siento en el asiento de plástico aclarado por el sol, me impulso con un pie y oscilo.

Adelante y atrás.

Adelante y atrás.

—¿Tienes un bolígrafo?

Abriendo mi bolso, rebusqué entre objetos al azar y le entregué un bolígrafo y una libreta.

Apoyándose pesadamente en su bastón, apoyó la libreta en mi brazo, con la palma de la mano manteniéndola en su sitio. Anotó unas indicaciones y una dirección.

—No tiene pérdida —dijo, y susurré mi gratitud—. Está en ruinas pero es imponente, la casa más grande de la calle. Bastante románica.

Inclinando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, me columpio hasta que mi corazón se sacia. Inhalando el olor a petricor, solté las cuerdas y salté hacia adelante, aterrizando con un golpe sordo. Me giré para ver cuánto había avanzado.

No mucho más que la niña pequeña.

Subiendo los escalones de madera de la veranda desgastada por el tiempo, omito la puerta trasera barricada y recorro con los dedos el panel de madera que oculta la ventana. Sin admitir un no por respuesta, tiré del marco astillado, la madera crujiendo mientras se debilitaba. Rompiéndose y arqueándose, se desliza del cristal de la

ventana, equilibrada peligrosamente por una sola fijación. Sacudí el cristal de guillotina, absorta mientras se deslizaba hacia arriba. Sacudiéndome el polvo de las manos, me subí al muro y me metí en las oscuras cavidades.

En cuclillas, desbloqueé mi teléfono y utilicé la linterna. Pasando un suave velo de luz sobre las sábanas que cubren los muebles viejos, me deslicé por el aparador de madera.

Conceptualizar mis pensamientos caóticos fue agotador. Me sentía vacía, hueca y confundida.

Seguramente, mientras deambulo por los muros protectores de mi infancia, algo más que la fealdad puede evocar mis recuerdos.

Ilumino el pasillo con la linterna, hacia la puerta del salón. Me quedo helada de pies a cabeza. Sin mirarme, Kathy, con el pijama rosa y azul más ridículo, mira hacia el final del pasillo. Su pelo salvaje y rebelde cae en cascada sobre un hombro.

—Alexa —susurra desde la puerta del salón, haciéndome señas para que la siga—. ¡Shh!

Con los ojos muy abiertos y horrorizada, abrí la boca para responder cuando una niña pequeña salió corriendo de detrás de mí.

Tragando un gemido de pánico, me tapé la boca con la mano, observando los movimientos furtivos de la niña.

—No podemos entrar ahí —siseó, mirando a su hermana mayor—. Papá Noel no vendrá si no dormimos, Kathy.

—Alexa —suspiró Kathy, arrodillándose para estar a su altura—. Ya ha venido, tonta.

Sin palabras, la niña se llevó a Teddy al pecho.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. —Kathy rio, apartando largos mechones de detrás de las orejas de la niña—. ¿Vemos qué hay en nuestros calcetines?

Asintiendo emocionada, la niña se lanzó al interior de la habitación y, poco a poco, su persona favorita la siguió.

—¿Qué te han traído? —Estallé con una urgencia emocionada por verlos abrir los regalos—. ¿Te...? —La pregunta murió en mi lengua, me detuve en la puerta, solo para ser recibida por una habitación vacía, un recuerdo lejano.

Sintiéndome estúpida, puse una cara sombría y me sequé la lágrima solitaria de la mejilla. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, y miré por encima del hombro. Sin adornos, con una cortina de red floral manchada, la ventana del rellano proyectaba luz, llamándome escaleras arriba como la escalera al cielo.

Cada tabla del suelo crujía bajo mi peso. En el punto más alto, desenganché la cortina, permitiendo que el sol iluminara la

penumbra. Recorrí el pasillo, fijándome en unos cuadrados de un tamaño considerable, descoloridos sobre el papel de pared estampado.

—¿Dónde están los cuadros? —pregunté en voz alta, al tiempo que divisaba la puerta a mi derecha. Sujetando el pomo de latón, giré la cerradura para entrar en mi antiguo dormitorio y descorrí las cortinas, iluminando el acogedor espacio—. Rosa.

Odio el color rosa.

No hay suelos de hormigón, paredes de acero ni dolorosas cadenas. El dormitorio tenía un armazón de cama blanco con colchas rosas descoloridas e innumerables animales de peluche. Tenía una estantería a rebosar de libros, mobiliario blanco a juego y una lámpara de araña con diseño de cuentas.

—Digno de una princesa.

Dejándome caer en la cama y tirando los ositos de peluche a la alfombra, relajé la cabeza en la almohada y me quedé mirando el atrapasueños, colgado del techo. Girándome sobre un costado, pasando la pierna por encima de un unicornio extravagantemente gigante, solté un suspiro de agotamiento. Me incorporé de golpe, apartándome el pelo de la cara de un manotazo. Salí de la cama a toda prisa y, al acercarme al tocador, caí de rodillas y pasé el dedo por el pliegue que sobresalía en la alfombra.

Con cuidado de no romper nada, empujé el tocador a un lado, palpé la junta del rodapié y tiré de la alfombra hacia atrás.

—Vamos —me quejé, dejando al descubierto las viejas tablas del suelo. Echándome el pelo por encima de los hombros, metí los dedos bajo la tabla dañada y la saqué con facilidad.

Dentro del hueco del suelo había una pila de sobres, sujetos firmemente por múltiples gomas elásticas. Me puse en pie de un salto y quité las gomas para leer la caligrafía.

Adaline Haines.

En cierto modo, me sentía orgullosa de la rebeldía de mi madre. Había llevado una vida llena de miedo, casada con un hombre maltratador, y aun así encontró el valor para hallar alguna forma de felicidad. No necesitaba confirmación; sabía que había recibido estas cartas de él, de Tony. Recuerdo la forma en que ella lo miraba, cómo sonreía mientras él le susurraba al oído. Aunque yo misma era una niña, sentía el amor correspondido entre ellos.

Pero ¿por qué las escondería aquí?

La revelación me golpeó.

—Porque a mí no me veía.

Abriendo un sobre, el que estaba al fondo del todo, empecé a leer su historia.

Mi queridísima Adaline,

No hay nada comparable a la belleza del océano. Aunque a menudo me siento solo, la inmensidad del agua y el amanecer alivian el interminable vacío de mi pecho. ¿Son la soledad y el cálido sol en mi rostro, o son esos momentos íntimos un recuerdo que una vez fue hermoso?

Prometí dejarte ir, no ser una carga para ti, después de todo por lo que te hice pasar; sin embargo, dejar ir es mucho más fácil de decir que de hacer. No nos separamos por un amor no correspondido. En realidad, nos distanciamos cuando amarnos era algo despreocupado, apacible e imperecedero, así que decir adiós no es lo mismo que un odio mutuo.

¿Todavía detestas todo lo que soy?

Rezo para que no sea así.

¿Te fuiste de Newquay?

¿Empezaste una nueva vida?

¿Caerá esta carta no deseada en manos de otro?

¿Estás más bella que nunca?

Te llevo en mis pensamientos,

Tony.

Doblando la nota, la devolví al sobre y abrí el siguiente.

Mi queridísima Adaline,

Prometí no volver a escribir otra carta, pero siento que es imposible vivir y olvidar, pues incluso en la muerte, mi corazón enterrado te pertenecerá. Es difícil no verte cada día, no oír tu voz. Intento engañarme a mí mismo creyendo que no te necesito ni te quiero, pero tus ojos, tu sonrisa, todo tu ser invade mis pensamientos reflexivos. Supongo que es verdad lo que dicen sobre el arte de amar. Nunca se rinde de verdad, ¿verdad?

¿Me echas de menos tanto como yo a ti?

¿Soy egoísta por hacer tal pregunta?

Mis más sinceras disculpas, Adaline.

No te molestaré de nuevo, pero te llevaré en mis pensamientos.

Tony.

Respirando con un temblor, ojeé los sobres y escogí uno del medio.

Adaline,

Ojalá no hubiera regresado nunca.

¿Por qué regresé?

Por ti, volví a casa. Dejé todo en el mar, como pediste, ¿o solo imaginé esa carta? Después de años y años de escribirte sin respuesta, finalmente reuní el valor para dejarte ir. No en mi corazón. Nunca en mi corazón. Pero me dije a mí mismo que estarías mejor sin mí.

Con el corazón roto, me dijiste. Dijiste que estabas triste y con el corazón roto. Proclamaste que me extrañabas tan dolorosamente que la vida sin mí no era vida. Sin embargo, en medio de mi regreso, no te encuentro esperando. No, pasaste de largo junto a un hombre devastado, con un marido del brazo.

Patrick Haines.

¿Cuánto tardaste en meterte en la cama de mi mejor amigo, Adaline?

¿Se perdió esa parte de tu respuesta en otra carta?

¿Y tu hija, Kathy?

¿Pensabas decírmelo alguna vez?

¿Cuándo se volvió tan manifiestamente imposible nuestro futuro planeado?

Estoy debatiéndome entre enviarte esta carta o quemarla.

Me rompiste el corazón, Adaline.

Tony.

—Jesús, mamá. —Al volver a guardar la nota, contemplaba leer más cuando mi teléfono vibró. Comprobé quién llamaba y las mariposas se desbocaron en mi pecho.

—Liam —contesté, pero no obtuve respuesta—. ¿Hola? —volví a mirar la pantalla. Se puso negra, batería agotada—. Mierda.

Hago una nota mental para llamar a Liam más tarde. Mientras me preparaba para irme, en el sobre de encima, veo un destinatario de la carta. Las últimas palabras de Tony a mi madre fueron escritas aquí, en Newquay.

—A la mierda con todo. —Sentándome en el borde de la cama, desdoblé la nota, con una determinación resuelta mientras leía sus palabras desgarradoramente dolorosas pero exquisitas.

Mi queridísima Adaline,

Te movías entre la multitud del pueblo, acompañada de tu familia, dos hijas cariñosas y un marido al que no reconoceré.

Hoy, observé tus andanzas desde lejos, admirando todo lo que eres. Incluso con cicatrices, magullada y marcada, atesoro la rareza de tu sonrisa y la magnificencia de tu belleza natural.

—Estás prohibida —, me sigue diciendo la voz en mi cabeza. Sin embargo, aunque a menudo nos separen mundos, no puedo mitigar la presión que ejerces en mi corazón.

¿Es porque soy débil?

¿Es porque soy egoísta?

Quizás, mi amor, se deba a ti.

Encontraste mis ojos y los sostuviste con los tuyos.

Era una promesa, ¿no es así?

Sonreí, y tú te sonrojaste. Me recordó a los viejos tiempos, cuando éramos jóvenes. Yo vivía para esos momentos, Adaline. El amor doliente en tus ojos; los paseos en coche a altas horas de la noche y el nombrar las estrellas…

Acercándome a la ventana, me asomé al cielo ahora oscuro, uniéndome a la constelación de estrellas titilantes.

…todo mientras estabas enjaulada en la protección de mis brazos.

Anhelo el día en que no tenga que compartirte con él. Pero sigo sentado en mi porche, observando las estrellas y escribiendo esta carta con una mujer hermosa en la silla junto a la mía, soñando con una vida más feliz.

Ella no debería estar aquí.

¿Por qué estás aquí, Adaline?

¿Por qué vienes a mí pero te quedas con él?

Puedo protegerte; siempre te protegeré.

Por favor, si me quieres un poco… elígeme a mí.

Te llevaré en mis pensamientos,

Tony.

Me dolía el corazón por ellos.

—Creo que eres maravilloso, Tony.

***

CAPÍTULO 8

Alexa

Conseguir hablar con Liam por teléfono era misión imposible. Lo llamo y salta su buzón de voz; me llama él y se encuentra con un mensaje automático. No nos estamos evitando a propósito, pero la larga distancia entre nosotros ya ha hecho mella en nuestra fragmentada relación.

En ocasiones, recibo un mensaje de texto, normalmente de madrugada, cuando su rutina de insomnio choca con mis horas de sueño.

Aunque, a decir verdad, podría devolverle la llamada ahora mismo. Son las dos y treinta y cuatro de la tarde, y es probable que esté en el Club 11, almorzando tarde con sus Trajes favoritos, pero estoy algo aprensiva. Prometí irme de Newquay en cuanto pasaran mis dos semanas. Mañana es el décimo día, y no estoy ni de lejos preparada para volver a Londres.

A excepción de hacer turismo, ir a la playa y recoger conchas, las sesiones de vodka a altas horas de la noche y los deliciosos productos horneados de la panadería local, quedan numerosos lugares por visitar. Bueno, de nuevo, eso no es del todo cierto. Es un pueblo encantador, pero una vez que has visto una tienda, las has

visto todas. Quiero decir, solo hay un número limitado de suvenires que puedes comprar antes de que la nevera se quede sin espacio para imanes horteras. Y las boutiques ofrecen ropa mona y de estilo chic, pero a mí no me verían ni muerta con faldas florales hasta el tobillo y chaquetas de punto.

Sin embargo, no siento que haya cerrado ningún círculo. Sí, visitar la casa de mi infancia había sido reconfortante, y encontrar las cartas de mi madre de parte de Tony pintó una imagen relativamente completa de lo que ejemplificó su melancólico viaje.

—¿Qué más da, Alexa? —Soplando la superficie de mi café, di un sorbo de la taza de porcelana, observando de reojo a la pareja de mediana edad que comía paninis tostados en la mesa de enfrente.

—¿De tomate y mozzarella? —Con un sándwich en un plato elevado sobre una bandeja de plástico, la camarera de la cafetería dejó mi pedido, preguntando si necesitaba rellenar el café.

—No —dije, cogiendo un cuchillo y cortando el almuerzo en tres porciones—. Gracias.

Pasando a la mesa siguiente, retira los restos de comida y la vajilla sucia, guardando las monedas de la propina en el bolsillo de su delantal.

Me gusta esta cafetería. Está a solo veinte minutos a pie de la cabaña de madera; la disposición de los asientos al aire libre cuenta con una solución de sombra superior, y las mesas de bistró de hierro forjado y cristal dejan espacio de sobra para la compañía.

Ajustándome las gafas de sol, le doy un bocado al sándwich, y los fragantes tomates secos en rodajas se derriten en mi lengua.

Desbloqueando mi teléfono, busco en los contactos y empiezo a escribir un mensaje de texto a Liam.

Yo: Hola, ¿qué tal?

—¿Qué tal? —, murmuro, borrando la ridícula pregunta.

Yo: Pues… estaba pensando.

Decirle a Liam que necesitaba más tiempo me ponía de los nervios. Mandar un mensaje era más fácil. Evita discusiones; también es un acto cobarde.

Borré el mensaje.

Yo: No hacemos más que desencontrarnos, jajaja. Empiezo a pensar que me estás evitando x

Responde en segundos.

Liam: ¿Quién evita a quién, Alexa?

Fruncí el ceño ante eso.

Yo: Tú duermes… nunca. A mí resulta que me gusta soñar, Liam. Además, estoy velando por mis intereses futuros. Ya sabes, he oído que una buena noche de sueño reduce las arrugas x

Liam: ¿Por qué una mujer de veinte años está estresada por envejecer?

Yo: Bótox para cuando tenga treinta x

Liam: Cuando dices tonterías, no puedo evitar preguntarme si Brad es tu media naranja compatible.

Pestañeando detrás de mis gafas, me las subí a la cabeza y tecleé una respuesta.

Yo: Brad es un desastre andante x

Liam: ¿Estás intentando cabrearme?

Yo: ¿Está funcionando? x

Liam: No.

—Menudo mentiroso. —Riendo, sorbí un trago de café.

*Yo: Bueno, ya he encontrado a mi alma gemela, gracias. ¿Y dejarme un —beso — afecta a tu reputación de mandamás, Liam?

Nadie tiene por qué saberlo x*

Liam: ¿Alma gemela, eh?

Liam: X

Sonriendo como una tonta enamorada, aporreaba la pantalla con los pulgares cuando tres puntos aparecieron danzando.

Liam: ¿Has empezado a hacer las maletas? Enviaré a un miembro del sindicato a recogerte.

Liam: Jace puede irse a la mierda andando.

Mi diversión se trocó en un ceño fruncido y agudo.

Yo: En realidad, pensaba quedarme un poco más x

Miré la pantalla con el aliento contenido. Con el teléfono vibrando en mi mano, inhalé una alentadora bocanada de oxígeno valeroso y contesté su llamada.

—Liam.

—Me estás jodiendo —dijo con voz ronca, y mis ojos se cerraron de golpe. Incluso cuando está enfadado o molesto conmigo, reacciono tontamente a él—. ¿Alexa?

A pesar de estar a kilómetros de distancia, Liam Warren tiene esta jaula insufriblemente inflexible enroscada en mi corazón. Su imperiosidad hacia mí era devoradora, sobrecogedora y cautivadora.

—Te quiero.

—No hagas eso —me regaña en vano—. No me parece bien esto, Alexa.

—Liam, me gusta este sitio.

Un largo y prolongado silencio se extendió en nuestra llamada.

—¿Se supone que debo entender esa ambigua declaración?

—Sí… no. No lo sé. —Dejando a un lado mi comida apenas tocada, apoyo los codos en la mesa—. Escucha, no es para siempre. Pero quiero tachar un par de cosas de la lista antes de irme. —Además, quiero encontrar al amor de mi madre—. Solo necesito un poco más de tiempo…

—Fuera —ordena Liam. Al principio, pensé que el irascible y temperamental humano estaba pagando su frustración conmigo, pero oí a un Brad alterado y peleón de fondo—. ¿Qué haces?

—¿Quién? —pregunté, y él suspiró—. ¿Yo?

—No, la otra mujer con la que estoy hablando, joder, Alexa. Claro que tú.

Dios, tiene que controlar esa mecha tan corta.

—Almorzando.

Una madre joven maniobra un cochecito por la terraza, esquivando asientos dispersos y coloridas macetas. Al ver la silla vacía en mi mesa, se abre paso entre hordas de aficionados al café y la señala, una petición silenciosa para sentarse.

Dedicándole una sonrisa amistosa, asiento.

—¿Por qué necesitas más tiempo? ¿Qué estás buscando, Alexa? Todo lo que podrías desear está aquí, en Londres.

Liam a menudo se presenta como un hombre sin emociones e indiferente y, hasta cierto punto, me inclinaría a estar de acuerdo con él. Dicho esto, sin embargo, si realmente no sintiera nada por los demás, ¿cómo se enamoró de mí? ¿Cómo diferencia qué miembros del sindicato merecen más paciencia por su parte? Como sus queridos y más confiables Trajes, por ejemplo. En realidad, aunque estoy segura de que él lo negaría terca y rotundamente, es un hombre muy resentido, a veces mordaz, acelerado y enfadado. Es un rencoroso y sentencioso, y es comprensible. La vida antes de la organización no era vida en absoluto.

No amado, descuidado, no deseado y descartado, Liam se entrenó desde joven para desconectarse emocionalmente de posibles desengaños y decepciones. Mantener el resentimiento y los agravios del pasado evita que los viejos demonios resurjan.

Yo no cambiaría a Liam. Lo amo incondicionalmente y no quiero imaginar una vida sin él. Sin embargo, sus características tozudas se correlacionan en gran medida con una mentalidad exasperantemente incuestionable y cerrada.

—Deseo encontrar al antiguo amante de mi madre —decido ser honesta con él—. Quiero cerrar este capítulo, Liam.

—¿Por qué? —preguntó, y me recosté en mi silla—. Todo está en el pasado, Alexa. Déjalo ir.

Justo a lo que me refería.

—Tú no lo entenderías.

—Lo entiendo perfectamente. Recorrer el camino de los recuerdos no traerá a Adaline de vuelta, Alexa. Deja de joderte las emociones y vuelve a casa. —Exhala lo que sonó a humo—. Vuelve a casa conmigo.

Mi silenciosa vecina finge no escuchar mi conversación telefónica. Con la mano agarrando el manillar del cochecito, mece a su bebé, jugueteando con su manta de vellón azul.

Al otro lado de la calle, saliendo cojeando de la oficina de correos, veo una cara familiar. Bastón en mano, se detiene para mantener una breve conversación con otro caballero antes de que ambos se sienten en un banco.

Ahora es mi oportunidad.

—Liam, ¿puedo llamarte luego?

Respirando con un suspiro cansado, cuelga la llamada y el habitual, pero ignorante, desdén me duele en el corazón.

—*Arrorró mi niño, arrorró mi sol* —le canta la madre a su pequeño —. *Arrorró pedazo, de mi corazón*. —Levantando la vista por encima del manillar del cochecito, me sonríe con cariño—. *Este niño lindo, se quiere dormir. Y el pícaro sueño, no quiere venir*.

—Le debe encantar cómo cantas —dije, un poco asustada por su voz ronca y la elección de la nana—. No he oído ni un pío.

—Es una niña —dijo secamente, y un rubor de mortificación me tiñó el cuello y el pecho.

—Oh —tartamudeé, buscando mi café frío—. Lo siento. Vi la manta azul y asumí… Ha sido una ignorancia por mi parte.

—No pasa nada. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. El chal lo compró mi hermano y, bueno, está al caer, así que hice un esfuerzo dejándole que lo viera puesto. —Poniéndose un cigarrillo

entre los labios, usó un mechero Zippo y encendió la punta—. Los hombres —continúa, apartando el humo de su cara—. Tan faltos de tacto.

Comprar una manta azul para una niña es indiscutiblemente algo que haría Brad.

—Los hombres ven el mundo de forma diferente a las mujeres, supongo. Dudo que tu hermano la envolviera en azul intencionadamente.

Sus ojos verdes me taladraron con la mirada.

—Eso es precisamente lo que hizo.

Justo.

Queriendo alcanzar al hombre servicial de antes, abrí mi bolso y dejé un billete de veinte en la mesa, extra para la propina.

—Bueno —me pongo de pie, recogiendo mi bolso—, debería irme.

Expulsó el humo del cigarrillo, y su espesa humareda se introdujo en el carrito.

—Oh, ¿puedo pedirte un gran favor antes de que te vayas?

—Eh… —miré al caballero, aliviada de que siguiera ocupado—. Claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

Con el cigarrillo apretado entre sus labios fruncidos, se levantó, pasándose la correa del bolso por un hombro.

—¿Puedes vigilar a la pequeña cinco minutos? Solo mientras entro a pedir un té.

¿Yo? ¿Cuidar del bebé de alguien?

—Mmm, literalmente no tengo ninguna experiencia con bebés.

—Está dormida —dijo, pasando a mi lado para entrar en la cafetería —. Solo tardaré un segundo.

Rascándome la nuca, me cambié a la silla de la mujer y junté las manos en mi regazo.

—Por favor, no te despiertes —le dije al bebé, mis dedos tamborileando en mis muslos—. Soy malísima en esto.

Sudando incontrolablemente, me sequé las inoportunas gotas de la frente y levanté la cabeza para mirar dentro del cochecito. Vale, no soy Mary Poppins, pero cubrir la cabeza de un bebé con una manta podría arriesgarla a la asfixia o a que se enrede, ¿no?

—Mierda. —Metí la mano con cuidado en el cochecito y, con un lento movimiento de dedos de —no-molestar-al-bebé-dormido —, retiré la manta. Envuelto en un elaborado conjunto de primera puesta, el bebé de ojos abiertos me devolvía una mirada bastante aterradora —. Hola, pequeña.

¿Por qué no ha parpadeado?

¿Tan horrible soy de ver?

Aclarándome el nudo que me irritaba la garganta, comprobé la puerta de la cafetería, deseando que su querida madre apareciera.

Tarareando una melodía relajante, me incliné más cerca, acunando su pequeña mano, que se sentía demasiado fría en mi poder. Inspeccionándola a fondo, le di un golpecito suave en los nudillos, y ese puño inmóvil, de aspecto de porcelana, no se movió. Con más urgencia, me esforcé por deslizar un dedo bajo los suyos, y un espantoso tsunami de conciencia traumática me arrolló.

Poniéndome en pie de un salto, con el corazón atronador, apretado y encajado en mi garganta, me tambaleé más allá del carrito, tirando tazas de porcelana y tazones de la mesa. Ante la conmoción, los clientes observaron con intriga mi exitosa huida y mi poco agraciado tropiezo.

Irrumpí en la cafetería, buscando con la mirada a la demente certificada, y me salté groseramente la cola de clientes ofendidos.

—¿Disculpe? —llamé al camarero—. Esa mujer —tartamudeé, y su ceja gris se arqueó—. ¿Sabe? ¿La que acaba de entrar a pedir un té? Dejó un cochecito fuera… —Una muñeca de porcelana envuelta en una manta azul—. ¡No hay ningún bebé!

—Lo siento, cariño. —Estaba completamente perplejo—. Explícalo otra vez. Estás buscando a una mujer…

—Me dejó cuidando de su bebé —enfaticé, incapaz de controlar mi respiración frenética—. Pero no hay ningún bebé. Dentro del cochecito —gesticulé violentamente hacia el ventanal panorámico—, hay una puta muñeca.

—Oh, cielos —murmuró una de las clientas a su marido—. ¿Está bien?

—Parece que no —replicó él burlonamente—. Turistas pesados y sus equipajes.

—Estoy bien —espeté con dureza, sin estar preparada para lidiar con el desdén condescendiente de nadie más hoy—. Mire, ¿ha visto a la mujer o no? O sea, ¿dejo al bebé falso fuera? ¿Y si no está bien y de verdad cree que es su hija?

—Cariño —dijo el camarero, señalando con un rotulador a las cinco personas que esperaban detrás de mí—. Excepto por esta gente, no hay nadie más aquí, y la mujer, la de la muñeca… —Hizo una mueca —. Sí, nadie ha pedido té. ¿Estás segura de que entró?

¿Me quedé dormida anoche y entré directamente en la dimensión desconocida?

¿Qué está pasando ahora mismo?

—Ella dijo… —Lamiéndome los labios de repente secos, pegué la lengua al paladar y, para salvar la poca cordura que me quedaba, cerré la boca, ignoré las miradas inquisitivas de todos y me largué del edificio.

El cochecito había desaparecido.

***

—Me preguntaba si volvería a verte. —Caminando a mi lado, cojeando y apoyándose en su bastón, Clarence, el caballero mayor que se había ganado una acosadora, se esfuerza con la compra.

Le cojo las bolsas.

—Deja que te ayude…

—No, puedo hacerlo yo solo —me reprendió, testarudo y persistente —. No soy la carga de nadie.

Reprimiendo una sonrisa, me froté los brazos y me quité el frío del atardecer de la piel.

—Esa es una actitud obstinada, Clarence. Solo me ofrecía a llevarte la compra, no a convertirme en tu cuidadora a tiempo completo.

Clarence, el viejo cascarrabias, esbozó una sonrisa que dejaba ver sus dientes.

—¿Fue eso un atisbo de actitud lo que detecté en tu tono, Alexa?

—¿Qué? —Fingiendo ofensa, me llevé una mano al pecho—. ¿Yo? ¿Ponerle —actitud — a alguien? Por favor, soy una joven muy digna.

—Oh, eres la leche, desde luego. Dime, Alexa, ¿siempre sigues a individuos apenas conocidos por el pueblo? Tenemos una palabra para gente como tú en el diccionario.

—Sí, lo sé, soy una acosadora de renombre, pero puedo asegurarte que soy inofensiva.

—Niños —murmuró malhumorado, y me mordí el labio inferior para no echarme a reír—. Unos jodidos sin sentido, todos vosotros. — Tomando una profunda bocanada de aire, se detuvo, dándose un momento para reponer energías.

—¿Estás seguro de que no puedo ayudarte con las bolsas? —ofrecí con cautela—. No tienes por qué esforzarte cuando alguien está dispuesto a echar una mano.

—No —replica bruscamente, poniendo en marcha su bastón y tambaleándose hacia delante—. Confía solo en ti misma, Alexa, y

evitarás el descontento.

Lo alcancé.

—Me recuerdas mucho a alguien que conozco. —Me lanzó una mirada inquisitiva—. Oh, a Liam. Mi… pareja, que vive en casa.

—¿Y dónde está tu casa, Alexa?

—En Londres —dije, jugueteando distraídamente con mi collar—. En realidad, Londres es solo la zona. Todavía no tengo un lugar al que llamar mío.

Su curiosidad evocó agradables recuerdos de Chloe y nuestro piso de dos habitaciones. Sí, vivíamos en la parte conflictiva de la ciudad, con traficantes merodeando y delincuentes rebeldes, pero el bloque de protección oficial cumplía una función útil. Cutre o no, seguía siendo mi hogar, un refugio seguro que compartir con Chloe, la chica —mi mejor amiga y hermana— que probablemente se enteró de mi reaparición por las noticias.

Cerré los ojos.

Qué imperdonable.

—Ah, vives en la indigencia.

Abrí los labios para defender mi caso cuando su inocua suposición fue asimilada.

—Sí, soy una itinerante sin trabajo ni dirección.

Clarence se agarró a una valla de madera con manos torpes.

—Bueno —dijo, señalando con la cabeza la casa unifamiliar de estilo victoriano—, esta es mi casa, cariño.

Con la máscara firmemente en su sitio, examiné interiormente su jardín descuidado y su casa deteriorada.

—Gracias por la charla amistosa, Clarence.

Juntando los labios, abrió la cancela del jardín.

—¿Encontraste lo que buscabas después?

No exactamente. Me había propuesto preguntarle a Clarence sobre Tony, pero tengo la impresión de que su abusada amabilidad se ha ido desgastando con los años. No me incluiré en la lista de personas que lo decepcionaron.

—¿Tienes hijos, Clarence? —Haciendo una mueca, levanté las manos —. Lo siento. No sé por qué he preguntado…

—Sí —confirmó, permitiéndome ver la tristeza en sus ojos—. Un hijo.

Mordiéndome la uña del pulgar, desvío la mirada hacia la calle.

—Perdí el contacto… —Su fingida falta de interés reapareció—. No es que importe.

—Sí que importa —, pensé, compadeciéndome del hombre.

—Vive en la esquina. —Afianzando el bastón, cerró la cancela.

Enrosqué el collar entre mis dedos.

—¿Quién?

—Es una casa bonita —dijo, caminando tranquilamente por el sendero—. Tiene uno de esos grandes sauces llorones. Ahora lárgate. Tengo pescado que freír.

Desconcertada, negué con la cabeza ante el extravagante hombre, pero aun así bajé por la calle como me indicó. Quizás su hijo viva allí. Sí, eso es plausible. Clarence quiere que intervenga, pero su deteriorada obstinación le impide pedirlo directamente.

Rayos de sol centelleante se filtran a través de las frondosas hojas y cortezas del sauce llorón, atrayéndome magnéticamente hacia el bien cuidado jardín. Me detengo a admirar las fuentes de agua y los arriates de ladrillo rebosantes de flores de colores…

¿Qué demonios estoy haciendo?

No conozco al hijo de Clarence. A decir verdad, no conozco especialmente a Clarence, así que ¿por qué estoy aquí, lista para reunir a un padre y un hijo?

¿Qué le diría siquiera?

—Oh, hola, soy Alexa, la tía rara de Londres que ha empezado a acosar a tu padre. No me incumben vuestras rencillas familiares, pero creo que deberías ir a ver a tu viejo… y ya que estás, saca un puto cortacésped y córtale el césped —.

Estudio el césped recién cortado del hombre.

—Gilipollas egoísta…

—¿Se ha perdido? —preguntó una voz grave y varonil, y me marchité como una flor muerta—. Está pisando mis hierbas aromáticas.

—Hierbas aromáticas —murmuro con incredulidad, arrastrando mis botas fuera de la tierra y aplastando sus plantas de agradable aroma —. Al menos tiene unas putas hierbas aromáticas.

Levantando la vista, lo observo por primera vez. El hijo de Clarence era un hombre alto y excepcionalmente agradable de contemplar. Llevaba unos vaqueros de talle bajo y unas botas de trabajo de color canela, y cruzaba los brazos sobre su pecho desnudo, acentuando su

físico musculoso y bronceado. Con una pizca de canas alrededor de las sienes, su pelo castaño le molestaba en la ceja izquierda.

—Él no tiene un jardín de hierbas aromáticas.

Entornó los ojos y una ligera arruga surcó su entrecejo.

—¿Cómo?

Me dirigí hacia él.

—¿Abusó de ti?

Resoplando, cuadró los hombros, quitándose un par de guantes de jardinería verdes.

—¿Quién?

—¿Tu padre?

Su ceño confundido se mantuvo.

—¿Mi padre?

—Sí, Clarence. ¿Abusó de ti? Si es así, me largo de aquí ahora mismo y le pego con ese bastardo bastón yo misma. Si no, ¿por qué

dejas que un viejo cascarrabias pero adorable se pudra?

—¿Clarence? —Soltó una carcajada—. ¿Mi vecino?

Parpadeé rápidamente.

—¿Estoy hablando un idioma extranjero?

—Escuche, señora. —Apuntándome con un dedo a la cara, inclinó la cabeza para ponernos a la altura de los ojos—. No tiene ningún derecho a venir aquí y decirme lo que debería y no debería hacer en la vida.

Tenía razón.

—Para responder a su pregunta —espetó, lanzando los guantes a un banco rústico—. No, no le voy a construir a Clarence un jardín de hierbas aromáticas. Para empezar, ¿ha visto el tamaño de su perro?

—¿Clarence tiene un perro?

—Tiene cinco.

Bueno, eso me calló la boca.

—Ah, vaya —solté, aliviada de que el hombre no me hubiera invitado a tomar una taza de té—. Vale, ¿podemos empezar de nuevo? Como

he mencionado antes, soy Alexa Haines, la mujer rara que se ha pegado a su padre. A ver, aprecio que no sea de mi incumbencia, pero me sabe mal por el hombre. ¿Su jardín? Una puta vergüenza. Seguro que hay roedores… —Me miraba fijamente sin parpadear, poniéndose terriblemente pálido con cada segundo que pasaba—. ¿Qué?

—Clarence no es mi padre —susurró, su nuez bailando en su garganta—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Empecé a exasperarme.

—Alexa. —Extendiendo el brazo, le ofrecí un apretón de manos—. Le estoy tendiendo una rama de olivo, más o menos.

Su mirada indescifrable pasó de mi mano a mi cara.

—¿Alexa Haines?

Retiré mi brazo.

—Sí, la rara…

—Mujer que me criticó por un hombre que no es mi padre.

No te rías, Alexa.

Solté una risita traviesa.

Con la cara roja y avergonzada, me señalé a mí misma.

—Esa sería yo.

Dando un paso atrás, se pasó una mano por la cabeza.

—Alexa… —Con los ojos llorosos, se llevó un puño cerrado a la boca —. Ahora lo veo.

Sin palabras por segunda vez hoy, me rasqué la frente arrugada.

—¿Ver el qué?

—No te acordarás de mí —empezó, casi tocándome y luego retrocediendo—. Era amigo de tu madre.

Un repentino mareo y una somnolienta inestabilidad hicieron temblar mis rodillas. Apoyé una palma en la mampostería de la casa, buscando claridad.

—¿Tony? —¿Cómo lo sabía Clarence?—. No he… —Me quedé totalmente sin palabras—. Oh, Dios.

Una sonrisa lúgubre pero complacida tiró de sus finos labios.

—Te pareces a ella —articuló, mirándome desesperadamente a los ojos—. A Adaline.

Necesitando recuperar sus emociones alteradas, me dio la espalda, entrelazando las manos detrás de su cabeza. Miró al cielo, y yo observé atentamente, fascinada, idolatrando al hombre que robó el corazón de mi madre.

—Ella te quería —susurré, y sus ojos tristes y vidriosos chocaron con los míos—. Te quería de verdad, Tony.

Con el rostro contraído en negación, se pasó una mano por sus rasgos perplejos.

—Éramos amigos.

—Erais amantes —intervine, abriendo la cremallera de mi bolso para sacar las cartas—. No tienes que mentirme ni preservar mi memoria, Tony. Soy una chica mayor.

Atónito, miró fijamente las cartas.

—¿De dónde has sacado eso?

—Oh, entré a la fuerza en la casa de mi infancia y los encontré debajo del parqué.

Sus cejas se dispararon hasta la línea del cabello.

—¿Entraste a la fuerza en mi casa?

Se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Eres el dueño de mi antigua casa?

—Sí —confirmó, quitándome los sobres—. Creo que deberías entrar para que hablemos. —Su cálida y tierna sonrisa hizo que mi corazón palpitara—. Preparo un café irlandés bastante decente.

—Me gusta el café.

—¿Te gusta el whisky? —preguntó, haciéndome un gesto para que lo acompañara adentro.

No soy de beber whisky, pero me encanta el sabor del Macallan en la lengua de Liam.

—Beberé lo que haya en el menú.

CAPÍTULO 9

Liam

Nate rastreó el número IMEI de la mujer desconocida hasta un hotel en las afueras de Victoria. Haciendo uso de su autoproclamado y galardonado encanto, convenció a la recepcionista para que le revelara los datos de la clientela. Ella le proporcionó las referencias de las reservas, y él trabajó durante seis horas, reduciendo las posibilidades.

Un nombre le llamó la atención.

—Toma. —Nate, que luce un abrigo negro de Bobbi Parker, me desliza un correo electrónico impreso con los detalles de la reserva de ella—. Molly Brown. —Sentándose en el borde del escritorio, entrelazó sus dedos adornados con oro—. He investigado un poco y no he encontrado ni un número de la seguridad social.

—Nombre falso —sugiere Brad, aparcando el culo en el otro lado de mi escritorio—. Sabía que enviarías a alguien para que la encontrara.

Nate asintió, dándole la razón.

Refunfuñando, Brad se recogió el pelo en un moño desordenado.

—¿Cómo podemos estar seguros de que Molly es la mujer que llamó?

—Revisé los registros de tiempo. Excluyendo a una pareja de ancianos y a un colombiano que visitaba a su novia, Molly era la única persona que estaba sentada en la barra, usando su teléfono. —Abriendo una carpeta de cuero, Nate organizó las imágenes de vigilancia sobre el escritorio—. Sinceramente, señor, creo que quería que lo supiéramos. Mire la forma en que está sentada, mire cómo es consciente de las cámaras. Mientras habla por teléfono, está mirando hacia el circuito cerrado de televisión.

Examinando una de las imágenes, Brad silba.

—No me importaría ver a esta tía a cuatro patas.

Poniendo los ojos en blanco, le arrebaté la foto. Molly está sentada en un taburete de bar, vestida de forma hortera mientras se bebía unos chupitos.

—Conozco a esta mujer, más o menos —dije, recordando a la rubia que se topó con Alexa la noche que reservamos una habitación de hotel—. Casualmente, o más bien, a propósito, se tropezó conmigo mientras estaba con Alexa y afirmó haber pasado tiempo conmigo, en este despacho, sin duda. —Encogiéndome de hombros con indiferencia, dejé la imagen sobre la mesa—. Aunque no recuerdo nada, dio a entender que habíamos tonteado. Quizá me la follé una

vez. ¿Quién sabe? Pero, aunque lo hubiera hecho, ¿por qué está tan empeñada en acosarme? ¿Qué podría querer?

Brad se desabrocha el primer botón de la camisa.

—¿Dinero?

—La única forma de que esa zorra vea un duro mío es si se lo meto por su puta garganta abajo. —No, era algo más profundo que el dinero. Lo sentía en las entrañas—. ¿Y Vincent?

—Encontré algunos negocios —dijo Nate, seleccionando otra carpeta —. Vincent es dueño de un club de caballeros. —Me da la información—. También es dueño de un bar de reggae y, agárrate, es copropietario de un club privado que está patrullado y vigilado con máxima seguridad.

—Fuimos hasta allí en coche —continúa Josh, sirviendo a todos un vaso de Macallan—. No pudimos pasar de las puertas. Es un club solo para socios.

—Una opción es arrinconar los perímetros y ordenar a los hombres que ataquen. —Nate despliega las fotos capturadas—. Con su visto bueno, por supuesto.

—Vincent no se esconde. —Josh se bebe un trago de whisky—. Está disponible para que lo cojamos, pero tampoco nos lo está poniendo fácil.

Saqué varias conclusiones.

—¿Y el bar de reggae?

—Hablé con el gerente. —Nate aceptó un porro a medio fumar de Brad—. Afirma que Vincent solo lo visita dos veces al año. Aparte de eso, Vincent deja que sus empleados se las arreglen solos.

Mi teléfono vibró. Lo saqué del bolsillo y abrí el mensaje de texto de Alexa.

Alexa: No paramos de desencontrarnos, lol. Estoy empezando a pensar que me estás evitando x

Al contrario, Alexa, últimamente, es imposible de localizar. Le envío mensajes y rara vez contesta. La llamo y nunca responde.

Yo: ¿Quién evita a quién, Alexa?

Alexa: Tú no duermes… nunca. A mí sí que me gusta soñar, Liam. Además, estoy cuidando mis intereses futuros. Ya sabes, he oído que una buena noche de sueño reduce las arrugas x

Yo: ¿Por qué una mujer de veinte años está estresada por envejecer?

Alexa: Bótox para cuando tenga treinta x

Brad mete las narices en la pantalla.

—Joder, sí. Yo la llevo a que le pongan un poco de bótox. —Se frotó la barbilla—. A mí tampoco me vendrían mal unas cuantas de esas inyecciones.

Nate soltó una risa ronca.

—Afirmativo. Mira las arrugas que tienes alrededor de los ojos.

—Yo no tengo arrugas. —Brad palideció—. No muchas, en cualquier caso. Solo unas pocas rebeldes que van por libre.

Yo: Cuando dices tonterías, no puedo evitar preguntarme si Brad es tu otra mitad compatible.

—Además —se mofa Brad—, podría tener la cara llena de defectos y aun así pillar más tías que vosotros dos, putos capullos.

Alexa: Brad es un desastre de tío x

Escribí una respuesta.

Yo: ¿Estás intentando cabrearme?

—Para el puto carro —espetó Nate, encorvando los hombros—. No eres mejor que nosotros, Brad. ¿La diferencia entre tú y yo? Yo

tengo principios. Tú te follas a cualquier cosa que tenga pulso. La próxima tía podría tener tetas y rabo, y aun así te follarías a ese hijo de puta por el culo.

Alexa: ¿Está funcionando? X

Brad se metió un palillo entre los labios.

—Mejor se la chupas tú a tu madre.

Yo: No.

Alexa: Bueno, yo ya he encontrado a mi alma gemela, gracias. ¿Y dejarme un —beso — afecta a tu reputación de estirado, Liam? Nadie tiene por qué saberlo x

Joder, la amo.

Yo: Alma gemela, ¿eh?

Yo: X

Yo: ¿Has empezado a hacer las maletas? Enviaré a un miembro del sindicato a que te recoja.

Yo: Jace puede irse a tomar por culo andando.

Jace se pasó de la raya al atacar a mi mujer por la espalda, así que no sentía vergüenza ni remordimiento por querer rodearle el cuello con las manos y partírselo.

Nate lanzó un vaso en dirección a Brad, haciéndolo añicos contra la pared.

—Cállate la puta boca, blanco de mierda —espetó furioso, irguiéndose en toda su imponente altura—. ¿Mi madre? ¡Tu puta madre! ¿Por qué no vas y te follas a la tuya…?

Sintiendo una oleada de furia, me levanté de mi asiento en segundos.

—¡Ya basta! —Poniéndole una mano en el pecho hinchado a Brad, agarrando su camisa empapada de sudor, tiré de él por el cuello—. Date una vuelta, Brad. Es una puta orden.

Sus ojos redondos y furiosos se clavaron en Nate, pero no fue su expresión lo que molestó a Nate. Fue su silencio.

—Nate, fuera —espeté furioso—. Josh, puedes acompañarlo.

Sin aflojar el agarre paralizante que tenía sobre mi mano derecha, le taladré el oído con una dura reprimenda.

—Te lo has buscado tú solito. —El músculo de su mandíbula se tensó y crujió—. Deja de joder a tus hermanos todo el puto tiempo y mantén la cabeza en el trabajo.

Gruñendo, se atusó el moño desordenado.

—Jefe.

Lo empujé y me dejé caer de nuevo en la silla.

Alexa: En realidad, pensaba quedarme un tiempo más x

Mis fosas nasales se hinchan al inhalar con rabia. La llamé.

—Liam —contestó a los tres tonos.

—Me estás tomando el pelo. —No, prometió que volvería. Mi mujer no rompe sus promesas—. ¿Alexa?

Oí su larga y profunda inspiración.

—Te quiero.

—No hagas eso. —Este comportamiento irresponsable me crispa los nervios—. No estoy de acuerdo con esto, Alexa.

—Liam, me gusta estar aquí.

Hubo un instante de silencio.

—¿Se supone que debo entender esa ambigua declaración?

—Sí… no. No lo sé. —Brad y otro miembro del sindicato discuten junto a la puerta—. Solo necesito un poco más de tiempo…

—Fuera. —Entre los hombres que se portan mal y la resistencia de Alexa a sacar lo peor de mí, estoy al borde de una combustión peligrosa—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Quién? —preguntó, y me pellizqué el puente de la nariz—. ¿Yo?

—No, la otra mujer con la que estoy hablando, Alexa. Claro que tú.

—Comiendo.

—¿Por qué necesitas más tiempo? ¿Qué buscas, Alexa? —Pasé meses sumido en el dolor, llorando a esta mujer. A diferencia de la mayoría, tuve la suerte de recuperarla. Pasando por alto su decisión de abandonar su antigua vida, le di la bienvenida a casa con los brazos abiertos y amorosos, y le entregué la cabeza de Fagan en bandeja de plata—. Todo lo que podrías desear está aquí, en Londres.

Cuando conocí a Alexa, fui duro, seco, cruel y a menudo desconsiderado con sus sentimientos. No vivo con remordimientos, aprendo de los errores y sigo adelante, pero ¿cómo puedo rectificar los errores de nuestra relación si ella insiste en mantenernos separados? Uno pensaría que, después de pasar tanto tiempo el uno

sin el otro, querría estar aquí conmigo, recuperando el tiempo perdido.

—Deseo encontrar al antiguo amante de mi madre. Necesito cerrar ese capítulo, Liam.

—¿Por qué? —Nada bueno sale de abrir cámaras oscuras y desenterrar viejos esqueletos—. Todo está en el pasado, Alexa. Déjalo estar.

—No lo entenderías.

—Lo entiendo perfectamente. Recorrer el baúl de los recuerdos no traerá a Adaline de vuelta, Alexa. Deja de joderte las emociones y vuelve a casa. —Encendiendo un porro ya liado, doy una calada y expulso una nube de humo—. Vuelve a casa conmigo.

—Liam, ¿puedo llamarte luego?

Con la mandíbula apretada, bajé el teléfono y colgué. Cargando nuestros mensajes, le envío un texto.

Yo: Te quiero, pero no soy el tonto de nadie. Dices que soy un capullo insensible e indiferente, pero, por ti, solo por ti, he desnudado mi alma en varias ocasiones y he salido escaldado.

¿Quieres saber qué es lo que más me jode la cabeza? El hecho de que tú, señorita Haines, te adueñaste de mi vida, y no al revés, y desde entonces todo ha sido un perpetuo desastre para mí.

Disfruta de tu descanso.

No esperes que esté aquí si es que regresas.

Bebiéndome un chupito de Macallan de un trago, sirviéndome un tercero, abro el cajón del escritorio y saco la memoria USB que Vincent dejó. La conecto a mi portátil, hago clic con el ratón y, mientras espero que el archivo se cargue, me dirijo a la vitrina de cristal. Selecciono *Si Tu Me Amas* de Il Divo, coloco el disco en el eje central del tocadiscos y fijo el portacápsulas.

Como un idiota, reviso mi teléfono antes de desplomarme detrás de mi escritorio. Nada. Ni siquiera una ocurrencia sarcástica o burlona para fomentar una diatriba o un merecido golpe de realidad.

En la pantalla, el archivo abrió una acumulación de imágenes y vídeos. Arrastré el cursor y hice clic en el primer archivo. Vincent, impecablemente trajeado, entra en lo que parece ser un despacho, con una mujer a su sombra. Mínimamente vestida y con un antifaz, se arrodilla en el suelo y gatea seductoramente hacia él.

—¿Qué, me vas a dar porno amateur? —Me reí una vez, seleccionando la segunda carpeta.

En el vídeo, Vincent camina de un lado a otro en un baño público, sus pasos impulsados por la ira. Su compañera femenina gesticula acaloradamente, balanceando los brazos. Curioso por saber si el volumen funciona, subo el altavoz.

—¿Qué te he hecho? —discute ella, e inclino la cabeza para escuchar con atención—. ¡Hice todo lo que me pediste!

—*Basta* —gruñó él en un idioma extranjero, y ella se apoyó de espaldas en el lavabo—. Me hieres.

Me palpitaban las sienes. Me llevo el vaso de cristal a los labios y me bebo un trago.

—No termines con esto, Vincent —llora ella melodramáticamente, y estuve a punto de elegir el tercer vídeo cuando añadió—: ¿Y si compartiera algunas verdades oscuras contigo?

Interesante.

Poniendo los pies sobre el escritorio, respiré la bruma que me adormecía la mente y observé cómo se desarrollaba su moderadamente entretenida actuación.

—No quiero nada de ti.

—Es sobre Molly.

Mis piernas descendieron al unísono. Subiendo el volumen, dejo el porro en el borde del cenicero y le envío un mensaje a Nate.

Yo: Ven a mi despacho. Ahora.

Vincent dio un paso amenazante hacia la mujer.

—¿De qué conoces a Molls?

Píxeles blancos y negros inundaron la pantalla y entonces el vídeo terminó.

No me molestó ni me sorprendió que Vincent bloqueara la imagen antes de que su amiga me iluminara.

Vincent es una serpiente peligrosa. Te tentará para atraerte a su oscura red de insidia generalizada y subestimada, y te atrapará.

—¿Señor? —llamó Nate mientras tocaba la puerta—. ¿Quería verme?

—Vincent, a primera vista, tuvo una relación con esta mujer. —Rebobino el vídeo para que Nate pueda examinar a la rubia—. Conoce a Molly Brown.

Nate recuperó el ratón y dibujó un cuadrado alrededor de la cabeza de la mujer. Recargando el navegador de internet, insertó el elemento pegado y navegó por la web.

—Qué raro.

—¿Qué? —pregunté, más intrigado de lo que me gustaría admitir.

—Serena Hall —dijo, rascándose la mandíbula—. Dice que esa zorra se suicidó a los trece años. —Me muestra los registros de defunción —. Se cortó las venas mientras cumplía condena en un hospital psiquiátrico.

—Es una búsqueda de imágenes —le recuerdo—. Quizá se parece a otra persona y el sistema lo ha detectado.

Nate no está convencido.

—¿Qué hay en los otros archivos? —Repasando las imágenes, vemos una presentación de Vincent y Serena, desde visitas a hoteles hasta citas para cenar—. ¿Saber sobre ella es relevante para encontrar a Brown, señor?

No estaba seguro.

—¿Por qué si no Vincent dejaría esto en mi poder? De hecho, ¿cómo sabe él que Molly se ha infiltrado en mi vida?

Apoyando las manos en el escritorio, Nate cierra la sesión de mi correo electrónico y entra en el suyo. Revisa la correspondencia antigua hasta que ve lo que busca.

—Podemos contactar con él. —Desbloqueando el contacto, se prepara para escribir—. A su orden.

¿Quería buscar la ayuda de Vincent?

Mi teléfono vibró.

Acepto la llamada.

—Warren.

—Me diviertes —dijo Vincent, enfadándome aún más—. Tienes esa mirada en los ojos, hermano. ¿Es fragilidad lo que veo?

Nate enderezó la espalda y sigilosamente recorrió la habitación con la mirada para descubrir los dispositivos ocultos de Vincent.

—¿Cómo pasaste a mis hombres, Vincent? —Metiendo una mano en el bolsillo del pantalón, me levanté y rodeé mi escritorio con indiferencia—. Revisamos la vigilancia, y no estabas ahí. —Sentí que mi desconocimiento le complacía—. Y la que está dentro de mi despacho falló antes de que pudieras colarte por la puerta. Presumo que tuviste algo que ver con eso.

—Soy un hombre de muchos talentos.

En el tocadiscos, apagué la música y deslicé el disco de nuevo en su impecable funda de vinilo.

—Estoy empezando a darme cuenta. ¿Debería cuestionar tus verdaderas intenciones, Vincent? Dices ser de mi misma sangre, pero ¿qué clase de hermano invade la privacidad de otro hermano?

—Como ya te expliqué, Liam, no eres la persona más fácil de localizar.

—La mayoría pillaría la puta indirecta.

—No soy como los demás —dijo con aire de suficiencia—. Ahora, ¿por qué no te sientas para que podamos hablar?

—¿Por qué no te metes una pistola en la boca y aprietas el puto gatillo? —Se quedó en silencio; me burlé—: Vincent, ¿he herido tus sentimientos?

—Estoy decepcionado, Liam —dijo Vincent—. Esperaba mucho más de ti. —Nate revisa el minibar y los cuadros de la pared—. Dile que está dentro del conducto de ventilación.

Miré al techo. Nate, discerniendo la orden sin palabras, se sube a la mesa de centro de alto brillo y se pone a desactivar a Vincent de la habitación.

—Molly es peligrosa —dijo Vincent, pero yo no vacilé—. Si no por ti o por mí, Liam, piensa en Alexa.

—No lo hagas —espeté, con los dedos aferrados al teléfono—. No hablarás de esa mujer conmigo. Te lo advierto, Vincent. Rompe cualquier forma de contacto con Alexa…

—La protegí —ladró por el auricular—. Desagradecido de mierda. Si no fuera por mí, Alexa estaría muerta.

¿De qué coño está hablando?

—Fui yo quien la cubrió. Puse mi vida en riesgo para preservar la suya, así que guárdate tus putos insultos, hermano. —Mi mutismo le hizo gracia—. Alexa no te lo contó.

La sangre me rugía en los oídos.

—La noche que fuiste a por su padre.

—¿A quién coño le importa? —solté con voz ronca, abriendo de un tirón el cajón del escritorio y rasgando una bolsa transparente con los dientes—. ¿Qué quieres de mí? ¿Un puto aplauso? —Vaciando cocaína sobre el escritorio, saco una tarjeta de débito de mi cartera y hago unas rayas.

Nate dejó caer la cámara al suelo y la aplastó bajo su zapato.

—No soy yo a quien Alexa debe temer —replicó—. Molly la usará a ella para llegar a ti.

—¿Entonces por qué no viene a por mí? ¿Me ves escondido? —Equilibrando el teléfono entre mi hombro y mi oreja, enrollo un billete de cincuenta libras—. Si está tan empeñada en pagármela por un polvo de mierda…

—¿Te dijo eso ella, hermano, o es que tienes buena memoria? Me inclino por lo primero. No has tocado a esa mujer. Es una artimaña para meterse en tu cabeza, y funcionó. A eso se dedica. Es todo un

gran juego mental retorcido, Liam. Puedo ayudarte… quiero ayudarte.

Vincent había enfriado la hostilidad. Parecía sincero, pero ¿cómo puedo confiar en este hombre? Hermano de sangre o no, no lo conozco ni conozco sus verdaderos motivos.

—¿Qué pruebas tienes de que compartimos el mismo padre?

Empecemos por lo fundamental.

—Una fuente fiable.

—Fiable para ti, quizá. —Esnifo una raya de la mesa—. No confío en nadie.

—Podríamos acabar con tus reservas instantáneamente. El señor Alzaim podría hacer una prueba de ADN esta noche —sugirió, y miro a Nate, que está presenciando la conversación en silencio—. Soy un participante voluntario.

—¿Por qué estás tan ansioso por ayudarme? —me pregunté en voz alta, esnifando otra raya—. ¿Qué sacas tú de esto?

—¿No es obvio, Liam? Quiero una relación con mi hermano.

Imposible, pensé.

—No me crees —dijo, chasqueando la lengua—. No tienes por qué dudar de mí, hermano. Por desgracia, yo también estoy familiarizado con el rechazo y el abandono. No hace falta que te recuerde que Ray también es mi padre. A diferencia de ti, que pudiste mantener el apellido Warren, yo fui condenado al ostracismo por él sin reservas.

Mis labios se torcieron en una mueca de asco.

—Nunca honraré a ese puto donante de esperma con un título de reverencia. No merece más que odio y execración por mi parte.

El teléfono sonó en mi mano, revisé brevemente la pantalla para ver una respuesta tardía de Alexa.

—Lo haremos —acepté, y él exhaló aliviado—. Esta noche. Yo elijo la hora y el lugar, Vincent. Recibirás un mensaje treinta minutos antes.

—Estaré esperándolo.

Vincent termina la llamada sin responder.

—¿Has pillado todo?

Nate asintió con la barbilla.

—Señor.

—Prepárate para salir en la próxima hora. Trae las pruebas contigo.

Desbloqueando la puerta del despacho, Nate sale a la orden.

Miro el mensaje de texto.

Alexa: Pero ¿qué bicho te ha picado? X

Dos segundos después, llegó una imagen.

Voy a estrangular a esa mujer.

Chupando cocaína de mi pulgar, marqué su número y esperé a que contestara.

—¿Liam? —dijo Alexa con voz animada, un poco sin aliento—. Ese sermón estaba fuera de lugar...

—No, lo que está fuera de lugar, Alexa, es que tú, una vez más, uses tu atractivo sexual para distraerme.

—¿No te gustó la pose?

Alexa envió un selfi desde el baño de la cabaña. Frente al espejo, lleva un conjunto de encaje rojo que acentúa sus pechos pequeños y su abdomen tonificado. Su largo y lustroso pelo oscuro cae sobre un

hombro y… joder. Me ajusto los pantalones, haciendo sitio para mi polla excitada.

—¿Te vigoriza? ¿Saber que posees tanto poder sobre mí? Si fueras cualquier otra persona…

—Me encanta lo mucho que me quieres, Liam —confesó, y una mezcla de deseo y rabia me dolió en el pecho—. Simplemente pensé que ese último mensaje fue el resultado de un día estresante y que yo pagué los platos rotos, así que quise apaciguarte. Si eso me convierte en una distracción, bueno, no me voy a disculpar.

—Juraste que nunca me mentirías.

—¿Cuándo te he mentido?

—Vincent —empecé, y oí el tintineo de una botella de alcohol—. ¿Estás bebiendo?

—Sí, no me encontraba muy bien antes, así que me he anestesiado con vodka. —Eructó y murmuró una disculpa—. ¿Qué tenía que decir el señor Smith?

Mi rostro se endureció.

—¿El señor quién?

—Vincent —bostezó—. ¿Qué te dijo?

—Me dijo que te protegió la noche del ataque de Fagan. —Cogiendo mi tarjeta, atravieso una raya—. ¿Es eso cierto?

—Sí —dijo sin dudar, y me puse inmediatamente a la defensiva—. Pero antes de que me eches la bronca, Liam, nunca te oculté esto para ser desleal. En ese momento, ya sabías de Vincent, y sentí que era mejor que ambos discutiérais el supuesto tema de los hermanos vosotros mismos… en privado. Quiero decir, si es tu hermano, entonces, bueno, ¿no crees que habría sido insensible por mi parte revelártelo antes que él?

—No, Alexa. —Joder, no quiero discutir con ella por la misma mierda trivial—. Siempre de primera mano, de ti. No me pongas en una posición desprevenida. Me gusta ir un paso por delante. Debes recordar eso.

—Lo siento —susurró—. No volverá a pasar.

Sostenía un vaso medio lleno de Macallan.

—¿Te sientes mejor ahora que el alcohol ha hecho efecto?

—Mucho —me aplaca—. Liam, yo… ¡un minuto!

Jace interrumpiendo. Otra vez.

—Estás ocupada.

—Hemos pedido comida china. —Oigo las tablas del suelo quejarse bajo sus pasos—. ¿Puedo llamarte luego?

—Por supuesto. —Guardándome el teléfono, me levanté de la silla y me puse la chaqueta del traje.

Es hora de afrontar las consecuencias.

CAPÍTULO 10

Liam

Incluso un hombre peligroso y de corazón duro como yo es susceptible a la muerte. No soy inmune a los disparos ni a los traumas balísticos, así que, aunque una pequeña parte de mi mente creía que Vincent no tenía intenciones engañosas o desleales de entrampamiento conspirativo, un chaleco antibalas facilitaba el refinamiento sartorial.

Es raro que entre en una situación desconocida sin la obediente confluencia de mis hombres entrenados. Esta noche, sin embargo, solo Nate me escolta al almacén en desuso y dilapidado, elegido a dedo. Tratar con Vincent no es un asunto del sindicato; es un asunto privado que debe mantenerse en secreto.

Entré en el rústico edificio rojo, los pasos de mis zapatos Ferragamo de cuero preparaban a Vincent para mi llegada concertada.

Espacioso pero con un olor penetrante a humedad y moho, el espacio asimétrico y el techo dañado proporcionaban una escasa iluminación de la luz de la luna, pero sus sombras dispersas perfilaban suficientemente al hombre que esperaba junto a las vigas de soporte.

Dejando a un lado su bolsa de viaje, Nate coloca dos grúas de madera abandonadas una frente a la otra y se desliza los dedos en unos guantes estériles.

Con un cigarrillo apagado balanceándose entre mis labios, me desabroché el botón de la chaqueta del traje y tomé asiento.

Inexpresivo, Vincent imita mi movimiento, sentándose en la grúa.

Nate sujetó unos formularios a unas tablillas con pinza.

—¿Necesita un bolígrafo, señor?

Observo a Vincent sacar un Parker del bolsillo interior de su traje.

—Sí.

Pasándome el documento del participante y un bolígrafo, Nate, sin disimular su desdén, dejó caer una tablilla en el regazo de Vincent y luego recuperó su bolsa.

Haciendo clic en la parte superior de mi bolígrafo, rellené los datos personales para el laboratorio, sintiendo la intensidad del disperso proceso de pensamiento de Vincent.

—Serena —dije, escribiendo —no aplicable — en la mayoría de las preguntas—. Se suicidó, ¿correcto?

El sonido de su pluma garabateando cesó.

—¿Qué?

Me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

—La rubia —dije arrastrando las palabras, continuando con el formulario—. La de los vídeos que me enviaste.

—Te refieres a Greer —reflexionó, y lo miré de frente por primera vez desde que llegué—. ¿Qué pasa con ella?

La sombra de Nate cayó sobre mí. Por instinto, separé los labios. Poniéndome un hisopo en la boca, me frota el interior de la mejilla durante veinte segundos para recoger células y mete la prueba en un cilindro estéril. Antes de continuar con Vincent, me apretó el hombro, un gesto reconfortante y de apoyo, si se quiere.

—Hicimos una búsqueda de imágenes. —Ahora que puedo fumar, enciendo el cigarrillo y doy una calada ansiada—. Su nombre no era Greer.

Vincent no descifró nada hasta que Nate le sacó el hisopo de la boca.

—Pareces preocupado, Liam.

—Warren. —Su petulante necesidad de irritarme empezaba a ser agotadora—. No soy un amigo ni un aliado. No te dirijas a mí de forma tan informal, Vincent.

Se contuvo de reír.

—Y yo que pensaba que era un tirano santurrón.

—Deja de perder el tiempo y pon todo en contexto —dije con voz aburrida, dándole a Nate el formulario firmado.

—Serena —se colocó un porro en el labio inferior y encendió una cerilla—, era una esquizofrénica que se autolesionaba.

—Estoy confundido. —Está desafiando la credulidad de mi desconocimiento—. Deja de joderme la cabeza, Vincent. ¿Debo suponer que Serena y Greer son la misma persona?

—Dos mujeres diferentes —confirmó, inhalando una larga bocanada como si se preparara para un tedioso discurso—. Serena es una de cinco hermanos. Dos hermanas menores, un hermano menor y un hermano mayor. Bueno, medio hermanos, si fuera a ser técnico. Antes de tocar el tema de los miembros de su familia, de los que está distanciada, te daré un resumen de su vida… en tiempo presente. Ignora lo que leas en internet, ya que está muy viva.

»Los padres de Serena la internaron en un hospital psiquiátrico por numerosos intentos de suicidio fallidos. Desafortunadamente, los profesionales de la salud trataron mal y subestimaron su

enfermedad, lo que agravó las muestras de episodios peligrosos y bastante angustiantes.

»En lugar de mostrar signos de progresión, la salud de Serena retrocedió, y el autocastigo era su único alivio del abatimiento, el dolor y la agitación emocional. —Algo indescifrable pasó por sus ojos —. Bastante inquietante.

Expulsé una larga columna de humo.

—¿Hablas por experiencia o por intriga?

Vincent me fulminó con la mirada desde debajo de sus cejas fruncidas.

—Intriga, por supuesto.

Quitándose los guantes de un tirón, Nate se los mete en el bolsillo para desecharlos más tarde.

—¿Señor?

—Lleva todo al Bentley —ordené, y él se colgó la correa de la bolsa de viaje sobre el pecho—. Me gustaría algo de privacidad.

Haciendo girar el tallo del porro entre sus dedos, Vincent se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas.

—Serena se encontró en un conflicto psicológico una tarde después de una visita perturbadora de su madre, quien, agárrate, fomentaba la autosabotaje de Serena.

Fruncí el ceño.

—¿La madre de Serena le suministraba a la carta?

Asiente.

—Le deslizó discretamente una cuchilla Stanley por la mesa de visitas para acelerar el suicidio de Serena.

Hice un ruido gutural.

—Serena fue a su habitación esa noche y se cortó trozos de carne de las muñecas. En ese momento, la muerte la liberaría de una maldad abominable. Sin embargo, para su consternación, sobrevivió a la pérdida de sangre y en su lugar consiguió innumerables puntos de sutura.

»Debes entender que obtuve esta información de otra persona. Nunca he conocido a Serena ni he tenido ningún contacto remoto con ella.

El olor a humo de marihuana impregnaba el aire. Ansiaba su sabor, pero esperaría hasta más tarde, no queriendo compartir nada con este hombre.

—Supongo que tienes una fuente fiable y de confianza.

Se ríe sin alegría.

—No exactamente.

Mi corazón latió con aprensión.

—Continúa.

—Serena, Molly y Greer comparten algo en común: su madre.

Incongruentemente, mi mente vaciló con nociones equívocas.

—¿No su padre?

—No. —Aclarándose la garganta, se ajustó la cruz de oro blanco que colgaba de su lóbulo—. Ahora, Serena, tú y yo también compartimos algo en común.

Un pavor creciente se apoderó de mí.

—Más vale que esto no vaya por donde creo que va.

—Nuestro padre —dice lo impensable, y una bilis ácida se formó en el fondo de mi boca—. Raymond Warren también es el padre de

Serena.

—¿Quieres decirme que he ganado un medio hermano y una media hermana no deseados de la noche a la mañana? —La dinámica disfuncional penetró tardíamente—. Lo que, si lo que dices tiene credibilidad, Molly y Greer son nuestras hermanastras.

—Si es que se las puede llamar así —dijo con indiferencia, dando otra calada.

—Gemelas —dije afirmativamente, reviviendo la noche en que entré en la casa de mi padre y busqué la patética historia de su vida en internet—. Ahora lo recuerdo. Ray se casó con Evelyn y ayudó a criar a sus hijas gemelas. Aunque solo siento resentimiento por ese hombre, en aquel entonces, desde la perspectiva de un adolescente, sentía envidia de esas chicas. ¿Cómo pudo mi supuesto padre dejarme pudrir con una madre yonqui para irse a vivir y criar a las hijas de otro hombre? —Se acumularon una gran cantidad de preguntas—. Ray dejó un buen legado.

Una comprensión momentánea se extendió entre nosotros.

—Joder —gruñí, poniéndome de pie de un salto y paseando—. Molly, ella insinuó que nos habíamos acostado, esa puta zorra.

Yo maté a su madre.

Despiadado. Desalmado. Implacable.

—Todo empieza a tener sentido. —Irritado, me rasqué la barba de cuatro días—. Quieren venganza.

Vincent imitó mi postura.

—Si te sirve de consuelo, esas chicas también me la jugaron a mí, y yo no tengo nada que ver con que su querida madre se esté pudriendo en una caja.

¿Cómo sé que Vincent no es un participante activo en la conspiración de Molly y Greer?

—Si Serena no está muerta, ¿dónde está? —Saqué abruptamente la Desert Eagle y le apunté a la cara—. ¿Cómo sé que toda esta patética búsqueda de atención no es una puta artimaña?

—¿Qué coño haces? —espetó él con rabia, la pura ira anegándole los ojos, que se le oscurecían por momentos—. ¿Cuántas veces esperas que me explique, Liam? Quiero ayudarte.

—Estuviste con ellas —carraspeé, mientras el dedo se me deslizaba por el gatillo—. Dices que no conoces a Serena y, sin embargo, describiste su deprimente vida de memoria. Y no pasemos por alto tampoco la jodida relación sexual que tuviste con Greer. ¿Y Molly? Preguntaste por ella en el vídeo, Vincent. ¿Por qué, si afirmas estar de mi lado, estás tan compinchado con las mismas mujeres que posiblemente quieran acabar conmigo de una puta vez?

—Las gemelas me tomaron como objetivo —explicó él, mientras la nuez le subía y le bajaba por la garganta—. Yo no soy el enemigo, hermano.

—No me fío de nadie —gruñí entre dientes—. ¿Sigues follándotelas, Vincent?

—Jamás he conocido a Serena ni he hablado con ella. Respecto a Molly y Greer, sí, tuve una relación sexual con ambas —silabeó con veneno y amargura—. Antes de que me condenes, permíteme que me explique y me defienda.

Bajó las manos, que mantenía alzadas en señal de rendición, y se ajustó las cuentas de ónice negro del rosario que llevaba en la muñeca.

—No vivo en una cueva, Liam. Londres habla, la calle habla. Sabía de Warren y de sus capacidades desde que era un adolescente. Sin embargo, puedo prometerte que no tenía ni idea de que eras mi hermano hasta que las conocí. Para ser exactos, fue Greer quien me informó.

No quiero esta carga, la verdad.

—Por determinar, a la espera de los resultados.

—Lo siento aquí —dijo, rechazando la idea de que no estuviéramos emparentados—. No se puede negar que somos hermanos. Soy tu vivo retrato, y lo sabes.

La palma sudorosa se me aferró a la Eagle.

Vincent tiene razón. Es clavado a mí. Sin embargo, no estoy convencido de que su existencia signifique nada para mí. Me he pasado la mayor parte de mi corta vida andando solo por este mundo oscuro. Sí, por el camino he conocido a gente a la que quiero, pero mi yo más joven rechazó la idea de una familia tras sufrir el abandono.

—Puede que estés conspirando con ellas. —No, no lo necesito. Prospero sin mi supuesta familia—. ¿Cómo sé si puedo confiar en ti?

—Te aseguro que no las estoy ayudando —dijo con vehemencia, acercándose, con el cañón de la pistola casi rozándole la frente—. Odias todo lo que soy, pero esos dolorosos sentimientos no son correspondidos. Desde que descubrí nuestro parentesco, te he observado, admirado y querido desde una distancia prudencial. —Con audacia, rodeó la pistola con su mano y, a mi pesar, dejé que me hiciera bajar la guardia—. Para ti es más fácil creer que hay un motivo oculto. Tu terquedad no te deja verlo de otra manera.

Con el brazo colgando a mi costado, eché hacia atrás mis tensos hombros y dejé que su declaración de lealtad calara hondo.

—Si tanto te importo como dices, ¿por qué has tardado tanto en ponerte en contacto conmigo?

—Perdí un año entero enviándote mensajes, correos electrónicos, llamándote y mandándote cartas. Tu hombre de máxima confianza,

Alzaim, rechazó y declinó todo lo que le presenté y, bajo tus órdenes, me amenazó para que me mantuviera alejado.

Y, sin embargo, aquí está.

—No seguiste las órdenes.

—Tengo cierta tendencia a la rebeldía —dijo, aparentemente satisfecho de sí mismo—. Me puse insistente cuando descubrí tus cabos sueltos.

No tengo cabos sueltos.

—Explícate.

—Alexa, está decidida a atraer una atención no deseada. —Sus atormentados ojos azules se clavaron en mí—. Sabes que la tomarán como objetivo para hacerte daño, ¿verdad?

Alexa no estaba en Londres. Está en Cornualles, en Newquay, con un hombre al que odio con cada fibra de mi ser. Y estaba a salvo.

—Las despellejaré, las destriparé y las descuartizaré si se acercan a menos de un metro de Alexa Haines. —La idea de volver a perderla era inconcebible—. Prosigue.

—Molly me echó el guante primero —retomó, donde lo había dejado —. Cuando nos conocimos, fue un intento deliberado por su parte.

Lo hizo todo a la perfección. Se sentó sola en uno de mis locales, bebiendo con aire abatido, pero atrayendo una gran atención masculina con sus curvas y su vestido ajustado.

»Entré en el local, crucé la mirada con la mujer y decidí que acabaría debajo de mí esa misma noche. Diez minutos de seducción más tarde, me la llevé al despacho y me la follé allí mismo, contra la pared.

El arrepentimiento afeó sus rasgos enfurecidos.

—Noté esas afiladas garras en mi espalda días después. Si te interesa saber cómo me sentí emocionalmente, te diré que era un polvo extraordinario y que hacía unas mamadas increíbles. No obstante, siento algo por alguien a quien nunca podré tener, así que en las mujeres solo busco placer sexual. Nada más. Nada menos. Molly no fue diferente a cualquier otra fémina con la que me entretuve esa semana.

»Fue una mujer recurrente en mi vida. Teníamos un acuerdo sin ataduras. Le enviaba un mensaje de texto con mis requisitos y ella, dócilmente, satisfacía esas exigencias con un chasquido de dedos. Siendo realistas, debería haberme dado cuenta de que su servilismo era un acto de seducción hipnótica.

»Empecé a notar cambios extraños —añade con desdén, frotándose la barba de un día de la mandíbula—. Una noche, Molly vino a verme al trabajo. Cuando entró en mi despacho, se desnudó de forma seductora y se quedó de pie ante mí, desnuda, con un conjunto de lencería azul pálido. —Me miró de reojo, largo y tendido—. Molly me dijo una vez que odiaba el color azul.

Até cabos.

—Percibiste inconsistencias.

—Sí. En poco tiempo, las mentiras compulsivas y el espíritu contradictorio de Molly despertaron en mí una vigilancia y un análisis constantes, sobre todo al discernir la aparición y desaparición de su tatuaje de mariposa.

Apoyé la espalda en la pared y un pie detrás de mí.

—Dejando a un lado el tatuaje, ¿no hay ninguna otra cualidad que las distinga?

—No, Molly y Greer son gemelas idénticas. Atractivamente altas, rubias y esbeltas, ojos verdes, cintura definida pero con curvas y amplios atributos. Y, ya sea porque les gusta actuar y vestir igual o no, creo que coreografiaron su indistinguibilidad para engañarme.

—Así que, sin saberlo, fuiste víctima de un engaño para follarte a dos hermanas. —Lo observé con disimulo—. Qué mala suerte, ¿no?

—¿Tienes que ser tan poco diplomático y sincero? —siseó—. Hablas como si para mí hubiera sido una experiencia placentera seguir acostándome con ellas, hermano. Sí, al principio me divertí con Molly o con Greer, o con la zorra que me cabalgara la polla en aquel ingenuo momento, pero nunca entenderás lo difícil que es follarse a una mujer mientras te la imaginas con el cuello decapitado en tu mano.

Permíteme que discrepe.

¿Acaso Vincent no ha conocido a la verdadera Alexa?

—Fingí no darme cuenta de su engaño alterno y les seguí el juego para obtener información y conocer sus verdaderos objetivos. Al principio, el tatuaje en el trasero de Molly era la única forma de diferenciarlas. Con el tiempo, sin embargo, aprendí sus rasgos de carácter más notables para futuras referencias. La prepotencia y el alto deseo sexual de Molly superaban sobradamente el anhelo de Greer por un sexo suave y mundano y sus ganas de complacerme. Además, a Molly le gusta pelear, vive de ello. En cambio, a su hermana no se le ocurría nada peor que yo no la llamara en dos días.

»Les susurré mentiras al oído e inculqué la desconfianza entre hermanas proclamando mi amor a la verdadera Molly, pero nunca dije esas palabras cuando estaba con Greer, la Molly de repuesto. —Sus nudillos se pusieron blancos por la tensión—. Una noche, estando a solas con Greer, discutimos por mi falta de afecto. Mi plan funcionó. Molly se había burlado de Greer en mi ausencia, alimentándola con mis mentiras.

»Greer lloró durante una hora, y fue entonces cuando la confronté; el pánico puro en sus ojos era cómico. Aterrorizada de perderme, soltó verdades como una posesa hasta altas horas de la madrugada y me suplicó que no se lo contara a Molly. Atento a esto: Greer, la zorra senil, esperaba tener una relación exclusiva.

Es indiscutiblemente absurdo.

—¿Qué te contó?

—Le prometí —dijo en tono burlón— dejar a la verdadera Molly si Greer me daba respuestas. —Sacó una manzana verde del interior de su chaqueta, abrió una afilada navaja automática y le quitó una capa de piel cerosa—. Fue solo entonces, hermano, cuando supe de nuestro linaje.

Escuchando atentamente, hice girar mi anillo de oro del pulgar.

—Con la boca cerrada, me acosté con Greer en mis brazos mientras ella me ilustraba. Tenías razón antes. Molly quiere venganza por la muerte de su madre. Greer está de acuerdo con las salvajes ambiciones de su hermana, pero también está desconectada. No sé qué pasó la noche que mataste a Raymond. Curioso por el padre Warren, leí unos viejos artículos de periódico una vez: una persona no identificable entró en su casa, les desvalijó y luego los asesinó mientras dormían.

—Si el intruso era tan imposible de identificar, ¿cómo sabían las gemelas que fui yo quien apretó el gatillo esa noche?

—Molly presenció todo el calvario desde su dormitorio.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no se lo dijo a la policía?

—Tendrías que preguntárselo a ella personalmente. Mientras tanto —intervino, frotándose las palmas de las manos—, conseguí lo que quería de Greer y luego terminé la relación. Molly insistió. Una vez más, mentí. No delaté a Greer porque sabía que sería un buen recurso o quizá útil algún día.

»A partir de entonces, dediqué todo mi tiempo y energía a aprender sobre ti, hermano. —Masticando la piel de la manzana, se lamió el jugo de los labios—. Aunque todavía tengo que decidir si mereces la pena.

—¿Por qué elegirme a mí? —pregunté, con genuina curiosidad—. Ellas eran una opción más fácil.

—Primero, crecí como hijo único; habría cambiado muchas Navidades por un hermano. Segundo, ¿por qué iba a ayudar a dos mujeres desquiciadas, que me ocultaron información vital, a matar al criminal más temido de Londres? ¿Acaso parezco tan audaz y temerario? —Le dio un gran mordisco a su manzana, que crujió—. Disfruto bastante de la vida. Gracias.

No, la decisión de Vincent de advertirme no fue un acto de pusilánime adulación. Su valentía era evidente.

—Según Greer, lo único que querían de mí era una alianza. Ninguna de las dos previó el partidazo que soy, claro. Fui una distracción imprevista en su plan de venganza. —Sonrió con aire lobuno, mientras sus ojos vigilantes me escrutaban—. Además, puede que me vayan las cosas oscuras, pero ¿una relación poliamorosa con mis hermanastras? —Enarcó una ceja—. Bastante tabú, ¿no crees?

Uno las piezas de un puzle de elementos contrapuestos.

—¿Están resentidas también por tu rechazo, o soy el único que tiene una diana en la espalda? ¿Y Serena? ¿Dónde encaja en todo esto?

—Nuestras hermanastras están totalmente enamoradas de mí, así que, por desgracia para ti, tengo vía libre; a menos que descubran que te he ofrecido mis servicios, claro. Cuando se den cuenta de lo que he hecho, estoy seguro de que su resentimiento acabará llamando a mi puerta también.

»Serena ya no es una paciente. Dando crédito a la explicación de Greer, Serena está con ellas, pero no es de dominio público. —Me ofreció un porro y lo rechacé con un breve giro de cabeza—. Tú mismo.

—¿Está Serena trabajando con ellas para conspirar contra mí? —pregunté, y él se encogió de hombros con indiferencia—. ¿Dónde puedo localizarlas?

—Les perdí la pista a las gemelas hace meses.

—Molly estuvo aquí… —¿Y si Greer se hizo pasar por Molly?—. Una de ellas estaba en Londres. A juzgar por tu evaluación, es factible que fuera Molly.

—Greer nunca anda muy lejos. —Arrojó el corazón de la manzana al suelo—. Puedo ayudarte a localizarlas.

¿En serio me estoy planteando enfrentarme a dos, quizá tres, mujeres desquiciadas?

—Yo no persigo a las perras. Si esas zorras quieren guerra, ya saben dónde encontrarme. ¿Y, Vincent? —carraspeé con voz entrecortada, la sangre empezando a hervirme—. Has invadido mi privacidad. —Le agarré el cuello de la camisa, mis nudillos golpeando bajo su barbilla, y le di una bofetada con la mano abierta, dura pero contenida, en la mejilla.

Reprimió una mueca de dolor, aunque sus fríos ojos azules no traicionaron ni una sola vez su semblante impasible.

—¿Quieres ganarte mi respeto? —Lo empujé a un lado con una fuerza innecesaria y me dirigí directamente a la salida—. Aprende cuál es tu puto lugar.

CAPÍTULO 11

Alexa

Nellie y Darwin Rutherford se mudaron a Newquay solo con lo puesto y una hija adolescente de la mano.

Adaline Rutherford.

Nacida y criada por dos padres cariñosos, Adaline, hermosa pero humilde, se aclimató a su nuevo y desconocido entorno. Aunque vivía en un barrio bullicioso, rebosante de vecinos amables y niños vivaces, a menudo era muy reservada. Si ser hija única afectaba a Adaline, nadie lo notaba, ya que siempre sonreía y hablaba con cariño y devoción de sus padres.

Una mañana de invierno, Nellie y Darwin dejaron a Adaline con un amigo íntimo y de confianza.

Clarence Corbyn.

Darwin viajaba con frecuencia por motivos de trabajo y, en las más raras ocasiones, su esposa, Nellie, lo acompañaba.

A Adaline le encantaba pasar tiempo en la residencia de los Corbyn. Era la única vez que comía dulces y bebía limonada casera, cortesía de Beatrice Corbyn, la esposa de Clarence.

Lo que más le gustaba a Adaline, sin embargo, era ver a Noah.

Puede que Noah fuera el hijo de Clarence y Beatrice, pero para Adaline era más o menos un desconocido. Aun así, verlo jugar al fútbol en el jardín mientras ella dibujaba en los escalones traseros se convirtió en su pasatiempo favorito. Su actitud displicente no la disgustaba. De hecho, disfrutaba del silencio y lo admiraba desde lejos.

Beatrice instaló a Adaline en el cuarto de invitados para el fin de semana. Por desgracia, su estancia temporal en casa de los Corbyn se convirtió inesperadamente en su hogar para siempre cuando Clarence recibió una llamada de las autoridades a medianoche.

Nellie y Darwin habían muerto en un fatal accidente de coche.

Adaline lloró. Su dolor dejó una penumbra desoladora dentro de las cuatro paredes de los Corbyn, tanto que Noah, de forma insólita, la consoló. Acamparon en el salón, vieron telebasura y faltaron a clase durante casi tres semanas.

Si algo bueno resultó de la muerte de Nellie y Darwin, fue la nueva amistad de Adaline con Noah Corbyn.

Pero, sobre todo, con el mejor amigo de Noah, Tony Roberts.

Tony conocía a Noah de toda la vida. Vivían en la misma calle y asistían a los mismos colegios, jugaban juntos al fútbol y, con picardía, causaban traviesos pero inofensivos estragos por todo el barrio.

Después de un agotador entrenamiento de fútbol, Noah y Tony habían quedado para hacer surf. Era un ritual de los domingos. Se reunían con sus compañeros de equipo y surcaban las olas hasta el atardecer.

—Estaba furioso, Alexa —dijo Tony con una sonrisa incrédula—. Era infantil e inmaduro. Las chicas no tenían permitido colarse en nuestros planes, especialmente cuando se trataba de surf.

Con la barbilla apoyada en mi puño cerrado, escuchaba atentamente, absorbiendo los detalles del pasado de mi madre.

—¿Qué pasó?

—Bueno —gruñó, bebiendo agua para saciar la sed—, le dije a Noah que Adaline no era bienvenida, pero, por suerte, él nunca fue de los que escuchan.

Mientras Tony se perdía petulante entre las frías olas, Noah y sus compañeros se preparaban en la orilla. Tony aceptó a regañadientes el hecho de que Adaline había arruinado sus planes y salió a la superficie justo a tiempo para ver a los otros chicos remar mar adentro.

Molesto pero curioso, Tony se quedó mirando a la chica, que merodeaba cerca de las pozas de la orilla. Llevaba un bañador de una pieza y apenas metía un dedo en el agua. Colocándose la tabla en el hueco del brazo, regresó a la arena, queriendo ver mejor a la nueva amiga de Noah.

Adaline oyó que alguien se acercaba y levantó la vista.

—Estaba perdido —me dice Tony, negando imperceptiblemente con la cabeza—. Adaline me robó el corazón, literalmente, allí mismo, en aquella playa. Tu madre era más joven que yo, pero había algo en aquellos ojos. —Su mirada afligida se encontró con la mía—. Tienes los ojos de tu madre.

Sonreí con tristeza.

—¿La regañaste por unirse a vosotros?

—No, me quedé sin palabras —dijo, y ambos nos reímos—. A tu madre le daba miedo el agua, así que me propuse como misión en la vida hacerla cambiar de opinión. Me la eché sobre un hombro y corrí hacia el océano mientras ella gritaba como una posesa.

»Empezamos como amigos —continuó, con la mirada perdida posada en la mesa de centro—. Adaline, Noah y yo fuimos inseparables durante años. A medida que crecíamos, yo acababa regularmente en el sofá de los Corbyn, irrespetuosamente ebrio, con un Noah roncando a mis pies.

»Beatrice pasaba la aspiradora deliberadamente a las siete de la mañana, solo para agravar nuestras resacas. Noah se quejaba, y entonces Clarence intervenía, defendiendo el honor de su esposa. —Se pasó lentamente un pulgar por los labios—. Yo nunca escuchaba sus riñas familiares; estaba demasiado ocupado admirando a la chica que se quedaba en el umbral del salón.

—Dijiste que mi madre era más joven, ¿salía a beber con vosotros?

—No, Adaline se quedaba en casa y, joder, nos amenazaba con desheredarnos. —Rio entre dientes—. Amenazas vacías. No podía pasar tres días sin hablarnos.

Jugueteé distraídamente con la cadena que llevaba al cuello.

—En el vigésimo primer cumpleaños de Noah, por desgracia, Beatrice murió. Por primera vez en semanas, no pude quedarme en casa de los Corbyn. Clarence es un hombre de rostro impenetrable, pero esa noche se le rompió el maldito corazón, y no pude soportarlo.

»A Noah, perder a Beatrice lo destrozó. Sí, era el típico ejemplo de madre sobreprotectora, pero idolatraba a su familia; y Adaline era la hija que Beatrice nunca tuvo.

»Asistí al funeral con mi madre, que, por desgracia, ya no está entre nosotros, y me quedé al lado de mi mejor amigo mientras él lloraba su pérdida con lágrimas silenciosas.

»Tras la muerte de Beatrice, Noah descarriló —dijo, perdiéndose en un momento de angustiosa nostalgia—. Empezó a juntarse con la gente equivocada en la universidad, a tomar drogas duras y a salir de fiesta toda la semana. Su padre, Clarence, se preocupó tanto que su pelo, antes rubio, encaneció de la noche a la mañana. Y Adaline, en cierto modo, reemplazó a Beatrice esforzándose por mantener unida a su familia.

»Pero no funcionó —murmuró, desenroscando una botella de whisky —. Adaline no era ni mental ni físicamente lo bastante fuerte para conciliar a un padre y un hijo enfadados. Cuando esos hombres discutían o a veces peleaban, ella intentaba interponerse, pero, sinceramente, sus súplicas no eran escuchadas.

»La última vez que Noah pisó esa casa, acabó en una pelea a puñetazos entre padre e hijo. Adaline me llamó y gritó por el teléfono… Conduje como un loco para llegar, los separé y perdí a mi mejor amigo.

—¿Por qué? —pregunté, llevándome una taza de café irlandés a los labios—. ¿Qué le pasó a Noah?

—Me dijo que no me metiera en su vida, luego se marchó y nunca miró atrás.

Los ojos tristes de Clarence aparecieron en mi mente.

—¿Todavía hablas con Clarence?

—Solía hacerlo —confirmó, rellenando su vaso de whisky—. Pero cuando Adaline… —Se interrumpió—. Clarence le cerró la puerta a todo el mundo después de perder también a tu madre.

—Así que mi madre perdió a sus padres de adolescente y fue acogida por la familia Corbyn. Los quería lo suficiente como para quedarse. Y luego tuvo que enterrar a Beatrice y pasar la mayor parte de su juventud evitando que Clarence y Noah se mataran entre ellos.

—Más o menos.

Inhalé un suspiro tembloroso.

—¿Cuándo empezasteis a salir?

—Le robé su primer beso cuando solo tenía catorce años —admite con pesar—. Estuvo mal. Noah me habría zurrado. Clarence también. Esas preocupaciones nunca me detuvieron, sin embargo. En secreto, nos besábamos todo el tiempo, y cuando fui a la universidad, le fui fiel a tu madre. Incluso cuando estaba prohibido y había fiestas y las chicas se me insinuaban, mantuve mi virtud y esperé hasta que Adaline tuviera la edad adecuada para cortejarla como es debido.

Clarence bebía demasiado ron los fines de semana. Echaba de menos a su mujer. Echaba de menos a su hijo. Tenía a Adaline, y ella era excepcional en la casa: limpiaba, cocinaba, hacía la compra y consiguió un trabajo a tiempo parcial para ayudar con las facturas.

Adaline sabía que Clarence lloraba por Noah. Ella también lo echaba mucho de menos. Sabía por qué una botella de ron por noche pronto se convertían en dos. A Clarence le dolía recordar, así que era más fácil adormecer el dolor, la pena y el sufrimiento.

Pero ¿y Adaline?

¿Cuándo se paraba la gente a ver si ella estaba bien?

Al menos Adaline tenía a Tony, ¿o no? Tony trabajaba muchas horas, y cuando no estaba arreglando coches, estaba estudiando. Últimamente, Tony prefiere las fiestas caseras y beber cerveza con amigos a visitar a Adaline, que vive al final de la calle.

No, a Tony no le importaba.

No lo suficiente, al menos.

A Adaline le encantaba observar el océano por la noche. Allí había silencio, calma, una vía de escape, un lugar para escuchar las olas y sus pensamientos turbulentos.

¿Y si Clarence bebe demasiado?

¿Y si Noah nunca vuelve a casa?

¿Y si Tony conoce a otra esta noche?

Angustiada y melancólica, Adaline arrastraba sus pies descalzos por la arena. Podía oír la fiesta desde más allá del acantilado, esa en la que Tony se rodeaba de música a todo volumen, amigos del fútbol y esas chicas guapas que asistían a su universidad.

Una rabia y unos celos ridículos paralizaron a Adaline.

Es su decimoctavo cumpleaños y nadie se ha acordado.

¿Dónde estaban sus tarjetas?

¿Y el regalo de valor incalculable o una muestra de afecto?

Adaline se encontró entrando en la fiesta sin ser invitada y abriéndose paso entre hordas de gente. Sí, quería la confirmación y ver con sus propios ojos si Tony se había descarriado.

La habitación estaba a reventar.

El alcohol fluía de mano en mano.

Chicos y chicas se besaban, se manoseaban y bailaban.

Pero ¿dónde estaba Tony?

¿Ya se había ido?

¿Estaba con otra persona?

¿Podía Adaline culparlo? Era prácticamente un hombre hecho y derecho y se conformaba con cogerse de la mano y algún beso ocasional. Ciertamente, merecía vivir, como todos los demás que se sobaban, tenían sexo y salían de fiesta sin complicaciones ni obligaciones.

Adaline se retiró.

Aceptar la verdad dolía.

Reconocer que debía dejarlo ir le provocaba náuseas.

—Estaba muy confundido —dijo Tony—. Llamé a su puerta, pero nadie contestó. Mi padre había salido esa noche y yo lo tenía todo planeado. Mientras estaba sentado en mi porche, básicamente acosando la casa de Adaline, vi una silueta en la distancia. Era Adaline. Había estado llorando y corriendo y tenía arena pegada a los pies.

Antes de que Adaline pudiera abrir la destartalada verja del jardín delantero, vio a Tony corriendo hacia ella. Avergonzada, se secó las lágrimas de las mejillas y se arregló el aspecto. Su pelo largo y salvaje se agitaba desobediente al viento, y su vestido estaba estropeado por el agua y la arena.

Tony había estado bebiendo.

Tenía los ojos algo inyectados en sangre.

Adaline ahogó otro sollozo y le dio la espalda. Sobre su hombro, cayó la mano de él, su otro brazo la rodeó por la cintura, y él inhaló el aroma de su pelo. Ella no pudo rechazarlo.

Adaline lo había amado desde el momento en que él le enseñó a nadar, a surcar las olas y a bailar bajo las estrellas.

Convenciéndola de que se girara, Tony sostuvo una pequeña caja entre ellos. La había envuelto él mismo: plateado metálico y un lazo rojo, el color favorito de Adaline.

Tony se había acordado del cumpleaños de Adaline.

—Tenía que comprársela —dijo Tony, dejando una pequeña caja de cuero sobre la mesa de centro—. Adaline nunca se la quitó.

Dejando la taza, cogí la caja y la abrí de golpe.

—¿Qué es? —pregunté, examinando la frágil cadena y las plumas de aspecto *vintage*—. ¿Una pulsera?

Asintiendo, Tony se acercó y extrajo con cuidado la delicada joya de la caja.

—Toma. —Desabrochó el cierre—. Pruébatela.

—Oh, no debería. —Aferrando mi muñeca izquierda con una mano, me eché hacia atrás—. Era suya.

—Adaline querría que la tuvieras —dijo con voz ahogada, abrochándome la pulsera en la muñeca.

Las lágrimas amenazaron mis ojos.

—¿Por qué no te esperó, Tony? —Es perfecto. Absolutamente perfecto—. ¿Por qué se fue con Él? —Patrick Haines, mi padre, era un hombre cruel y malvado. No merecía a alguien tan hermosa como mi madre—. Patrick era un monstruo.

La relación de Adaline y Tony era un secreto a voces. Los vecinos susurraban historias a sus espaldas, y tales invenciones afectaban a Adaline. Los rumores sobre su historia se descontrolaron. Antes de que pudiera controlar la situación, Clarence acusó a Tony de aprovecharse de una joven. Por supuesto, Adaline defendió su amor. Su relación se basaba en el aprecio, el respeto, la moral y el amor.

Sin prestar atención al sermón severo y borracho de Clarence, ni a las historias falsas, Adaline siguió ayudando a Clarence en casa, ganando un sueldo y viendo al chico del que había elegido enamorarse… hasta que Tony dejó de hacerlo.

—Todo pasa por una razón, Alexa. ¿Me arrepiento de haber dejado a tu madre y de haberme alistado en la Marina Real? Sí, me atormentará hasta el día de mi muerte. Pero la dejé atrás, y no puedo cambiar eso.

»Mi padre era el polo opuesto a Clarence —dijo, tragando lo que parecía un nudo doloroso—. No me avergüenza admitir que le temía. Cuando él decía salta, tú preguntabas: ¿cómo de alto? Me ordenó que me alistara en la Marina… Hice la maleta al día siguiente.

»Pasé muchos veranos con tu madre. Lo que empezó como dos críos besándose y abrazándose, se convirtió en una trágica historia de amor.

»Me enamoré de Adaline Rutherford en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron. Y esos maravillosos sentimientos, ni una sola vez, disminuyeron o se atenuaron. Si acaso, se hicieron más fuertes y urgentes. En su decimoctavo cumpleaños, se entregó a mí de formas que no espero que entiendas o imagines.

¿Cuándo dejará de dolerme el corazón por ellos?

—¿Dejaste que tu padre se interpusiera entre vosotros?

El padre de Tony no era tan permisivo como Clarence, que se quedaba de brazos cruzados y dejaba que Adaline tomara sus propias decisiones. No, el padre de Tony amenazó con imponer la ley, con decir a las autoridades que su hijo había estado tonteando con la chica cuando solo era una menor.

Tales amenazas aterrorizaron a Tony. Había besado a Adaline, pero nunca la tocó de forma inapropiada, no hasta la noche de su decimoctavo cumpleaños.

El corazón de Adaline se rompió en mil pedazos.

Tony fue a visitarla y se despidió, sin siquiera un beso en su partida.

Nellie y Darwin murieron.

Beatrice murió.

Clarence perdió su alma en la botella.

Noah nunca volvió.

Tampoco Tony.

—Dejé que el miedo a mi padre se interpusiera entre nosotros.

—Supongo que se le rompió el corazón cuando te fuiste.

—Prometí nunca ser esa persona. —Los ojos de Tony se llenaron de lágrimas—. Adaline perdió a todo el mundo y luego tuvo que verme marchar a mí también. —Tomando un sorbo de whisky, se pasó una mano por la cabeza—. Era joven y egoísta. Le dije que siguiera adelante, pero le escribía cartas, sabiendo que eso podría retenerla.

Tony se levantó para abrir el cajón del aparador. Dentro, encuentra otro sobre y duda. Es evidente que quiere que lo vea, pero ¿está

preparado para desprenderse de él? Esa es la pregunta precisa que veo arder en sus ojos.

—Recibí esto de Adaline. Fue la única respuesta que me concedió. —Extendiendo la mano, me ofreció la carta—. Por favor, no la leas aquí. Me gustaría que te la llevaras.

Guardo la carta dentro de mi bolso.

—Nadie odiaba a tu padre más que yo —dijo, y mis ojos preocupados se alzaron de golpe—. Fuimos amigos una vez. Sé que le dije a Adaline que siguiera adelante, pero nunca esperé que se casara con él. Fue toda una sorpresa cuando volví. —Se cruzó de brazos—. Sin embargo, si no hubiera existido Patrick, no existirían Alexa y Kathy. Al menos, de su matrimonio salieron dos hijas preciosas. —¿Buscando mi mirada, preguntó—: ¿Cómo está Kathy?

No estaba preparada para tocar ese tema.

—No sabría decirte —mentí, forzando una sonrisa falsa—. Hace mucho tiempo que no veo a Kathy.

Tony se sentó en la mesa de centro frente a mí.

—Me duele admitir que tu madre sí lo quería. No siempre fue… —Dudó—. Fueron felices una vez.

—Patrick pegaba, violaba y engañaba a mi madre —dije, y los músculos de su mandíbula se tensaron—. Yo solo era una niña, y

durante mucho tiempo, mi memoria se negó a cooperar conmigo, pero, vívidamente, todavía experimento esas pesadillas perturbadoras. Ni tú ni nadie podéis convencerme de que lo que tuvieron sirvió para algo.

Había tanto que queríamos decirnos.

Lo veo; él lo ve.

—Si piensas que te guardo rencor o te juzgo por continuar una relación con mi madre, no podrías estar más equivocada. —Con delicadeza, puse mi mano sobre la suya y la sostuve—. Ella tuvo suerte de tener contigo aunque fuera la más mínima medida de felicidad. —*Gracias*, pensé, parpadeando para contener las lágrimas—. Dios, ni siquiera sé por qué vine aquí, a Newquay. Me quieren. Me quieren tanto, Tony… —Y, sin embargo, no puedo aliviar el dolor dentro de mi pecho—. Pero echo de menos… —*A ellos*, sollocé, retirando la mano para cubrirme la boca—. Por favor, no me hagas caso. —Lágrimas imparables cayeron de mis ojos—. No sé qué me pasa últimamente…

De repente, sus brazos me rodearon. Aturdida hasta la médula, me puse rígida en su abrazo, pero sus brazos solo se apretaron más, casi como si él también necesitara consuelo. Ahogando un grito, crucé cautelosamente mis brazos sobre su espalda y me aferré a su camiseta con las manos.

—Sé tantas cosas de ti —susurró, colocándome una mano en la nuca —. El camino que has recorrido, Alexa. Solo puedo decir que lo siento. No hace falta que me cuentes todas las razones por las que has vuelto, pero me alegro de que lo hayas hecho.

Me soltó y se frotó los ojos rápidamente.

—Yo también la echo de menos.

Sombría y ausente, asiento con la cabeza.

—¿Dónde está enterrada?

***

Tony:

La vida a veces parece injusta y cruel. Puede ser angustiosa, dolorosa y completamente implacable. Tiene una forma brutal de someter nuestra mente, nuestro cuerpo y nuestra alma a pruebas insoportables, pero nunca te echa una mano cuando caes.

O quizás la vida no sea cruel en absoluto.

Quizá esté poniendo a prueba nuestro nivel de entereza para que, cuando toquemos fondo, solo quede un lugar al que ir: hacia arriba.

Tu debilidad se convierte en fortaleza.

Tu mente protege a tu corazón.

Aprendes de tus errores.

Te haces amiga de la oscuridad.

Existes en la luz.

Tenme en tus pensamientos.

Mi corazón es tuyo eternamente.

Para siempre,

Adaline.

P.D. Te ruego que vuelvas a casa conmigo, pues mi corazón no puede sanar sin ti.

Agachada junto a la lápida de mi madre, paso la mano por el verso cincelado.

—Adaline Rutherford —leí, sonriendo para mis adentros como una tonta—. Supongo que te lo debo todo a ti.

Tony se pone en cuclillas a mi lado. Retira las flores muertas para sustituirlas por rosas rojas, frescas y vibrantes.

—Adaline le prestó su corazón a Patrick, pero me pertenecía a mí. — Me tiende una única rosa sin espinas y yo envuelvo los dedos alrededor de su frágil tallo—. Nunca podría poner el nombre de él en el mismo lugar donde ella descansaba.

Llevándome el capullo de la rosa a la nariz, inhalé su suave aroma a clavo y luego la dejé en el suelo.

——Ausente, pero nunca olvidada — —susurré el breve verso—. — Amada por todos. Llorada por muchos —.

Con los ojos llorosos pero serena, le sonreí.

—Estarás siempre en mis pensamientos.

Entrelazando los dedos, se quedó mirando la foto del memorial de mi madre. Es una imagen de cuando era más joven, con una sonrisa en el rostro que no reconozco.

Luché por apartar los ojos de él.

—¿Has pasado página?

A Tony le pilló por sorpresa mi inocente pregunta.

—Yo… —La culpa le arreboló el rostro—. Alexa, nunca dejaré de quererla.

—Lo sé —susurré, ahuecándome el pelo tras las orejas—. No pasa nada, Tony. No se supone que debas morir solo.

Me alegro de que haya encontrado a otra persona.

Dios sabe que este hombre se merece ser feliz.

Con el sol en la cara, cerré los ojos y busqué una forma de cerrar el círculo…

No sentí nada.

Si no es una semblanza de final para la muerte de mi madre, o para la traición de Kathy, o para el maldito pasado —ese que estoy decidida a dejar en el pasado—, ¿qué me falta en la vida?

—Bueno —dije, poniéndome en pie mientras las incertidumbres se deslizaban al fondo de mi mente—. ¿Por qué no vamos a comer? He visto un sitio agradable de camino hacia aquí… —¿Está bien pedirle más de su tiempo?—. No, ¿sabes qué? Debería irme…

Su mano me sujetó el brazo, impidiendo que mis tacones se hundieran más en el barro.

—Me encantaría.

No llores otra vez, Alexa.

—Genial, porque tenemos que pensar en cómo traer a Noah a casa —farfullé, y él entrecerró los ojos—. Y tienes que poner en práctica esas dotes de jardinería. Clarence —resoplé, con las manos en las caderas— necesita uno de esos jardines de hierbas aromáticas tan elegantes que plantas. —Cielo santo, Alexa. Cállate—. Por favor, y gracias.

Atónito, Tony me acompañó de vuelta a su camioneta aparcada.

—¿Siempre eres tan mandona?

Me eché a reír.

—Solo cuando estoy nerviosa.

CAPÍTULO 12

Alexa

—Te odio. —Jace, con una caja de herramientas sobre un hombro, me taladró con una mirada amenazante—. ¡Ni siquiera conocemos a este tío!

—Quítate la camiseta, Jace. —Con las gafas de sol y las botas altas puestas, abrí de una patada la destartalada cancela del jardín y me remangué—. Es la oportunidad perfecta para tostarse la piel.

Recogiéndome el pelo en un moño desordenado en lo alto de la cabeza, me preparé para el vertedero catastrófico y desenrollé una bolsa de basura.

—Empezaré por los desperdicios —dije, pellizcando con los dedos una camiseta empapada del suelo—. Dios, ¿crees que los vecinos se aprovechan del señor Corbyn? No creo que tire basura en su propio césped.

Se puso la gorra del revés y, tras deshacerse de la sudadera y la camiseta, Jace destapa una botella de deporte y se rocía con agua.

La cara. Los hombros. Los brazos. El pecho.

Parpadeé dos veces.

Gotas brillantes se deslizaban por su pecho, serpenteando entre sus tatuajes y su cincelada tableta de abdominales. Levantándose la gorra y pasándose una mano por el pelo mojado, sacude el rocío de sus mechones rebeldes e inclina la cabeza hacia atrás para empaparse de los rayos del sol.

Enarqué una ceja con sarcasmo.

—Eso ha sido muy dramático. —Teatralmente deliberado—. ¿Has terminado de hacer de modelo y de anunciar una botella de agua?

Con una sonrisa torcida, siguió adelante.

—Deja de comerme con los ojos como una pervertida con ojos de cervatillo —bromea con voz áspera, subiendo los escalones de madera.

Pasándose la palma de la mano por el pecho, se ajustó distraídamente el piercing del pezón y luego tocó el techo de madera de la veranda, comprobando su durabilidad.

—Pende de un hilo. Voy a necesitar algo más que un martillo y clavos para asegurar esto, Alexa.

Con la lengua pegada al paladar, miré calle abajo, sopesando la idea de comprarle al hombre una casa nueva entera. No, es su hogar, sus recuerdos.

—Vale, vamos a pedir refuerzos de emergencia.

Día uno. Retirada de basura.

—¡Espera! —Saltando detrás de la furgoneta que llegaba, levanté las manos—. ¡Has dado marcha atrás demasiado! ¡No quiero que derribes el maldito muro del hombre!

El operario que contratamos abre de golpe la puerta del conductor, saca las piernas vestidas de vaquero y salta al suelo.

Con las orejas del color rojo más oscuro, cerró la puerta de un portazo y se dirigió hacia mí con pisotones infantiles.

—¡No tienes por qué gritarme de esa manera, tía! —escupió, lanzando un perdigón—. Tú…

—¡Mira! —Señalando la parte trasera de la furgoneta, que se encontraba a milímetros del muro de ladrillo de Clarence, agarré la camiseta sudada del tipo y nos puse nariz con nariz—. Si lo rompes, lo pagas. ¿Entendido?

Me apartó la mano de un manotazo y me apuntó con un dedo mugriento a la cara.

—No… —Sus ojos sedientos de sangre se abrieron como platos al mirar por encima de mi cabeza—. Sí, claro. Ningún problema, tía. —Se inclinó la gorra, volvió corriendo a la furgoneta y aceleró hacia delante.

Me sentí como una todopoderosa…

—Estás de pie detrás de mí, ¿verdad?

Jace se puso a mi lado y fulminó con la mirada a la furgoneta que retrocedía, con los músculos de los hombros rígidos y tensos.

—Tiene suerte de que no le haya partido la cara por encararse contigo así. —Dándome un azote en el trasero con un paño de cocina, se dirigió a las bolsas de basura que habíamos recogido y las subió a la caja del camión—. A trabajar, Alexa.

Día dos. Reformas.

—Alexa, tienes que levantarla más —gritó Jace, con la impaciencia por las nubes—. ¡Alexa!

—¡Lo estoy intentando, gilipollas! —repliqué, agarrando la viga de madera—. ¡No vaya a ser que una mujer tenga dificultades con objetos pesados, Jace!

Con las mejillas rojas y sudando, su cabeza apareció por el otro extremo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué? —Reprimiendo una sonrisa divertida, lo hice caminar hacia atrás, la larga viga me hacía trabajar la fuerza de la parte superior del cuerpo.

—Toda esta farsa fue idea tuya —me recuerda, retrocediendo hacia la veranda—. Y ni siquiera me has ofrecido un café por el trabajo duro.

Tiene que dejar ya el victimismo; se está haciendo pesado.

Más tarde esa noche, cubierta de manchas de hierba, tierra seca y pintura húmeda, me estrellé de cara contra la cama.

—Me muero.

Me duelen las piernas. Y los brazos. De hecho, me duele y me palpita todo, y la quemadura del sol en la cara promete ampollar.

Soplé un mechón de pelo de mi mejilla.

—Odio mi vida.

—Voy a salir —gritó Jace desde el salón, y yo agité una mano en el aire con desdén—. No me esperes levantada.

La puerta principal se atascó, bajé los párpados y me quedé frita.

Día tres. Casi muerta a zarpazos por King Kong.

Abriendo la puerta trasera de Clarence con un golpe cauteloso, entré en su pequeña cocina de estilo rústico.

—¿Clarence? —llamé, mirando el hervidor y las tazas—. Ya sabes que me he tomado la libertad con tu jardín y todo eso… —Apoyando la mano en la encimera de granito, me asomé al oscuro pasillo, donde solo me recibieron muebles polvorientos y penumbra—. ¿Crees que podría servirme una taza de té también?

Silencio y soledad.

—A la mierda. —Puse el hervidor en marcha, preparé dos tazas para el café y tamborileé con las uñas en la encimera.

Oí un gruñido espeluznante.

Con los pelos de la nuca de punta, me invadió una piel de gallina que se multiplicaba.

—Mierda. —Esforzándome por expulsar el silbido ahogado que subía y bajaba por mi tráquea cada vez más estrecha, miré hacia abajo y me encontré cara a cara con…—. ¡Oh, por el amor de Dios!

Con los ojos desorbitados y ladrando como un loco, el chihuahua se deslizó entre mis tobillos, meneando su cola curva. Me miró fijamente y se sentó obedientemente.

—Hola, pequeñín. —Agachándome, lo acaricié y le alisé el pelaje tostado—. Territorial mis narices…

Estúpidamente, levanté la vista.

¿Por qué levanté la vista?

Desde la cesta del perro, echando espuma y enseñando sus dientes irregulares y afilados, el Cane Corso ladeó la cabeza, con una oreja erguida.

El terror aprisionó mi corazón, que latía esporádicamente. Temiendo el peor resultado posible, me erguí y solté una risa nerviosa.

—Buen perrito.

Ladró, fuerte y demoledor.

Mis entrañas se encogieron.

—Oh, mierda.

Iba a ser su dieta de comida cruda.

Tropezando con la bola de pelo muerde-tobillos, salí corriendo por la puerta trasera, con el-perro-más-aterrador-y-territorial-que-he-visto-en-mi-vida detrás de mí, avanzando con paso atronador.

—¡Jace! —chillé, oyendo al hombre entrar en pánico y tropezar al bajar de la escalera, pero no tuve el valor de mirar atrás ni de comprobar si estaba bien—. ¡Joder, ayúdame!

Cayéndome repetidamente y poniéndome en pie a trompicones, corrí hacia la cancela del jardín. Mi zapatilla enganchó unos materiales de bricolaje, precipitándome a una muerte segura; me golpeé y me quedé sin aire, pero tuve el buen juicio de rodar sobre mi espalda y extendí los brazos justo cuando el gran bulto de ferocidad aulladora se desplomó sobre mí.

Me ladró en la cara.

Girando bruscamente la cabeza hacia un lado, hice una mueca y entorné los ojos.

Con las patas plantadas a cada lado de mi cabeza, el perro me babea la cara, lamiendo y babeando.

Muerta de miedo, le di una palmadita en la espalda.

—Buen chico… —Su lengua me lamió la boca—. Qué asco. —Podía oler su cena—. ¡Necesito un poco de ayuda por aquí!

Día cuatro. Café tardío.

—Es increíble, ¿verdad? —Desatando mi incontenible emoción, agarré a Jace por la muñeca y lo arrastré hasta la prueba B—. ¿Qué te parece? —Dejándome caer en el columpio del porche y estirando los brazos victoriosa, extiendo un pie con tacón hacia el cielo—. Lo he pintado yo misma y he arreglado la cadena.

Jace agarró la cadena y comprobó su resistencia al peso. Asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Está bien.

Me metí una almohada de rayas debajo de la cabeza.

—¿Cómo va lo de la veranda? —Puede que me quede en el columpio —. Podría dormir aquí para siempre.

Jace abrió un paquete de chicles.

—Casi terminado… —Al oír el sonido de una puerta que se abría, ambos dirigimos la mirada y vimos a un Clarence cojeando salir de la casa.

Mi boca abierta se cerró.

Cansado y frágil, Clarence se detenía con frecuencia, sin el apoyo de su bastón. Con la barbilla levantada con terquedad, dio un último paso y se inclina para dejar dos tazas en el alféizar de la ventana.

Clavándome una mirada inquisitiva, Jace se lamió los labios secos, deseando esos granos de café más que la vida misma.

Tosiendo en un puño cerrado, Clarence, sin hacer contacto visual, vuelve a entrar, y la puerta principal se cierra de golpe tras él.

Estupefacto por la breve aparición de Clarence, Jace se rascó la nuca.

—¿Qué coño acaba de pasar?

Le dediqué una amplia sonrisa.

—Creo que está empezando a entrar en calor con nosotros.

Día cinco. Escupí un pulmón.

Con los auriculares a todo volumen, pasaba una brocha sobre el exterior de madera de la casa, salpicando de blanco brillante.

—Hijo de hombre, mira al cielo —canturreé desafinada—. Eleva tu espíritu, libéralo. Algún día caminarás con orgullo. Hijo de hombre, a su tiempo serás… ¡Eh! —Jace me arrancó el auricular de la oreja y se lo metió en la suya—. Estaba escuchando eso.

—¿Qué coño es esto? —Sacándose el auricular de la oreja, frunció el ceño—. ¿En serio, Alexa? ¿Tarzán?

—No me juzgues. —Mis mejillas ardieron—. Me gusta Phil Collins.

Completamente desconcertado, se puso la gorra del revés y me dejó reflexionando sobre mi gusto musical.

Dejando el teléfono y la música, bajé los escalones y me rendí a un merecido descanso.

Dejándome caer en un escalón del patio, crucé una pierna sobre la rodilla opuesta y rebusqué en la bolsa de deporte de Jace. Encontré su sándwich, lo partí por la mitad y le ofrecí un trozo cuando pasó. Hincándole los dientes a un apetitoso pollo con mayonesa, me lamí la salsa de los labios y saqué la lechuga.

Acompañé mi almuerzo con agua y me levanté para volver a mi puesto, ansiosa por terminar estos trabajos.

De repente me sentí mareada.

El estómago se me contrajo.

Llevándome las manos al vientre, me masajeé los nudos acumulados que me revolvían las entrañas y ahuequé las mejillas para evitar la náusea invasora que violaba mi garganta.

Dirigí mis ojos ansiosos hacia la puerta trasera.

Tapándome la boca con la palma de la mano, corrí hacia delante, aparté a un Jace de aspecto preocupado, entré corriendo en la casa y utilicé el baño de la planta baja de Clarence.

Con las manos y las rodillas en el suelo de baldosas, hundí la cabeza en el inodoro e hice fuerza con todos los músculos que tenía. Con los ojos llorosos, escupí el sabor más repugnante y asqueroso y me pasé un pañuelo por los labios.

—Joder.

Tiré de la cadena, me puse en pie temblorosamente, me lavé las manos en el lavabo y cogí el enjuague bucal. Con la boca invadida de frescor mentolado, hice gárgaras y enjuagues.

—¿Qué haces en mi casa?

Sobresaltada por el tono enfadado de Clarence, rocié enjuague bucal por todo el espejo de la pared. Haciendo una mueca ante las gotas burlonas, me toqué los labios fruncidos con las yemas de los dedos.

—Lo siento.

Dos segundos después, Clarence me abofeteó la palma de la mano con un paquete de paracetamol.

Día seis. Paisajismo.

—No voy a dejarte cortar el césped, Alexa. —Jace recupera la desbrozadora y me empuja detrás de él—. Puedes empezar con los parterres.

No, todo menos eso.

—¿Por qué no puedo ayudarte a desbrozar?

—No —dijo más firmemente—. Podrían entrarte escombros o trozos en los ojos.

Mis hombros se hundieron.

—Pero llevo gafas de sol.

—No importa.

—En cierto modo, sí.

—Las flores, Alexa.

Gimiendo para mis adentros, giré sobre el talón de mi bota y obedecí las órdenes. Con una caja de bulbos en mi poder, me aventuré más allá de la cancela del jardín recién instalada… Di un paso atrás.

—¿Tony?

A Jace se le cayó el botellín de cerveza.

Se estrelló junto a mi corazón.

—Parecía que os vendría bien una mano. —Lanzando su camiseta sobre el muro, Tony se detuvo a admirar nuestro duro trabajo, mientras una bolsa de deporte se le escurría del brazo—. Parece una casa nueva.

Sentí la intriga tácita de Jace apuñalándome en el costado de la cabeza.

—Bien —dijo Tony, prestándome toda su atención—. ¿Dónde me quieres?

Jace, sin decir palabra, acercó rodando el cortacésped que nos habían prestado y le dio el mango a Tony.

—Vale, os dejo solos. —Sin querer darle demasiada importancia a la imprevista llegada de Tony, me dirigí a la rocalla y fingí que sabía quitar malas hierbas.

Más tarde esa noche, me desperté de un sobresalto. El golpe vibrante fue lo suficientemente fuerte como para que mi corazón diera un vuelco.

Como Jace haya traído a otro de sus ligues, puede que lo tire por el acantilado.

Dándome la vuelta sobre la espalda y quitándome el edredón de encima, me levanté de la cama. Frotándome los ojos cansados, me dirigí al salón, comprobando si había algún zapato de tacón de moda en el sofá; nada.

Frunciendo el ceño bruscamente, abrí despacio la puerta del dormitorio de Jace. Me recibió una cama vacía con sábanas desordenadas pero sin mi compañero de piso, así que agucé el oído para escuchar si corría agua en el baño; tampoco.

Volví a mi dormitorio y, al retirar la manta, hundí una rodilla en el colchón cuando algo me llamó la atención fuera.

Con el ceño fruncido, me acerqué a las puertas dobles y me asomé por la cortina. Jace está fuera sin zapatos ni calcetines, con los pantalones de chándal caídos sobre las caderas. Con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, miraba al cielo oscuro, y así se quedó, perdido y solo.

Lancé un suspiro triste.

Cogiendo una sudadera tirada, me la puse por la cabeza y me subí los calcetines hasta las rodillas. Abrí la puerta trasera y me acerqué a su sombra. Jace habría oído caer el pestillo, pero no me vio avanzar.

Hombro con hombro, puse una palma en su espalda sudorosa e hice lo único que podía hacer cuando un amigo tenía un momento de dolor y pena evocados.

Escuché las olas mientras él lloraba en silencio por Summer.

Día siete. Tony piensa que me falta un tornillo.

Tony intentó quitarme la tarrina de helado de mis manos firmes.

—Alexa, no puedes comértelo antes de comprarlo.

Puedo y lo haré.

—Es vainilla de Cornualles —dije sin inmutarme, cogiendo prestada una cuchara de acero inoxidable del pasillo de los utensilios—. Se derretirá si no me como al menos la mitad.

Tony comprueba que nadie observe nuestro pequeño hurto; sus ojos horrorizados van y vienen por encima de sus hombros.

—Me dijiste que una parada era vital para ir al baño. Ni siquiera has mencionado el baño desde que entraste en la tienda.

Tiene razón. Vi un cartel de helado con descuento en el escaparate y casi exploto.

—¿Quieres un poco? —La mirada de espanto del hombre se intensificó—. Vamos —le insistí, moviendo la cuchara de un lado a otro frente a su cara—. Desmelénate. Vive un poco. Puede que hasta te guste.

—No debería…

—Deberías.

Contemplativo, Tony inspeccionó los extremos del pasillo, el desorden perturbando su mirada preocupada.

—Está bien. —Sosteniéndome la muñeca, se llevó la cuchara a la boca y probó a qué venía tanto alboroto—. ¿Satisfecha?

Creo que sí.

—Encantada.

Soy una yegua mandona.

¿Cuándo ha pasado eso?

—Bueno —exhaló Tony—, creo que tenemos que encontrar el herbicida o Jace nos acusará de holgazanear.

Día ocho. El amanecer de la revelación.

Una luz cegadora me hirió los párpados.

—Alexa —llamó Jace, y yo gemí contra la almohada—. Son las dos de la tarde. —Me arrancó la manta polar del cuerpo y mis rodillas se elevaron espasmódicamente hasta mi pecho—. Levanta.

—Salí muy temprano a recorrer la playa —me defendí, buscando a tientas una sábana adicional para cubrirme la cara.

Jace descorrió las cortinas y abrió las puertas del balcón, generando una mezcla de calor del sol y un ligero escalofrío de brisa marina.

Me faltaba paciencia.

—Te voy a matar.

—¿Tienes resaca? —Reaparece como un muro impenetrable de músculo, el bruto dominante—. ¿No quieres ir a hacer surf?

—Por enésima vez, Jace, no sé nadar. —Me incorporé rápidamente y él retrocedió de un salto—. ¿Y si me lanzo de cabeza de la tabla, eh? O, ¿qué pasa si tengo la suerte de mantenerme en la tabla, pero un gran tiburón blanco me arranca una pierna?

Jace se tapó la boca con una mano para reprimir su desazón.

—No hay grandes tiburones blancos en nuestras aguas, Alexa.

Sabía que diría eso.

Cogiendo mi teléfono de debajo de la almohada, cargué el artículo guardado y se lo sostuve para que lo leyera.

—Internet no miente.

Entornando los ojos, inclinó la cabeza y escaneó el avistamiento documentado.

—¿Estás de broma?

Enarqué una ceja bien definida.

—¿Te parezco divertida?

—Alexa, ese artículo es de hace diez años —declaró con voz avergonzada—. Y se basa en rumores, no en hechos reales. No creo que en Gran Bretaña se haya registrado nunca un ataque mortal de tiburón.

Molesta por su burla, exhibí el segundo artículo.

—¿Qué fue lo que mutiló el cuerpo de un delfín varado en nuestra playa de Cornualles? —Pellizcando la pantalla y ampliando la imagen, destaqué la cabeza desaparecida del delfín y las marcas de mordiscos de enormes dientes afilados—. No deseo ser cazada ominosamente como cebo para tiburones. —Cuando sonrió maliciosamente, le señalé con un dedo acusador—. No me hagas el u-ja-ja, Jace. La referencia a Nemo dejó de tener gracia hace tres días.

Me dejé caer de espaldas en la cama.

Con la sonrisa fija en su sitio y los brazos extendidos por encima de la cabeza, estira el cuello y la columna.

—¿Por qué estás tan cansada todo el tiempo? Duermes más de ocho horas por noche.

—Creo que es el aire del mar —resoplé, colocando un brazo detrás de la cabeza—. Me ha dejado para el arrastre. —Sus ojos se posaron brevemente en mi cuerpo estirado—. ¿Qué?

—Nada. —Componiendo sus rasgos, desvió la mirada—. Vale, si el surf no es una opción, ¿qué quieres hacer?

Admiré las uñas de los pies recién pintadas de rojo.

—Vamos a buscar un pub.

Cuando Jace no estaba comiendo comida basura o tomando chupitos de vodka conmigo, se vestía para impresionar y se dirigía al pueblo para encontrarse con Kimberly, o Janice, o Rebecka, o incluso Gemma. Quiero decir, yo quería información jugosa sobre su interés amoroso —intereses, en plural—, pero solo pude soportar una historia inquietante antes de rechazar cualquier otro conocimiento del creciente mujeriego.

—¿Por qué? —le pregunté una noche, con la hoguera improvisada y las brasas ardientes como nuestro único testigo—. Es doloroso.

Jace, agachado, atizó el fuego con una caña de pescar depositada en la orilla.

—No te gusta el sexo anal.

Mi trasero se tensó ante la invasión imaginaria.

—Nunca lo he probado.

—Entonces —se colocó la gorra—, ¿cómo puedes decir que es doloroso?

Recuerdos inquietantes de Chloe y yo navegando por un sitio porno ocuparon mi mente.

—Cuando tenía diecisiete años, me entró la curiosidad y vi películas para adultos. Chloe trajo lo prometido: palomitas y cerveza embotellada. En fin, como era con fines de investigación más que de placer nocturno, nos acurrucamos en el sofá y examinamos las películas juntas.

Jace me sonrió con malicia.

—Viste porno con tu mejor amiga.

—Sí —dije con cautela—. ¿Por qué me miras así?

—Dos mujeres masturbándose juntas es un gran aliciente, Alexa.

—No hubo masturbación, muchas gracias —le reprendí a medias—. Además, teníamos diecisiete años. Está prohibido y mal visto que un hombre adulto se imagine a dos adolescentes autoestimulándose.

—Cielo santo, Alexa. —Su expresión humorística se desvaneció—. Vaya manera de cortar el rollo. Me imaginaba a una Alexa y una Chloe —adultas — poniéndose cachondas la una a la otra, la verdad.

—Pues no hubo nada de eso —insistí, sentada con las piernas cruzadas en la hierba—. Elegimos un vídeo. —Piel con piel, sudor y lágrimas, fuertes gruñidos y gritos espeluznantes—. Era juego anal duro.

Se partió de risa.

—Lo duro puede cortar el rollo.

—¿No te gusta el sexo duro?

—Me encanta el sexo duro, pero no me produce ningún placer hacer pasar dolor a una mujer, Alexa.

Hinché las mejillas.

—Nauseabundo, te lo digo. Me marcó mentalmente de por vida, Jace. Nunca, jamás, dejaré que un hombre me meta una vara por el

culo. —Como no respondió, lo busqué con ojos preocupados—. ¿Qué?

—Nada —mintió, asando un malvavisco.

Apoyé la botella de vodka en una roca.

—¿Jace?

—Es que no veo que Warren no lo quiera en algún momento —dijo sin reparos—. Es inevitable que surja en la conversación… o en la cama, en algún momento.

Aceptando el pincho que me ofrecía, toqué ligeramente el malvavisco tostado.

—Liam lo mencionó una vez.

Jace puso cara de suficiencia.

—A los hombres les encanta el sexo anal, Alexa. No te engañes pensando lo contrario.

Me chupé la espuma caramelizada del pulgar.

—Oh, pero parece agónico. —Para ser sincera, no creo que pudiera sobrevivirlo sin desmayarme. Liam es grande, demasiado grande

para entrar con delicadeza en mi —huesudo — trasero—. Nos lo contamos todo, ¿verdad? —pregunté nerviosa, y él asintió—. El miembro de Liam excede el tamaño medio. Es muy grande…

—No —reprende Jace, levantando una mano para silenciarme—. Háblame de cualquier cosa, excepto de la polla de otro hombre, Alexa.

Mis ojos se salieron de sus órbitas.

—Tuve que escuchar durante tres horas cómo machacabas a Gemma anoche. —Historia real. Me dormí con los dedos metidos en los oídos para ahogar el cabecero chocando contra la pared y sus gemidos entrecortados—. Hablando de principios contradictorios, Jace.

Me miró conmocionado.

—Prácticamente me amenazaste para que te contara de más, Alexa.

No replico porque tiene razón.

—Si un hombre está bien dotado —dijo a regañadientes—, entonces habrá aprendido cómo y cuándo aplicar delicadeza y resistencia y todo eso. Es responsabilidad del hombre preparar a la mujer a un ritmo gradual.

Este tema le incomoda.

—Entonces, ¿Liam debería saber que tiene que ir con calma conmigo?

—Sí. —Me quitó la botella de vodka—. Sí, ¿ahora podemos volver a los malvaviscos?

Con la boca haciéndoseme agua, jugueteé y aplasté el malvavisco a medio comer entre mis dedos investigadores.

—¿Alexa? —murmuró Jace, examinando mi cara—. ¿Estás bien?

No, una ola de náuseas me recorrió el cuerpo.

—No me encuentro muy bien. —Pasé cuidadosamente el pelo por encima de un hombro—. ¿Crees que bebo demasiado alcohol? Podría tener un principio de insuficiencia hepática. —Desechando el pincho, cogí la botella, pero Jace se me adelantó—. Buitre.

Destapando la botella, se bebe un trago sediento.

Incómoda, cambié de posición, buscando relajarme cuando una oleada de bilis me invadió la boca.

—Jace… —Demasiado tarde. Giré la cabeza justo cuando el revestimiento de mi estómago salpicó la hierba—. Oh, Dios. —Con los hombros encorvados hacia delante, apoyé mis manos temblorosas en el suelo y vomité de nuevo—. ¿Por qué a mí?

—Mierda —se queja Jace, apartándome el pelo y sujetándolo—. Échalo todo.

—No quiero echarlo todo… —Ahogándome y con arcadas, extendí y retorcí los dedos, aferrándome a delicados mechones de hierba mientras mi cuerpo se lanzaba hacia delante—. Haz que pare.

Frotándome la espalda, me ayuda a superar los violentos intervalos.

—¿Has terminado?

Un hilillo de baba colgaba de mis labios.

—Ha sido la experiencia más asquerosa de mi vida.

—¿No el porno anal? —bromeó, y le di un codazo en las costillas—. Era broma.

Me limpio la boca con la manga de la sudadera.

—Necesito una copa.

Jace me ayuda a ponerme en pie sobre piernas temblorosas.

—Date una ducha primero.

Era casi medianoche cuando terminé de ducharme. Anudándome una toalla alrededor del cuerpo, fui al lavabo y limpié la condensación visible del espejo de la pared.

—Oh, señor. —Fingiendo que la mujer pálida y demacrada del espejo no era yo, eché pasta de dientes en un cepillo y me los lavé a fondo. Mientras criticaba mi reflejo, Jace, con una chaqueta de cuero, aparece detrás de mí—. ¿Vas a salir?

—No, ya he ido a la tienda. —Dudoso, entró en el baño y cerró la puerta tras de sí—. Te he traído algo.

—¿Ah, sí? —Escupiendo espuma en el lavabo, cogí agua con las manos y me enjuagué la boca—. Dime que es helado. Últimamente estoy obsesionada con el sabor a chicle. —Secándome la cara con la toalla, me giré para ver una caja blanca rectangular en su mano—. ¿Qué es eso?

—Yo, eh… —Se deslizó el piercing de la lengua entre los dientes—. Creo que podrías estar embarazada.

Me eché a reír a carcajadas, pero no duró mucho. La expresión seria de Jace me dejó helada.

—Jace, no estoy embarazada. —¿Ha perdido la cabeza?—. Vomitar esta noche no es sinónimo de embarazo.

—No es la primera vez, Alexa —ladró, arrancando el plástico transparente de la caja—. No es solo la enfermedad. Duermes todo

el tiempo y últimamente has estado irritable y anormalmente discutidora.

Me ofendió su comentario.

—No lo he…

—Lo estás haciendo ahora mismo —argumentó, y yo cerré la boca de golpe—. Hazte la maldita prueba y cállame la boca, entonces.

—Está bien. —Arrancándole la caja de la mano, uso los dientes para rasgar el envoltorio, saco la prueba y le quito la tapa—. Bueno, date la vuelta. —Jace me da la espalda mientras me siento en el inodoro con el palito perdido entre los muslos—. Esto es una auténtica locura. Sabría si estuviera embarazada.

Soltando un largo suspiro, preguntó:

—¿Cuándo fue tu última regla?

Me detuve a considerar su pregunta.

¿Por qué no puedo recordarlo?

Mis cejas se juntaron.

—¿Cuánto tiempo tengo que orinar?

Ladeó la cabeza.

—Con eso debería bastar.

—¿Me estás escuchando orinar? —Volviendo a poner la tapa, dejo la prueba en el armario y vacío el resto de mi vejiga.

Volviendo a lavarme las manos, me las sequé en una toalla y eché un vistazo a los resultados.

Horrorizada, miré dos veces.

Mi corazón se heló.

Dos líneas rosas.

—Oh, mierda —logré decir con voz débil, mientras un escalofrío aterrador me recorría la columna vertebral—. ¿Jace?

Poniéndose a mi lado, se quedó mirando la prueba, apretando y aflojando la mandíbula.

—Joder.

—No, está mal —me convencí inútilmente—. Puedo hacer otra prueba mañana. Es imposible que esté embarazada.

—Alexa, siento ser el portador de malas noticias, pero es muy raro obtener un falso positivo.

—No, no es posible —.

Me temblaron los labios.

—Liam… —Enredándome las manos en el pelo, contuve el aliento.

—No, Alexa. —Jace me sujetó por la parte superior de los brazos, tranquilizándome con suaves apretones—. Eres más fuerte que todo esto, ¿recuerdas?

Sacudí la cabeza, que me latía con fuerza, mientras mis manos se aferraban a las raíces empapadas de mi pelo.

—Yo… —Lágrimas de desolación me cubrieron los ojos—. Liam no…

Mi noche con Jace, nuestros besos, nuestras caricias, llevándonos el uno al otro al orgasmo.

—Oh, Dios.

Con una intensa opresión en el pecho, pegué el hombro a la pared, ocultando mi rostro avergonzado. La falta de aire y la asfixia me anudaban la garganta. Cerré los ojos, me puse una mano en el pecho y logré tomar una bocanada de aire entrecortada. —Inhala,

Alexa, exhala lentamente —. Hice caso a la reconfortante voz de mi cabeza, recomponiéndome con cada ciclo de respiración.

Jace me dio un beso susurrado en el hombro.

—¿Estás bien?

—¿Y si Jace es el padre? —.

—¿Y si el bebé no es de Liam?

La comprensión se reflejó en sus ojos, que se abrieron como platos.

—Usamos protección, Alexa…

—Liam también. —Horrorizada, me agarré al lavabo y reprimí otra arcada violenta—. Oh, Dios. No me hagas esto —lloré, ahogando un sollozo miserable en la palma de la mano—. Jace, no puedo estar embarazada. Liam no quiere tener hijos. —Desde luego, no criaría al hijo de otro hombre—. Y es inflexible. No tener hijos no es negociable.

Apretando los labios, Jace agitó el test entre nosotros.

—Supongo que el destino tiene otros planes para vosotros.

Mi mirada volvió a la mujer del espejo. Estaba demasiado entumecida para considerar la posibilidad de ser madre.

—No puedo perderlo.

El corazón me palpitaba ante la terrible idea de no tener a Liam en mi vida.

—Si Warren te deja por esto, entonces es más capullo de lo que pensaba. —Rodeó una pregunta—. ¿Cuándo le darás la noticia?

Mi ritmo cardíaco se aceleró hasta alcanzar cotas peligrosas.

—Cuando reúna el valor para volver a Londres y enfrentarme a él.

CAPÍTULO 13

Alexa

He perdido mi pistola.

¿Cómo he podido perder una pertenencia indispensable?

Poniéndome de rodillas, estiré el brazo bajo la cama y busqué a ciegas; en su lugar, las yemas de mis dedos solo recogieron una capa de polvo omnipresente.

—Qué asco —mascullé, frotándome las manos en la parte trasera de mis vaqueros—. ¿Jace? —abrí de par en par el armario y busqué entre la ropa de cama cuidadosamente doblada y las toallas secadas al aire—. ¿Tienes un minuto?

Saciando el hambre con una hamburguesa con queso casera, Jace entró en mi dormitorio y se dejó caer en la cama, tirando los cojines decorativos por la borda.

Me dio un tic en el ojo derecho.

—Tranquila, señorita TOC. —Con la hamburguesa encajada entre los dientes apretados, dejó caer un brazo para recogerlos y los colocó detrás de él sin la menor gracia ornamental—. ¿Qué?

—Nada —mentí, arreglando los cojines que estaban al revés con una combinación de discreción inofensiva—. Pues que he perdido uno de los revólveres.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Qué?

—Sí, estoy tan confundida como tú. —Frotándome el incesante dolor de cabeza, recorrí la habitación con la mirada—. Juraría que lo había escondido debajo de la cama. —No es que la defensa armada sea obligatoria en Newquay. Quiero decir, excluyendo a los perros rabiosos y la indeterminada existencia de jabalíes, por aquí no ocurre nada siniestro o perverso; omitiendo el caso Haines, claro. Los índices de criminalidad son prácticamente nulos—. No estoy segura. Quizá me lo dejé en algún sitio.

—Esa no es una buena teoría, Alexa. Si el revólver cae en posesión de otra persona y lo usa, podrías acabar con cargos de asesinato injustos a tus espaldas.

Me quedé momentáneamente sin habla.

—Jesús, ¿por qué no haces leña del árbol caído?

Jace resopló, engullendo el último bocado de su hamburguesa.

—Y han vuelto las hormonas.

—Mi angustia hormonal no tiene nada que ver con el embarazo. Me estás preocupando. —Me señalé la cara—. ¿Tengo pinta de necesitar más problemas en mi vida?

Colocado a su lado, se apoyó en un codo y dio unas palmaditas en el colchón para que me acercase.

—Trae para acá tu culo gruñón.

Rindiéndome a la derrota, me arrastré por la cama y me acurruqué en su brazo, que me esperaba.

—Lo siento, no quería volver a pagarla contigo.

Sus dedos suaves me apartaron el pelo de la cara.

—Menos mal que no soy sensible, ¿eh?

—Mentiroso —. En el fondo, este hombretón lo siente todo, todas las emociones. Por suerte para mí, llego a ver y a experimentar al verdadero Jace Williams, no a la persona distante, inaccesible y aterradoramente intimidante que finge ser para defender a los demás.

—Probablemente te dejaste la pistola en casa de Warren o algo así.

—No, la tenía. Sé que la tenía —.

—Probablemente.

Jace jugueteó con la pulsera que yo llevaba en la muñeca.

—¿Nueva?

Tras la larga tarde hablando de —recuerdos — con Tony, volví a casa y asalté a Jace —que había quedado con Kimberly—, poniéndole al día sobre el pasado de mi madre. Él absorbió mi pesado parloteo con gran interés, canceló sus planes y devoró palomitas saladas hasta el amanecer. Sin embargo, se me había olvidado mencionar la joya.

—Sí —susurré, sumergida en el inocente consuelo de sus caricias en mi muñeca—. Era de mi madre.

—¿Te la dio Tony?

Asentí.

—Tony es genial —dijo, y yo asentí con un murmullo—. ¿Puedo preguntarte algo?

Incliné la cabeza para mirarlo.

—Lo que sea.

Considerando su pregunta pensativamente, me rozó la ceja con la yema del dedo.

—¿Qué esperas conseguir con él?

Sinceramente, no tenía una respuesta razonable.

—Creo que… —Girándome para quedar boca arriba y mirando al techo, lo pensé detenidamente. Si quería hablar con franqueza, siempre me había preguntado por el pasado de mi madre.

Antes de conocer a Liam, sufría angustiosos terrores nocturnos en los que ella aparecía, a veces feliz, a veces triste. Incapaz de diferenciar entre recuerdos subliminales y productos de la imaginación, a menudo me atormentaba con lo desconocido.

—Tony la conocía mejor que nadie, ¿no? ¿Quién mejor que él para explicarme la historia de mi madre? Es agradable, las historias de cuando era joven y los relatos de su romance. Me gusta saber que no siempre estuvo triste, Jace. —Dejé escapar un largo suspiro—. Me libera de un peso.

—Sí, supongo. —Se quedó en silencio, y pude oír el traqueteo de sus engranajes reflexivos—. ¿Qué tal llevas lo del embarazo? Mejor, espero.

Dada la naturaleza complicada y problemática de la situación, soy excesivamente pesimista sobre lo que el futuro pueda deparar, hasta el punto de que repudio el embarazo y cualquier concepto angustioso de perder a Liam.

Jace enterró a una hija, una niña pequeña cuya injusta muerte lo condenó a un duelo de por vida. Es desconsiderado explicar la verdadera naturaleza de mi conflicto silencioso.

—¿Sigues preocupada por la reacción de Warren?

Vale, está claro que evitar este tema no es una opción.

—Sí, me preocupa que se vuelva loco. También me preocupa… —— Si sigo adelante con el embarazo, el bebé podría ser de Jace —. Sueno como una persona horrible por siquiera pensarlo, pero no quiero que Jace sea el padre de mi futuro bebé. Sería un padre fantástico, pero no es Liam—. Liam nos va a interrogar, Jace. Lo sabes, ¿verdad?

—Alexa —suspiró, rascándose el surco entre las cejas—. El bebé no es mío.

Ojalá tuviera su fe.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—Usamos un condón, y antes de que nos compares a ti y a Warren, haz cuentas. Si fuera mi hijo, ¿de cuánto estarías? ¿Cinco o seis

meses? Y se te notaría. —Sus ojos inexpresivos se detuvieron en mi vientre plano—. Ese bebé es de Warren.

Con este consuelo, me permití un segundo para recomponerme.

—Vale.

Enarcó una ceja.

—¿Vale?

—Vale —repetí, sonriendo para tranquilizarlo.

—Deberíamos ir a casa de Clarence a terminar el trabajo. —Depositando un beso casto en mi sien, retiró el brazo de debajo de mi cabeza para empezar a limpiar los platos sucios en la cocina—. ¡No te olvides de comerte la hamburguesa que te he preparado, Alexa!

—Claro —respondí secamente, corrigiendo los desordenados cubrecamas y calzándome un par de botas. Cogí el móvil de la mesilla de noche para comprobar si Liam había respondido a mi mensaje.

Miré con enfado la pantalla en blanco.

Marqué su número y, al ponerme el teléfono en la oreja, oí un tono y luego la llamada se desvió directamente a su buzón de voz.

—Hola —dije, mordiéndome el labio inferior—. Bueno, hace tiempo que no sé de ti. ¿Debería preocuparme? —No oír su respuesta, ya fuera dura o agradable, me llenaba de un anhelo desesperado—. Pues, eh, te echo de menos. Mucho, la verdad. —Acercándome a la cristalera, apoyé la cabeza en el cristal—. ¿Quizá podamos programar una llamada o hacer un FaceTime? Cuando no estés ocupado, claro.

Perdida en un recuerdo nuestro, me llevé la mano al collar que llevaba al cuello por pura inercia.

—Liam, yo… —Mis dedos exploradores no encontraron nada—. Mierda. —Colgué la llamada, dejé caer el teléfono y recorrí frenéticamente el dormitorio—. Oh, Dios. No, no me hagas esto. ¡Jace! —grité, destrozando la antes impoluta disposición de la cama, lanzando cojines por encima del hombro—. Jace, ¿has visto mi collar?

Nunca me lo quito.

Agarrándome las raíces del pelo, entré en el salón, con los ojos rebotando por la habitación. Revolví todo: muebles, armarios, cajones, el cesto de la ropa sucia e incluso los bolsillos interiores de los abrigos.

—¿Jace?

¿Adónde se ha ido? Hace dos segundos estaba lamentándose con canciones de rock en el fregadero.

Fuera del cuarto de baño, pegué la oreja a la puerta y di unos golpecitos con los nudillos.

—¿Estás en la ducha? —Se duchó hace dos horas—. ¿Es necesario regodearte cinco veces al día?

Este hombre es imposible.

Sin importarme si estaba indecente, abrí la puerta de un tirón y aparté la humedad y el vapor hirviendo de mi cara.

—Jace, no encuentro el collar que me regaló Liam.

Con las manos en las caderas, me quedé mirando la cortina estampada que estaba echada.

—Tierra llamando a Jace —canturreé con impaciencia, con los ojos anegados en lágrimas de desolación—. Jace, por el amor de Dios. Solo quiero saber si tú… —Eché la cortina a un lado; el cubículo vacío y el martilleo del agua aumentaron la ansiedad que se rebelaba en mi interior.

Totalmente sin palabras, me incliné, cerré el grifo y me agarré al borde del lavabo. —Perder una joya no es para tanto, Alexa. Puedes comprar una cadena nueva. Es algo material, reemplazable —.

—Es insustituible —me corregí, abriendo el grifo del agua fría.

Liam me compró el collar. Al margen del raro diamante rojo y de la elegancia del oro blanco, guarda nuestros recuerdos y ejemplifica la historia de amor única de dos personas completamente diferentes que luchan contra todo pronóstico y eligen convertirse en una sola.

Un reemplazo no será suficiente.

—Mierda. —Enfadada conmigo misma por llorar, otra vez, me sequé las lágrimas de las mejillas y me miré en el espejo. Se podría suponer que, después de toda la angustia aterradora que había soportado, ni el mismísimo diablo podría hacerme estallar—. Jace —susurré, leyendo el mensaje de —enhorabuena — escrito a través del vaho del espejo—. ¡Jace! —A pesar de estar acostumbrada a situaciones que provocan miedo, me quedé completamente paralizada por la manifestación de aquellos funestos buenos deseos.

—Cristo, Alexa. Solo he ido a sacar la basura. —Jace entró como un trueno en el baño, sudando y jadeando como si hubiera corrido quince kilómetros—. ¿Por qué gritas ahora…? —Su mirada indescifrable me evaluó—. ¿Has escrito tú eso?

—¿Crees que me escribiría notas de felicitación a mí misma?

—¿Tan cuestionablemente loca estoy? —.

Para salvar mi cordura, consideró mentirme.

—No, Alexa. —Cogiendo una toalla del radiador, se dirigió al lavabo y limpió el espejo—. Probablemente es de los huéspedes anteriores o

algo así.

—Sí —le seguí la corriente, por su necesidad de mentir y apaciguarme—. Quiero decir, ¿qué probabilidades hay de que los huéspedes anteriores también estuvieran embarazados? Es una casualidad que un mes después, su saludo fantasmal acabara en nuestro baño para darme el susto de mi vida.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? —Lanzó la toalla al cesto de la ropa sucia—. Es rarísimo, Alexa… —Su expresión ausente se transformó en perplejidad—. No sé cómo explicarte esto.

—No sé cómo explicármelo a mí misma —.

Pensamientos inquietantes impulsaron mis manos a bajarlas protectoramente hasta mi estómago.

—¿Crees que estoy en peligro?

—¿Qué? —preguntó, pero el miedo contenido en su voz baja y tensa no logró convencerme—. ¿Por qué ibas a estar en peligro, Alexa? Bajramovic está muerto.

Liam había expresado su preocupación antes de que yo me fuera a Newquay. Intentó asignar a varios miembros del sindicato a mi viaje y se enfureció hasta la brusquedad cuando yo persistí obstinadamente.

—Creo que el sindicato está bajo mucha presión ahora mismo…

—Obviamente —se burló con sarcasmo—, son las consecuencias de las gilipolleces de Warren. Ataquemos todos a Alexa porque él es un capullo exaltado.

—Jace, no empieces —le advertí, sin estar de humor para su sermón negativo hoy—. Sabía quién era Liam antes de meterme en la cama con él, así que lo que sea que pase después es cosa mía. Soy responsable, no él. Además, ni siquiera sabemos si esto —señalé el espejo— es la repercusión de mi relación con él o con la organización.

Me miró fijamente con pura incredulidad.

—¿Por qué siempre lo defiendes?

—Lo quiero —espeté, transmitiendo la ardiente y posesiva necesidad de vindicarlo—. A Liam me toca defenderlo a mí.

***

Clarence Corbyn no se había quedado en casa para sus agobiantes obreros esa tarde. Llamé a su puerta seis veces, pero el hombre nunca se asomó por la ventana de su salón ni dejó sigilosamente una taza de café en el alféizar.

Una pequeña parte de mí se sintió aliviada de que el señor Corbyn no estuviera disponible para presenciar la tensión entre sus voluntarios. Jace y yo nos separamos y apenas cruzamos dos palabras mientras trabajábamos. Él estaba enfadado conmigo por

consentir el estilo de vida de Liam, y yo estaba cabreada con él por ser siempre tan rápido en apuñalar a Liam con un cuchillo imaginario.

Sin la ayuda de Tony, la jardinería requería aún más trabajo para cuando el sol posaba sus cálidos tonos en nuestro horizonte.

Jace se preparó para cancelar sus planes con Kimberly de nuevo, ya que dejarme indefensa —en lo que podría ser una crisis de peligro o un inminente baño de sangre— lo ponía nervioso. Sin embargo, le aseguré a Jace que tenía una cena con Tony, así que mi testarudo amigo organizó recogerme una vez que él terminara de zorrear.

Mentí.

Tony había quedado con un amigo. Su amiga, imagino, así que aguarle la fiesta entrometiéndome en su cita me pareció una opción desconsiderada.

Helado con sabor a fresa, un albornoz nuevo y mullido y una noche temprana metida en la cama. Cerré todas las puertas y ventanas para asegurarme de que no hubiera encuentros fantasmagóricos y escondí un cuchillo de cocina bajo la almohada junto al no tan perdido revólver de repuesto.

Con la cuchara balanceándose en mi boca, ojeé páginas web innecesarias en mi móvil, revisité una antigua cuenta de Instagram y rechacé solicitudes de amistad cuando el *feed* me sugirió a mi mejor amiga y hermana del alma, Chloe.

Hice clic en su perfil, pero no pude cotillear porque es privado. —Esta noche no, Alexa —. Tirando el móvil, me acurruqué contra la almohada y me metí otra cucharada de helado en la boca. —Mierda —. Demasiado sensible, puse la tarrina en la mesilla de noche y apagué la lámpara.

—¿Por qué hago estupideces? —.

Ahora soy incapaz de pasar por alto cuánto debe de despreciar y odiar mi amiga mi existencia.

Extendí los dedos sobre las sábanas de algodón, sobre el espacio a mi lado. Es en momentos como ahora, sola, con frío, triste, cuando lo echo de menos, a Liam.

Recupero mi teléfono y envío un mensaje en la oscuridad.

Yo: Te echo de menos, Liam. Por favor, llama o escribe X

Yo: Al menos dime si estás bien X

Le escribo a Jace.

Yo: Odio cuando estás enfadado conmigo.

Yo: ¿Podemos ser amigos?

Responde al instante.

Jace: Te quiero, Alexa.

Sabiendo que puedo dormir tranquila, sonreí.

Yo: Y yo a ti.

Tamborileo en la pantalla con las uñas, esperando que llegue un mensaje de Liam.

Yo: Si no me escribes en los próximos cinco minutos, voy a buscarte y…

En el salón, el suelo de madera crujió. Con los sentidos en alerta máxima, levanté brevemente la vista del teléfono.

Yo: ¿Sigues ofreciéndote a Kimberly?

Jace: ¿—Ofreciéndote —? ¿En serio?

Yo: Solo responde a la pregunta, Jace.

Jace: Sí, ¿por qué?

Repasé mentalmente mi decisión. Usar la pistola era una opción más fácil, pero los disparos resuenan como truenos, reverberando y alertando a los demás. Con los detectives de homicidios de Londres pisándome los talones y probablemente escudriñando cada uno de mis movimientos, no estaba en posición de ser imprudente. Quiero decir, probablemente merezco algo de tiempo en la cárcel por todos esos políticos y magnates a los que jodí financieramente, pero el encarcelamiento me aterraba hasta los huesos.

Jace: Solo son las diez de la noche, Alexa. No sabía que tenía toque de queda.

Reuniendo mis temores dispersos y encerrándolos dentro de una indestructible caja fuerte de hierro fundido, inhalé, deslizando la mano bajo la almohada, aferrando el mango del cuchillo.

Silenciosa y decidida, puse un pie en el suelo y me levanté del lecho.

Esperando una ventaja, me asomé por la puerta entreabierta. Estaba demasiado oscuro, pero la inconfundible corriente de aire confirmó que alguien había abierto una ventana…

Oí cerrarse la puerta de entrada.

Con el corazón hundiéndose en el abismo hueco de mi estómago, me tapé la boca con la palma de la mano para sofocar una respiración pesada y frenética.

—No entres en pánico, Alexa. Respira. Puedes manejar lo que sea o a quien sea que ronde más allá de esta habitación —.

Con los dedos sujetando el mango del cuchillo con valiente fuerza, abrí de golpe la puerta del dormitorio y me preparé para una masacre sangrienta. A la mierda el departamento de policía metropolitana. No voy a volver a ser una víctima nunca más.

—Mataría primero —.

Blandiendo el cuchillo en el aire, avancé hacia la puerta principal y detuve mis movimientos espasmódicos y frenéticos. Estaba cerrada, con llave.

Alguien estaba de pie detrás de mí.

No me sentí amenazada ni asustada por la cercanía de la persona. No, me sentí revitalizada, sumida en una intoxicación hipnótica.

Con el brazo flojo a mi lado, un suspiro de consuelo temblando en mis labios, me encontré en presencia de una reverencia que consumía el alma, experimentándola con cada escalofrío que erizaba mi piel.

Con sus suaves labios en la base de mi cuello, sus dedos cubrieron los míos, persuadiéndome para que soltara el cuchillo. Se me escapó de las manos, que lo agarraban como un torno, y cayó al suelo con estrépito.

—Liam —susurré, dejando caer la cabeza hacia atrás contra su pecho.

—Termina tu amenaza —graznó en mi oído, sujetándome el cuello con sus manos ásperas—. Me buscarás y, ¿qué? —Enredando los dedos en mi pelo, inclinó mi cabeza y presionó besos de boca abierta en la columna de mi cuello.

Apasionada por su cercanía, me giré en sus brazos, miré profundamente en sus penetrantes ojos azules y me perdí por completo.

—¿Cómo es que estás aquí? —respiré en su boca, extendiendo la mano y aferrándome a la parte posterior de su cabeza.

—Te echaba de menos —dijo con voz ronca; sus manos desataron mi albornoz, apartando la tela para reclamar mi cintura—. ¿Y qué hay de ese mensaje?

—Te buscaré y te demostraré cuánto te quiero. —Tomando sus labios suaves y entreabiertos como una invitación, lo besé como si fuera el oxígeno que necesitaba para respirar, cruda, hambrienta e imparable.

Mientras me apoyaba contra la encimera de la cocina, sentí su sonrisa satisfecha entre besos entrecortados. Deslizando la lengua en su boca, saboreé una noche de whisky en sus labios.

—Alexa —gruñó, sus dedos amoratando mi trasero mientras me subía de un tirón a la encimera.

Perdí el albornoz y envolví mis piernas alrededor de su cintura, instándolo a acercarse.

—Nunca deberías beber y conducir —le medio regañé, incapaz de mantener abiertos mis ojos entornados—. Es peligroso.

—Tú eres peligrosa. —Su lengua se deslizó a lo largo de mi cuello hasta que su boca voraz atrapó la mía, devorándome con toda su dominancia.

Mis manos se aferraron al cuello de su camisa, tirando de él hacia mí; lo necesitaba. Le quité la chaqueta del traje y arranqué los botones de su camisa, abriéndolos para poder poner mis manos sobre su piel desnuda.

—Liam —gemí, curvando las palmas de mis manos sobre su pecho definido y abrazando sus hombros.

—Lo sé, nena. —Desabrochó mi sujetador y liberó mis pechos—. Yo también lo siento.

Durante toda la duración de nuestro apasionado beso, mi corazón latía con fuerza y esas mariposas dormidas salieron a la superficie.

Agarrando mi tanga de encaje, lo rasgó e hizo jirones la única tela que le impedía exponer cada parte de mí.

Llevándose mi mano a su boca, Liam me besó la cara interna de la muñeca y tiró de mí hacia delante; nuestros cuerpos, pecho contra pecho, piel contra piel, se deslizaron juntos.

Usé mis pies para deslizarme bajo la cinturilla de sus pantalones, y él acató mi orden silenciosa, eliminando el resto de su ropa.

Su miembro duro y alargado cayó en mi mano. Tiré de él hacia arriba y un gemido bajo y erótico pasó de su boca a la mía.

Besándome ferozmente, apoyó las palmas de las manos en la encimera. Su cuerpo se tensó y las cuerdas de los músculos de sus brazos se flexionaron mientras yo acariciaba y trabajaba su miembro.

—Más despacio —ordenó, pero había un matiz de broma en su tono —. Me corro contigo.

Ardiendo, quemada de dentro hacia fuera, desaceleré mi provocadora necesidad de complacer a este hombre.

—No puedo creer que hayas venido. —Jamás en un millón de años consideré que dejaría sus deberes para apoyarme—. De verdad me quieres.

Liam deslizó su pulgar por la cicatriz desvaída bajo mi ojo.

—Suenas sorprendida, Alexa.

—Nunca rompes las reglas del sindicato.

—Parece que rompo muchas por ti.

Exhalando un suspiro tembloroso, arreglé la cadena torcida alrededor de su cuello y le di un beso significativo en la comisura de los labios. Con las palmas fijas en el ápice de mis muslos, las trazó hasta mi cintura y amasó el tierno espacio bajo mis pechos.

Tomándome en sus poderosos brazos, me llevó al dormitorio y cerró la puerta de una patada. Me sentó en el borde de la cama, y este hombre aterradoramente guapo se cernió sobre mí.

Una adoración sin igual se intercambió en medio de nuestras silenciosas y acaloradas miradas. Me deslicé fuera de la cama y caí de rodillas ante él. Él inclinó mi barbilla, y yo estiré el cuello para mirarlo respetuosamente a los ojos.

—Preciosa —gruñó, abriendo mis labios con su pulgar—. Jodidamente preciosa.

Puse mis manos sobre sus muslos y fui testigo del efecto que tenía en él cuando la piel de gallina estalló y recorrió todo su cuerpo. Manteniendo nuestros ojos conectados, incliné la cabeza y lamí la parte inferior de su polla. Me tomó por la nuca con una mano y me apartó el pelo con la otra. Mis labios fluyeron sobre su glande grueso y brillante, y él gruñó su apreciación en éxtasis. Goteó líquido preseminal sobre mi lengua, y saboreé su sabor cálido y masculino. Tirando de la base de su miembro cada vez más grueso, subí y bajé, sin prisa pero con resolución.

—Joder —gruñó, sus dedos enredándose en mi pelo para agarrarme con fuerza—. Te deseo. —La ternura se quedó en la cocina; aplicó presión en mi cuero cabelludo, obligándome a ponerme de pie, a subir a la cama y a desnudarme ante él.

No esperé órdenes; me arrastré a cuatro patas y bajé la cabeza hasta el colchón. Colocado detrás de mí, hundió sus dedos en mi sexo goteante para encontrar mi punto G, pero incluso el más ligero toque encendió una quiescencia carnal. Empezó despacio, aunque el deseo de verme estrellarme y caer pronto lo dominó. Dedeándome hasta convertirme en un desastre sin vida de quejas ociosas y sin aliento, me despertó mientras yo me arqueaba contra su embestida.

Agarrando las sábanas, con los nudillos blancos, enterré la cabeza y sofocué un gemido involuntario.

—Liam. —La lengua reemplazó a sus dedos; su boca se dio un festín conmigo como un hombre hambriento—. Oh, mierda. —Incapaz de soportar su boca castigadora y su lengua perversa, arqueé la espalda mientras una ola de placer que todo lo consumía me arrasaba—. Liam, no puedo.

Chupó y saboreó mi excitación, sopló un beso a mi núcleo necesitado y luego me giró sobre mi espalda con la sonrisa más arrogante del mundo en su cara.

—Eres un gilipollas tan arrogante… —Me hizo callar con un beso violento, estirándose sobre mi cuerpo. Entrelazando nuestros dedos, inmovilizó nuestras manos unidas sobre mi cabeza y profundizó nuestro beso.

Relajé los muslos para que él acomodara sus caderas. Bajo él, en su poder, era la única jaula en la que entraría voluntariamente.

—Estoy enamorado de ti —susurró, soltando mi mano para arrastrar sus nudillos por el centro de mis pechos tensos—. Obsesivamente.

—Entra en mí, Liam. —Su barba de pocos días rozó mi mano—. ¿Tienes que hacerme rogar?

—Joder, me he dejado la cartera en la habitación —dijo, pero no hizo ningún intento de moverse—. ¿Te encargaste de la anticoncepción después? ¿O necesitamos un condón?

No estoy preparada para contarle lo del bebé. En mi defensa, apenas he tenido tiempo de comprenderlo. La omisión del embarazo era temporal, sin embargo.

—No necesitamos un condón —dije con cautela, esperando que no indagara ni hiciera más preguntas. Dios sabe que este hombre lee a la gente como un libro abierto—. A menos que no tengamos sexo…? —Con los labios apretados en una línea fina y sombría, me preparé para encerrarme en el baño y esconderme—. Eso podría funcionar…

Me agarró la muñeca, impidiéndome huir como una cobarde.

—¿Alexa?

—¿Qué? —Oh, reconozco la amenaza inequívoca en su voz calmada pero salvaje—. Me vendría bien un poco de agua, así que dame un

segundo… ¡Liam! —Se estiró por encima y me atrapó bajo él—. Quítate.

—¿Qué, ahora me das órdenes? —Sujetando mis manos levantadas con una de las suyas, me agarró por la parte posterior de la rodilla y me separó las piernas de un tirón—. ¿Qué está pasando?

Para aliviar la tensión, aparté la vista de su cínica mirada.

—Nada.

—Ahora me está mintiendo —dijo de forma concluyente, sus ojos dilatados descendiendo por mi cuerpo—. No sé qué pensar de eso.

—Vale, escucha —tartamudeé, una gota de sudor formándose en mi frente—. Quiero hablar de algo contigo…

—Si me dices que ha pasado algo entre tú y Jace, despellejaré vivo a ese hijo de puta y te daré la espalda para siempre.

Temo que un embarazo provoque amenazas peores.

—No, Liam. No tiene nada que ver con Jace ni con ningún otro hombre. Pero es algo personal… bueno… ——Bueno, no es personal, en realidad. Implica a otro participante, y resulta que me está mirando fijamente ——. Es bastante serio, creo.

—¿Estás enferma? —Su impasibilidad, que se suavizaba, planteaba una lúcida aprensión—. Alexa, deja de joderme la cabeza y dime qué está pasando.

—¿Podemos hablar mañana, por favor? —dije en voz baja, enroscando mis dedos alrededor de su cadena—. Por favor, Liam. Te he echado de menos. No quiero que nada se interponga entre nosotros, no esta noche.

Estaba enfadado.

—No hagas eso —replicó, mientras los talones de mis pies se clavaban en su trasero—. Alexa. —Me agarró la mandíbula, sus dedos ásperos en mi mejilla—. ¿Qué te he dicho sobre usar el sexo para distraerme?

Enrosqué mi mano alrededor de la raíz de su miembro, mis labios estirándose para facilitarle la entrada.

—Juraste que nunca te negarías a mí… —Me empaló, largo y profundo, cortando el suministro de aire de mis pulmones—. Liam. —Toqué mi sexo dolorido, y él me agarró la muñeca—. ¿Tienes que ser tan cavernícola?

Con los ojos fijos en los míos, se llevó mi mano a la boca y chupó la excitación de mi dedo, del nudillo a la punta.

—¿Me cambiarías?

—Imposible —.

—Te quiero.

Retirándose hasta la punta, embistió hacia adelante y se encajó allí para apoyar sus antebrazos a cada lado de mi cabeza.

—Mañana, hablas conmigo. —Rozando sus dientes por la línea de mi mandíbula, me mordisqueó y susurró besos—. Esta noche, te follaré hasta arrancarte mi nombre de la boca.

Abrumada por su cercanía, su plenitud, escondí la cabeza en su hombro, inhalando el aroma de su penetrante colonia. Abriendo las piernas más para acomodarlo, le clavé las uñas en la espalda y le arranqué un prolongado gemido. En un estado etéreo de amor que todo lo abarcaba, anclé mi cuerpo al suyo, me entregué a él, por si el mañana se desmoronaba, saber que tuve un último momento en sus brazos.

La forma en que Liam me mira, el más ligero de los toques y los besos apasionados, no es la naturaleza del sexo. Es la encarnación del amor incontrolable.

Con las caderas embistiendo las mías, se hundió en mí con vigor y precisión concentrados.

—Ven aquí —dijo gravemente, deslizando un brazo bajo mi cuello—. Preciosa.

Tomé una bocanada de aire inestable, y sus deliciosos labios buscaron los míos. Sujetándome con fuerza contra él, empujó sus rodillas contra la parte inferior de mis muslos, abriéndome más.

Por supuesto, incluso con la innegable pasión entre nosotros, Liam no sería Liam si no perdiera el control. Con la cabeza en mi hombro, inmovilizó mis caderas y se hundió profundamente, aumentando mi necesidad.

Con la mandíbula tensa por el esfuerzo, me agarró por la garganta, con la fuerza suficiente para que yo gritara.

—Necesito que te corras para mí —gruñó, embistiéndome sin piedad.

Agarrándole el pelo, tiré de las raíces, con el cuerpo estremeciéndose. Sentía cada centímetro de él, cada embestida apretada y entrecortada de su polla deslizándose dentro y fuera de mí.

—Liam —gemí, mientras mi sexo se contraía—. Oh, mierda.

Me estrellé contra un orgasmo y me deshice, apenas oyendo su descarga gutural a través de un orgasmo que me retumbaba en los oídos.

Manteniéndome pegada a él, se tensó sobre mí, su polla palpitando mientras me llenaba con tres chorros de corrida.

Atormentada por la vergüenza y la culpa, cerré los ojos.

—Te quiero, joder —respiró pesadamente en mi oído—. No tienes ni idea.

Haciendo una mueca mientras salía de mí, coloqué las palmas de mis manos en su pecho cubierto de sudor.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

Liam afianzó sus manos a ambos lados de mi cintura. Su cabeza dejó un rastro de besos ligeros como una pluma por el surco entre mis pechos.

—Hasta que vuelvas a casa conmigo. —Con el pulgar acariciando mi areola, estimuló mi pezón erecto—. Así que, dímelo tú. —Al percibir mi sonrisa de medio lado, preguntó—: ¿Por qué sonríes?

Apoyándome en los codos, le di un beso afectuoso en los labios.

—Por nada, Liam.

Su cabeza comenzó a desaparecer por mi cuerpo.

—¿Adónde vas?

—Ábrete para mí —gimió entre mis muslos, y mis piernas cayeron descaradamente a los lados—. No estoy ni cerca —su lengua juguetona se hundió entre mis pliegues— de haber acabado contigo.

No esperaba menos de Liam Warren.

CAPÍTULO 14

Alexa

Sinuosas corrientes de agua cristalina se derramaban sobre mis pies descalzos mientras bordeaba la orilla; el amanecer en ciernes irradiaba un calor centelleante que quemaba la playa vacía.

Pensativa, recogí conchas de la arena, arrastradas por la marea, y las metí en el bolsillo de mi abrigo. Desde que estaba de vacaciones en Newquay, Cornualles, era costumbre recoger lo esencial para el atrapasueños de Summer, pero, con toda honestidad, me había levantado de la cama más temprano de lo habitual para evitar el predecible rapapolvo de Liam.

Sin embargo, eludir nuestra inevitable discusión no hacía que la situación fuera menos problemática. Revelar mi embarazo sería el catalizador de su estallido inexorable. Si no eran las noticias del bebé no deseado, estaba segura de que, cuando Jace emergiera de las travesuras de anoche, la concurrencia de estrés destructivo podría desbaratar la inusual muestra de paciencia o contención de Liam.

La cobardía y la pusilanimidad teñidas de arrepentimiento casi se apoderaron de mí. Dudé junto a la puerta trasera de la cabaña de madera, contemplando una forma de salir de este lío.

Relajando la mandíbula apretada, entré sigilosamente, aliviada de ver a Liam profundamente dormido. Bordeando la cama de matrimonio, coloqué con cuidado las conchas acumuladas en el cajón, asegurándome de que cada movimiento no alarmara al gigante dormido, cuyas largas piernas prácticamente colgaban del pie de la cama.

Me desabroché el abrigo y lo colgué sobre el respaldo del sillón. Con la intención de preparar a Jace para la inesperada llegada de Liam, salí del dormitorio y fui de puntillas a la habitación de al lado. Estaba demasiado oscuro y el hedor a whisky me hizo llorar los ojos. Conteniendo una tos ahogada, me deslicé alrededor de la cama para abrir una ventana y correr las cortinas cuando un rebelde pelo rubio hasta los hombros hizo que el aire fresco pasara a un segundo plano.

Entrecerré los ojos y me los froté con determinación para aclarar lo que debía ser una alucinación con una forma que se parecía mucho a Brad Jones.

Una mano me agarró de repente la pierna y ahogué un grito de pánico.

—Sabes —dijo Brad con una voz ronca y somnolienta—, me tomo a una mujer de pie junto a mi cama como una invitación.

—Suéltame —siseé, apartándome de sus garras de un manotazo—. Uno, suponer es arrogante y presuntuoso. Dos, no es tu cama. Es la cama de Jace. —Miré las sábanas desordenadas para asegurarme de que la cabeza de una mujer no asomara por debajo de la manta—. Ahora, ¿dónde está?

—¿Tengo cara de leer mentes, coño? —Brad se giró boca abajo, metiendo los brazos bajo una almohada mullida. Volvió a acurrucarse para dormir, soltando un suspiro celestial—. Anda y prepara algo de desayunar, Alexa. Estoy muerto de hambre.

Agarré una almohada y le aticé en la cabeza.

—¡Alexa! —me regañó, girándose boca arriba, sin avergonzarse de la erección mañanera que asomaba entre sus muslos juntos—. ¿A qué coño ha venido eso?

Borrando la imagen fálica que se dibujaba repetidamente en mi cabeza, me tapé los ojos.

—¿Por qué estás desnudo, Brad?

—Dormí desnudo, ¿tienes algún problema con eso?

—Sí, de hecho. —A ciegas, busqué a tientas la almohada y la coloqué sobre su hombría—. Soy yo quien hace la colada, y no me apetece fregar cualquier residuo que puedas dejar en las sábanas.

—¿Residuo? —soltó una carcajada, levantando las manos en señal de rendición—. Puedes llamarlo eyaculación, Alexa. Te prometo que no me reiré de ti.

—Los hombres sois imposibles.

—Las mujeres sois unas fantasiosas.

—Brad —repliqué, masajeándome las sienes por un repentino dolor de cabeza—. Escucha, ¿has visto a Jace o no? No entiendo por qué te dejaría dormir en su cama.

—No me —dejó — hacer nada. Llegué tarde anoche y la reclamé. Ahora —pasó las piernas por el borde de la cama, encontró un par de calzoncillos limpios en una bolsa de viaje abierta y se los puso—, me prometiste un desayuno caliente.

Poniendo los ojos en blanco, salí furiosa de la habitación y rápidamente recogí la ropa de Liam del suelo de la cocina. Doblando su traje junto a dos pistolas y su teléfono, abrí la ventana para que una brisa fresca entrara en la cabaña.

Brad reapareció después de una parada técnica en el baño.

—Jace no ha vuelto —confirmó, sirviéndose de la nevera—. Confía en mí. Habría oído al imbécil dando pisotones si lo hubiera hecho. — Bebiendo zumo de naranja, me observó de cerca—. ¿Qué?

—Nada. —Poniendo una sartén en el fuego de gas, encendí la llama y luego saqué las lonchas de beicon del paquete que Brad me había tirado al pecho—. ¿De verdad ensuciaste esas sábanas con tu… ya sabes? —me estremecí por dentro—. No me importa si lo hiciste, pero ahora te toca a ti hacer la colada.

—No soy un crío de diez años que acaba de descubrirse la chorra, Alexa. —Despejando la mesa, sacó una silla y se sentó—. No me hago pajas, nunca.

Me estremecí una vez más.

—Entonces, ¿por qué insinuarlo?

—Soy así de infantil. —Dándole la vuelta al periódico de ayer, leyó los artículos con expresión aburrida—. Ponme un poco de HP en el sándwich.

Unté pan con mantequilla y luego busqué condimentos en los armarios. Encontrando un bote de salsa marrón, lo puse en la mesa junto a una taza de café solo.

Con ojos inquisitivos, Brad bajó el periódico.

—¿Qué coño es eso?

Haciendo una pausa con la cafetera, enarqué una ceja sarcástica.

—¿Café?

—No. —Señaló el bote de salsa HP—. Eso.

—¿Salsa marrón? —dije, confundida por su brusquedad—. ¿No es eso lo que su señoría exigió?

—¿Tú comes esta mierda? —preguntó, escudriñando la lista de ingredientes del bote—. Joder, no me arruines el sándwich con eso, Alexa. Tráeme la Stokes.

Me quedé sin palabras ante su exhibición de diva.

—No se puede comprar Stokes en Newquay.

—Bueno, eso es simplemente diabólico —murmuró, volviendo a su periódico—. Échale un poco de kétchup, entonces.

Si continúa dándome órdenes, voy a golpearlo en la cabeza con ese periódico.

—Sin problema. —Mascullando por lo bajo todas las formas de matarlo, le di la vuelta a las lonchas de beicon que chisporroteaban, casqué un huevo en la sartén y saqué el kétchup—. Toma. —El bote se unió a la mesa—. Espero una buena propina por mi obediente y bastante paciente servicio de mesa.

—¿Estás ligando conmigo, Alexa? —Su suficiencia definitivamente se había ganado una bofetada—. Yo… —Mirando tardíamente el kétchup, curvó el labio superior con repulsión—. ¿Qué, no tenéis ni Heinz en este puto sitio?

¿Lo dice en serio?

—Cogí lo que ofrecía el supermercado.

—¿Una porquería de marca blanca? —espetó, apartando la salsa con el dedo índice—. La mantequilla será suficiente.

—¿Eres un gilipollas engreído por naturaleza, Brad? —Le serví la comida en un plato, puse el huevo frito sobre el beicon crujiente y equilibré un cuchillo de sierra sobre el pan—. Puedes cortarte tu propia comida. —Le preparé el desayuno a Liam—. No me gustaría que me acusaran de tener habilidades de principiante para trinchar, además de todo lo demás.

Su sombra cayó sobre mí. En lugar de soltar una respuesta ingeniosa, mi Traje favorito me besó en el lado de la cabeza, cortó su sándwich y luego regresó a la mesa sin más alboroto.

Sonriendo felizmente, puse más beicon con las pinzas y unté otra ronda de pan.

—Buenas, jefazo —canturreó Brad, y se me retorcieron las entrañas —. A juzgar por los golpes del cabecero anoche, confío en que dormiste bien.

Me morí.

¿Sería mucho pedir que estos Trajes sabelotodo fingieran, aunque solo fuera por mi bien, hacer la vista gorda de vez en cuando?

Apoyando la barbilla en mi hombro, Liam me rodeó la cintura con un brazo.

—¿Adónde fuiste? —me susurró al oído, ignorando por completo el comentario lascivo de Brad—. ¿A correr por la mañana?

Oh, esa nueva afición duró menos de una semana.

—Le estoy haciendo a Summer un atrapasueños —dije, su cercanía quemándome por dentro—. El mejor momento para coger conchas es justo después de que baje la marea.

Me soltó, no sin antes besarme la nuca.

—¿La hija de Jace?

Asentí, cascando otro huevo.

—Por cierto, ¿dónde está ese capullo? —le preguntó a Brad, que negó con la cabeza en respuesta—. ¿Qué estás preparando?

—Beicon incinerado —intervino Brad, y le lancé una mirada de reproche—. Sin ofender.

—No me ofendo, gilipollas. —Dándole a Liam un sándwich en un plato, me acerqué y le besé la comisura de los labios—. Jace está de juerga con una amiga por alguna parte. —Me encanta el aspecto de Liam recién levantado de la cama; con el pecho desnudo, el pelo

oscuro y revuelto, los ojos azules cansados y relajado solo con sus calzoncillos negros.

Desaliñado pero guapo, Liam le dio un mordisco a su comida, sin poder ocultar su desagrado.

Apagué el fuego.

—¿Qué?

—Nada —mintió, el desayuno aparentemente insípido no había ofendido a sus papilas gustativas—. ¿Queda algo de café?

Brad le sirvió un café a Liam.

—¿Qué hay en la agenda de hoy? Si no necesitas un escudero, podría ir al pueblo a hacer unas compras que tengo muy pendientes. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Necesito zapatos nuevos, y posiblemente también un traje.

Me resulta difícil creer que alguno de los hombres de Liam necesitara una renovación de vestuario, no con su panoplia de trajes y zapatos de diseño.

—Siento decepcionarte, Brad, pero no encontrarás ningún traje con el sello de Valentino o Stefano Ricci en el pueblo. Sin embargo, puede que te topes con un par de zapatos Clark.

Se echó hacia atrás horrorizado.

—¿Zapatos Clark?

Asentí, soplando la superficie de mi té.

—Y si visitas la Boutique de Debbie, podrías hacerte con un tres piezas de tweed marrón.

Pálido como la cera y asqueado, Brad dejó a un lado su sándwich destrozado.

—Joder, yo con un puto tweed. —Fijó en Liam una mirada intolerable —. ¿Te lo imaginas? ¿Y mocasines Clark? Sí, antes andaría en pelotas.

Fomentando de alguna manera la extravagante visión de la vida de Brad, Liam sonrió de medio lado hacia su taza de café.

—¿Cuál es la alternativa?

—Puede que vaya a la playa a tomar el sol. —Brad, poniéndose de pie, me guiñó un ojo—. A fichar unas tías. —Tirando las sobras a la basura y poniendo el plato en el fregadero, me dio un codazo en el hombro—. ¿Al menos venden bikinis aquí?

—¿Por qué? —Sabía por qué preguntaba, pero fingí ser tonta—. ¿Esperas encontrar uno de tu talla?

—Déjame en paz, joder. —Se pasó una mano por la cabeza—. Me gustaría usar mi encanto, pero si las aldeanas de aquí solo lucen bañadores de una pieza a juego con los tweeds de sus maridos, mejor me entrego a una botella de Jack Daniels y paso el día en la cama, solo.

Este hombre no sobrevivirá una semana en Newquay.

—Sí, encontrarás mujeres preciosas en la playa, todas con trajes de neopreno de buceo, por supuesto.

—¿Neopreno? —Puso cara de disgusto—. ¿Por qué?

—El surf es muy importante por aquí.

—No habrá fichaje para mí, entonces. —Rociando la encimera con desinfectante, Brad cogió un paño de cocina para limpiar las migas en la palma de su mano y las tiró a la basura—. Ahora vuelvo.

Mientras el hombre se entretenía en el dormitorio de Jace, yo me ocupé limpiando, retrasando la inminente conversación de verdades con Liam.

—¿Salimos? —Liam lavó su plato, dejándolo en el escurridor para que se secara—. ¿Una comida, quizás?

—Comida — equivalía a un angustioso momento de sinceridad.

—Claro.

Antes de que pudiera escabullirme al dormitorio para esconderme, me agarró de la muñeca y me estrechó en sus brazos.

Nerviosa, apoyé la cabeza en su pecho, escuchando los latidos tranquilos y regulares de su corazón.

—¿Te apetece algo en particular? Hay un restaurante tipo bufé en el paseo marítimo. He oído que sus vieiras son para morirse.

Mordisqueándome el cuello, Liam gruñó en mi oído.

—Podría comerte a ti. —Su insinuación sexual me sonrojó las mejillas—. ¿Por qué no te unes a mí en la ducha?

Sabiendo que tenía que enfrentarme a la realidad tarde o temprano, le rodeé el cuello con mis brazos e hice un mohín para que me besara.

—Te quiero.

Él era todo sonrisas mientras se inclinaba.

—Siempre, nena —susurró, besando mi labio inferior, prolongando mi tortura. Como si leyera mis pensamientos, separó mis labios y acarició mi lengua, lento y pensativo.

—¿Quieres un poco, Alexa? —Brad apareció desde el dormitorio, con los pantalones de chándal caídos sobre las caderas. Blandiendo un porro, se lo llevó a los labios y usó un mechero Clipper rosa para encender una llama—. Venga. Sabes que quieres colocarte conmigo.

—Basta —reprendió Liam, pasando una mano por mi trasero—. Ve a preparar la ducha para nosotros. —Dejándome un beso casto en la frente, me instó a que me fuera, aceptando el porro ya encendido de Brad.

Al entrar en el baño y tirar del cordón de la luz, me apoyé en la puerta cerrada y reuní la entereza necesaria para el agotador interrogatorio de Liam.

***

Ya fuera por distracción o premeditadamente, Liam abortó su misión. En lugar de exigir respuestas en cuanto dejamos a Brad en la cabaña, nos llevó al pueblo, me entregó una tarjeta platino y me ordenó que me divirtiera.

Bueno, no es que sea pobre, así que no necesito su dinero, pero aunque lo necesitara, los recuerdos de Newquay ya dormitaban en mi maleta.

Nos pusimos al día tomando un café. Cuando digo —nos pusimos al día —, quiero decir que le di la tabarra, explicándole cómo entré en la casa de mi infancia, aceché a Clarence Corbyn y amenacé a su hijo no tan biológico, Tony Roberts, para que cultivara un jardín de hierbas.

Atento pero poco hablador, Liam escuchó mi locuacidad ilimitada y agotadora. Sin embargo, consultaba su teléfono a menudo, y la pequeña distracción me había molestado. A pesar de la rareza de la ausencia de su jefe, el sindicato requería toda su atención.

—¿Quién es Noah? —había preguntado Liam, respondiendo a un mensaje en su teléfono.

Con todo lujo de detalles, le conté a Liam la historia de mi madre. Se enteró de Adaline Rutherford, de su problemático viaje, de la familia Corbyn y de su primer amor, Tony.

—Al parecer, a Noah no le gustaba mucho mi madre, al menos al principio. —No, fue necesaria la muerte para unir a Noah y Adaline —. Supongo que al final le cogió cariño. —Busqué la cadena alrededor de mi cuello, y cuando nada rozó mis dedos, un pesaroso arrepentimiento se instaló en mis hombros abatidos—. El señor Corbyn, el padre de Noah, es un viejo tan huraño. No tiene don de gentes, parece distante e inaccesible, y tiende a ladrar en lugar de hablar. —Bebiendo un sorbo de mi té, sonreí a Liam por encima de la taza—. Muy parecido a ti.

La máscara de indiferencia de Liam nunca lo traicionó.

—Corbyn es un santo, ¿eh?

—Clarence está deprimido. —Y de luto, pensé, tamborileando nerviosamente las uñas sobre la mesa de bistró de cristal—. Su resentimiento hacia la vida es manifiesto, Liam. Creo que si pudiera localizar a su hijo, podría ser justo lo que necesita para volver a vivir.

—¿Por qué lo ayudarías? —Liam se llevó un cigarrillo a los labios—. Apenas conoces al tipo.

La amabilidad y la consideración van de la mano conmigo, así que desearía un final feliz para Clarence, independientemente de todo. Sin embargo, el hecho de que Clarence Corbyn fuera el padre de mi madre, incluso cuando Beatrice murió y Noah se fue, solo intensifica mi deseo de reunir a un padre y un hijo. Es una petición pequeña pero significativa.

—¿Puedes localizarlo, Liam?

Liam levantó lentamente los ojos del teléfono.

—¿A quién?

—A Noah Corbyn. —Dios, ¿estoy hablando un idioma extranjero inarticulado o algo así?—. ¿El hijo del señor Corbyn? ¿El que se escapó de casa? —Sacudiendo imperceptiblemente la cabeza, solté un suspiro exasperado—. El mismo Noah por el que acabas de preguntarme.

—Te he oído —dijo bruscamente, encendiendo su cigarrillo—. ¿Por qué iba a ayudar a este Corbyn? No conozco al hombre.

—Por mí, Liam. —Esperanzada, sostuve su mirada con la mía—. ¿Ayudarás al señor Corbyn a localizar a Noah por mí?

Hubo una pausa infinitesimal antes de que Liam cediera.

—Veré qué puedo hacer.

Durante el resto del día, deambulamos por el pueblo, comprando cosas por el simple hecho de matar el tiempo. Llegamos al restaurante del paseo marítimo a tiempo para conseguir una mesa tranquila al aire libre. Sin velas, manteles suaves ni música armoniosa, carecía de un entorno idílico, pero la pintoresca puesta de sol lo compensaba.

Adecuadamente trajeado, el camarero nos trajo platos calientes y nos indicó que nos uniéramos a la cola en el interior. Sin problemas, le di las gracias al joven y me dirigí adentro, silenciando la excesiva queja de Liam.

En una de las estaciones, me serví una variedad de platos de pasta en mi plato, añadiendo parmesano extra.

—Esto es estúpido —se quejó Liam, omitiendo la cocina italiana y optando a regañadientes por una porción de pizza margarita—. ¿Quién se llena el estómago con mierda al azar?

Con un aro de cebolla en la boca, enarqué una ceja, señalando la mierda al azar en mi plato.

—Es el único momento en que comer una cantidad diversa de comida es aceptable. Deja de quejarte y deja que tu estómago lo disfrute.

Irritado por el funesto concepto, Liam echó patatas fritas sobre su pizza.

—Si comiera mierda como esta todos los días, un estómago, Alexa, sería tu problema.

Me detuve en seco.

—¿Estás llamando gorda a mi yo del futuro?

—No —dijo entre dientes, sirviendo unas salchichas de aspecto raro en el brebaje—. Quería decir que tendrías que lidiar con mi estómago. Ahora, ¿avanzas o nos quedamos junto a las cebollas toda la noche?

Dios, está de un humor de perros.

—¿Quieres probar las vieiras? ¿O las cogemos en nuestra segunda ronda?

—¿Segunda ronda? —preguntó, lanzando miradas de desaprobación a cualquier pobre diablo que estuviera cerca—. ¿La gente hace esto dos veces?

—Es un bufé libre, Liam. —Seleccionando un rollo de sushi, me lo metí en la boca y luego cogí unas brochetas—. ¿Compartimos el asado?

—No, ¿qué coño? —Liam me apartó de la estación, con una sarta de improperios a su paso—. No más comida. No te comerás lo que tienes en el plato.

Pues claro que sí.

—¿Quieres poner a prueba esa arrogante suposición, señor Warren?

Manteniendo abierta la puerta de la terraza, Liam esperó a que yo saliera primero.

—Te rendirás cuando hayas consumido la mitad.

—¿Y si te demuestro que te equivocas?

—Me disculparé.

Sí, claro.

—¿Pero si gano yo? —graznó, agarrando la parte trasera de mi vestido—. Te quiero solo con un tanga rojo, acompañándome en el jacuzzi esta noche.

¿Qué petición tan desinteresada? De todos modos, había planeado hacer precisamente eso.

Regresamos a nuestra mesa, aunque Liam todavía no puede superar la alta demanda de la comida insípida. Relajado en su traje de dos piezas, llamó a un camarero e insistió en un suministro continuo de Jameson.

—Añade Grey Goose a mi cuenta —dijo, y me atraganté con una albóndiga al azar.

—¿Alexa?

—Perdón —resollé, mi mano temblorosa agarrando un vaso de agua —. Se me fue por el otro lado.

—¿Quizás un cóctel helado, señora? —sugirió el tipo, apretando la soga a mi alrededor—. El Sex on the beach es mi especialidad. —Su insinuación no pasó desapercibida, ni tampoco el guiño nada sutil—. Si sabe a lo que me refiero.

La carta de bebidas encuadernada en cuero se arrugó en las manos de Liam.

—¿Ha sido eso una referencia sexual? —Su comportamiento era demasiado tranquilo para que esta conversación terminara bien—. Una implicación risible, no obstante.

Jugueteé con un tenedor.

—Liam, está bien…

—Alexa —advirtió en voz baja e impaciente.

Como había prometido previamente, cerré la boca y dejé que Liam se encargara de sus asuntos.

—No estaba insinuando nada… —Sabiendo que Liam había captado su insinuación inapropiada, el camarero se secó un sudor ansioso de la frente y volvió a comprobar nuestro entorno, asegurándose de que nadie hubiera oído su imprevisto dilema—. ¿Una cerveza de cortesía? —preguntó, con un toque sarcástico.

Aplastando una palma contra mis labios para ocultar una mueca, observé su incómodo intercambio, compadeciendo un poco al atribulado camarero. Tendría más suerte ganándose la reticencia de Liam con una botella de champán. Aunque dudo que incluso las efervescencias caras pudieran funcionar.

No se puede comprar a Liam.

Agarrando el tenedor, Liam, de manera inexorable, agarró la corbata de seda del hombre y tiró de su cuerpo gimiente sobre la mesa.

En medio de su violento alboroto, la vajilla se estrelló contra el suelo, haciendo ruido y esparciéndose en muchas direcciones, lo que atrajo la atención aprensiva de otros comensales.

Preparada pero sufriendo una sordera temporal, me puse de pie, arrojando una servilleta arrugada al suelo. Por el rabillo del ojo, vi

avanzar a compañeros de trabajo aterrados, sus fuertes pasos el único sonido que honraba mis oídos.

Tendido sobre la mesa, agitando las piernas y berreando con saliva airada, el camarero asestó puñetazos cerrados al costado de Liam. Con los dedos adornados con anillos, Liam cerró un puño y golpeó la cara del tipo, demasiadas veces para enumerarlas.

—¡He llamado a la policía! —Un tipo elegante, que supongo que es el gerente, se interpuso en el altercado—. ¡Señor, suelte a mi empleado inmediatamente!

Con demasiada testosterona masculina volando por el aire, pegué mi pecho a la espalda de Liam, doblé mi brazo alrededor de su cintura y apliqué presión en su ingle.

Haciendo una mueca, Liam enderezó la espalda, no sin antes dar una bofetada con la palma abierta en la cara ensangrentada del camarero.

Aun así, no puedo oír el infernal disturbio. Sin embargo, enrosqué una mano discreta alrededor del mango del tenedor que sobresalía del muslo del camarero y lo escondí bajo la manga de mi vestido.

—¡Liam! —grité, agarrando la parte trasera de la chaqueta de su traje—. ¡Déjalo!

—¡Me ha apuñalado! —chilló el camarero, incorporándose de un salto en la mesa—. ¡Me ha apuñalado en la pierna!

Inseguro, el gerente evaluó la pierna lacerada del tipo, sus ojos horrorizados saltando de un hombre a otro.

—Quiero presentar cargos…

—A la mierda —escupió Liam, pateando una silla hacia los hombres reunidos, alcanzando las piernas de un hombre en el proceso avasallador—. La próxima vez que le faltes al respeto a mi mujer, te mataré —fue su advertencia final. Se abrió paso a empujones contra un camarero de cócteles que, ajeno a todo, acababa de llegar hacía tres segundos.

Demasiadas miradas críticas quemaban mi piel.

Por supuesto, estaba furiosa y humillada.

—Si llama a la policía —dije, tomando prestado un bolígrafo del camarero que pasaba—, asegúrese de darles mi número. —Garabateando unos números desordenados en una servilleta sucia, se la pegué en el pecho al camarero—. Porque yo también deseo presentar una denuncia por agresión sexual.

Rojo como un tomate y estupefacto, el camarero ahogó un bufido de indignación.

—¡No puede hacer eso!

Miré al gerente.

—Este hombre hizo comentarios inapropiados y tuvo el descaro de manosearme el trasero. —Estaba furiosa con Liam, pero no permitiré que este hombre lo arreste—. Todo delante de mi pareja, quien naturalmente se irritó por el comportamiento de su empleado y defendió mi honor.

—¡Está mintiendo! —Gritando de dolor, el camarero se deslizó fuera de la mesa y cojeó junto a sus compañeros de trabajo—. ¡Nunca la toqué!

—Sí —mentí, mirándolo directamente a los ojos—. Lo hiciste. Justo después de que me prometieras una sesión de sexo en la playa. Ahora, si me disculpan. —Bajándome el dobladillo del vestido, me eché el pelo por encima de los hombros y fulminé a ambos con la mirada—. Tengo que lidiar con un hombre enfadado.

CAPÍTULO 15

Liam

Una rabia perseverante me encendía la sangre mientras huía del monstruoso tugurio y su ofensiva línea de cocinas. Sacudiéndome los regueros de sangre de mis nudillos agrietados, me detuve en seco, desdeñando la divisoria entre camionetas viejas y destartaladas aparcadas y el oscuro sendero que conducía a la playa.

Oí los tacones de Alexa repiquetear alternativamente en el suelo y esperé a que su mano encontrara la mía. Sin embargo, no predije a una mujer furiosa pero preciosa en pie de guerra.

—No empieces —advertí, manteniendo mis ojos en su cara, no en el vestido rojo y ceñido que luce esta noche.

—Hay algo que está muy mal contigo. —Sacando algo de la manga de su vestido, echó un brazo hacia atrás y me lanzó un tenedor manchado de sangre al pecho—. Tu comportamiento fue completamente inaceptable, Liam. ¡No puedes venir aquí, a este pueblo agradable y tranquilo con tu engreída superioridad y actuar como si fueras el dueño y señor de esta gente! —Se apartó el pelo ingobernable de la cara—. Esto no es Londres. La gente de Newquay

no está acostumbrada a la violencia, a los delitos graves ni a criminales de mierda que se creen la leche imponiendo su puta ley.

Con las fosas nasales dilatadas, pegué mi pecho al suyo, quitándole el aliento entrecortado de sus deliciosos labios.

—¿Has olvidado cuál es tu sitio? —Agarrándola por la garganta, la acorralé contra el capó de un coche aparcado—. ¿No sabes quién soy?

Sus delicados dedos se enroscaron individualmente alrededor de mi muñeca, separando mis pesadas pulseras de eslabones de oro.

—No me das miedo, señor Warren —espetó furiosamente, pasando una de esas piernas delgadas y kilométricas por encima de mi cintura—. Adelante. Hazme daño.

El desafío provocador que brillaba en sus ojos fascinantes hizo que mis dedos se apretaran. Aflojando mi agarre de tornillo, eché los hombros hacia atrás, un gemido bajo y torturado escapando de mi pecho oprimido.

Sonriendo triunfalmente, Alexa me desató los dedos y me dio un suave beso en la palma de la mano.

—Liam…

—No me voy a disculpar —dije, cortante y brusco—. Ese hombre no tenía derecho a hablarte así, especialmente mientras yo estaba

sentado allí. —Su expresión triste juntó mis cejas—. ¿Desde cuándo te importa cómo manejo las situaciones? ¿De verdad esperabas que no hiciera ni dijera nada?

—Entiendo tu argumento, Liam. —Deslizándose por el capó y poniéndose de pie, se ajustó el dobladillo del vestido que se le había subido—. Solo desearía que pudieras aprender a marcharte a veces, a dejar pasar las cosas.

—No debería tener que —dejar pasar las cosas —, Alexa. Si algún viejo capullo se te insinúa, lo manejaré como crea conveniente.

Horrorizada, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Apuñalándolo en el muslo con un tenedor?

—Tiene suerte de que no le pusiera un cuchillo en la puta garganta. —Entrelacé nuestros dedos, y ella no me detuvo—. Reservaré mesa en un restaurante diferente, para compensar el desliz de esta noche.

—No me importa perder nuestra mesa, Liam. —Desvía la mirada para ver a una pareja mayor salir del restaurante—. ¿Por qué no volvemos a la cabaña y cocino algo?

Joder, la quiero.

Aunque sus habilidades culinarias necesitan mejorar. Tuve que obligarme a comer el sándwich esta mañana. Brad tenía razón. Alexa

incineró el beicon y lo que es más preocupante es que no se había dado cuenta de su error.

—Claro. —Pasando un brazo por sus hombros, la animé a caminar a mi lado—. Comeré lo que sea que me des.

—¿No eres un poco mayor para que te alimenten a la fuerza, señor Warren?

Mi brazo bajó hasta su culo, sobándolo bien.

—Depende —dije bruscamente, lamiendo el lóbulo de su oreja—. De lo que me des de comer, por supuesto.

Con las mejillas teñidas de rojo, Alexa respiró de forma apenas audible en un esfuerzo ineficaz por recomponerse.

—Tendrás suerte si te doy una ensalada después del espectáculo de esta noche. —Su condescendencia me entró por un oído y me salió por el otro—. ¿Qué tal una barbacoa? ¿Creo que Jace abasteció el congelador? Podría preparar unas hamburguesas o unos filetes.

Mi teléfono sonó.

Sacándolo del bolsillo del pantalón, miré la pantalla brillantemente iluminada, la única luz que guiaba nuestro corto paseo de vuelta a la cabaña, y abrí el mensaje de texto de Nate.

Nate: Señor, le he reenviado un archivo adjunto a su correo electrónico.

—¿Quién es? —preguntó Alexa, revelando amargura y continuas preocupaciones—. Más vale que no sea Hellen Bennett, Liam.

No, no es Hellen, aunque mentiría si dijera que esa mujer irracional no se había puesto en contacto conmigo.

—No es Bennett. —Abriendo el correo electrónico, hice clic en el archivo adjunto y esperé a que se cargara—. Ha dejado mensajes y correos de voz, Alexa, pero no te estoy ocultando nada. ¿Si quieres leerlo todo? —Le ofrecí mi teléfono, y ella lo miró con recelo—. Venga. Si darte mi teléfono me hace ganar tu confianza, que así sea.

Alexa es demasiado terca, así que prefería rumiar sus sospechas en silencio.

—No, confiaré en que no me estás mintiendo.

El correo electrónico se cargó.

INFORME DE PRUEBA DE ADN:

Sr. Nathaniel Alzaim.

Presunto Hermano: Sr. Liam Warren.

Presunto Hermano: Sr. Vincent Wentworth.

Interpretación: índice de hermandad combinado 356

Se realizaron pruebas de ADN para identificar la hermandad de los presuntos hermanos. Según los resultados obtenidos de los análisis de los marcadores de ADN que se enumeran a continuación, la probabilidad de que sean hermanos completos es del 99,6 %. La probabilidad de que compartan el mismo padre biológico es de 356 a 1. Determinamos la posibilidad de hermandad comparando el ADN de un individuo anónimo, no emparentado y seleccionado al azar de la población general.

Estos resultados se basan en la suposición de que los presuntos hermanos…

—¿Liam? —La voz suave y preocupada de Alexa resuena en mis oídos. Me coge del codo y el teléfono se me escurre entre los dedos entumecidos—. Liam, ¿qué pasa? —Se agacha para recoger el móvil, le quita el polvo a la pantalla y cierra la aplicación sin mirar—. Habla conmigo.

—No es posible —carraspeo, negando con la cabeza con vehemencia —. Joder, no es posible, Alexa. —Me muerdo los nudillos agrietados y noto el sabor a sangre seca en la lengua. Me adelanto para poner distancia entre nosotros antes de hacer o decir alguna estupidez—. Vete a casa, Alexa.

—¡Liam, espera! —grita ella, persiguiéndome sobre unos tacones de vértigo—. No te alejes de mí. ¡Habla conmigo! —Se lanza delante de

mí, agarrándome por los codos e impidiéndome el paso—. Por favor —susurra, con sus ojos buscando los míos—. ¿Quieres que lo vea por mí misma?

—No —casi le ladré, arrebatándole el teléfono y metiéndomelo en el bolsillo del pantalón—. No significa nada. ——Vincent no significa nada para mí —. Estaba a punto de estallar, de perder el control, de alimentar a esa persona furiosa que me esfuerzo tanto, joder, por mantener a raya cuando ella está cerca—. Vete a casa.

Cuando sigo caminando, ella levanta las manos y gruñe frustrada.

—El Warren que conozco nunca me dejaría sola en la oscuridad —grita, y mis zancadas vacilan—. No me dejaría desprotegida, indefensa y expuesta al peligro. No. Mi Liam no.

Alexa intenta meterse en mi cabeza, y lo está consiguiendo. Sin ella, puedo ser quien quiera: cruel, despiadado, siniestro, implacable; pero con ella es diferente. Es la única mujer que me ha importado de verdad; la única mujer a la que me permití amar, tanto que controla cada fibra de mi ser, y ella lo sabe de sobra.

Rindiéndome, me giro para mirarla.

Su expresión de sorpresa me toca la fibra sensible.

—Liam —dice, dando unos pasos cautelosos hacia mí—. ¿Qué está pasando?

Amargado y aturdido, me pellizco el puente de la nariz y me recompongo.

—Odio a mi padre, odio que su sangre corra por mis venas. Me repugna. Quiero arrancarme la piel —escupo, apretando los dientes — y extraer cada parte de él que me inculcó. Cuando me miro en el espejo, Alexa, solo lo veo a él, devolviéndome la mirada, con sus putos ojos atormentándome.

—Me encantan estos ojos. —Me acuna las mejillas, junta nuestras frentes y me roza los labios con los pulgares—. No serías tú sin ellos.

—No intentes calmarme. —Intento apartar sus manos, pero se niega, rodeándome el cuello con sus brazos para abrazarme con fuerza—. Alexa.

—¿No crees que yo también discuto con el espejo, Liam? —musita, haciéndome cosquillas en la nuca con la tierna yema de sus dedos—. No siempre es la cara de mi madre la que me devuelve la mirada cuando me pinto los labios con su tono favorito.

Fruncí el ceño mientras estudiaba sus vibrantes labios rojos.

—A veces, también escudriño mis defectos, preguntándome si los he heredado de él, de mi supuesto padre. —Me aparta un mechón de pelo oscuro de la frente y lo coloca detrás de mi oreja—. Detesto a mi padre tanto como tú al tuyo. ¿Y sabes qué, Liam? Esos hombres viles no nos definen. Sí, es una desgracia la forma en que vinimos a este mundo, pero nunca es tarde para reescribir la historia. —Traga saliva con dificultad—. Nunca es tarde para proteger nuestro futuro.

Había mucho que contarle a Alexa: las gemelas, Molly y Greer; la medio hermana no deseada, Serena. Pero, lo más importante, estaba Vincent, el medio hermano al que no sabía si odiaba o no.

—Se parece a mí —dije con tensión, y el semblante de Alexa se contrajo, confuso.

—Vincent —confirmé, sabiendo que ella conoce de sobra a ese hombre—. Vincent se parece a mí.

La comprensión disipó su expresión perpleja.

—Sí, se parece.

—¿Por qué estaba allí, Alexa? —pregunté, y ella levantó la vista de golpe—. Vincent te ayudó la noche que fui a por Fagan. ¿Te dijo por qué?

Alexa apartó bruscamente los brazos de mi cuello, preparándose para soltar mentiras o algunas duras verdades.

—No sé por qué Vincent estaba allí esa noche, pero no me disgustó ver una cara más o menos amiga o conocida, Liam. Unos tíos vestidos de negro me acosaron hasta el laberinto del jardín, y llevaban pistolas y… —Al darse cuenta de que estaba entrando en pánico, inspiró y soltó el aire a intervalos—. Vincent apareció como una aparición aterradora. A primera vista, todo lo que vi fue a un hombre vestido completamente de negro, cerniéndose sobre mí. No estaba segura de si estaba allí para ayudar o para hacer más daño.

Hago hincapié en un detalle.

—¿Quién te persiguió?

Alexa jugueteó con la pulsera que llevaba en la muñeca.

—Pensé que eran parte de la seguridad del alcalde o algo así, pero ahora que lo pienso, creo que esos tipos estaban allí por razones completamente diferentes. En fin —dijo con indiferencia, restándole importancia—, Vincent me sacó de allí y me llevó de vuelta contigo. Se quedó atrás para asegurarse de que nadie me siguiera…

No sé en qué está pensando, pero solo puedo suponer que está reviviendo aquella noche.

—Le dije: —No quiero dejarte, Vincent —. —Me tomó de la mano y me incitó a seguir caminando—. —¿Ser mi apoyo o la seguridad de mi hermano? —, me preguntó. Y entonces lo vi. Si no es por vuestro asombroso parecido, Liam, la verdad reside en los ojos. Vincent y tú tenéis los mismos ojos azules, la misma forma, las mismas pestañas oscuras. Por un momento, vi mucho de ti en él.

Apreté los dedos alrededor de los suyos.

—Eso no explica por qué no me lo contaste.

—Ese tipo de información merecía venir de él —dijo con rotundidad, levantando la barbilla en un gesto de desafío—. ¿Es por eso que te enfadaste? ¿Has recibido la confirmación, Liam?

—Algo así —dije secamente, rascándome la dolorida mandíbula—. Somos hermanos, sin lugar a dudas. No sé muy bien qué siento al respecto, Alexa. No lo quiero. Ni a él ni a nada que venga con él.

Al acercarnos a la cabaña de madera, Alexa aminoró sus pasos apresurados, obligándome a detenerme de nuevo.

—No te creo.

Construí un escudo impenetrable a mi alrededor.

—Cree lo que quieras. —Le solté la mano y me dirigí a la cabaña, oyendo a la mujer enfurecida pisándome los talones.

Sin llamar, abro la puerta principal y entro. Por suerte para Jace, no está a la vista. Asomo la cabeza en el frigorífico y cojo una botella de vodka, y luego el Jameson de la bolsa de Brad.

Cojo dos vasos de plástico del armario de la cocina, los pongo sobre la mesa, me sirvo un whisky solo para mí y un vodka solo para la mujer que se quita los tacones con gesto petulante.

—¿Algún problema? —le pregunto, ofreciéndole un vaso—. Para ti.

Alexa acepta el vaso con cautela y se apoya en el fregadero de la cocina.

—Gracias.

Asintiendo una vez, me llevo el whisky a los labios y me bebo un trago muy necesario. Casi me había olvidado del correo electrónico, pero Alexa, incapaz de dejar la conversación fuera, pone su vaso en el fregadero y camina hacia mí.

—Si usas el sexo para jugar con mi mente…

—Quién está fingiendo aquí, señor Warren. —Desprovista de toda la ira que había proyectado sobre mí un momento antes, se sube a la mesa y separa lentamente los muslos, haciendo que la tela de su vestido rojo se suba peligrosamente—. Ay, me dejé el encaje en el dormitorio.

Destapo la botella de Jameson, me bebo un sorbo y me coloco delante de ella.

—Esto, que me mires así, solo puede acabar de una manera. Yo hundiéndome en tu interior. —Golpeo la botella contra la mesa, apoyo las manos a ambos lados de su cintura y la encierro entre mis brazos—. Así que cualquier puto sermón que pienses echarme, hazlo ahora y acabemos con esto.

Agarrando el cuello de mi camisa, estira el suyo y me mira desde debajo de sus espesas y palpitantes pestañas.

—Creo que deberías escuchar lo que Vincent tiene que decir.

—No. —Recorro con el dedo su esbelta clavícula y rozo su boca con la mía—. ¿Algo más?

Sus labios, suaves como una pluma y anhelantes, viajan hasta mi cuello, devorando la nuez que oscila en mi garganta.

—¿Qué piensas hacer con Hellen?

—Tirar su cuerpo en ácido. —Su mano me ahueca la polla, que se está endureciendo, y gimo en el hueco de su cuello—. ¿Hemos terminado?

—¿Cuánto me quieres?

Mis pestañas se abren de golpe, y sus ojos color avellana, almendrados, me devuelven la mirada.

—Sin ti, la vida no es vida, Alexa. —Le levanto la barbilla—. Tú lo sabes; yo lo sé.

—Vale —exhala, apaciguada por mi compromiso y mi amor—. Entonces, tengo que decirte algo, Liam. Lleva todo el día rondándome la cabeza…

La puerta principal se abre de golpe y Alexa cierra las piernas bruscamente, bajándose el vestido. Brad, acompañado por Jace, la puta serpiente, entra como una exhalación.

—Qué pasa, jefe —canturrea Brad, lanzando las llaves del coche al sofá—. Mira lo que me encontré —dice señalando por encima del hombro— haciendo de papá canguro en la biblioteca.

—¿La biblioteca? —Alexa mira a Jace con expresión inquisitiva—. ¿De papá canguro?

Jace, ignorando mi mirada asesina y vigilante, se sirve de la botella de vodka.

—No, Brad lo ha exagerado una barbaridad. Conocí a una tía fuera de la biblioteca y me pidió que le cuidara al niño cinco minutos mientras firmaba por un libro.

Vi cómo se le erizaba el vello de las piernas a Alexa y fruncí el ceño.

—Cuéntale el resto —le anima Brad, partiéndose de risa por el aprieto en el que Jace se había metido antes—. Venga, Jacey.

—Vale, relájate de una puta vez. —Jace le da un trago a la botella de vodka—. Pues sí, la tía no volvió. Me dejó con un montón de libros y un carrito.

No sé qué me desconcertó más, si la extraña amabilidad de Brad con Jace o el hecho de que Alexa no pueda reprimir sus temores.

—Pero escucha esto —continúa Brad donde Jace lo dejó, mientras se lía un cigarro en la encimera—. No era un bebé de verdad.

—¿No lo era? —pregunta Alexa, pálida y a punto de vomitar—. Era un muñeco, ¿verdad?

El desconcierto de Jace era un reflejo del mío.

—Sí, una muñeca de porcelana de aspecto espeluznante.

—Oh, mierda, Jace. ¿Adónde fue? ¿Qué le pasó a la madre? Chicos, creo que le pasa algo muy grave. Me la encontré una vez…

—Basta. —Tomando sus manos temblorosas, le doy la espalda a los demás y la insto a que se concentre solo en mí—. Alexa, ¿por qué tiemblas? —Jace intenta acercarse para ayudar—. Da un paso más y te reventaré las putas rótulas.

Resoplando con desdén, Jace se pasa una mano por la cara.

—Solo quiero ayudarla, Warren. Mírala. —Lanza una mano, señalando lo obvio—. Alexa está a punto de desmayarse.

—Es mi problema —replico, encarándome con él—. Alexa es mi problema, Jace. No el tuyo.

—Jefe —interviene Brad, deslizando un brazo entre los dos hombres enardecidos—. ¿Por qué no nos damos un respiro, eh? Jace no…

—¿Qué, ahora lo defiendes? —Aparto su brazo de un manotazo y desvío mi antipatía hacia Brad—. La última vez que lo comprobé, trabajabas para mí. Tu lealtad es para mí.

Brad se resistió a poner los ojos en blanco.

—No estoy defendiendo a ese capullo…

—Eso es exactamente lo que coño estás haciendo.

—¿Quién es un capullo? —ladra Jace, empujando a Brad en el pecho —. El único capullo que veo por aquí —me señala— es ese gilipollas.

Mis manos se cierran en puños.

—Te voy a joder vivo…

—¿Queréis escucharme? —La cabeza de Alexa aparece entre nosotros, con los brazos extendidos, advirtiéndonos que retrocedamos—. Es imposible hablar con ninguno de vosotros. Estaba gritando y a nadie le ha importado ni se ha molestado en escucharme. Liam —se dirige a mí, con las manos en las caderas—, ¿podemos olvidar que odias a Jace por una noche y tomarnos esto en serio?

—¿Tomarnos qué en serio? —interrumpe Brad, lamiendo el borde del papel de liar—. Ah, ¿te refieres a la loca del pueblo?

—Alexa. —Frotándose la barba incipiente con los dedos tatuados, Jace vuelve a su sitio en la encimera—. Creo que esa tía perdió un hijo o algo así, y por eso finge que la muñeca es real. ¿Es raro? Joder, claro que es raro. Pero no es para que te estreses. —Sus ojos bajan brevemente al estómago de ella, y Alexa asiente.

Con ojos de halcón, seguí su inusual intercambio.

—Además —continuó Jace, sacando el móvil para enviar un mensaje —, Serena es inofensiva. Brad no ha podido evitarlo y lo ha exagerado todo sin motivo.

Serena es inofensiva, había dicho Jace. Su senil suposición se repetía en mi cabeza. Crucé la mirada con Brad e, incluso aunque él desconocía en gran parte la larga lista de negligencias de mi padre, estaba en el despacho la noche en que Nate buscó una imagen en internet.

—Ah, tiene nombre —dijo Alexa, cogiendo una botella de agua de la nevera—. ¿Crees que deberíamos avisar a las autoridades? Quiero decir, odiaría que le pasara algo malo a alguien que claramente necesita atención médica.

—Has dicho que Serena se te acercó. —Mi voz era tranquila, pero Alexa es demasiado consciente de mis personalidades conflictivas y reconoce el ligero cambio en mi tono—. ¿Qué te dijo?

Dejando su botella de agua, Alexa se me queda mirando durante unos agotadores segundos.

—No mucho —susurra, lanzándome una mirada escéptica—. Quería que le cuidara al bebé…, bueno, a su muñeca, mientras pagaba un café.

—Una muñeca —susurré, comprendiendo el retorcido juego de la mujer—. ¿Se te acercó con una muñeca?

—Bueno, no se me abalanzó… —Los ojos de Alexa no se desviaron —. ¿Liam?

Serena lo sabía antes que yo.

—Alexa —dije, borrando a los demás de la habitación—. ¿Por qué has tirado el vodka por el desagüe? —Presumo de ser perspicaz y, desde luego, no nací ayer—. ¿Qué tenías que decirme?

Bajo la mirada al estómago de Alexa.

Quedarme a solas con mis pensamientos era inaceptable.

Me latían las sienes, y el corazón atronador que tenía bajo las costillas amenazaba con estallar en mi pecho.

—¡Dímelo!

—Liam —susurra a gritos, dirigiendo su mirada asustada a Brad y Jace—. ¿No podemos hablar de esto más tarde? En privado.

—¿Es suyo? —espeté, y sus mejillas hundidas se volvieron grises—. Te juro que si no me respondes de una puta vez…

—Jefe —Brad me agarró del codo—. Tú…

—¡Suéltame! —escupí, quitándole de un manotazo la mano de mi camisa y viendo solo rojo al encontrarme cara a cara con Jace—. ¡Te mataré, hijo de puta!

Jace extendió las manos a tiempo de chocar con mi pecho, pero no hubo forma de detenerme. He deseado enterrar a este cabrón desde el segundo en que su astuta persona se hizo amiga de Alexa.

Tropezamos con el escurridor, tirando vasos y platos por el suelo.

—¡Warren! —gritó Jace, esquivando un puñetazo y respondiendo con un brutal golpe en mi mandíbula—. No es lo que crees…

Lo interrumpí con un gancho, lo agarré de la camiseta y lo lancé por encima de la mesa del comedor, sintiendo los inútiles golpes de Alexa en mi espalda.

—¡Liam, para! ¡Brad! —le gritó a mi mano derecha, que sabe que es mejor no involucrarse una vez que me propongo acabar algo—. ¡Detenlo! Por favor, Brad. ¿Por qué no ayudas?

No estaba de humor para juegos.

Saqué la Eagle de la cinturilla de mi pantalón, la amartillé y apunté.

—Demasiado tiempo —dije con frialdad, viendo cómo Jace, ensangrentado y con la mandíbula desencajada, retrocedía hasta chocar con la pared— he esperado a que te pasaras de la raya para poder hacer esto. —Mi dedo se desliza sobre el gatillo.

—¡Liam! —Con los ojos llorosos y sollozando, Alexa se arrodilló delante de Jace, protegiéndolo de mí—. Por favor, no hagas esto —lloró, pero todo lo que podía oír era la voz en mi cabeza, obligándome a actuar por instinto, a confiar en mi infalible intuición y a enterrar a ese mamón de una vez por todas—. Es tu bebé. —Sus gemidos me provocaron un escalofrío en el cuerpo caliente—. Es tu bebé, Liam.

Brad no me mira a los ojos. Agarra a Jace del brazo, murmurando órdenes mientras lo arrastra fuera, a la terraza. No los veo huir ni escucho su discusión en voz baja.

Mis ojos se fijan en Alexa, e intento responder, pero mi lengua, pesada y torpe, se ha pegado al paladar.

—No quería que te enteraras así —tartamudeó, usando la cortina como apoyo para levantarse—. Quería hablar del bebé en confianza, o más bien ofrecerte la decencia de una conversación privada. —Se arriesgó a dar un paso receloso hacia mí—. Sé lo mucho que no quieres hijos…

—Para —mascullé, bajando el brazo—. Deja de hablar, Alexa. Deja de hablar de una puta vez. —Dejando la Eagle en la encimera, me paso una mano por el pelo, incapaz de contener mi respiración frenética—. Nunca follamos sin…

—Deshazte de él —ordené con voz grave y autoritaria—. Nos hemos ganado este momento juntos, Alexa.

Un sudor caliente se me pegó a la camisa.

Me ofrecí a ella. A juzgar por lo que compartimos esta noche, los sentimientos de Alexa por mí no han cambiado. Mi pecho se expandió con una dura exhalación. Embestí contra ella, amando la sensación de sus manos en mi cuerpo, sus labios en mi pecho.

Mi nombre cae de sus labios.

La echaba de menos.

Nos echaba de menos.

Ella debajo de mí.

Yo necesitándola más de lo que mi ego me permite admitir.

—Liam —gimió en mi oído, su cuerpo convulsionando mientras otro orgasmo la hacía añicos—. Oh, Dios.

Es demasiado, verla caer, deshacerse, todo mientras está a salvo en mis brazos.

—Alexa… —El pavor me revolvió el estómago—. Joder.

Con las rodillas apoyadas en el colchón, giró las caderas y rebotó sobre mí. No podía apartar la mirada, no quería. Le sujeté la cintura con las manos y acompañé sus embestidas, manteniéndola pegada a la base de mi polla mientras ella se perdía.

La hice rodar para ponerme encima, volviendo a casa para buscar mi propia liberación. Enroscando sus brazos alrededor de mi cuello, Alexa entrelazó sus piernas alrededor de mis caderas que bombeaban, apretando deliberadamente su coño estrecho, dejándome sin poder y a su merced.

—No puedo dejar de quererte. —Quería dejar de quererla, la odiaba por haberme dejado. Hundiendo la cabeza en su hombro, le agarré las caderas con dedos que dejaban moratones y arremetí una y otra vez. Mi boca reclamó su cuello y succioné, dejando mi marca. Una tensión sacudió mi polla y me vacié dentro de ella, el intenso orgasmo me provocó un segundo de aturdimiento—. Joder.

—¿Liam? —Alexa me tocó la mejilla—. Por favor, mírame. No sé cómo ha pasado esto. Si hubo veces que no usamos protección, compraba la píldora del día después, pero por alguna razón, pasó y…

—Fui un descuidado —expresé mis pensamientos, guardando el recuerdo en el fondo de mi mente—. La noche que te encontré en el B&B de Heather, follamos, Alexa. Estaba demasiado perdido en ti como para preocuparme de ponerme un condón.

Mi confirmación la dejó sin palabras.

—No recuerdo haber sentido…

—Probablemente por todo el vodka con el que te emborrachas —dije con amargura, pasando a su lado hacia la puerta—. No lo quiero, Alexa.

—Liam —me regaña, apoyando una palma en la puerta principal—. No te vayas así.

—He dicho que no lo quiero —espeté, apartándola de un empujón—. No saldrá nada bueno de esa cosa que crece dentro de ti, Alexa. Si quieres que lo nuestro funcione…

—No te atrevas a decirlo —me reprendió, la fiereza reemplazando a la tristeza—. No digas algo de lo que puedas arrepentirte, Liam.

Nos puse cara a cara.

—El arrepentimiento es para los débiles —le recordé con crueldad, y Alexa gruñó, zarandeándome el hombro con la mano—. No confundas mis emociones con las tuyas. —Abrí la puerta de golpe y salí a la noche, oyendo sus gritos escalofriantes en la distancia.

Bajé tambaleándome por el sendero rocoso, rodeé la casa de campo y, cinco minutos después, me encontré frente al océano.

Sintiéndome perdido, muerto por dentro, me pongo el teléfono en la oreja y observo las violentas olas chocar contra el acantilado.

—¿Tienes los resultados?

Chasqueando la lengua, aprieto el teléfono en mi mano.

—Sí.

Vincent duda antes de responder.

—No te importa que sea tu hermano, Liam, así que ¿por qué me llamas?

—Serena —dije, y él guardó silencio—. Está rondando a Alexa.

—¿Dónde estás?

—Cornualles. —Miro hacia la casa, buscando alguna sombra detrás de las cortinas apenas iluminadas—. En Newquay.

—¿Y el motivo de tu llamada?

—Alexa está embarazada —dije lo impensable, y detecté su brusca inspiración—. No creo que yo fuera el objetivo, Vincent.

—No la dejes sola, Liam —me advirtió, pero mis pies no se movieron —. ¿Cuál es la dirección?

—¿Por qué iba a decírtela?

—Porque soy tu hermano —me regaña, y mi mandíbula se tensa—. Ódiame después. Si Serena trabaja para Molly y Greer, tú y yo debemos estar en el mismo bando, Liam. Pon a prueba mi confianza y examina tus alrededores.

Haciendo una mueca, echo un vistazo a la playa vacía, fijándome en cada recoveco empedrado. A lo lejos, encaramada en el acantilado, se recorta una silueta alta, pero con la noche en mi contra, solo pude distinguir una figura, no un perfil, principalmente debido a la niebla y la bruma que se avecinaban.

—Dime —dijo Vincent, y las venas de mi cuerpo se calentaron—. Está ahí, ¿verdad?

La vi retirarse.

—¿De qué nivel de locura estamos hablando? —La mujer, que sé que es Serena, desaparece entre las sombras—. ¿Vincent?

—Nunca te encontrarás con individuos más retorcidos y mentalmente trastornados que ellas, ¿y Liam?

Acercándome a la casa, con los pies hundiéndose en la arena, abro una navaja automática, decidiendo qué órgano extraerle primero a Serena.

—¿Sí?

—Tú no eres nuestro padre —susurró, y por alguna extraña razón, una parte de mí quiso creerle—. No le des la espalda a Alexa ni dejes que tu hijo se pudra.

Evocado por recuerdos angustiosos y flashbacks de mi pasado, dejé de caminar, viendo a mi yo más joven luchando por sobrevivir,

oyéndole llorar para que alguien lo aceptara, para que alguien lo quisiera.

—Hagamos justicia al apellido Warren y rectifiquemos los errores de Raymond de una vez por todas.

Sentí los ojos húmedos, pero las lágrimas se quedaron en mis pestañas inferiores.

—Te enviaré la dirección.

CAPÍTULO 16

Alexa

Una sensación paralizante que no he podido quitarme de encima en años es la inclinación, que me provoca escalofríos, a pensar que alguien me está observando. Incluso ahora, en medio de la nada, lejos de peligros factibles o amenazas veladas, mientras camino por mi habitación sollozando lágrimas patéticas pero inconsolables, siento una oscuridad que lo envuelve todo.

Abrazándome la cintura, me detengo en el centro de la habitación e inspecciono cada ventana y cada rincón oscuro.

—Está todo en tu cabeza, Alexa —.

—Estás a salvo —.

Pero Liam se ha ido.

Sin embargo, Jace y Brad se han quedado. Están fuera, justo al otro lado de estas cuatro paredes de madera, discutiendo —o peleando— sobre el drástico y asombroso giro de los acontecimientos de esta noche.

Mis sentidos se agudizan.

Con la piel erizada hasta los huesos, miro por encima del hombro, hacia la puerta del dormitorio, hacia el armario entreabierto y su exterior de caoba.

La incómoda alerta se magnificó. A segundos de regañarme por no pensar con claridad, me giro para volver a comprobar las puertas dobles que dan a la terraza que rodea la casa, cuando la sombra inmóvil al otro lado de la ventana me corta la respiración y la culminación de mis ansiedades se materializa.

Secándome las lágrimas manchadas de rímel de mis mejillas enrojecidas y acaloradas, sorbo por la nariz, con la mente yendo a mil por hora con teorías espantosas. Es un árbol, meciéndose con el viento, con las ramas rígidas y sin hojas. Tal vez un paseador de perros que da un paseo nocturno, o un aficionado al fitness que disfruta de una carrera a medianoche y, por curiosidad, ha decidido explorar las instalaciones de la cabaña…

—No, no seas tonta, Alexa —.

La cabaña de madera estaba enclavada en un acantilado rocoso, demasiado lejos del pueblo, y sería demasiado esfuerzo para cualquiera viajar solo para desahogarse o hacer ejercicio intenso.

Levanto la almohada de la cama, envuelvo la mano en el revólver y dejo que la magnetizante silueta me atraiga. Con los dedos en el pomo de la puerta, dudo, inspiro, cuento mentalmente, expiro y luego aparto la cortina de un tirón.

En lo alto, la luna llena proyectaba una luz escasa a través de la densa niebla y la bruma ondulante. Y no había árboles. Ya lo sabía, pero esperaba equivocarme.

Viendo solo una llovizna espeluznante a través de la bruma opaca, cerré la puerta trasera con llave, probé la cerradura dos veces y corrí la cortina. Me quedé de pie, mirando la puerta como si esperara que el pomo girara o que la misteriosa figura reapareciera.

—Idiota —murmuro, abriendo de golpe el cajón de la mesita de noche y desarmándome. Dudé con el revólver, parpadeando rápidamente para recuperar la consciencia—. No. —Tiro la pistola sobre la cama, cojo el cajón y vacío varios objetos en el suelo—. Oh, Dios.

Cayendo de rodillas, rebusco entre compras al azar y estallo en un llanto desconsolado.

No encuentro las conchas de Summer.

El dolor atroz en mi pecho se intensificó; la culpa que sentía ya era insoportable después de mi inevitable enfrentamiento con Liam. Dentro del abismo más aterrador de mi cabeza, los oscuros recovecos se agrietaron por un breve instante para dejar que esas crueles voces resonaran; grité, golpeando mis oídos con las palmas. Me puse en pie a trompicones y, agarrando la lámpara, tiré del cable, desconectándola de la toma de corriente, y la arrojé al otro lado de la habitación, haciendo añicos la base de cerámica.

No fue ni de lejos suficiente.

Ninguna cantidad de alivio del estrés podría ser jamás suficiente.

Arrancando de la pared el cuadro de un paisaje, rompí el marco contra el poste de la cama, astillando la madera tallada y dañando los tonos pastel.

Lo rompí todo.

Me dolían los pies descalzos.

La sangre goteaba entre mis dedos.

Creé arte monocromático.

Por el rabillo del ojo, veo un dormitorio conmovedor, en blanco y negro, con regueros carmesí marcando mis pasos.

Esquivando los cristales rotos, recojo los montones de toallas del suelo. Estoy doblando la ropa de cama en pulcras pilas cuando algo brilla dentro del armario, en el estante superior.

El revólver desaparecido.

Una risa ahogada vibró en mi pecho.

—Alexa, has perdido la cabeza. —Guardo la ropa de cama y las toallas, cojo la pistola y la sopeso en mis manos.

Es imposible. Busqué el revólver en el armario más de cinco veces.

—Me perdí toda la diversión —dijo Brad, pero no levanté la vista ni le hice caso—. ¿Pretendías saquear tu dormitorio y lacerarte los pies…? —Al percibir mi expresión inexpresiva, hizo una mueca y se deslizó un palillo entre los labios—. Esto es, bueno, bastante preocupante.

—¿Qué quieres, Brad? —Esquivando los muebles destrozados, recogí los cosméticos y frascos de perfume esparcidos y los coloqué en el aparador.

Brad parecía cansado y frustrado. Supongo que lidiar con Liam y Jace ya era bastante agotador, sin añadir a una Alexa irracional a su lista de dilemas.

—Dame un segundo. —Sale de la habitación solo para volver minutos después con su bolsa de lona negra—. En la cama, mujer.

Obedeciendo sus órdenes, cojeo hasta la cama, mis pies manchando de sangre las colchas. Arreglándome el vestido subido, me apoyo en el cabecero y estiro las piernas.

Sentándose a los pies de la cama, Brad rebuscó en su bolsa, encontró los utensilios que buscaba y me colocó una pierna sobre sus muslos.

—¿Liam ha vuelto a Londres? —pregunté, sabiendo que si alguien tenía respuestas sobre el paradero de Liam, era este hombre—. ¿Me

odia?

Silencioso y pensativo, Brad me limpió el pie con una toallita estéril, examinándome los dedos en busca de trozos de cristal.

—Alexa, me caes bastante bien —dijo, y me preparé mentalmente para un discurso parcial—. ¿Me cabreaste? Sí, cuando huiste con Jace y le rompiste el corazón a mi jefe, quise matarte yo mismo. Pero, hablando en serio. —Tiró a un lado las toallitas arrugadas—. Nunca había visto a Warren tan prendado de una mujer. Es bastante refrescante presenciar una faceta diferente de él.

Con el sabor de las lágrimas saladas en mis labios, asentí.

—Sinceramente, vuestra relación, la tuya y la de Warren… es tóxica.

—Lo quiero, Brad —susurré, incapaz de ver un futuro en el que Liam no estuviera a mi lado—. No me importa cuánto repudie la gente lo que él y yo compartimos. Nunca me alejaré voluntariamente de ese hombre.

Brad me vendó los dedos de los pies con tiritas y luego apoyó la otra pierna en sus muslos.

—Y esa es una de las razones por las que respondo por vosotros dos —dijo, y me encontré con su mirada expectante—. A pesar de tus errores del pasado, Alexa, sé que te importa.

Me quitó un trozo de cristal del dedo del pie y yo contuve el aliento.

—Warren no volverá a encontrar una mujer como tú. Ni en esta vida ni en la siguiente.

—Me odia —gimoteé, y me apreté los párpados con los dedos, impidiendo que se me escaparan las lágrimas—. Liam me odia, Brad.

—Warren no te odia —asegura, pero no me convence—. Está en shock. El jefe no quiere hijos. Nunca ha querido.

Tras colocar la última tirita, me dio una palmadita en la rodilla. Me aparté de él y me senté en la cama con las piernas cruzadas.

—Y tampoco lo culpo. La descendencia no tiene cabida en nuestro mundo. A menos que estemos dispuestos a sacrificarla, claro. —Señaló mi vientre—. ¿Qué mejor manera de poner a Warren de rodillas que drenar el alma de su primogénito?

La franqueza de Brad era una verdad devastadora pero indiscutible.

—Jace se ha ido —continuó, mientras guardaba su equipo—. No quería irse. Pero, por esta noche, es mejor que se mantenga al margen.

Odio admitirlo, pero Brad tiene razón. Mi preocupación por Jace supera la que siento por Liam. Quizá sea porque Liam es fuerte, sereno y a menudo impasible, mientras que Jace, él, finge no estar herido y ser ecuánime, pero es una fachada, una armadura para protegerse de más daño y dolor.

—¿Adónde ha ido?

—A ver a una tía que se llama Gemma o algo así.

Pues ninguna sorpresa, entonces.

—¿Brad? —dije en voz baja, y él se detuvo con la cremallera de la bolsa de viaje en la mano—. No planeé el embarazo. Simplemente ocurrió.

Me dedicó una sonrisa sin alegría.

—Tienes que tener esta conversación con Warren.

Lo haría si quisiera hablar conmigo en lugar de arrancarme la cabeza.

—¿Todavía tienes hambre? Podría prepararte esas hamburguesas.

—Mañana. —Se echó la correa de la bolsa al hombro y se fue directo a la puerta—. ¿Ahora mismo? Necesito un poco de Jameson y una jodida cama.

Se detuvo en el umbral.

—¿Estás bien?

La inusual preocupación en la mirada inquisitiva de Brad me golpeó en pleno pecho.

—Estaré bien. —Bajé de la cama y me puse a limpiar el desastre que había causado—. Te despertaré bien temprano con un café. ¿Qué te parece?

—Jodidamente glorioso —responde, mientras se dirige a la habitación de al lado y echa el cerrojo.

En veinte minutos, el dormitorio estaba bastante presentable. Barrí el suelo, recogí los escombros en una bolsa de basura negra y cambié las sábanas y las mantas. Seguramente me cobrarán por los daños de los muebles que acabo de esconder detrás del contenedor de basura de la entrada, pero, por ahora, está limpio, ordenado y huele extrañamente a limón fresco cuando en la etiqueta del espray ponía lavanda.

Me di una ducha que me ayudó a levantar el ánimo. En la cocina, con la toalla anudada al cuerpo, me serví helado en un cuenco y volví a mi habitación.

Sin molestarme en ponerme el pijama todavía, me senté en la cama, puse el cuenco sobre mis muslos y le envié un mensaje de texto a Jace.

Yo: Siento lo de esta noche.

Tres minutos después.

Jace: No te preocupes por Warren y por mí, Alexa. Ya se le pasará, no te apures.

Yo: Espero que tengas razón, Jace. Ojalá Liam viera que no eres una amenaza.

Jace: Dale tiempo. Puede que odie a ese gilipollas, pero este ojo morado…

Me envió un mensaje multimedia. Con la cara ladeada, me enseñaba el labio partido y el moratón que empezaba a formársele en el ojo izquierdo.

Jace: Me lo merecía desde hace tiempo.

Jace: Ambos sabemos que me lo he ganado por conspirar con Bajramovic.

Le quité hierro al asunto.

Yo: He oído que a las mujeres les encantan los chicos malos y los hombres con cicatrices…

Jace: Gemma no se me ha despegado desde que llegué.

Jace: Supongo que tengo que darle las gracias a Warren por ayudarme a pillar esta noche.

Puse los ojos en blanco y me metí una cucharada de helado de vainilla en la boca.

Yo: Capullo.

Jace: LOL

Jace: ¿Alexa?

Yo: ¿Sí?

Jace: ¿Vas a tener el bebé a pesar de que Warren no lo apruebe?

Tardé menos de diez segundos en considerar su pregunta.

No había que pensárselo mucho.

Yo: No voy a abortar, Jace.

Jace: Bueno, pues si Warren no da la cara y asume su responsabilidad, que sepas que yo lo haré por ti sin dudarlo un instante.

Se me nublaron los ojos.

Yo: ¿Criarías al hijo de otro hombre?

Jace: No, Alexa. Criaría al hijo de mi mejor amiga.

Carraspeé para deshacer el nudo que me oprimía la garganta y respondí.

Yo: Eres mi alma gemela. Te quiero, Jace.

Jace: Hasta la muerte, ¿verdad?

Yo: En las duras y en las maduras.

Jace: En la cima y en la ruina.

Yo: Uña y carne.

Jace: Yo también te quiero.

Sonriendo para mis adentros, silencié el teléfono y lo dejé en la mesilla de noche. La cuchara casi había llegado a mi boca cuando la puerta del dormitorio se abrió con un chirrido… y el helado aterrizó sin ninguna elegancia sobre mi toalla.

Con la mano fija en el pomo, Liam, inescrutable mientras me miraba, cerró la puerta y se apoyó en ella. Con una mano en el bolsillo del pantalón y un pie apoyado detrás de él, recorrió mi cuerpo con la mirada.

—¿Adónde has ido? —pregunté, con la lengua pesada y seca—. Creía que habrías vuelto a casa.

Me miró un instante.

—A despejarme.

Eché un vistazo a la hora en mi teléfono.

—¿Durante dos horas?

—¿Detecto una acusación, Alexa?

—Desde luego que no —repliqué, mientras mi mirada de desdén se endurecía—. No esperarás que me crea que has encontrado un bar abierto hasta tarde en este pueblo tan tranquilo para regodearte en tu miseria, ¿verdad?

—¿Acaso parezco alguien que viene de una noche de borrachera? —Sus ojos, como rendijas de hipnóticos cristales azules, se burlaron de mí—. ¿Tan difícil de creer es que he salido a dar un paseo?

Intento imaginar a Liam dejando aparcado el Bentley para pasear bajo las estrellas.

—Pues sí, la verdad.

—Pues lo he hecho. Me he ido a la playa y he reflexionado mucho —insistió, pero había un matiz de engaño en su voz—. ¿Qué, tienes algún problema con eso? ¿Debería estar en un bar, Alexa?

No creo que mis ojos puedan entornarse más.

—¿Qué me estás ocultando?

Liam se mantuvo impasible e inescrutable.

—Volverás a Londres.

Vale, ignoremos el elefante en la habitación, Liam, y empecemos un debate sobre dónde duermo esta noche.

—No estoy preparada para volver a Londres.

—No es negociable —dijo, y su expresión estoica cesó cuando una sonrisa baja y lobuna se dibujó en sus labios—. Haz las maletas, Alexa.

—No, Liam. —Dejando el cuenco a un lado, me sujeté la toalla para asegurarme de que no se resbalara y me levanté de la cama—. Que me quede aquí no está a debate. He tomado una decisión y voy a mantenerla.

Un tedio insuperable empañó su semblante.

—¿Has terminado ya?

Oh, me está provocando para que empecemos otra discusión.

—¿Y tú?

Apretó la mandíbula.

—No es momento de joderme, Alexa.

Sin motivación alguna, solté la toalla y crucé la habitación en todo mi glorioso esplendor desnudo.

—Vístete.

Abrí de par en par las puertas del armario y me di un golpecito en los labios con el dedo, fingiendo buscar algo apropiado que ponerme.

—¿Por qué?

—Alexa —advirtió con esa voz ronca y autoritaria, famosa por ponerme la piel de gallina—. ¡Deja de joderme la cabeza y ponte algo de ropa, joder!

Cojo un tanga rojo y unas medias negras hasta la rodilla.

—Vale, Liam. No te me vayas a morir de un infarto. —Me puse el encaje por las piernas, las medias hasta las rodillas—. ¿Te unes a mi fiesta de pijamas? ¿O prefieres una noche sin dolor de cabeza acampando en el sofá? Aunque debo advertirte: es de dos plazas y es extremadamente incómodo.

—Basta. —De la nada, su mano se apoderó de mi muñeca—. No tiene gracia, Alexa. Te necesito de vuelta en Londres… esta noche.

Le escruté la mirada.

—Todavía no puedo irme.

Gruñó, con un sonido bajo y salvaje.

—¿Por qué?

—Porque tengo que reunir a Clarence con Noah —dije, y sus ojos se desorbitaron—. Pero, aunque no fuera por los hombres de Corbyn, querría pasar más tiempo con Tony.

El ceño penetrante e intolerable de Liam me hizo sentir terriblemente pequeña ante su imponente presencia. Se mordió el interior de la mejilla, con la mirada clavada en el cielo.

—Tú… —Su ira se posó sobre mi pecho—. ¿Dónde está tu cadena?

Mi mano se dirigió automáticamente a mi cuello.

—Yo… —Mierda. Se va a volver loco—. La he perdido… bueno, creo que la he perdido. Como mi pistola ha reaparecido por arte de magia esta noche, me inclino a cuestionar mi salud mental. ¿La falta de memoria es algo normal a los veinte años?

Su silencio hizo sonar las alarmas.

—¿Qué pasa, Liam?

—¿Creías que habías perdido tu pistola? —preguntó, y yo asentí—. ¿Y ha aparecido? ¿Dónde? Cuéntamelo todo.

Vale, quizá sea él quien ha perdido la cabeza.

—Siempre guardo las armas cerca de mi cama…

Conocía esa mirada intensa. Algo iba mal.

—Liam, ¿qué está pasando?

Sus ojos pasaron de mi cuello a la cama.

—Ha estado aquí.

Me apartó de un tirón, se dirigió a la puerta trasera e inspeccionó la cerradura.

—¿No tienes un doble cerrojo en esto? ¿Solo una llave?

Asentí.

—Joder. —Sacó su teléfono, marcó el número de alguien y esperó a que la persona respondiera—. Nate. —Oigo una respuesta entre dientes—. La habitación de Alexa. ¿Dónde encuentro los micros?

Mis cejas se dispararon hasta la línea del cabello.

—¿Micros? —susurré a gritos, escudriñando la alfombra en busca de bichos asquerosos—. ¿Necesitamos un fumigador?

Haciendo caso omiso de mis respingos y de mis palmadas sin sentido en los hombros, Liam se subió a la cama, sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja y luego jugueteó con la pantalla de la lámpara.

—Lo tengo —respondió, y yo estiré el cuello para ver a qué venía tanto alboroto—. No. —Terminó la llamada bruscamente, saltó de la cama y salió de la habitación, dejándome boquiabierta y paralizada por la confusión.

—Brad —llamó Liam, golpeando la puerta de mi vecino con un puño ansioso—. Levántate y haz un barrido. He encontrado un dispositivo de escucha en la habitación de Alexa.

Una oleada de náuseas me invadió.

—¿Has encontrado qué? —Me puse una bata, me dirigí al salón y me vi envuelta en una conmoción incomprensible—. Liam, por última vez, ¿qué está pasando?

—A ver si lo adivino. —Brad, en pelotas, abre de golpe la puerta de su dormitorio, con su pelo rubio y desordenado apuntando en todas direcciones—. ¿El casero pervertido?

No puedo tolerar el comportamiento desvergonzado de ese hombre.

—Brad, ¿puedes ponerte un pantalón de chándal o unos bóxers, por favor?

Rascándose la barbilla, Brad me dedicó un chasquido con la lengua.

—No, Serena —informó Liam a su mano derecha mientras mi mente ataba cabos y llegaba a la conclusión más increíble—. Registrad todas las habitaciones y revisad los perímetros también. La he visto antes. Le ha echado el ojo a Alexa.

—¿Serena? —preguntó Brad.

—Liam —espeté, y el hombre me miró, frío y enfadado—. ¿Podemos no hablar de mí como si no fuera un ser humano que camina y respira? ¿Por qué iba Serena a poner micros en mi habitación? De hecho, ya que estamos con el tema, ¿quién es esa mujer y cuál es su puto problema?

Brad se recogió el pelo en un moño y se metió las piernas en unos pantalones grises. No tenía ninguna prisa por seguir las órdenes de Liam. El hombre, al igual que yo, esperaba respuestas.

Dato curioso: al menos no soy la única que vive en la oscuridad.

Apretando los dientes, Liam aplastó el dispositivo bajo su zapato.

—Recordarás los correos que me envió Vincent.

Aprensiva, mi mirada se desvió de Liam a Brad.

—¿Qué correos?

—Ah, sí. ¿La tía rubia? —reflexionó Brad, aparentemente al tanto de dichos recuerdos—. ¿Qué pasa con ella?

—Está aquí, en Newquay.

—Perdón —tercié, agitando una mano—. ¿Puede alguien decirme qué está pasando, ya?

Liam parecía extrañamente lúgubre.

—Serena es mi medio hermana.

—¿Qué? —exclamamos Brad y yo al unísono.

—¿Hermana? —Mis pupilas se dilataron—. ¿Tienes una hermana? ¿Que está aquí en Newquay?

¿Pero qué demonios?

—¿Desde cuándo? —preguntó Brad, cruzándose de brazos—. ¿Y por qué me entero ahora? ¿Me estás ocultando cosas, jefe?

—¿Liam? —Dando vueltas por la cabaña, oí el tableteo de un helicóptero—. ¿Qué demonios es eso?

Unas luces brillantes iluminaron la habitación, y el suelo bajo mis pies tembló junto con los muebles.

—Te juro por Dios que si no me dices qué está pasando…

—¡A mí también me cuesta procesarlo! —ladró Liam, cogiendo la botella de Jameson de la encimera de la cocina—. Todavía no tengo respuestas, Alexa. Así que deja de gritarme, joder. Todo lo que puedo decir es que tú —me señaló— te vas a casa. Y punto.

Brad se abstuvo de comentar y me miró de reojo.

Yo, sin embargo, logré serenarme.

—¿Liam? —Su inusual nerviosismo me preocupaba—. ¿Es Serena un problema? —Como no responde, suelto un suspiro dramático—. ¿Estoy en peligro?

Al más puro estilo de Liam, no responde a mi pregunta ni a nuestra discusión de esta noche. No menciona el embarazo ni si está preparado para ser el padre de nuestro hijo. Su evasividad me está sacando de quicio.

—Estoy embarazada —articulé, y sus ojos redondos y furiosos se detuvieron en mi vientre—. Si estoy en peligro, ¿quién mejor para cuidarme que tú?

—Serena lo sabe —dijo sombríamente, pasándose una mano por sus tensos rasgos—. ¿Crees que la muñeca fue una coincidencia, Alexa? ¿Algo que ella y yo tenemos en común? Se necesita un maestro de la manipulación para reconocer a otro. Te está jodiendo la cabeza —remarcó cada sílaba—. La muñeca fue una forma enferma y retorcida de atormentarte hasta que… —Se cernió frente a mí, extendiendo los brazos, con la botella apretada en una mano—. Va a por tu bebé.

—Tu bebé —, ha dicho. No —nuestro bebé —.

Me llevé las manos al vientre.

—No podemos saber si Serena quiere hacerle daño a alguien, Liam.

—Warren tiene razón —convino Brad, aunque de forma brusca e irritada—. La muñeca espeluznante fue una señal.

Vale, ahora estoy confundida.

—¿Qué señal?

—Venganza —la familiar voz de Vincent hizo temblar mis huesos. Al unísono, tres pares de ojos localizaron a Vincent, de pie en la puerta principal. Vestido completamente de negro y cargando una bolsa de viaje excesivamente grande, dejó sus pertenencias en el sofá y se dirigió primero a Liam—. Disculpad mi tardanza. —Hizo un gesto vago hacia la puerta—. Tuve que esperar al helicóptero.

Estaba demasiado muda para comentar nada.

—¿Qué hace aquí ese imbécil? —Los ojos de Brad iban y venían de un hermano a otro—. ¿Jefe? —También enfurecido por las evasivas de Liam, clavó en Vincent una mirada que era una promesa mortal en sus ojos ambarinos y centelleantes—. Me dejaste una cicatriz en el cuello, cabrón.

—Agua pasada. —Vincent enciende un cigarrillo—. Hermanos distanciados que se han reencontrado. —Sonrió a un Liam impávido —. Bastante poético, la verdad.

Liam desenroscó la botella de whisky y sació su sed.

—¿Hermanos distanciados? —Brad se ofendió por esta noticia—. No puedes hablar en serio.

—Luego —ordenó Liam, y Brad resopló—. Lo digo en serio, Brad. Ahora no es el momento.

Lo que parecía dolor empañó la sonrisa forzada de Brad.

—No hay problema. —Se puso unos calcetines y unas botas de trabajo, cogió su teléfono y su Glock y salió—. Comprobaré esos perímetros… dejaré que los hermanitos arregléis vuestras mierdas —añade sarcásticamente, cerrando la puerta principal de un portazo al salir.

Vincent abrió la cremallera de su bolsa, repleta de arsenales, pistolas y armas que nunca había visto.

—Supongo que tienes un plan. —Organizó todo en la encimera.

—Sí —dijo Liam sin dudar—. ¿Por qué tanta munición?

—Precaución. Sin embargo, se me ha ocurrido una idea. Si estás dispuesto a escucharme. —Los zapatos de Vincent resonaron mientras caminaba hacia mí—. Ángel —murmuró, sabiendo que Liam no podía oírlo, pero eso no impidió que los ojos de Liam escrutaran cada uno de los movimientos de su hermano.

Con sus ojos azules clavados en los míos, Vincent levantó el brazo por encima de mi cabeza, detectó el cuadro del bosque y reveló otro

dispositivo de escucha.

—Serena es maleable. Podríamos matarla y acabar con esto, ¿o prefieres atraer primero a las gemelas? —Jugueteó con el dispositivo, rompiendo los delicados cables.

Ignorando a Vincent, busqué a Liam, que insistía en no revelar la verdad.

—¿Qué gemelas, Liam?

Acomodándose en una silla de madera en la mesa, Vincent nos miró a mí y a su hermano, preguntándose por qué mi pregunta no había sido escuchada.

—Molly y Greer.

—¿Molly y quién? —pregunté, y una vez más, me ignoran—. ¿Liam?

—Alexa, vete a tu habitación —espetó Liam, dirigiéndose a mí como si fuera una niña—. No me gusta repetirme.

—De acuerdo. —Perdiendo las ganas de discutir, abro la puerta de mi habitación y la cierro de un portazo deliberadamente.

Envueltą en la oscuridad, me quito la bata y me dejo caer sobre la cama.

—Imbécil.

Ni siquiera podía encender la lámpara porque mi yo emocional e irracional la había roto.

—¿Siempre la mantienes en la oscuridad? —oí preguntar a Vincent, y agucé el oído.

—No empieces —advirtió Liam, y me encontré acercándome de puntillas a la puerta para escuchar a escondidas—. Cómo trato a Alexa no es asunto de nadie.

—De acuerdo, pero sería menos rebelde si no estuviera enjaulada.

Se me cortó la respiración. Escuché atentamente la respuesta de Liam.

—Alexa no está precisamente encadenada —dijo Liam, con un tono tenso y cortante—. Si protegerla me convierte en un controlador, que así sea.

Al detectar que se acercaban unos pasos, me dejé caer en la cama y miré al techo, fingiendo estar sumida en una profunda reflexión.

Una luz suave y repentina flotó sobre mí. Liam, quitándose la chaqueta del traje, dejó sus zapatos debajo de la silla de madera precariamente equilibrada.

—Cariño —susurró Liam, arrastrándose sobre mi cuerpo, y como la tonta que soy, lo recibí con los muslos relajados, deseando tenerlo cerca—. No puedo explicarte lo que no sé. Es nuevo para mí. ¿Vincent, Serena, Molly y Greer? Son nuevos para mí.

Aunque el argumento de Vincent es válido, confío en el razonamiento de Liam. Solo busca lo mejor para mí.

—Pero ¿qué quieren esas mujeres, Liam? ¿Y las gemelas? ¿Qué conexión tienen con Serena?

—Molly y Greer son mis hermanastras —confirmó, y la desconcertante sobrecarga de información superó los límites de mi resistencia.

—Espera —tartamudeé, poniendo una mano en su pecho—. Entonces, ¿Vincent y Serena son tus medio hermanos? ¿Y luego están las extrañas gemelas…? ¿Cómo es posible todo esto?

—Supongo que Raymond era un picaflor.

—Molly y Greer no son parientes de sangre…

—No, eran las hijastras de Raymond.

Ojalá Raymond no estuviera muerto para poder matarlo yo misma por dejarle a Liam un lío tan angustioso con el que lidiar.

—¿Recuerdas a la mujer con la que te topaste antes de irte de Londres? —preguntó Liam, con su mirada inquebrantable atrayendo la mía—. Insinuó que había pasado tiempo con ella.

¿Cómo podría olvidar a esa rubia escultural? Me imaginé despellejándola durante semanas por aquella conversación despiadada.

—Sí.

—Creo que es Molly. No la he tocado ni la había visto antes de esa noche. Una vez más, las chicas están jugando conmigo… o con nosotros —añade, colocando un rizo rebelde detrás de mi oreja—. Vincent cree que quieren vengarse por la muerte de su madre. ¿Recuerdas lo que le hice a Ray Warren? —Asiento—. Molly presenció el asesinato desde la puerta de su habitación. Ya me he encargado de ello, así que no quiero que te preocupes por esto, Alexa. Por mucho que me duela admitirlo, necesito a Vincent. Conoce a estas mujeres mejor que nadie.

Quería preguntar cómo las conocía Vincent si Liam no lo hacía, pero me mordí la lengua… por esta noche.

—Si no vuelves a Londres, asegúrame que solo te moverás por Newquay con uno de nosotros presente.

—No iré a ningún sitio sin uno de vosotros, brutos autoritarios, del brazo. —Mi broma a medias no le hizo gracia—. Lo prometo, Liam.

Con los antebrazos apoyados en la almohada a cada lado de mi cabeza, Liam depositó un beso suave y delicado en mis labios.

—No sé cómo ser padre.

Se me partió el corazón.

—Yo no sé cómo ser madre.

Extendiendo la mano entre nosotros, apoyó una palma en mi vientre.

—Supongo que tendremos que aprender, ¿eh?

Demasiado emocionada, solté una risa nerviosa y le rodeé los hombros con los brazos.

—¿Eso significa…? —Dios, me da miedo decirlo en voz alta—. No me odias.

—Nunca podría odiarte. —Me besó la punta de la nariz, la barbilla y la mejilla—. El amor de mi vida lleva un hijo mío… No quiero decepcionarte, Alexa —dijo, y su voz ronca y su vulnerabilidad hicieron que quisiera abrazarlo con más fuerza y no soltarlo nunca.

Mi pecho se expandió con una profunda inspiración.

—Mi igual nunca podría decepcionarme.

Apoyó su peso y descansó la cabeza en mi pecho, sumergiéndose en mi abrazo, apaciguado por mis dedos que le acariciaban el cuello.

—No puedo prometer ser el mejor compañero ni un padre excepcional. Sin embargo, puedo prometer que nadie te querrá —su pulgar rozó mi ombligo, sellando sus palabras prometidas— tanto como yo.

Las lágrimas me picaron en los ojos.

—Lo sé, Liam.

Inclinando la cabeza, murmuró un beso en mi garganta.

—Cuando alguien te amenaza, me amenaza a mí. —Con un último beso, se levantó de la cama y se arregló la manga de la camisa—. Voy a hacer que esas zorras deseen no haber nacido —aseguró—. Empezando por Serena.

Dejándome sola en la oscuridad, cerró la puerta, un mensaje silencioso para que durmiera.

Sentada en la cama, incliné la cabeza para escuchar a Liam y Vincent conversar con una botella de Macallan recién abierta. Esperan que no haga nada, que me quede de brazos cruzados y deje que el hombre que amo ponga su vida en peligro.

—¿Cómo la encontramos? —preguntó Liam.

—La sacaremos de su escondite —dijo Vincent.

Cogiendo mi teléfono, le envié un mensaje de texto a Jace.

Yo: ¿Nathan está de humor para salir a jugar?

Tres puntos aparecieron inmediatamente en la pantalla.

Jace: Depende. ¿Qué tiene Victoria en mente?

Silenciosamente, me puse unos vaqueros, unas botas altas hasta la rodilla y una sudadera negra con capucha. Abrí la cremallera de una mochila, metí lo esencial dentro, me eché la correa al hombro y abrí la puerta trasera.

Yo: Nos vemos en el cobertizo de las motos. Te lo explicaré todo cuando me recojas.

Jace: ¿Armada?

Me palpé la sudadera.

Yo: Sí.

Jace: No hagas ninguna imprudencia.

Jace: Llego en diez minutos.

***

CAPÍTULO 17

Liam

Regresé a la sala de estar de la cabaña, pero no tenía prisa por sentarme frente a mi hermano para charlar. Sin embargo, la curiosidad de Vincent era palpable. Mientras organizaba cargadores y armas de fuego sobre la mesa, me observaba servirme un vaso y un trago de Macallan.

De espaldas a él, tomé un sorbo generoso del líquido ambarino, apreciando sus cálidos sabores. Miré por la ventana de la cocina, y solo la oscuridad y mi reflejo me devolvieron la mirada.

Mi mano aplastó el vaso. Reconozco la frustración que brilla en mis ojos. Es casi como si mi yo más joven me devolviera la mirada, burlándose de mí, evocando recuerdos desagradables de una época en la que odiaba la vida, una época en la que no tenía control sobre todo el caos que me rodeaba.

A lo lejos, distingo la figura de Brad merodeando por el perímetro, comprobando a medias nuestro vecindario en busca de visitantes o intrusos no deseados. Es un buen hombre, un soldado leal, un hermano apreciado y querido. Su falta de entusiasmo por proteger a Alexa no tenía nada que ver con ella. No, le tiene cariño a Alexa, siempre se lo ha tenido. Su nivel de desencanto tiene que ver con

Vincent, o quizás su descontento debería recaer sobre mis hombros. Lo mantuve al margen en lo que respecta a Vincent y a las hijastras de Ray. Es una forma de traición. Brad ha sido mi mano derecha desde la noche en que lo reclamé como uno de los míos, y desde entonces hemos sido compañeros inseparables. Ocultar información, ya sea importante o no, no es nuestra forma de operar.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Vincent, y eché un vistazo por encima del hombro, viéndolo exhalar el humo del cigarrillo—. Sé escuchar.

¿Por qué iba a compartir mis problemas con Vincent? Puede que sea mi hermano, y es un momento sin precedentes, nosotros consolidando nuestra relación para atacar las consecuencias de los cabos sueltos de Ray Warren, pero no lo conozco, ni confío en él. Compartimos sangre, la sangre de nuestro padre. Pero es un desconocido para mí. Esto, nosotros, estar juntos en una habitación, es territorio inexplorado para mí.

—No.

Segundos después, la puerta de la cabaña se abrió de golpe. Sin mirarme, Brad, alborotándose sus húmedas ondas rubias, arrojó las llaves sobre la mesa. Antes de que llegue a la habitación de Jace, extiendo el brazo y le pongo una palma en el pecho.

—Fuera.

Exasperadamente terco, puso los ojos en blanco.

—¿No puede esperar a mañana?

La ira nubló mi visión.

—La última vez que lo comprobé —dije roncamente, haciéndole retroceder—, soy tu jefe. Si digo que muevas el culo y salgas, haces exactamente eso.

Lanzando una breve mirada de enfado a Vincent, que estaba ocupado con el arsenal, Brad chasqueó la lengua, se dio la vuelta y salió furioso.

Terminando lo que quedaba de mi bebida, dejé el vaso en la encimera de la cocina y seguí a Brad, cerrando la puerta principal de un portazo.

En silencio, caminamos uno al lado del otro por el sendero empedrado, el aire salado del mar impregnando nuestra húmeda proximidad.

—Te he decepcionado —dije en cuanto llegamos al camino peatonal.

Poniéndose un palillo entre los labios, Brad se apoyó en el Bentley aparcado, con los brazos cruzados. El músculo de su mandíbula palpitaba mientras apretaba los dientes.

—No nos ocultamos mierdas.

Poniendo un cigarrillo en mi labio inferior, encendí una llama con una profunda inhalación, exhalando un velo de humo hacia el cielo oscuro.

—Solo intentabas ayudarme —empecé, y su mirada estoica me clavó en el sitio—. Cuando pensábamos que Alexa había muerto. Lo hiciste todo bien, Brad. Yo estaba en un lugar oscuro, y eso te molestaba.

—Y tanto que sí —intervino, rascándose la mandíbula—. Odiaba verte así, jefe.

—Pero cuando acudí a ti, me abrí y te conté lo que sentía, Brad, me ignoraste. Rechazaste la idea de la existencia de Alexa y me hiciste cuestionar mi propia cordura. En cierto modo, tu desobediencia e incredulidad abrieron una brecha entre nosotros.

—Era inconcebible para mí —explicó, pateando una piedra de debajo de sus botas—. Entendía por qué te aferrabas a la esperanza, pero, en mi defensa, pensé que Alexa había muerto. No estaba preparado para permitir que te negaras a dejarla ir. —Cerró los ojos—. No esperaba, sin embargo, que resucitara de entre los muertos. Si lo hubiera sabido, entonces, joder, jefe, te habría ayudado a derribar Londres para encontrarla. Lo sabes.

—Diera igual si la había perdido o no, yo creía que estaba viva. Puede que seas mi hermano, pero te pago un dineral para que obedezcas órdenes. Si digo que sigue ahí fuera, sin importar tus opiniones, te pones al lado de la Hermandad y esperas órdenes. No cuestionas mi razonamiento, mi estado mental o mis motivos.

Apretando la mandíbula, inclinó la cabeza.

—Debido a tu insubordinación, no tuve más remedio que excluirte de los recientes problemas. —Exhalando una bocanada de humo, miré la hora en mi reloj de pulsera—. No sigues órdenes, no escuchas instrucciones ni mantienes la boca cerrada como los demás —continué, con una pequeña sonrisa jugando en mis labios—. Sin embargo, mentiría si dijera que te cambiaría por alguien menos rebelde.

La armadura protectora de Brad se resquebrajó, y me dedicó una amplia sonrisa.

—Nadie podría hacer el trabajo mejor que yo, y lo sabes.

Su arrogancia no tiene límites.

—Hay algunas razones por las que no te hablé de Vincent. Una de ellas es que estaba en negación.

—No me gusta ese imbécil. —Con el labio torcido en una mueca, gimió—. Aunque se parece a ti.

Asentí, de acuerdo.

—Y no estaba seguro de cómo te sentirías si estuviera por aquí.

—¿Acaso importa? —murmuró, incapaz de mirarme.

Me dolió el pecho.

—Importa, Brad.

Nos miramos a los ojos cuando dijo:

—Llámame patético, pero no quiero que ocupe mi lugar. —Frunciendo los labios, se acercó y bajó la boca hasta mi oído—. A la mierda la sangre. Hemos sido nosotros desde que tengo memoria. —Su nuez se movió al tragar con fuerza—. ¿Soy prescindible?

—Nunca —dije con firmeza, agarrándole la nuca, manteniéndolo cerca—. Eres insustituible, Brad. Si hubiera podido tener un hermano de pequeño, no habría sido él. Te habría elegido a ti.

Aunque parecía tranquilizado, sus hombros permanecían rígidos y tensos.

—¿Puedo hacer una petición?

Dándole un último apretón en el cuello, lo solté.

—Adelante.

—¿La próxima vez que te desafíe? Solo dame una bofetada y dime que me porte bien. No me dejes al margen, jefazo. —Hinchó los carrillos—. Esa mierda duele.

—Sabes que no hago promesas. —Sin embargo, tomé nota mental —. Vamos a sentarnos con Vincent y a formular un plan. Quiero la cabeza de Serena... —Entrecerré los ojos al divisar una silueta que salía corriendo de detrás de la cabaña y se agachaba para escabullirse tras el muro de ladrillo cubierto de musgo—. Entra. Iré en un minuto.

Enarcando una ceja, Brad siguió mi línea de visión y maldijo para sus adentros.

—A este paso, Alexa va a necesitar una bola y una cadena.

Espero a que esté casi dentro y luego camino detrás de la mujer que está decidida a mandarme a la tumba antes de tiempo.

Ni una sola vez inspeccionó Alexa los alrededores. En un acto de insensatez, se apretó un bolso contra el pecho mientras los tacones de sus botas raspaban el suelo. Junto a un cobertizo de aspecto oxidado que se asemejaba a un anticuado refugio antiaéreo, dejó caer el bolso al suelo, sacó un llavero y forcejeó con la cerradura.

Me deslicé sigilosamente a su espalda, prendado y frustrado a la vez por su cercanía. En el segundo en que introdujo la llave en la cerradura, le tapé la boca de un manotazo, arrancándole un grito ahogado de sus pulmones, que se vaciaron de golpe.

Su espalda chocó contra mi pecho mientras se revolvía contra mí, pateando y retorciéndose en mi abrazo.

—Alexa —le susurré enfadado al oído, y su cuerpo se aflojó en mis brazos—. ¿Por qué tienes que castigarme? —Incapaz de controlar mi genio, la hice girar bruscamente para que me mirara, y su espalda se golpeó contra el cobertizo de metal—. ¡Contéstame!

—Liam —tartamudeó, mientras sus dedos temblorosos le apartaban mechones de pelo rebeldes detrás de las orejas—. Solo quería ayudar...

—¿Ayudar? —ladré, mi alta figura cerniéndose sobre ella—. Te dije que te fueras a la cama.

Su mirada, antes tímida, se transformó en pura rabia.

—¡No soy una niña, Liam!

—¡Entonces deja de comportarte como tal! —la reprendí furiosamente, y las lágrimas asomaron a sus ojos—. No, no hagas eso. No te quedes ahí llorando, Alexa. ——No juegues con mis emociones, no me toques la fibra sensible ——. Te dije que te quedaras en la cama, y aun así vuelves a desafiarme. ¿Acaso tienes instintos suicidas? ¿Estás intentando que te maten? —Apoyé las manos a ambos lados de su cabeza para ponernos a la altura de los ojos—. Y encima estás embarazada de mi hijo.

Ella resopló.

—Un hijo que no querías.

—¿No acudí a ti hace apenas treinta minutos para rectificar mi error? —espeté, agarrándola de la barbilla y obligándola a mirarme, a no rehuir la mirada—. Te aseguré que, por mucho que me aterrara ser padre, haría lo correcto por ti —por los dos—, porque eres tú. La mujer que lleva a mi hijo nonato es el puto amor de mi vida. —Se sobresaltó ante mi improperio, pero yo no había terminado—. ¿Cómo puedo proteger a alguien que está empeñado en encontrarse con su puto Creador?

—Liam —suspiró, bajando las pestañas y desviando la mirada—. Ya no soy esa mujer. La chica que conociste murió la noche del incendio de Londres, y estoy agradecida por ello sin remordimientos. Era patética...

—Era perfecta —la interrumpí, y sus ojos se clavaron en los míos—. La amaba... Te amo.

—Y, sin embargo, no puedes aceptar que ya no quiero vivir en la sombra —dijo en tono de réplica, alargando la mano hacia mi cinturón y atrayéndome hacia ella—. No temo a nada, salvo al hombre que tengo delante.

Mis cejas se fruncieron en un ceño severo.

—No tienes ninguna razón para temerme, Alexa.

—No, temo perderte, Liam. De hecho, esa es mi única preocupación en la vida. —Su pulgar rozó mi hebilla—. Esas mujeres te amenazan a ti... amenazan al hombre que amo. —Levantó la barbilla con aire

desafiante—. No voy a quedarme de brazos cruzados como una pobre florero y esperar a que te pase algo malo.

En un abrir y cerrar de ojos, Alexa me desarmó y me colocó el frío cañón de la Eagle bajo la barbilla.

Permanecí impasible, pero por dentro, su truco me había pillado desprevenido.

—¿Vas a dispararme, nena? ——No, Alexa nunca me haría daño, no intencionadamente ——. ¿Intentas demostrar algo?

Ladeó la cabeza y esos ojos, esos hermosos y fascinantes ojos de color avellana, se veían más verdes bajo la luz de la luna.

—No estoy tan indefensa como presumes con tanta arrogancia, Liam. Sin que fuera culpa nuestra, viví una vida sin ti, pensando en ti cada día, pero sin el hombre que amo a mi lado. Tomé una decisión —añade, mientras su dedo recorre el gatillo de la Eagle—. Quería ser mejor, más fuerte y más feroz. Alguien digno de tu tiempo.

¿Por qué supone que yo quería que fuera diferente?

—No tienes nada que demostrar, Alexa. Sí, sufriste una terrible experiencia, y las secuelas crearon a una mujer retraída, pero aprendiste a sonreír, a reír y a vivir como cualquier otra persona sin problemas. Te aclimataste y te adaptaste a tu entorno. Ladrillo a ladrillo, derribaste esos muros y te entrenaste para confiar en la gente, para confiar en mí.

Su brazo se descolgó, la empuñadura de la pistola floja entre sus hábiles dedos.

—Ya no quiero vivir en una jaula.

Le pasé un pulgar por los labios entreabiertos.

—Nena, yo... ——Solo deseo protegerla ——. No puedo perderte. —Besándole el entrecejo, me detuve un instante para tomar aliento—. ¿Qué esperabas conseguir?

—Iba a encontrar a Serena y a ponerla en su sitio —admite sin arrepentimiento, encogiéndose de hombros—. Esta noche, cuando apareció Vincent, pude verlo. —Me ajustó la pistola en la cinturilla del pantalón y apoyó las palmas de las manos en mi pecho—. Tenías esa mirada de preocupación en los ojos, y me molestó. Sé que te cuesta compartir tus emociones y, por lo general, se te da bien ocultarlas. Lenta pero inexorablemente, estoy aprendiendo a leerte, Liam. Ya no puedes ocultarme la verdad. Lo sabes, ¿verdad?

Respirando con agitación, busqué en sus ojos durante un minuto.

—Odio no tener el control. En lugar de eso, dependo de Vincent con la esperanza de que no traicione mi confianza. —Ella asiente, escuchando—. Mi mujer se niega a obedecer. Lleva a nuestro hijo y, aun así, insiste en sacarme canas. —Mi tono desenfadado le arrancó una sonrisa triste—. A Serena, Molly y Greer, al igual que a Vincent, no las conozco ni conozco sus habilidades. Siento que me estoy...

—Ahogando —susurró, y mis ojos reflejaron la verdad—. Es una sensación aterradora. La conozco demasiado bien.

—Y lo odio —dije con brusquedad, lamiéndome los labios secos—. Odio que sufras y que sigas haciéndolo.

Negó con la cabeza.

—No se trata de mí.

«Siempre se tratará de ella.

Alexa es mi razón para respirar».

—Vale, estoy enfadada. Quiero marchar a ese pueblo, encontrar a Serena y despeñarla por un acantilado por meterse contigo. Pero una mujer embarazada e impredecible debería ser el menor de tus problemas. Así que —me rodeó el cuello con los brazos—, me iré a la cama como ordenaste. —Aliviado, cerré los ojos con fuerza—. Me gusta Vincent. Y creo que su corazón está en el lugar correcto. Puede que te cueste creerlo, Liam, pero creo que Vincent solo quiere una relación con su hermano. Para tu tranquilidad, sin embargo, mantente alerta y ten a Brad a tu lado en todo momento. Al menos, sabes que ese hombre vela por tus intereses. Nunca te decepcionará.

Entumecido, acogí su palma en mi mandíbula.

—Lo más importante, recuerda quién eres —subrayó, mientras su pulgar rozaba suavemente mi barba incipiente—. Liam Warren solo teme a sus propias capacidades. No dejes que la destrucción pasada de tu padre dicte nuestro futuro. Decidas lo que decidas, mantente firme en tu decisión y sé el hombre que sé que eres: despiadado, implacable y tan brutal como sea necesario para conseguir lo que quieres.

Su tranquila charla me apaciguó extrañamente.

—Mi comportamiento de esta noche ha sido desconsiderado y temerario. —Puso una mueca—. Me costará acostumbrarme a estar embarazada. —Preocupada, se mordió el labio inferior, reteniéndolo entre los dientes—. Lo siento.

—No te disculpes. —Detrás de nosotros, oigo el ruido de unos neumáticos sobre la grava. Jace apaga el motor de una vieja camioneta antes de que sus botas golpeen el asfalto. Con las llaves tintineando en la mano, nos lanza una rápida y preocupada mirada y luego entra con paso pesado en la cabaña de troncos. Por una vez, respeté al hombre por saber cuál era su lugar—. Ven. —Entrelazando nuestros dedos, la atraje a mi lado, pasando un brazo por sus hombros—. Dime, Alexa. ¿Qué puedo hacer para evitar tus impulsos?

Se acurrucó a mi lado.

—¿Puedo sentarme a la mesa?

Su pregunta me había confundido momentáneamente.

Al abrir la puerta de la cabaña, entré en la cálida sala de estar, manteniéndola cerca. Busqué automáticamente a Jace, que está en la encimera de la cocina, preparándose un sándwich.

En la mesa, Vincent y Brad se sientan uno frente al otro, ambos en silencio, pero ordenando cargadores.

Tímidamente, Alexa revolotea mientras yo me siento. Aparté con el pie la silla que estaba a mi lado, un gesto silencioso para que se uniera a nosotros.

Sonriendo triunfante, ocupa su lugar y apoya los codos en la mesa. Apareció un plato. Le dio las gracias a Jace, aceptando un sándwich de jamón y ensalada, aunque sin hacer el amago de comer.

Vincent levanta la vista, sus ojos van de ella a mí.

—Brad ha reducido la lista de posibles escondites. —Pasa las páginas de una libreta, localiza lo que busca y la desliza sobre la mesa—. Con solo un puñado de B&B en el pueblo y dos hoteles, la búsqueda será fácil. —Se lleva un porro a los labios—. ¿Dónde te esconderías? —Su pregunta era para Alexa—. Los hombres piensan diferente a las mujeres.

Dejando el plato a un lado, Alexa se inclina hacia mí para leer las notas garabateadas.

—¿Ya habéis llamado a los hoteles?

Brad asintió con la barbilla.

—Y a la lista de B&B. A menos que se esté quedando con una amiga, lo cual es muy posible, creo que nuestras únicas opciones son los dos almacenes o este refugio para indigentes.

Jace se une a nuestra conversación, de pie entre Brad y yo.

—Demasiado obvio.

—Nadie te ha pedido tu opinión —espeté, apretando la mandíbula.

Ignorándome, Jace masticó su sándwich, manteniendo una conversación muda con Alexa.

Golpeando un bolígrafo sobre la mesa, Alexa se pierde en sus pensamientos.

—Todos creéis que Serena está en Newquay por mí, ¿verdad? —preguntó, y nos quedamos mirándola sin pestañear—. Quiere jugar a un juego o, posiblemente, causar problemas para hacerle daño a Liam... —Pude ver los engranajes girando en su cabeza—. Jace tiene razón. Serena se esconde a plena vista.

Vincent se recuesta en su silla.

—Si fueras esa mujer problemática, ¿dónde te esconderías?

Alexa continúa su duelo de miradas con Jace.

—Creo que se está quedando en la antigua propiedad de los Haines.

—Sí —asiente Jace, sacudiéndose las migas de las manos—. Eso es plausible. Es un edificio abandonado. Además, todo el pasado de Alexa permanece entre esas cuatro paredes. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Puede que no esté buscando nada en concreto, pero ¿ir a la casa de la infancia de la víctima? Esa es la mentalidad de un asesino en serie, ¿eh?

—Pero no sabemos si Serena es capaz de asesinar, ni si es capaz de nada, en realidad —añade Brad, y la aspereza de su voz demuestra que está sopesando la idea—. ¿Lo es? —Su pregunta era para Vincent—. Parece que conoces a estas mujeres, así que ¿qué piensas?

Expulsando una estela de humo con olor a marihuana, Vincent considera la pregunta.

—No conozco a Serena. Si se tratara de Molly o Greer, diría que sí.

—Serena trabaja en estrecha colaboración con las gemelas —le recuerdo, con la garganta reseca y necesitada de un trago—. Reconocemos su frágil estado mental. Con toda probabilidad, esas mujeres la están utilizando en su propio beneficio.

Alexa, al notar mi irritación, coge una botella de Macallan de la cocina y la coloca delante de mí con un vaso.

—¿Qué probabilidad hay de que Molly y Greer estén manejando a su hermana pequeña como una marioneta? Quiero decir —me miró—, después de cómo resultó lo de Kathy, ya nada me sorprende con los hermanos. Creo que son ellas las que mueven los hilos. Y Serena, desesperada por tener una relación con sus hermanas, desesperada por amor y aceptación, bailará a su son, marchará a su ritmo. La conocí. Claro, parecía algo normal a primera vista, pero no se puede negar que algo no va bien con ella.

—Como he dicho —intervino Vincent—, Serena es maleable.

Sin hacer comentarios, escuché.

—Podemos ir a la antigua propiedad de los Haines esta noche —prosigue Vincent, dejando el porro en equilibrio en el cenicero—. En lugar de matarla en el acto, ¿por qué no la usamos en nuestro beneficio? Serena es un caso perdido. Todos lo sabemos. Sus hermanas, sin embargo, ahí es donde reside el problema. Necesitamos a Serena para localizarlas antes de que le den la vuelta a la tortilla y nos atrapen a uno de nosotros. ——Nosotros —, dijo, refiriéndose a mí—. Si lo que nuestra hermanita anhela es amor y aceptación, entonces cariño tendrá. —Se levanta, echándose un abrigo por encima de los brazos—. ¿Quieres tener una relación con ella, hermano?

No se me escapó el respingo de Brad.

—En absoluto.

—Entonces, una vez que pongamos fin a las tonterías de las gemelas, Serena se unirá a ellas en una tumba sin nombre.

Mis labios se torcieron en una sonrisa baja y maliciosa.

—Me gusta cómo piensas, Vincent. —Poniéndome en pie de un salto, me serví un trago de Macallan en mi vaso y me lo bebí de un golpe con un suspiro—. Brad, prepárate. Vienes con nosotros.

—Gracias a Dios, joder. —Satisfecho de participar, Brad saltó de su asiento y se atrincheró en el dormitorio de Jace para arreglarse.

Miré a Jace con dureza.

—Alexa ha accedido a quedarse aquí hasta que yo vuelva. No me gustas, Jace, ni un poco, pero confío en que velarás por su bien. Sé un buen hombre y asegúrate de que esté protegida mientras yo no esté.

—No tienes que pedirlo —dijo, quitándose la chaqueta de cuero—. Me odias, Warren. Lo pillo. Pero solo deseo la felicidad de Alexa. Tienes mi palabra.

Unos dedos delicados rozaron los míos.

—Te quiero, Liam —susurra Alexa para que solo yo la oiga, sus labios rozando el lóbulo de mi oreja—. Te espero en mis brazos al amanecer.

Llevo sus nudillos a mis labios y presiono un suave beso allí.

—No tienes ni idea —dije, manteniéndome de espaldas a los demás —. Ni puta idea de lo mucho que significas para mí.

Silbando una molesta melodía de los 80, Brad, vestido de punta en blanco con un traje azul real y el pelo recogido en un moño alto, reaparece desde el dormitorio.

—Vamos a atrapar a unas hermanitas traviesas. —Me dio una palmada en la espalda antes de agarrar la mandíbula de Alexa para dejarle un beso húmedo en la mejilla—. Pórtate bien, mujer. O la ira de Warren no será nada comparada con mi rapapolvo.

Con Vincent a cuestas, Brad sale de la cabaña, con las armas y las bolsas de viaje acompañándolos.

—Alexa. —Deslizando mi mano hacia su nuca, amasé su piel—. La idea de Vincent, ¿te la has creído?

—Sí, creo que si Serena es fácilmente influenciable, entonces deja que te guíe hasta Molly y Greer. Con un poco de suerte, podréis aplastar esto antes de que acabe la semana y todos podremos seguir adelante.

Nada en la vida es nunca tan fácil.

—Mantén la cama caliente. —Dejándole un último beso en los labios, comprobé dos veces que tenía todo lo necesario y me dirigí a la

puerta—. Preferiblemente desnuda.

CAPÍTULO 18

Liam

Frente a la antigua propiedad de los Haines, apoyé la espalda en el Bentley aparcado, admirando el lugar que Alexa una vez llamó hogar. En comparación con las otras casas de la calle, el imponente edificio de dos plantas resplandecía con su exterior de madera blanca y sus cristaleras de estilo rústico, a pesar del jardín descuidado, el sendero lleno de basura, la esfera sin vida y las ventanas ocultas de forma intermitente.

Brad abrió el maletero para sacar un gorro. Se lo caló, se lo ajustó y se colocó un palillo en la comisura de los labios.

—¿Qué hacemos con las pistolas?

Exhalando humo, Vincent balanceó un cigarrillo entre sus labios, mientras su mano rebuscaba en la bolsa de viaje.

—Si queremos ganarnos la confianza de Serena, sugiero que no llevemos armas de fuego. —Miró la vieja casa—. Eso si está dentro.

—¿Para qué traer toda esta basura, entonces? —Brad volvió a cerrar la cremallera de la bolsa—. Un poco pretencioso por tu parte, Vincent.

—¿Acaso debía suponer que Liam aceptaría mi consejo? —Vincent se guardó una navaja en el bolsillo del pantalón, y su mirada se posó en mí—. Estaba seguro de que descartarías cualquier sugerencia que tuviera. En realidad, me preparé para un ataque.

—Sí, bueno —resopló Brad, mientras sus zapatos de cuero raspaban la grava irregular al avanzar—. Aun así, esas armas no son tan impresionantes, Vincent. ¿Y qué es este artilugio, eh? —Blandió una cadena dorada de aspecto antiguo—. ¿Se supone que tengo que estrangular a algún cabrón con esta mierda endeble?

—¿Cómo has...? —La mano de Vincent se disparó a su cuello—. Notable, Brad. No sabía que eras un carterista profesional.

—¿Era eso un insulto, Vincy-Boy? —replica Brad, deteniéndose bruscamente.

Recuperando su joya, Vincent se pasa la cadena de oro por la cabeza, y la cruz de oro y los diamantes de ónix centellean.

—Solo que esperaba algo más que carterismo del hombre de confianza de Liam, eso es todo.

Brad apretó la mandíbula, pero se abstuvo de continuar su hostil debate.

—En realidad es un cuchillo de cuello —confirma Vincent—. No es el arma más peligrosa, pero suele ser útil cuando alguien lleva las de ganar. —Hace una demostración, extrayendo la hoja fina y afilada—. Empalar en el lado del cuello —demuestra con cuidado, mientras el pulso de su mandíbula late—, seccionar la arteria carótida. Es una muerte mucho más lenta, pero no por ello menos divertida de ver.

—¿Quién eres? —, pensé, algo intrigado por la serenidad de Vincent. Nuestras asombrosas semejanzas y características coincidentes me confundían. Sentía una conexión indescriptible con él. Es la forma en que se comporta, engañosamente inofensivo y digno de confianza. Si yo fuera un extraño, viéndolo pasear por la calle, no parpadearía. Sin embargo, me siento en el trono de toda una organización clandestina, y no alcancé una posición de autoridad y respeto por ser un insensato o un estúpido. Reconozco el maquiavelismo cuando me mira directamente a la cara con descaro. Puede que no me guste nuestra nueva asociación, y una vez que enterremos a las hermanas puede que no quiera volver a ver a Vincent nunca más, pero si operamos y manejamos las situaciones de la misma manera, puede que él sea la pieza que falta en el rompecabezas. Quizás. Eso si no me traiciona o me decepciona en el proceso.

—¿Liam? —musitó Vincent, y parpadeé para volver a la realidad—. ¿Cuál es la orden?

—¿Cuál es la orden? —, preguntó, respetando confusamente mi juicio. Quizás Alexa tenga razón. Mi hermano pequeño, aunque aparentemente peligroso y arrogantemente obstinado, valora mi opinión más que la suya propia. Anhela mi aceptación. Lo veo en sus ojos anhelantes.

Conteniendo el aliento, cerré los ojos y reuní las motas doradas que danzaban tras mis párpados. Con una exhalación decidida, mi mirada se ensombreció y el hombre que había perdido recientemente expresó su visión.

—Serena se unirá a mí, bajo mis órdenes. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo se somete a ti, solo porque su vacua hermana, Molly, tiene una ridícula obsesión contigo y Serena, como la perrita faldera ridícula que es, anhela la aprobación de esa loca. No la necesito —espeté, echando los hombros hacia atrás—. Puede que tarde más, pero encontraré a esas mujeres de todos modos. Serena no es inexorable, y las gemelas no son inaccesibles. Entraré ahí —señalo la casa— y exigiré respuestas, exigiré a su cómplice. Si no puede someterse a mí, los demonios del infierno serán su única salvación.

Sacando los guantes raídos de Bill, estiré el cuero sobre mis dedos.

—Mírame —dije, riéndome de lo absurdo—. De pie en Newquay, preocupándome por un puñado de mujeres descerebradas y predecibles. ¿Desde cuándo me importan una mierda? ¿O cualquiera, para el caso?

—Subestimarlas será tu mayor error, hermano —dice Vincent arrastrando las palabras, negando imperceptiblemente con la cabeza —. No son mujeres normales.

Puede que vele por mis intereses, pero ya he permitido que este hombre se me meta en la cabeza durante demasiado tiempo.

—Y yo tampoco soy un puto don nadie. —Me acerqué a él, quedando cara a cara—. Soy Liam Warren. Soy la última persona con la que alguien querría joder.

Pasando por su lado, por el de Brad, abrí la vieja verja y avancé por el sendero. Como una persiana de acero cubre la puerta principal, me dirijo automáticamente a la parte trasera de la casa, para encontrar una posible ventana dañada. Al encontrar una con un marco cónico, probé la resistencia y la empujé hacia arriba para abrirla y poder entrar.

—Quiero un momento —dije, oyéndolos acercarse por detrás—. Diez minutos antes de que entréis. —Apoyando las manos en el alféizar, me metí dentro, arrastrando mi cuerpo por un aparador de madera —. ¿Puedo confiar en que no os mataréis mientras no estoy?

Brad resopló.

—Una promesa que no puedo hacer, me temo.

Ignorando su desenfadada enemistad, dejé caer los pies al suelo y me limpié el polvo de las palmas de las manos. Estaba demasiado oscuro, así que encendí la linterna de mi teléfono y la moví por la habitación, iluminando muebles cubiertos con sábanas.

En el pasillo, las tablas del suelo se quejaron bajo mis pies. Estaba aquí para encontrar a Serena, pero mis ojos errantes se centraron en la infancia de Alexa. Por alguna extraña razón, me la imaginé de niña, casi pude verla corriendo de una habitación a otra; pude oír sus risas inocentes mientras mis ojos recorrían la vieja estantería,

que exhibía trofeos y marcos de fotos dorados. —La mayoría de Kathy —, pensé, leyendo las inscripciones de primer puesto.

Abriendo de un tirón un cajón del armario, rebusco entre trastos varios para los que Adaline aparentemente no pudo encontrar un hogar, y mi mano se detiene en una polaroid.

Enfocando la linterna en la foto, me maravillé ante la belleza morena, su rostro similar al de la mujer que amo. Adaline Haines, vestida con un vestido retro rojo, está sentada en un banco, con su hija menor acurrucada a su lado.

Pasando el pulgar por la cara de Alexa, sonreí para mis adentros, tranquilizado por la felicidad de sus ojos redondos. Dos personas que se amaban de verdad, destrozadas por el dinero, la codicia y el poder.

Al igual que yo, Larry Fagan —antes conocido como Patrick Haines— se forjó una visión: dinero en abundancia, opulencia y riqueza, para ser socialmente aceptado y enaltecido. ¿La diferencia entre él y yo? Puede que yo sea un cabrón irredimible, pero nunca sacrificaría a los que amo para mejorar mi futuro. Antes me mataría.

—Puto cobarde. —Guardando la imagen en el fondo de mi cartera, salgo del salón y pongo un pie en la parte inferior de la escalera cuando me doy cuenta de que la puerta del sótano está entreabierta.

Mi corazón se paró en seco.

—Ya puedes salir.

Cuatro dedos pálidos se enroscaron alrededor de la puerta, y las bisagras crujieron cuando Serena emergió de la oscuridad. Sin embargo, no abandonó la seguridad del sótano. En su lugar, se quedó quieta, mirándome por debajo de sus oscuras pestañas. Su ropa, un jersey de punto y unos vaqueros. Nada espectacular, sino normal. El pelo largo y rubio le caía por la espalda.

Apartándome de la escalera, rodeé la barandilla de madera, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Quieres mi atención —dije con voz ronca, y sus finos labios se entreabrieron—. Aquí la tienes. ¿Qué puedo hacer por ti, Serena? —Enterrada bajo su brazo, una muñeca limpia y vestida a la moda—. ¿La niña está dormida?

Mi pregunta le arrancó una sonrisa.

—Sí.

Joder.

—¿Cómo se llama?

—Josie —dijo, acunando a la bebé en sus brazos—. Josie Warren.

—Ah, ¿sí? —musité, ladeando la cabeza—. Supongo que eso me convierte en su tío.

Los penetrantes ojos azules de Serena se clavaron en los míos.

—A ti no te importa ella —dijo con ferocidad, su tono suave reemplazado por una aspereza ronca—. Solo te importas tú mismo, hermano.

—Tu percepción de mí es bastante insultante. No recuerdo que hayamos mantenido nunca una conversación. —Me acerqué más, deteniéndome a unos centímetros de ella—. Aparentemente, lo sabes todo sobre mí, pero yo no sé absolutamente nada de ti.

Encogiéndose ante mí, se hizo a un lado, sin apartar los ojos de mí en ningún momento.

—No necesitas conocerme, Liam.

—Warren —la corregí, marcando cada uno de sus pasos como un depredador—. Solo los socios cercanos se dirigen a mí de manera informal.

Su espalda se encontró con la pared.

—¿Cómo me has encontrado?

—Tengo una pregunta mejor. —Encendiendo un cigarrillo, aparté el humo de mi cara—. ¿Por qué seguiste a Alexa hasta Newquay?

—Debía hacerlo —dijo, mirándome con desconfianza—. Molly... —Se tapó la boca con la mano y negó enérgicamente con la cabeza—. No tengo permitido hablar con extraños.

Mis ojos entornados reflejaron los suyos.

—¿Cuántos años tienes?

Mordisqueándose el labio inferior, dio un golpecito con el pie en el suelo.

—Veintiocho.

Una mujer inmadura de veintiocho años que cree que la muñeca es su hija.

—Pareces madura para tu edad —mentí, rascándome la barbilla incipiente—. Te pareces a ellas.

A Molly y Greer. Excluyendo la exactitud de nuestro color de ojos, Serena me recuerda a la mujer que se topó con Alexa en Londres. Ambas mujeres, altas y esbeltas, con lustrosas ondas rubias; obviamente, Greer era igual. Solo que hay algo mordazmente distintivo en Serena. Puente nasal bajo, fisuras palpebrales cortas, aberturas oculares pequeñas y ligeras anomalías en las orejas.

Oculta tras el escudo de su pelo, Serena ladeó la cabeza, apretando a la bebé contra su pecho.

—¿A quién me parezco?

Sus sutiles defectos eran indescifrables. Quería saber, además de ser una esquizofrénica diagnosticada, la razón de esas malformaciones.

—A tus hermanas.

Mi cumplido fingido la complació.

—Me quieren mucho.

No, no la quieren. Molly y Greer son unas oportunistas egocéntricas que se aprovechan de la frágil mente de alguien. Enviaron a Serena aquí, desprotegida y vulnerable. Si estas mujeres me vigilaban tan concienzudamente como Vincent me hizo creer, entonces están jugando a la ruleta rusa con la vida de Serena, sabiendo que vendría a por ella.

Piensa con inteligencia, Warren. Serena puede que sea maleable, pero ha depositado su confianza en sus hermanas.

—¿Hiciste el viaje sola? —pregunté, virando hacia las personalidades retorcidas—. ¿Sin compañía?

—Tengo un teléfono —me dice, acallando a la muñeca silenciosa—. Puedo llamar a mis amigos cuando quiera.

—Te refieres a tus hermanas. —Dejando caer el cigarrillo al suelo, lo apagué bajo mi zapato—. Las mismas hermanas que te han dejado sola.

—Sí, Molly y Greer. —Levantó la cabeza—. ¿Por qué te importa si estoy sola, Liam? Ni siquiera te caigo bien.

—No te conozco lo suficiente como para que me caigas bien. —Me apoyé en la pared, justo frente a ella—. Sin embargo, soy perspicaz, y creo que es bastante injusto que te digan que hagas su trabajo sucio.

Parpadeó como una lechuza.

—¿Qué significa eso?

Mi paciencia pendía de un hilo.

—¿El qué?

—Perspic... az. —Frunció los labios—. No conozco esa palabra.

—Agudo, sagaz, inteligente y perspicaz. Elige la que quieras. Y lo que es más importante, creo que es egoísta por su parte quedarse en Londres, dejándote a ti lidiar conmigo. ¿No crees?

Perpleja, frunció el ceño.

—Quieres confiar en ellas. Son tus hermanas, después de todo, pero ¿en qué lugar me deja eso a mí? —Detecté pasos que se acercaban —. ¿En qué lugar deja eso a Vincent? —Al mencionar su nombre, la adoración vidrió sus ojos—. ¿En qué lugar deja a tus hermanos tu fe en ellas?

Vincent apareció junto a la puerta, y Serena se quedó tiesa como un palo. No se había dado cuenta de que me movía hasta que mi boca susurró cerca de su oído.

—¿Acaso nosotros no importamos?

—Vincent —dijo ella, ignorando mi pregunta—. ¿Por qué estás aquí?

Me pulsaban las sienes. Preparándome para una puñalada por la espalda, lo miré con dureza.

—No puedes estar con él —siseó, arrojando a la bebé al suelo—. ¡No podemos estar con él!

—¿Por qué no? —la desafió él, y el aire que había estado conteniendo se me escapó de golpe—. Es mi hermano, Serena. ¿Acaso no se merece una segunda oportunidad? —Sus ojos se clavaron en mí, y una conversación tácita transcurrió entre nosotros —. Nunca me ha hecho daño, ni a ti tampoco, así que ¿por qué tenemos que descartarlo?

—Mató a nuestro padre —susurró a gritos, mirándolo con una luz oscura y sucia, no con la luz honesta y noble con la que sus hermanas lo habían pintado—. Disparó a mi madre.

Me contuve para no poner los ojos en blanco.

—Tu madre —dijo Vincent, gesticulando entre nosotros— y nuestro padre te encerraron. Te metieron en un manicomio, Serena.

—Nuestro padre te dejó pudrirte —gruñí, sin entender su devoción por ellos—. Nos dejó pudrirnos a todos. Algo que los tres tenemos en común.

—Me dejó pudrirme, pero lo perdoné. —Su tonta terquedad me irritaba—. Ni siquiera importa. Cualesquiera que fueran sus errores, no merecía morir, y tampoco mi madre.

La agarré bruscamente de las muñecas, atrayendo su pecho contra el mío.

—¿Y esto? —ladré, metiendo las manos bajo las mangas de su jersey y pellizcando las cicatrices desiguales con las uñas—. ¿Acaso estaba siendo una buena madre cuando te obligó a empuñar una puta cuchilla?

—¡Para! —grita, intentando darme un rodillazo en los huevos—. ¡Vincent

Acorralándola contra la pared, le inmovilicé los brazos a cada lado de su cabeza.

—¿Te sentiste querida cuando mami querida vino corriendo a prestarte atención, fomentando tus autolesiones? Podías esconderte en un baño, sentarte en el suelo y arrancarte trozos de carne y desangrarte en el suelo. Siguiente pregunta, Serena. —Mi mano le agarró la garganta y ella se ahogó en un sollozo—. ¿Qué te llevó a necesitar el dolor, a buscar una escapatoria? ¿A liberarte de lo espantoso de la realidad?

Le temblaron los labios.

—Solo quería sentir algo.

Ahora estamos llegando a alguna parte.

—Y cuando te hospitalizaron, ¿quién vino a visitarte? ¿Ray? —Mi ceja se arqueó con sarcasmo—. ¿Evelyn? —Una lágrima rodó por su mejilla hundida—. Duele, ¿verdad? Sentirte que no te quieren, que no te desean —susurré para que solo ella me oyera—. Me senté en muchos suelos fríos, preguntándome por qué no era lo bastante bueno para mi padre, para mi madre. No pedimos estar aquí, Serena. Tampoco Vincent. Y, sin embargo, aquí estamos, peleando entre nosotros. Esas zorras —articulé, y sus ojos llenos de lágrimas se afilaron— desean sangre… mi sangre. Y tú, mi querida hermana, quieres ayudarlas.

—Liam —advirtió Vincent.

—Si yo fuera el monstruo que tan cruelmente afirman que soy, ¿por qué no te he matado ya? —Mi pulgar presionó su tráquea—. ¿Por qué sigues respirando, Serena?

—No lo sé —jadeó, temblando de pies a cabeza.

—Porque soy tu hermano. —Aflojando el agarre, dejé caer el brazo y di un paso atrás, alisándome el pelo con las palmas de las manos—. Somos la única descendencia de Raymond Warren. Su sangre corre por nuestras venas, lo que nos une.

Vincent digirió mis palabras, pero había una evidente confusión en su rostro.

—Concuerdo —dijo, aunque inseguro de mis motivos—. No queremos hacer daño a Molly y Greer. Sin embargo, si intentan matarnos, ¿qué opción tenemos?

—A menos que acepten reunirse con nosotros —dije, y él asintió—. ¿Y si los cinco nos sentáramos alrededor de una mesa para poner fin a este sinsentido?

—Nunca lo harían —añade Serena, frotándose el cuello dolorido—. Molly te desprecia, Liam. —El odio puro dilató sus ojos despectivos —. Como todos nosotros.

—No hables en mi nombre —la reprendió Vincent, sorprendiéndome al agarrarme el hombro—. Yo he elegido un bando, Serena. Es hora de que elijas el tuyo.

—Molly nunca te perdonará —se burló ella, con las mejillas calientes y sonrojadas—. Nos traicionaste…

Mis muros protectores se levantaron a mi alrededor. Lo miré de reojo.

—¿De qué está hablando?

—Se suponía que debía atraerte —dijo ella, sin mirarme—. Supongo que, en vez de eso, se desvió del camino con su ángel.

Vincent retrocedió bruscamente como si ella lo hubiera empalado.

—No juegues con nosotros, hermanita —le advirtió con voz baja y amenazante—. ¿De verdad crees que Liam es lo bastante senil como para creer a alguien tan pirada como tú? Estás dando palos de ciego. —Le señaló la cara y ella siseó como un animal salvaje—. Venir aquí fue un error, hermano. Me temo que Serena es un caso perdido.

—Afirmativo —asentí, tambaleándome por su convincente acusación —. Vámonos…

—No se sentarán con vosotros —grita, haciendo que nos detengamos—. La venganza significa más para ellas que una alianza.

Me volví para mirarla.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No eran los mejores padres, Raymond y Evelyn, pero seguían siendo mi madre y mi padre. No tenías derecho a quitármelos. —Agachándose, recogió su muñeca, murmurando palabras indescifrables—. Puedo deciros dónde encontrarlas. A Molly y a Greer. Pero os costará.

Vincent se ajustó la cruz que le colgaba del lóbulo de la oreja.

—¿Qué quieres?

—Dinero y una nueva identidad —dijo, sonriéndonos alegremente—. Y un vuelo de solo ida a las Bahamas. He oído que el paraíso es muy agradable.

—Le daré un billete de solo ida al abismo del océano —.

—Hecho.

Su boca formó una O.

—Y quiero un perrito.

—Estoy seguro de que con nuestra generosidad económica te puedes permitir un perro. —La expresión divertida de Vincent era un reflejo de mi propia diversión interna—. Ahora, ¿dónde podemos encontrarlas?

Serena se dirigió a la puerta principal, manipulando la cerradura.

—Si os lo digo, podríais matarme. —Un viento frío entró cuando salió al porche—. Os llamaré —me miró—, en unos días. Entregadme mi pequeña petición y os enviaré todo lo que necesitáis saber. Si me engañáis, sin embargo, se lo diré a Molly. —Un suspiro cansado se le escapó de la boca—. Ya he tenido mi buena dosis de decepciones, así que, por favor, no me falléis. —Se alejó, pero capté sus últimas palabras susurradas—. A mí también me duele.

Vincent me lanzó una mirada de conflicto.

—¿Qué piensas? —Sus ojos se posaron en la puerta abierta—. No estoy seguro de creerla.

—El tiempo lo dirá. —Caminando sin prisa por la habitación abarrotada de muebles viejos, me subí al aparador y me encontré con Brad en el jardín—. ¿Por qué te has quedado fuera?

De espaldas a la casa, se fuma un porro. Su zapato está apoyado en la pared detrás de él.

—Pensé en dejar que los hermanitos arreglarais vuestras mierdas —bromea a medias, pasándome el porro a medio fumar—. ¿Estás bien?

No necesité responder. Brad leyó el conflicto en mis ojos.

Inhalando una bocanada de humo, revisé mi teléfono para ver si Nate había enviado algún mensaje con alguna novedad del sindicato… nada.

—Estoy que me muero de hambre, joder —se queja Brad, desbloqueando su teléfono, rastreando internet en busca de algún sitio de comida para llevar—. ¿Te apetece comer?

—Sí —dije, viendo las estrellas brillar en lo alto—. Me apetece comer.

Brad nos llevó de vuelta a la cabaña antes de salir a comprar comida. A nuestra llegada está oscuro, lo que confirma que Jace y Alexa se retiraron hace un rato. Vincent enciende la luz, lanza su bolso al suelo y se quita la chaqueta del traje. Sus ojos se posan en el pequeño sofá de dos plazas.

—Parece cómodo.

Me tembló el labio.

—Brad se adjudicó el que está junto a la ventana.

Vincent hizo un ruido.

—No recuerdo que dijera tal cosa.

—Conozco a Brad. —Abriendo el armario de la cocina, cojo una botella de Jameson—. Volverá pronto. —Compartimos un incómodo

momento de silencio—. Saldré en un minuto.

Dejándolo en la sala de estar, abrí la puerta del dormitorio de Alexa y la cerré silenciosamente detrás de mí. Colgando la chaqueta del traje en el respaldo de la silla, apilé mis zapatos y me desabroché la camisa, dejándola abierta mientras me metía en la cama, junto a la mujer dormida, acurrucada de lado. Apoyado en un codo, contemplo su rostro impecable. Sus labios están entreabiertos mientras respira, sus espesas pestañas descansan sobre sus mejillas.

—Preciosa —le susurré al oído, besando su esbelto cuello—. Estoy enamorado de ti.

Alexa no se movió, demasiado agotada y perdida en su sueño.

Pasando un brazo por su cintura, me acurruqué en su espalda, con la cara enterrada en la nuca.

—Es inofensiva —musité, sabiendo que podía oírme—. Serena, quiero decir. Solo está perdida, Alexa, y una pequeña parte de mí se compadeció de ella. Entiendo su dolor, sus sentimientos de rechazo. —Mi mente se desvió hacia Vincent—. Mi hermano también. Todos vivimos por separado, de forma diferente, y aun así experimentamos una angustia parecida. ¿Me hace débil simpatizar con ellos? No es propio de mí preocuparme por algo tan trivial… personas que, a mis ojos, no son de gran valor o importancia.

Necesitaba a Alexa… necesitaba que me ayudara a olvidar, que se llevara todos mis problemas.

—Alexa. —Ahuecando su mejilla, la giré suavemente para poder besar esos suaves labios.

Las pestañas de Alexa se abrieron con un aleteo.

—Liam —murmuró, acurrucando su cabeza en mi brazo, pasando una pierna por encima de mi cintura—. Has vuelto.

Presioné nuestras frentes.

—Siempre volveré a por ti, nena.

Su mano tocó mi pecho, y sus cejas bien definidas se fruncieron.

—¿Qué pasa? —preguntó, detectando mis latidos irregulares—. ¿Ha pasado algo malo? —Intentó sentarse, pero le agarré el brazo—. ¿Está Serena muerta?

Le rocé la nariz con la mía.

—Bésame.

Alexa siente mi inquietud. En lugar de sacarme una confesión a golpes, me rodea la nuca con una mano y se inclina para besarme. Es delicado, sin prisas, pero lleno de amor. Lo siento: su enamoramiento, su pasión cruda y su fiera posesión.

—Eres mi dueña —gruñí, hincando los dientes en su labio inferior.

Cuando intenta ponerme boca arriba, lo impido, haciéndola rodar bajo de mí, acomodando mis caderas entre sus muslos relajados.

—No quiero sexo —dije con gravedad, besándola hasta dejarla sin aliento—. Esto, nena. Tú aquí, debajo de mí. —Mi lengua rozó la suya y profundicé nuestro beso—. Solo tú.

Los dedos de Alexa se peinaron en mi pelo.

—¿Me quieres?

Mi corazón dio un vuelco. Enmascaré cualquier preocupación y le sonreí con aire de superioridad.

—Estoy jodidamente colgado por ti… —Me dio un codazo en el costado—. Joder, Alexa —ladré, dejando caer la cabeza sobre su hombro—. Sí. —Le sujeté las manos contra la almohada—. Amo a mi mujer.

Con su mejilla junto a la mía, sonrió.

—Nunca parecerá real —dijo, mientras sus uñas me hacían cosquillas en la columna—. Liam Warren, enamorado de alguien como yo. —Giró la cabeza, mirándome de frente—. ¿Cómo he podido tener tanta suerte?

Con la cabeza en la almohada, catalogué su hermoso rostro. Sus ojos, los mismos que nunca dejan de ponerme de rodillas, me miraban con adoración.

—Gracias.

Me perfila la ceja con el dedo índice.

—¿Por qué?

—Por exigir que te escuchara y por luchar por un puesto en el club. —Le sostuve la mandíbula en mi mano—. Por no renunciar a nosotros, ni darme la espalda —susurré, acercándome más—. Por enamorarte de mí y hacérmelo sentir.

—Liam… —Apoyada en los codos, con la sábana cayendo hasta su cintura, me agarró la mandíbula, con el pulgar presionado en mi mejilla.

Llamaron a la puerta.

—¡La pizza está aquí! —gritó Brad, pero mis ojos nunca se apartaron de ella—. Dejad de follar como animales. Pagué un dineral en libras esterlinas por este bodrio de papeo…, ¡manda cojones!

Alexa se rio, apartándose el pelo de la cara.

—No deberías hacerle esperar. —Besando el ceño fruncido de mis cejas apretadas, deslizó el pulgar sobre mis labios y le di un ligero mordisco en la punta—. El amor no se rinde. Podrías desecharme mañana, pero nuestras almas están emparejadas, así que siempre te perteneceré.

Sonreí contra sus labios.

—Como si pudiera respirar sin ti.

CAPÍTULO 19

Alexa

Es probable que casi todos en esta sala tengan pocos o muchos problemas entre sí. Liam odia a Jace; Liam también mantiene a su hermano, Vincent, en el cajón de las dudas. Brad parece estar entrando en calor con Jace, pero es perceptible que la presencia de Vincent no le impresiona. Vincent, bueno, es amable conmigo, paciente con Liam. No le ha dicho más de cinco palabras a Jace y, cuando se ha molestado en conversar con Brad, su tono es a menudo corto y seco.

Contuve la respiración.

Vaya desayuno más incómodo.

Untando con mantequilla un trozo de tostada y dándole un pequeño bocado, me senté a la cabecera de la mesa, rodeada de hombres dominantes.

Una secuencia de entrechocar de cubiertos y conversaciones forzadas y trabajosas se sucedieron incómodamente entre nosotros, y una botella de Jameson sustituyó a la cafetera de émbolo que había preparado antes. De fondo, sonaba música suave del equipo

de música de la cabaña, —With or Without You — de U2, cortesía de las exigencias de Brad de tener música de fondo constante.

—¿Vas a visitar a Corbyn hoy? —preguntó Jace, cortando nuestro silencio—. Estoy libre hasta esta tarde si quieres terminar de hacer las reservas.

Frente a Jace, Liam se quedó quieto con los cubiertos. Lentamente, levantó su mirada oscura, y Jace se detuvo con una croqueta de patata junto a los labios. Reconozco la expresión implacable de Liam. Está a segundos de estirarse sobre la mesa y clavarle un tenedor en el cráneo a Jace.

Antes de que se desate el infierno, intervengo rápidamente.

—En realidad, podría visitar a Clarence sola. —Puse mi comida a medio tocar al lado de Brad, que se sirve mis sobras, mojando la tostada en las yemas de huevo líquidas—. Hoy bien podría ser nuestro último día, así que me gustaría despedirme. —Cogiendo una taza humeante de té descafeinado, me la llevé a los labios y sorbí generosamente—. ¿Cuáles son tus planes para el resto del día?

Jace carraspeó con el puño cerrado.

—Llevar a Kim a comer tarde.

Pasa más tiempo con Kim que con los demás. Diablos, ni siquiera recuerdo los nombres de su harén.

—Qué bien —dije, recelosa de su creciente cercanía—. A este paso, puede que te cueste dejarla marchar.

Riendo con incredulidad, Jace se sirvió un café.

—Ni de coña.

Fin de la conversación.

Vincent se sienta a mi izquierda. Me vuelvo hacia él.

—¿Te quedarás? —pregunté, y sus ojos azules como el cristal, exactamente iguales a los de su hermano, se encontraron con los míos—. Podemos alquilar camas de camping adicionales en el centro de turismo. Puedo hacer un pedido para ti —sugerí, mirando entre él y Brad—. No me gusta la idea de que los dos estéis colgando de los sofás. No son nada cómodos.

—Aprecio tu preocupación, Ángel —dijo Vincent, colocando su cuchillo y tenedor con etiqueta—. Sin embargo, me voy a Londres en dos horas. —La misma sonrisa que el señor Smith me ofreció una vez me reconfortó el pecho—. Negocios.

—Negocios —murmura Brad, mofándose con la boca llena de beicon —. Ilústranos, Vincy-Boy. ¿Qué implican los negocios?

Ante la pregunta de Brad, las miradas penetrantes de todos atraparon a Vincent, esperando su respuesta. En absoluto, la manifestación del escrutinio desvió a Vincent. Sosteniendo un vaso

de whisky, se reclinó en su silla, frunciendo sus labios gruesos y carnosos.

—Hombre de negocios, empresario, comerciante. —Levantó un hombro, siempre tan evasivo—. Lo que prefieras, Jones.

—Te dedicas a varias cosas, ¿eh? —Brad terminó su desayuno, secándose los labios con una servilleta—. ¿Cómo es que un magnate posee un comercio de armas de fuego sin conexiones en Gateway?

Vincent le dedicó una sonrisa, acentuando un hoyuelo izquierdo.

—¿Qué te hace creer que no tengo relación con Gateway?

—Imposible —se une Liam a su tensa discusión—. Nadie puede llevar a cabo un comercio ilegal sin pasar por mí.

—Claro, se me olvidaba. —Vincent apura su whisky, su nuez subiendo y bajando—. Nadie se atreve a engañar a Warren.

—No tolero las acusaciones con indirectas, Vincent. —Relajándose en su silla, Liam enciende un cigarrillo—. Si el capataz está haciendo doble juego, entonces hay que buscar un sustituto.

—¿No hay espacio para que otros dejen su huella?

—No sin mellar mi cartera —responde Liam, echando la cabeza hacia atrás para exhalar el humo.

Vincent bufó, haciendo rodar una manzana verde y cerosa en su mano.

—No necesito a Gateway, así que renuncia a tus contratistas —dijo, un tanto sarcástico—. El puerto de Southampton me sirve bien.

Los hombros rígidos de Liam se relajaron visiblemente.

Juntando las manos, Brad apoya los codos en la mesa.

—Entonces, ¿el tráfico de armas extracurricular paga los trajes y los coches? ¿O esperas que creamos que los negocios legítimos financian tu próspero estilo de vida?

—Soy el feliz propietario de multitud de negocios, Jones. Todos rentables, me gustaría añadir. Mi predilección por el armamento no es un negocio secundario lucrativo. —Pela una capa de la manzana —. La defensa, sin embargo, es indispensable para una ocupación privada que no deseo compartir contigo.

Brad echó humo, con el rostro crispado.

—¿Qué? —Lanzó una mirada acusadora a Liam—. ¿Es escoria madero o algo así? —Volviendo a posar sus ojos críticos en Vincent, se metió un chicle en la boca—. Oh, te tengo calado. Es un infiltrado.

Riendo secamente, Vincent se sirve otro whisky.

—¿Por qué iba a estar infiltrado?

—Eres uno de esos polis corruptos que está montando un caso contra Warren. —Entornó sus ojos inquisitivos—. Creo que todo ese rollo de los hermanos es una sarta de gilipolleces.

—En absoluto —dijo Vincent, mordiendo su manzana—. El ADN no miente, Jones. Liam es mi hermano, uno al que intento ayudar, no crucificar. En cuanto a tu especulación sobre informantes, puedo asegurarte que, descontando a Donny, un amigo cercano que trabaja en la metropolitana, no tengo aliados en la Fuerza. No puedo decir lo mismo de ti. —Se dirige a Liam—. He oído que Burton tiene una relación bastante estrecha contigo.

Jace me miró boquiabierto, levantando las cejas.

Yo tampoco tenía palabras.

—El nombre de Reginald no tiene cabida en mi mesa. —Liam zanja el tema antes de que pueda surgir—. Ya que estamos hablando de engaños. Revela, Vincent. ¿Hubo algo de verdad en la acusación de Serena anoche?

Cuando Liam llegó a casa ayer, hizo una breve parada en mi dormitorio y luego se sentó con Brad y Vincent para tomar unas copas y comida para llevar. Oí conversaciones indistintas, pero estaba demasiado agotada para ponerme a escuchar a escondidas como de costumbre. Además, dormí hasta el amanecer, despertando a tiempo para presenciar los hermosos colores cálidos del sol pintando nuestro horizonte.

Las conchas de Summer para el atrapasueños habían desaparecido, así que pasé una hora entera en la playa, buscando en las pozas de las rocas y recogiendo las conchas abandonadas que la marea había arrastrado y dejado en la orilla. Aun así, no había suficientes en mi dormitorio. Si todo lo demás falla, visitaré la tienda de regalos local y compraré un surtido de conchas marinas, estrellas de mar y erizos de mar. Es una opción más fácil, la opción menos considerada, pero garantiza una pieza terminada como mínimo.

Liam se estaba duchando cuando escondí las conchas dentro de mis zapatillas, que acumulaban polvo en el fondo del armario. Era un lugar extraño para esconder los regalos de Summer, pero Liam aún no me había asegurado nada sobre los motivos de Serena. No podía confiar en que no reapareciera y, por una estúpida razón, me robara una vez más.

Entrando en la habitación, con una toalla alrededor de la cintura, Liam me dio un beso en la mejilla, me dijo lo guapa que estaba y se cambió a un traje de dos piezas, listo para desayunar con los hombres.

Yo quería cocinar.

En su lugar, Brad me destinó a la tarea del café, que se enfrió, ya que los alcohólicos prefieren malta caliente con su fritanga mañanera.

Lo que nos lleva de nuevo a esta caótica cita para desayunar, donde todos fingían tolerarse hasta que las pequeñas reservas se rompieron y fracturaron, arruinando cualquier paciencia y construcción de amistad que se hubiera producido.

—Seguro que no te creíste esa tontería —respondió Vincent, agitado por la exigencia de Liam de una verificación—. Te lo advertí, Liam. No puedes confiar en esas chicas. La descarada manipulación de Serena proviene de nuestras supuestas hermanastras. Como ya he dicho, las subestimas.

Estoy hasta las narices de estas mujeres.

—¿Cuál fue la acusación de Serena?

—Serena dio a entender que las traicioné —dijo Vincent con ligereza —. A Molly y a Greer. Su acto de convencer a Liam aparentemente funcionó también.

—¿He dicho que la creí? —replicó Liam, lanzando un tenedor al plato, haciendo que Jace se echara hacia atrás en su silla con cautela—. Para serte franco, ya no sé qué coño creer. Los cuatro habéis aparecido de la nada.

Perpleja, me mantuve discreta mientras su discusión se intensificaba.

—Soy un hombre de palabra —argumentó Vincent enfadado, apretando el puño alrededor de la manzana—. Si cuestionas mi lealtad, ¿por qué no involucras a Alzaim, hermano? Todos sabemos que ese hombre tiene la capacidad de conseguir mi expediente en un abrir y cerrar de ojos.

—No quiero oírlo de Nate, Vincent. —La cara de Liam se enrojeció de ira—. Quiero oírlo de ti.

Afectada por el inútil intento de Liam de disimular su desasosiego, me tragué el nudo de la garganta.

—Chicos —dije, mirando de Jace a Brad—. ¿Por qué no salimos fuera? —Estos hermanos necesitan hablar sin público—. Os prepararé un café a los dos…

—No os vayáis por mi cuenta. —Vincent se levantó, cogiendo la chaqueta del traje del respaldo de la silla—. No te he ocultado absolutamente nada, Liam. Tu confusión es el resultado de la ignorancia. —Cogió la bolsa de lona negra del sofá—. Cuando estés listo para conocerme —conocerme de verdad, no formular conceptos basados en rumores— puedes encontrarme aquí. —Sacando una tarjeta de visita de su bolsillo, la arrojó sobre la mesa—. Hasta entonces, no seré un puto estorbo para ti por más tiempo.

Con esas palabras de despedida, Vincent abrió la puerta de la cabaña y se fue sin mirar atrás. La puerta se cerró de golpe, enviando un estruendo reverberante por todo el lugar.

Apretando los labios, me tapé la cara con las manos e inhalé profundamente.

—Liam…

—No —espetó Liam, las patas de su silla chirriaron al levantarse bruscamente—. No necesito un puto sermón ahora mismo, Alexa.

Mi plan no era sermonearlo.

—Lo sé.

Poniéndose de pie y recogiendo los platos sucios, Brad rascó las sobras en la basura, lavó cada artículo, hasta las tazas y vasos. No salió ni una palabra de él mientras se armaba y salía de la cabaña. Pronto, sin mirarme, Liam lo siguió, y el motor del Bentley retumbó, confirmando que se habían ido.

Me siento en una mesa limpia, mi taza de té ahora fría.

Jace exhaló un largo suspiro.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—No lo sé —dije honestamente, frotándome las sienes doloridas—. Liam, no es el mejor manejando sus… ——emociones —, pensé, mordiéndome la lengua por dentro de la mejilla—. Es abrumador, ¿verdad? Quiero decir, Liam parece no tener emociones y ser duro… —Es humano. Aunque esté en silencio, él también llora—. La vida tal como la conocía cambió. En lugar de estar en Londres, gestionando el Club 11, el restaurante y otros negocios, está aquí, preocupándose por mí y por unos hermanos amargados que no sabía que existían. Mentalmente, es demasiado para que cualquiera lo soporte.

Él asiente.

—Dios, también lo siento por Vincent. Es obvio lo mucho que quiere a su hermano, pero Liam se niega a verlo.

—Lo entiendo —dijo Jace, levantándose de su silla—. Warren no confía en nadie, Alexa. Dale tiempo. Estoy seguro de que entrará en razón.

Doblando los brazos, arqueé una ceja.

—Es la segunda vez que lo defiendes. —Satisfecha por el progreso, sonreí—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sigue siendo un capullo —bromeó, riendo bruscamente—. En fin, tengo que irme. ¿Estás segura de que no me necesitas en casa de Corbyn?

—Sí. —Besando su mejilla, dejé mi bata en el sofá—. Vete. Diviértete; te escribiré más tarde.

Jace se fue.

Me duché y salí de la cabaña para encontrar a un maldito Traje esperando para escoltarme al pueblo.

***

Clarence Corbyn nunca abre la puerta. Es un viejo cascarrabias y antisocial, tan huraño e inaccesible. Estoy fuera de su casa reformada, con una planta de helecho de Boston recién comprada que simboliza la felicidad en mi poder. Detrás de la puerta, un crescendo de ladridos de perro y golpeteo de patas.

El Traje de Liam está sentado al volante del Bentley, fingiendo leer un periódico.

—Señor Corbyn —llamé, golpeando la puerta con más urgencia—. Sé que está ahí, y no me iré hasta que hable conmigo.

Bajé la cabeza al oír una tos ronca.

Momentos después, Clarence estaba frente a mí, equilibrando su peso en un bastón.

—¿Qué quieres?

Le tendí la planta.

—Le he traído un regalo. —Sus ojos pasaron del helecho a mí—. Representa la felicidad.

—¿Qué demonios se supone que voy a hacer con eso? —Desdeñó las elegantes y adornadas frondas—. Ya tengo bastante con los cachorros.

—¿Cachorros? —reflexioné, asomándome por encima de su hombro —. ¿Por qué compraría más perros?

—No compré más perros —se quejó malhumorado, haciéndose a un lado para darme la bienvenida al interior—. Daisy los parió la semana pasada.

La emoción burbujeó dentro de mí.

—¿Puedo verlos?

Las arrugas surcaron sus ojos apretados.

—Si insistes.

Oh, sí que insisto. Entro, colocando la planta en la mesa de la cocina.

—¿Está por aquí el perro del infierno?

—¿Qué? —preguntó, cojeando por el pasillo con aire de propiedad.

—¿El perro grande? —insinué, siguiendo sus pasos pausados—. El que casi me lame hasta la muerte.

—Bruno —aclaró, y yo sonreí dócilmente—. Está dormido en alguna parte. —Dentro de la sala de estar de estilo antiguo, se acomodó en

una silla de respaldo alto con estampado floral, dejando su bastón a un lado—. Dentro del aparador.

Frunciendo el ceño, miré la gran librería vitrina de caoba; la parte superior tiene audaces puertas de cristal con celosía de rombos, y la base del plinto tiene tres armarios. Oí un ladrido ahogado, así que me agaché para ver de cerca el interior. Con la mano en el tirador de hierro forjado, dudé, al darme cuenta de una foto enmarcada de mi madre, orgullosamente colocada en el estante del medio. Joven y modesta, sonríe, cogida de la mano de un chico que no reconozco, pero supongo que es el hijo de Clarence, Noah.

—¿Y bien? —ladró Clarence, asustándome hasta hacerme perder la compostura—. ¿Qué te lleva tanto tiempo?

—Oh, solo estaba… —Abriendo la puerta con un crujido, asomé la cabeza y unos familiares ojos saltones me miraron—. Su chihuahua ha tenido crías. —El equipo de cachorros gimoteó y rodó unos sobre otros, luchando por conseguir comida de su madre—. ¿Por qué los ha metido en un armario?

—Yo no los metí en ningún sitio. Daisy eligió un lugar para parir, y no quise molestarla. —Por encima de mi hombro, lo veo quitarse las gafas de leer para mirar por la ventana—. ¿Por qué eres tan cotilla?

Sonriendo, extendí el brazo para acariciar la cabeza de Daisy, y ella mostró su gratitud, acurrucándose en mi palma.

—La verdad es que no lo sé.

—Tu madre era muy parecida —me dice, y mi corazón latió con más fuerza—. Siempre haciendo preguntas. Siempre metiendo las narices donde no la llamaban.

—A veces habla de ella con tanto resentimiento —me encontré diciendo, acunando uno de los cachorros contra mi pecho—. ¿Era una carga tan grande, señor Corbyn?

Clarence soltó un bufido evasivo.

Sentada con las piernas cruzadas en la alfombra, inhalé el pelaje del cachorro, rascándole suavemente la espalda.

—¿Está contento con las reformas?

—No tengo dinero —dijo estoicamente, con la mirada de nuevo en la ventana—. Hay joyas en el cajón que puedes empeñar.

—No le ayudamos por dinero. —Devolviendo el cachorro a su madre, seleccioné uno de color canela, prestándole la misma atención—. Ayudarle era lo menos que podía hacer.

—No me debes nada, Alexa. —Sus ojos tristes y abatidos se llenaron de lágrimas, pero rápidamente apartó la mirada, no queriendo que viera su disgusto—. Ni siquiera me conoces.

—Sé que ayudó a mi madre. Sé que le dio un lugar al que llamar hogar y la crió después de que mis abuelos murieran. —Se sentía raro, referirme a Nellie y Darwin como mis abuelos. No sé nada

sobre ellos, y mucho menos tuve la suerte de tenerlos en mi vida—. La mantuvo a su lado después de que Beatrice falleciera, y cuando Noah no regresó. No necesitaba ser ese hombre, señor Corbyn. Podría haberla enviado lejos y seguir adelante. —Acomodé al cachorro junto a Daisy—. Solo tuve un corto tiempo con mi madre antes de que la asesinaran, pero lo que ella y yo tuvimos, significa todo para mí.

Clarence no pronunció una palabra. Escuchó atentamente.

—Si no fuera por usted, que la crio en Newquay, nunca habría conocido a Patrick… —El hombre vil que resultó ser mi padre—. No habría tenido hijos.

—No merezco tu aprecio, Alexa. Que estés aquí, respirando, existiendo, no tiene nada que ver conmigo.

No, pero aun así respetaba a este hombre por no haberse rendido nunca con ella.

—Estoy agradecida, de todos modos.

Su rostro cetrino se contrae.

—Yo… —Con los codos sobre las rodillas, miró fijamente al suelo alfombrado—. ¿Volverás a casa, a Londres?

—Todavía no. —Me levanté, sacudiéndome las manos en la parte trasera de mis vaqueros—. Tony, en cierto modo me cae bien.

Además, aunque suene bastante pegajoso y espeluznante, una parte de mí quiere construir una relación con él. —Al darme cuenta de lo vergonzoso que sonaba, levanté las manos en defensa—. No de esa manera. No quiero una… ——relación sexual —, pensé. Santo cielo. Cierra el pico, Alexa—. Como que, él conoció a mi madre…

—Sé lo que querías decir. —El señor Corbyn hinchó las mejillas. Su expresión era de repente atormentada—. ¿Ha mencionado Tony algo sobre Adaline?

Una ceja se disparó.

—Sí —dije secamente, insegura de la pregunta—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—No, quiero decir, ¿ha dicho algo sobre su relación contigo o con tu hermana, Kathy?

No que yo recuerde.

—De vez en cuando. Tony ha mencionado historias de cuando éramos pequeñas, cosas triviales. ¿Por qué?

Clarence agarró su bastón y se levantó.

—La foto de tu madre —dijo, poniéndose las gafas—, es tuya. Si la quieres.

—Oh, no debería. —Esos recuerdos le pertenecían a él—. Gracias, de todas formas.

—Insisto. —Cerca del aparador, sacó una pequeña llave de su bolsillo y abrió la puerta de cristal—. Por favor.

Me quedé perpleja por la súplica desesperada. Sin embargo, cogí la foto y la guardé en mi bolso.

—Agradezco las reformas —admite tardíamente, con las mejillas sonrosadas—. Mucho, Alexa.

Casi alejándome, me detuve, hombro con hombro, y le di un beso suave y casto en la mejilla.

—Es usted un gran hombre, señor Corbyn. —Mis pasos prosiguieron, separándome de la humedad emocional—. ¡No se olvide de regar su planta!

—Malditos adolescentes —capté su insulto murmurado.

Cerrando la puerta principal detrás de mí, caminé hacia la cancela del jardín y mi paso se detuvo en seco.

Un hombre de mediana edad, impresionantemente alto y apuesto, vestido con vaqueros y una parka de color caqui, sostiene dos vasos de cartón para bebidas en las manos.

—Yo… —Su mirada se desvió por encima de mi cabeza—. ¿Vives aquí?

La correa del bolso se me cayó del hombro.

—Noah.

Él ladeó la cabeza.

—¿Te conozco?

A mi yo embarazada y supersensible se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Has vuelto a casa.

—Yo, ¿eh? —Sus dedos se crisparon alrededor de los vasos—. Perdona mis modales, pero no creo que nos hayamos visto antes…

—Alexa —me presenté, tendiéndole la mano.

El desconcierto se dibujó en su rostro. Dejó lo que olía a café en el sendero y me estrechó la mano.

No se la solté.

—Alexa Haines.

Los ojos marrones de Noah se salieron lentamente de sus órbitas.

—Lo siento. No te he entendido bien. —Me soltó la mano—. ¿Qué has dicho?

—No entiendo cómo ha pasado esto —empecé, y él parpadeó rápidamente—. Por casualidad, has venido para arreglar la relación con tu padre o has recibido una llamada de Liam. O quizá de Nate. No importa. —Le resté importancia con un gesto—. El caso es que has venido. Y estoy tan… Oh, déjame que te abrace.

Rodeándole la cintura con mis brazos, le robé el recibimiento, y él inspiró con brusquedad mientras me daba palmaditas en la espalda.

—Este podría ser el mejor día de mi vida.

—No puedo respirar —resolló, y yo lo solté, disculpándome.

—Sí, recibí una llamada del señor Alzaim, explicándome que mi padre me estaba buscando. —Estaba atónito—. Adaline…

—Era mi madre —dije, y sus hombros se hundieron—. He oído que erais muy cercanos.

Había visto un fantasma en mí.

—Estoy sin palabras. Tu madre, me importaba mucho y siento enormemente tu pérdida…

—Yo también. Mucha gente la lloró. —Recogí mi bolso—. Ser su hija no me convierte en una excepción.

—Sí que lo hace —susurró, cubriéndose la boca con la palma de la mano—. ¿Por qué no entras? Eso si mi padre…

Los ojos vidriosos de Noah se posaron detrás de mí, así que me giré para ver al señor Corbyn en el umbral. Sin bastón, el hombre apoyaba las manos en la pared y su expresión indescifrable disparaba mis recelos. Con torpeza, alargó la mano hacia la barandilla de madera, se agarró a ella y esperó, dando otro paso decidido.

A punto de intervenir, Noah dijo:

—Papá…

—No —gritó Clarence, sujetándose a la barandilla mientras bajaba los escalones—. No necesito tu ayuda… no necesito la ayuda de nadie.

Me preocupaba haber enfadado al señor Corbyn, o quizá la inesperada llegada de Noah. Pronto descubriría lo equivocada que estaba.

Clarence llegó al último escalón con zancadas rígidas, y su hijo, tímido y ansioso, se acercó a él.

—Quería llamar —explicó Noah mientras yo cerraba la verja a mis espaldas—. Tantas veces quise llamar para disculparme.

—No hay nada que perdonar. —Clarence abrazó a su hijo, que le sacaba varios centímetros, y sus sollozos entrecortados se ahogaron en el pecho de Noah—. Oh, hijo mío —graznó, acunando el rostro del hombre y mirándolo con desesperación—. Cuánto te he echado de menos.

Incapaz de moverme, presencié el reencuentro de un padre y un hijo con los ojos llorosos. Escuché sus sollozos varoniles mientras se secaban las lágrimas mutuamente. El café ya no importaba. Noah pasó un brazo por la espalda de Clarence y lo ayudó a volver a la casa.

—¿Tengo una nieta? —preguntó el señor Corbyn, desconcertado—. ¿La conoceré? —Casi cerró la puerta, pero sus ojos enrojecidos se cruzaron con los míos. Sonrió. Y lo hizo de verdad.

Cerrando este capítulo de mi vida, le hice un saludo con dos dedos y me alejé por la calle, con una sensación de plenitud invadiéndome.

Es un día precioso. Nubes blancas se agrupan en lo alto, con el sol brillando entre ellas. Encontré un banco y planté el trasero; necesitaba un momento para recuperarme. Ni Liam ni Jace me habían escrito, pero tenía un mensaje de Tony.

Tony: Estoy organizando una fiesta en la feria esta noche. Me encantaría que vinierais.

Le respondí al instante.

Yo: ¿Puedo llevar acompañantes?

Su respuesta no tardó en llegar.

Tony: ¡Cuantos más, mejor!

—Dios, necesito un cigarro, y eso que ni siquiera fumo. —Lloriqueando, guardé el teléfono y saqué la foto de mi madre. No me parecía bien reclamar la propiedad de algo que Clarence atesoraba de forma indiscutible. Después de todo, ella estaba entre sus posesiones más preciadas.

Iba a meter el marco en el bolso cuando vi una esquina blanca que sobresalía del panel trasero. Le di la vuelta y, de rodillas, solté los soportes metálicos y desmonté el marco. Debajo de la foto de mi madre había una vieja carta doblada.

El traje de Liam aparcó el coche al otro lado de la calle. Está con el móvil, leyendo algo. Mientras está ocupado, abro la carta.

Mi queridísimo Clarence:

Lo que estoy a punto de contarte debes llevártelo a la tumba…

Se me salieron los ojos de las órbitas, mientras mis dedos estrujaban la carta.

—¿Pero qué coño?

CAPÍTULO 20

Liam

Alineadas por todo el centro de Newquay, luces multicolores parpadean esporádicamente desde la feria ambulante y se fusionan con la animada playa, donde los lugareños, con sus variopintas faldas de hierba, camisas hawaianas y un surtido de collares de flores luau, retozan cerca de la hoguera que quema brasas de un rojo diabólico y arroja calor, proyectando sombras danzantes a lo largo de la extensión de arena. El chiringuito de estilo tiki alquilado tenía un grado de extravagancia innecesario y la cerveza era intragable, pero la cerveza barata, a pesar de su sabor amargo y áspero, era vital para sobrevivir a este irritante y horrendo desastre monumental.

En este momento, Brad, luciendo un moño rubio desordenado y una camisa azul pálido escandalosamente ostentosa, estampada con piñas de neón, discute su caso contra un lameculos con cara de granos.

—Quiero otra ronda —dijo, arrebatando la carabina, levantándola y apuntando para disparar—. No me digas que he fallado, hijo de puta. —Sin haber superado del todo su indignación, detuvo el dedo en el gatillo—. ¿Qué, te crees que esto es gracioso? —Bajó el arma —. ¿Te crees que no reconozco un pato trucado cuando lo veo?

Bebiendo un sorbo de cerveza, me apoyé de espaldas en el puesto.

Pálido como la cera, el feriante se ajustó las gafas de montura marrón.

—¿Cómo voy a trucar un pato?

—Cabrón —masculla Brad por lo bajo, preparando la carabina y entrecerrando un ojo—. Como no acierte el tiro —me dice en voz baja—, la señorita perfecta de ahí se va a atragantar con este cañón.

Fruncí el ceño.

—Es un tío.

—Es un hada maricona. —Aprieta el gatillo y mueve el arma con destreza, sin fallar un solo tiro, pero todos los patos permanecen impenetrablemente fijos—. Voy a matarlo…

—¡En la cara no! —grita el chaval, y yo agarré a un Brad furioso por el cuello—. ¡Por favor, no gano lo suficiente para aguantar estos insultos!

—Brad —dije, en voz baja y autoritaria—. ¿A quién le importa que hayan amañado el juego?

—Es por principios. —Zafándose de mi agarre, Brad golpeó el mostrador con la carabina—. Quiero el puto trasto grande. —Señala

un gran unicornio de peluche blanco y morado—. Ahora.

Cediendo a la cobardía, el encargado del puesto se estiró y desenganchó el ridículo premio.

—Te lo puedes llevar por treinta libras —ofreció con audacia, y yo me pellizqué el puente de la nariz—. Y te doy unas gominolas.

—Gominolas —repitió Brad con incredulidad, y tras la imprudente decisión del chaval de provocar a mi segundo al mando, perdí todo el ímpetu de defenderlo—. Ven aquí.

—Estoy bien —insistió el chaval, con las mejillas sonrojadas por la curiosidad de otros clientes, que se acercan a ver el revuelo—. Tómalo o déjalo.

Brad, que siempre va al grano, agarró bruscamente la camiseta del hombre y atrajo hacia sí su cuerpo, que chillaba de forma ensordecedora.

—¿Quieres hacerte el machito, nenaza? —Le arrancó el peluche de su férreo agarre, y una niña, que no tendría más de siete años, se quedó con la boca abierta de espanto mientras su cucurucho de helado caía al suelo—. ¿Te gusta regatear, eh? ¿Probar suerte? —El unicornio aterrizó a mis pies y yo aparté la vista, aburrido—. Te daré treinta libras, puto bocazas…

—Brad —espeté, y el chaval gimoteante se retorció—. Dale un respiro al tipo. Ya tiene bastante con lo suyo.

—¿Ah, sí? —reflexionó Brad, dándole unas fuertes bofetadas en la mejilla—. ¿Cómo qué?

—Como el hecho de que se está meando en los pantalones delante de todo el mundo —señalé, mientras la orina del chaval goteaba entre sus zapatillas destrozadas—. ¿Pausa para ir al baño?

—Mierda. —La nariz de Brad se arrugó con desdén—. Hueles un poco a rancio, chaval. ¿Tienes la gonorrea o algo?

—Por favor, para —lloró el chico, rojo de vergüenza.

Los puños de Brad, blancos en los nudillos e implacables, se cerraron sobre la camiseta.

—Esa niña ha perdido su helado. —Empujó al chico contra una mesa, derribando un montón de osos de peluche de colores, y se secó la frente para eliminar un sudor repentino—. Dale un oso… y no me repliques esta vez —le advirtió, señalándolo con un dedo acusador—. ¿Dónde puedo conseguir comida? Me muero de hambre.

Secándose las mejillas sonrojadas, el chaval, ignorando el hedor a vergüenza y orina, elige un oso rosa que no se había manchado y lo deja en el mostrador para la niña.

—Hay una furgoneta de hamburguesas más abajo, en la calle principal.

Ignorando bruscamente al chico, Brad cogió el unicornio y se lo echó al hombro.

—Necesito comida comestible —se quejó, apurando el resto de su cerveza—. Un perrito caliente será suficiente. No soy tiquismiquis.

Localizamos una hilera de *food trucks*. Brad examina los menús en las pizarras y, de forma poco habitual en él, espera en una cola para pedir comida. Como no tenía mucha hambre, compré más botellines de cerveza en el bar improvisado y me senté en una mesa de madera que está situada entre ruidosos conversadores y fiesteros ebrios en la terraza.

Doy otro sorbo, una marca diferente, que sabe moderadamente mejor que la anterior. Desbloqueo el teléfono para ver si Alexa ha enviado un mensaje, pero solo las actualizaciones del sindicato abarrotan mi bandeja de entrada.

Después de discutir con Vincent esta mañana, me escapé de la cabaña y encontré un bar a las afueras de Newquay. Brad me acompañó. Bebimos whisky como si se fuera a acabar el mundo, jugamos unas cuantas partidas de billar y discutimos los dilemas recientes. Mientras reflexionaba sobre Molly, Greer y Serena, Alexa me había enviado un mensaje, invitándome a la feria de esta noche. Disfrazado, dijo. Ponte una camisa hawaiana o algo exótico. Tendría más suerte convenciéndome de vender el Eagle, cosa que nunca sucederá. Opté por un traje de dos piezas gris plomo. Brad, sin embargo, me sorprendió al detener el Bentley en una carretera concurrida, para impedir que el gerente de una tienda cerrara. Pasaron unos minutos antes de su regreso, con una bolsa en la mano. Se compró una camisa decorativa y una guirnalda de flores,

que lleva con orgullo, sin vergüenza, para comprar nachos y tres perritos calientes de la furgoneta.

No he sabido nada de Alexa desde el mensaje, no estoy del todo seguro de si sigue molesta o enfadada. Había sido grosero, frío. Me siento mal por ello, también. Y me niego a pensar en Vincent. Me ocuparé de él cuando vuelva a Londres.

—Puedes sentarlo ahí. —Brad planta el unicornio en el banco y se sienta justo enfrente de mí—. ¿Seguro que no tienes hambre? —Engullendo un puñado de totopos cubiertos de queso rallado y salsa, mira a un grupo de chicas atractivas a nuestra derecha con interés —. Puedes desaparecer. —El unicornio se esconde debajo de la mesa —. ¿Puedo ayudaros en algo, señoritas? —Guiñó un ojo, tan descarado como siempre.

Girándose por la cintura, la mujer elevó deliberadamente su pecho, atrayendo la atención hacia sus senos con relleno.

—Puedes invitarme a una copa —dijo ella, su joven voz delatando su cuerpo maduro—. Si quieres.

La sonrisa arrogante de Brad se desvaneció.

—Pírate, mocosa —espetó, dando la espalda al grupo de chicas ofendidas—. Cómprate tu puta copa tú misma.

—Qué imbécil —canturreó la amiga, despidiendo a Brad con un gesto displicente de la mano—. Deberíamos ir a la playa. —Se

levantó, y sus amigas la imitaron al unísono—. ¡Lejos de los viejos!

—¡Menudo puto morro! —ladró Brad, lanzándoles una mirada despectiva—. ¿Qué tenéis, diez años o así? Quitaos toda esa mierda y volved a casa, chicas. Ya es hora de dormir.

Me meto un cigarrillo entre los labios.

—Ignóralas —dije, ahogando sus inmaduros acordes de insultos.

—¿Puedes creerlo? —preguntó, a la vez impresionado y estupefacto —. Joder, pensé que eran legales hasta que una abrió el pico. —Con las mejillas encendidas de un rojo furioso, le da un mordisco a un perrito caliente—. ¿Qué coño hacen las chicas, poniéndose guapas como una mujer de veintitantos? No me extraña que los tíos nos metamos en líos. Con ese pelo postizo, el maquillaje a paletadas, las faldas por el culo y las pestañas… —Chasqueó la lengua, nada impresionado. Unos nuevos ocupantes reclamaron la mesa de las chicas, y su anterior fastidio cambió de rumbo de forma apreciable —. Ahora sí que sí.

Bajo unas cejas pobladas, observé a las mujeres: vestidos ajustados, tacones de quince centímetros y curvas de reloj de arena. —No están mal —, pensé, cogiendo otra cerveza. —Aunque ni punto de comparación con mi mujer —.

—¿Te apetece compañía? —preguntó una, dirigiéndose a mí.

—Casado —mentí, lamiéndome el alcohol de los labios.

—Sí, claro. —Brad resopló, zampándose un segundo perrito caliente —. Ignorad al viejo cabrón malhumorado, señoritas. Hay de sobra de mí para todas.

La mesa estalló en risitas y él les sonrió con aire lobuno. Cuando se pusieron de pie en toda su atractiva estatura, mis ojos buscaron automáticamente en la zona de asientos como si esperara que una impredecible Alexa apareciera para reprenderme. El banco crujió y una morena se sentó a mi lado. Me dedicó una sonrisa coqueta y, a sabiendas, se pasó un piercing de titanio por los dientes superiores.

—Oh, ¿y quién es esta monada? —preguntó una rubia voluptuosa, abrazando el unicornio contra su pecho—. ¿Me lo puedo quedar?

—No. —Brad bebió un trago de cerveza—. Le pertenece a su mujer. —Me señala. —Dáselo.

La mujer levantó el reluciente premio de peluche.

—No me des eso... —El unicornio me golpea en la cara y su tamaño desproporcionado tira las botellas al suelo, que ruedan y tintinean—. Joder, Brad.

—Ya sabes lo que dicen de los hombres casados, ¿no? —La morena me puso la mano en el muslo, acariciándome peligrosamente cerca de mi polla flácida—. La insatisfacción sexual conduce a riesgos clandestinos.

—Ya sabes lo que dicen de las seductoras cautivadoras, ¿no? —me burlé, acercando mis labios a su oído—. Putas sucias y usadas. —Se atragantó en mitad del trago mientras yo me levantaba, su mirada redonda, asesina—. Vete a cazar a otro pobre diablo. Yo soy más listo que todo eso.

Me alejé de la mesa, oyendo a Brad excusarse. Deambulando entre hordas de aldeanos —el estúpido cuerno plateado del unicornio colgando de mis dedos—, busco a Alexa en cada rincón. —Rhythm is a Dancer — de Snap resuena, las vibraciones retumbando bajo mis zapatos.

—Joder, subamos al Nemesis. —Brad me pasa un brazo por los hombros, señalando una montaña rusa de metal chirriante—. No, en realidad, quiero ver el tren del terror.

—Quítame las manos de encima —le regañé, quitándome el brazo de encima—. Odio las ferias.

—Pues a mí me gustan. —Chupó un palillo—. Por el amor de todo lo que es jodidamente sagrado. ¿Podemos subir a los coches de choque?

Está loco.

—No.

—Oh, vamos, jefe —se queja infantilmente, mirando con desconsuelo los brillantes coches flotantes. Como no contesté, se

enfurruñó, con el labio inferior más carnoso—. Ahora estoy bastante desolado.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Vale. —Le meto el unicornio en los brazos, me desabrocho la chaqueta del traje y subo a la plataforma metálica—. Me la debes bien gorda por esto, joder. —Abro la cartera, cojo dos billetes azules y los pongo en la palma de la mano del encargado.

—Cuida de Oso. —Brad le da su unicornio y corre detrás de mí—. Prepárate para ser masacrado —me gritó al oído, zigzagueando entre los coches y eligiendo uno azul—. —Rhythm is a dancer. It's a soul companion — —canta desafinadamente, agarrando el volante—. —You can feel it everywhere —.

Me dejo caer en un coche naranja, en el que apenas caben mis piernas.

—Joder. —Ya cómodo, coloco el zapato sobre el acelerador, esperando a que los clientes llenen los otros coches.

Con los dientes atrapando el labio superior, Brad tamborilea los dedos contra el volante, y cuando suena la penetrante sirena, pisa a fondo y sale disparado hacia delante. Entré en acción rápidamente, esquivando los coches que venían de frente, girando sigilosamente a mi derecha… un coche chocó contra mi parte trasera, mi cabeza a centímetros de golpear el volante. Miro por encima del hombro y veo a Brad dando marcha atrás.

—¡Me has dado, cabrón!

—¡De eso se trata! —gritó, adelantándose y golpeando dos coches, haciéndolos girar sin control, sin esperar a ver las consecuencias.

Comenzó una competitividad imposible. Con las manos en el volante de goma, hice girar el coche, pisé a fondo y me lancé tras él. Sabía que vendría a por mí. Al mirarme, se le salieron los ojos y su chillido agudo me apuñaló los oídos.

Luchamos como el perro y el gato, chocando de un lado a otro, riendo hasta que me dolió el pecho y la sed me secó la garganta. Él tomó la delantera, la parte delantera de su coche de choque embistió mi costado y perdí potencia, haciendo girar el volante.

Sonó una alarma y el vehículo redujo la velocidad. Echo la cabeza hacia atrás, riendo por lo bajo.

Brad saltó del coche y recuperó el unicornio.

—Bueno —dice alegremente, anticipando mi aprobación—. Admítelo. Te has divertido.

—Anda, no me jodas. —Con las manos en los bolsillos del pantalón, me escabullo entre la cola, buscando a una mujer que aún no ha aparecido.

Dirigiéndome hacia la playa, caminé penosamente por la arena. Y me detuve, una emoción absorbente entumeciendo mi cuerpo. No

puedo ver a Alexa, ni entre la multitud ni junto a la hoguera, pero podía sentirla.

—He encontrado a Jace. —Brad señala los troncos colocados a modo de bancos, donde Jace está sentado con un grupo de mujeres—. Y tiene unas cuantas pájaras. —La desolación ensombreció sus tensas facciones—. Dale esto a Alexa. —Una vez más, el absurdo unicornio cayó en mi poder—. Ese capullo no va a follar si yo no lo hago.

Como si se lo hubiera llevado el viento, Brad corre hacia delante, y yo consideraba encender otro cigarrillo cuando un escalofrío me recorrió el cuello. Alexa se acercó sigilosamente por detrás de mí y yo fingí no darme cuenta, aparentando admirar la vista. Su dulce perfume invade mis sentidos, y luego sus delicados dedos me tapan los ojos, ocultando mi visión.

—¿Adivina quién soy? —susurró, y aunque no podía ver, mis ojos se cerraron instintivamente al sonido de su voz ronca pero femenina.

Me inventé un nombre sobre la marcha.

—Carrie.

—¿Carrie? —Su tono estaba teñido de acusación. Me empujó por la espalda—. ¿Quién demonios es Carrie?

Una risa ahogada se escapó de mis labios mientras me giraba para mirarla.

—Era una broma… —Mis ojos recorrieron su seductor cuerpo, y unos celos incontrolables se apoderaron de mí—. ¿Qué coño llevas puesto?

Estremeciéndose ante mi desaprobación furiosa, se abrazó, con la cara sonrojada, gracias a los curiosos observadores.

—Liam —susurró a gritos, sus ojos desorbitados enviándome una amenaza—. No me avergüences.

Llevando una falda blanca —prácticamente transparente— hasta los pies con doble abertura y un sujetador de encaje, con el torso al descubierto, el trasero y las piernas kilométricas de Alexa atraen demasiada atención masculina. Sus rizos oscuros, naturales e indomables, caen sobre un hombro y sus labios pintados de rojo combinan con la guirnalda de hibiscos de su cuello.

Uno de mis hombres salió de las sombras y le hice un gesto para que se fuera. Ya no era necesario que protegiera a Alexa, no conmigo aquí.

—Es una fiesta hawaiana. —Señaló tímidamente a otras mujeres, todas con faldas de hierba y sujetadores de encaje, mucho más horteras que su elección de atuendo—. No te gusta.

Mi pecho se expandió mientras luchaba por respirar con calma. Era imposible frenar o canalizar los celos. Tuve que fingir que no había nadie más en la playa, ni hombres, ni miradas de aprobación.

—Alexa. —Recorriendo su collar con las yemas de mis dedos, arranqué una flor, girando el tallo de plástico entre mis dedos—. Leí una cita una vez. —Le aparté el pelo de la oreja, le coloqué la flor roja y le rocé la mejilla con el pulgar—. Dale a una mujer el pintalabios adecuado, y podrá conquistar el mundo. —Incliné la cabeza y besé sus suaves labios—. Estás preciosa.

Sus pestañas se abrieron con un aleteo.

—Recuerdo esa conversación —dijo, rodeándome el cuello con los brazos—. Fue en tu baño del club. Entraste y, bueno, pensaste que podría haber robado un Rolex.

No me importaban los relojes de pulsera.

—Confiaba en que no lo harías. —Retiró los brazos y yo le cogí las manos, entrelazando nuestros dedos—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió, desviando la mirada hacia la arena—. Con un poco de hambre. Hoy no me aguanta nada en el estómago.

Mis ojos se posaron en su vientre plano.

—¿El bebé te está dando guerra?

—Sí. —Arrugó la nariz—. Así que, como te puedes imaginar, estoy famélica.

Yo estoy bastante famélico solo de mirarla.

—¿Qué es eso?

Mi vista se posó en el unicornio.

—Oso.

—Parece un unicornio.

—Brad la llamó Oso.

Alexa se rascó el pliegue sobre la ceja.

—¿Por qué lo tienes tú?

—Lo ganó para ti —expliqué, entregándole la carga—. Toma.

Sin palabras, alborotó la mata de purpurina de Oso.

—No es que lo quiera especialmente.

Yo tampoco.

—Déjalo aquí. Seguro que alguien le da un hogar para siempre.

Demasiado considerada para su propio bien, Alexa sopesó la idea del abandono y cómo afectaría a su moral.

—¿Y si dejarla molesta a Brad?

—Ese tipo está por ahí en la playa con una mujer. —Agarré el unicornio y lo tiré a la arena—. A la mierda el peluche. Es un accidente en potencia.

Riendo por mi broma ligera, se frotó los brazos para quitarse un escalofrío.

—Apenas es peligroso.

—Ven. —Caminando hacia atrás, la alejo de la ajetreada playa, hacia los *food trucks*—. Déjame darte de comer.

—Oh —dijo con una voz sugerente irreconocible para mis oídos—. ¿Qué me darás de comer, señor Warren? —Su mano se deslizó por mi trasero, y mis cejas se dispararon—. ¿Y bien?

—Alexa. —Sujetándole la muñeca, la atraje hacia mí, bloqueando el paso de los peatones—. No me tientes.

La piel de gallina cubrió su piel.

—¿Tentarte a qué?

Un nudo se me atascó en la garganta.

—A follarte en ese callejón de ahí.

—¿Lo has hecho antes? —preguntó, genuinamente interesada—. Con otra persona, quiero decir.

—No voy a responder a eso. —Mujeres y sus preguntas trampa—. Solo que sepas que para mí vales más que un polvo duro contra la pared en un callejón lleno de meados.

—Liam. —Poniéndose de puntillas, me agarró la nuca con el puño, provocando mis labios con los suyos—. ¿Y si yo lo quisiera?

Alexa nunca había sido esa mujer, no en lo que respecta al sexo. Con el tiempo, sí, se volvió más audaz y experimentada, pero a ella le gusta el romance, el respeto, el afecto y el amor. La privacidad.

—Lo estás haciendo otra vez.

Sus definidas cejas se juntaron.

—¿Haciendo qué?

La honestidad es la mejor política.

—Creyendo que sabes lo que quiero.

—No se trata de ti —argumentó Alexa—. Y no me importa si ese callejón huele a culo de mofeta. Me pones cachonda ahora mismo, así que cógeme y reclámame, joder.

Alexa nunca dejaba de dejarme sin palabras.

Minutos más tarde, envuelto en la oscuridad apartada, la estoy empotrando contra una pared de ladrillo, besándola con cruda desesperación.

—Vas a ser mi muerte —gruñí, y ella enroscó las piernas alrededor de mi cintura—. Jodidamente preciosa. —Dejé un rastro de besos con la boca abierta a lo largo de su cuello. Mis dedos se aferraron dolorosamente al ápice de sus muslos—. Joder.

Extendiendo un brazo entre nosotros, me ayudó a sacar la polla con manos torpes, mientras la hebilla de mi cinturón tintineaba.

—Liam —gimió cuando mis dedos se hundieron bajo el fino encaje que protegía su coño, y su excitación goteaba—. Oh, Dios.

De fondo, una mezcla de conversaciones, música y sirenas pronto se desvaneció en la distancia. Le arranqué el tanga, lo tiré por encima del hombro y la alcé de nuevo en mis brazos.

Agarrándose al alféizar de la tienda sobre su cabeza, aguantó su peso. Me alineé y su espalda se arqueó mientras se estiraba hacia mí.

—Liam. —Nunca la había visto tan sexi. Su pelo alborotado y el pintalabios rojo corrido. Esos ojos dilatados. Sus suaves gemidos y su cuerpo tembloroso.

Estoy perdido por esta mujer.

La amaba entonces, la amo ahora y la amaré en el futuro.

—Alexa —gemí, con la frente en su hombro—. Jodidamente apretada. —Un brazo suyo descendió por mi espalda, manteniéndome cerca—. No conozco a esta nueva tú, pero no puedo decir que me oponga.

—Yo también la estoy conociendo —dijo sin aliento, sus afiladas uñas arañándome la nuca—. Oh, mierda.

Mis caderas se movieron a un ritmo de pistón, ganando impulso. Sus pezones duros me provocaban; un tono más oscuro visible a través del sujetador de encaje. Bajando la endeble tela, revelando sus pechos perfectos, cerré la boca alrededor de uno, chupando y mordiendo el endurecido pico. Su espalda se arqueaba con cada embestida, sus jugos empapando mi polla.

—Yo…

—¿Quién anda ahí abajo? —ladró alguien, y yo atrapé su caída de pánico—. Está acordonado…

Me retiré y ayudé a Alexa a ponerse de pie, arreglándole el vestido.

—Eres insaciable —susurré, mordisqueando su labio inferior—. Intentando meterme en líos, ¿eh? —Una tenue luz se filtró por el callejón, pero quienquiera que estuviera vigilando aún no nos había pillado—. Joder, te he roto la ropa interior.

Sonrosada y sonriente, Alexa me guardó el miembro, abrochándome el cinturón y la cremallera.

—Parece un viejo que necesita encontrarse una mujer.

—¿Necesito bajar? —llamó el tipo, enfocando con su linterna.

Cogí la mano de Alexa y la llevé en la otra dirección.

—Genial. Estoy empalmado y no puedo hacer nada al respecto.

Mirando por encima del hombro, ella vigilaba.

—Dios, ya viene.

—No hay problema. —Al doblar la esquina, pasando los contenedores de acero, nos reincorporamos a la feria, mezclándonos con los escandalosos aldeanos—. ¿Cenamos en la cabaña mejor? —Preferiría privacidad y tiempo a solas con Alexa. La cabaña ofrece un jacuzzi, con vistas a la playa desde el porche envolvente. Ella desnuda… joder. Estoy empalmado de nuevo, considerando el resultado de nuestra noche juntos.

La falda transparente de Alexa reclamó la chaqueta de mi traje. Se la puse sobre los hombros, la tela ocultando su figura.

—Gracias —dijo, ajena a mi razonamiento. Sus pasos flaquearon—. ¿Sabes qué? Suena como una idea fantástica. —Girando sobre sus talones, me soltó la mano, lista para desandar nuestros pasos—. Puedo preparar una ensalada o algo…

—¿Alexa? —gritó un caballero mayor, y su rostro abatido no me pasó desapercibido—. ¿Eres tú?

Adoptando una sonrisa falsa, se enfrentó lentamente al hombre que se acercaba.

Me erguí, un músculo se tensó en mi mandíbula.

Saludando educadamente y dirigiéndose a la gente en su camino, el tipo con vaqueros desteñidos, una camiseta blanca y una camisa hawaiana desabrochada, se detuvo, y luego estrechó a Alexa en su abrazo en el segundo en que sus ojos se encontraron.

—Me alegro de que hayas venido.

Ladeando la cabeza, me hice crujir el cuello, liberando una tensión febril.

Sofocada en su abrazo, Alexa le da al hombre una palmadita torpe en la espalda.

—Tony —dijo, su voz forzada inconfundible—. Sí, quiero decir…

Saber que el hombre desconocido era del pasado de Adaline Haines me infló el pecho. Tony siente un cariño innegable por Alexa, pero es estrictamente platónico; no es que tuviera motivos para dudar de ellos. Aunque sí dudé de ella, pensé, maldiciendo para mis adentros. Por un nanosegundo sin sentido, me había preguntado por qué tenía tanta prisa por huir, o si se había acercado a este hombre en mi ausencia.

—Esto, eh, Tony, este es Liam —nos presentó Alexa, y le di un firme apretón de manos—. Es mi… —Sus mejillas se hundieron—. Novio. Está de visita desde Londres.

—Encantado de conocerte. —Tony se pasó una mano por su pelo oscuro—. ¿Estás disfrutando de tu estancia? —Me miró de arriba abajo—. ¿No eres de los que se disfrazan?

No le gusto a Tony. Tomada nota, joder.

—Soy más de traje.

—Ya veo —murmuró con un falso destello de amabilidad—. Bueno, Alexa. He reservado una mesa en Neel's, el restaurante cerca del paseo marítimo. —El mismo restaurante donde me peleé con un camarero y avergoncé a mi mujer—. Espero que ambos os unáis a nosotros… —Sus finos labios se aplanaron—. He… eh, invitado a Camila. Sabe mucho sobre ti, y, bueno, me encantaría que la conocieras.

Alexa se quedó callada, jugueteando con su pulsera.

—Me gustaría.

Presentí un —pero — en alguna parte.

—Genial. —Dio una palmada—. ¿Vamos para allá?

—Pero me encuentro un poco mal —pretextó ella, y él pareció genuinamente desilusionado—. ¿Quizá en otro momento?

—Oh, sí, claro —tartamudeó Tony, sin saber muy bien qué hacer ahora que ella lo había despachado—. Mañana organizo una barbacoa. ¿Vendrás?

Su boca se abrió para negarse, así que intervine.

—Por supuesto. —Rodeando su espalda con un brazo, la acerqué a mi lado—. ¿Preferencia de bebida? —Sus ojos ardían en los míos—. ¿Un poco de vino, quizá?

—Sí, eso sería magnífico. —Le dio un apretón en el hombro que duró un poco más de la cuenta—. Bueno, pues, supongo que nos vemos entonces.

—Adiós, Tony.

Esquivándolo, Alexa se hundió en la chaqueta de mi traje y se marchó, dejándome a solas con un hombre confuso.

—Las hormonas —dije con calma, y Tony me lanzó una mirada de interés—. Alexa está embarazada. A menudo está cansada.

—Ah —desconcertado y con los ojos muy abiertos, Tony se rascó la nuca—. No lo sabía… Debería irme. De nuevo, ha sido un placer conocerte. No te olvides de traer a Alexa a la barbacoa.

Sin comprometerme, seguí a grandes zancadas los pasos apresurados de Alexa y la alcancé justo a tiempo para rodearla con mis brazos.

—¿Qué pasa? —Con su espalda contra mi pecho, apoyé la barbilla en su hombro—. No me obligues a sacártelo por la fuerza.

—Has reunido al señor Corbyn con su hijo, Noah. —Nos detuvimos junto a una fuente de agua, cuyos hilos corrían sobre la decoración de rocas—. Te lo agradezco, Liam. Verlos juntos… —Sus ojos se humedecieron al recordarlo—. Fue precioso.

Alexa me pidió que encontrara a Noah Corbyn. Para ser sincero, me limité a reenviar los detalles al sindicato. Si Noah está en casa, el resultado favorable no tiene nada que ver conmigo. Tiene todo que ver con Nate.

Recomponiéndose, Alexa me miró.

—Clarence me ha dado una carta que había recibido de mi madre. No sé qué pensar, Liam.

Fruncí el ceño.

—¿Qué decía?

Se mordisqueó el labio inferior.

—Afirmaba que Tony podría ser el padre de su hija. Y creo que el señor Corbyn quería que lo supiera. Insistió en que me quedara con el marco de la foto.

Nada me sorprende.

—¿Por eso has estado tan fría con Tony?

—¿Ha sido muy evidente? —preguntó, y asentí—. Mierda. No sé qué pensar al respecto. Quiero decir, a juzgar por la carta, Tony estaba al tanto del secreto de mi madre y, sin embargo, no me ha dicho nada.

—Tu madre no especificó a qué hija se refería.

—Soy yo —dijo con seguridad—. Kathy nació antes de que Tony regresara de la Marina Real, así que, a menos que mi madre tuviera hijos de los que no sé nada, tengo todos los motivos para creer que Tony podría ser mi padre biológico. —Sin embargo, la idea de que otro hombre que no fuera Patrick Haines pudiera ser su padre, a

primera vista, la disgustaba—. ¿Por qué no me lo dijo? O, después de que Kathy y yo reapareciéramos tras años de cautiverio, ¿por qué no vino a buscarme? No le importa, ¿verdad? Está contento de que ande por aquí para aliviar su conciencia, pero no está interesado en construir una relación de padre e hija o…

—Alexa, respira —interrumpí su perorata sin aliento, rodeando su nuca con la mano—. Estás confusa y haciendo preguntas que solo Tony puede responder. —Si ese hijo de puta le rompe el corazón a mi mujer, juro que acabaré con él, joder—. Ya no eres esa niñita, ¿recuerdas? Eres fuerte, implacable. Si quieres algo, lo consigues.

Sus ojos buscaron los míos.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Te estoy diciendo que aceptes su invitación, vayas a su casa y exijas respuestas. —Si Tony trata a Alexa con condescendencia o simplifica este asunto con frivolidad, se las verá conmigo—. Esta noche, nos vamos a casa. —Le pasé el brazo por el cuello y le besé la punta de la nariz—. Quiero follarme a mi mujer. ¿Algún problema?

La preciosa sonrisa de Alexa me partió el corazón.

—Ninguno en absoluto.

Algo indescriptible, trascendental y que nos cambiaría la vida ocurrió entre nosotros. Lo supe… lo sentí.

—¿Qué pasa, Liam?

—Estoy enamorado de ti —dije, guardándome para mí mis divagaciones sobre las posibilidades.

CAPÍTULO 21

Alexa

He leído la carta de mi madre al señor Corbyn innumerables veces. Aun así, su sentimiento de culpa y vergüenza me sumergen en un millón y una de preguntas. Ojalá estuviera aquí, viva y respirando, para poder preguntarle qué significa todo esto, para que sus tranquilizadoras palabras despejaran mi cabeza. Pero no está aquí. Adaline Haines murió hace mucho tiempo, y es una desafortunada verdad que debo aprender a aceptar.

Doblo la carta, la guardo, me levanto de los pies de la cama y me anudo la toalla sobre el pecho. Liam duerme boca abajo en el colchón, con el edredón revuelto enredado entre sus piernas. Me encanta verlo así, desnudo ante mí y ajeno al mundo. Desarmado y lejos de la organización. Es una imagen de la que nunca me cansaré: su pelo alborotado y su musculoso cuerpo despatarrado sobre las sábanas. La cama que elige compartir conmigo.

Pasamos la mejor noche juntos: una cita improvisada con las pintorescas vistas de la costa por la noche. Preparé una cena de medianoche que ninguno de los dos tocó. Está en la mesa del comedor, sin tapar y fría como una piedra. En su lugar, nos deleitamos en el jacuzzi, uno frente al otro. Él bebía Macallan, mientras yo iba a cada rato a la tetera para rellenar mi taza de té. Todo lo que hablamos carecía de importancia. Fue agradable, sin

embargo. Normal. Temas de conversación que una pareja cualquiera podría compartir: la vida, los amigos, la familia, el amor y las ambiciones. Nada oscuro o deprimente. Ni informes del sindicato ni cargas desagradables.

Relajado y moderadamente ebrio, lo que ya era una visión poco común, Liam me hizo una seña con un dedo adornado con un anillo. Era una orden silenciosa para que me quitara la ropa interior que usaba como bañador y me subiera a su regazo. Lo monté en el agua tibia y profunda, salpicada por la efervescencia de los chorros. Me observaba mientras lo trabajaba. Sus manos se aferraron al borde del jacuzzi para no tocarme. Sin embargo, su resistencia se quebró antes de que yo estallara. Segundos después, mi cuerpo empapado se encontró con la cama mientras él hundía la cabeza entre mis piernas.

Al amanecer, Liam se duchó y yo me sumí en un sueño sin sueños. Hace treinta minutos, me metí bajo el grifo, dejando que los chorros eliminaran el dolor de mi cuerpo. Dios, amo a ese hombre, pero es brutal en la cama. Nunca deja de dejarme marcas posesivas, moratones dolorosos en la piel y mordiscos en el cuello. Todavía lo sentía sobre mí: sus manos ásperas y sus labios deliciosos.

Dejando caer la toalla, me subí a la cama a gatas y me senté a horcajadas sobre la parte baja de su espalda. Me incliné y besé su espina dorsal de arriba abajo. Sus cejas se fruncieron y los cordones de músculo de sus hombros se tensaron, pero al oír mi voz susurrante en su oído, pronto se relajó, reconfortado por mi cercanía.

—Estás delicioso, señor Warren.

—No empieces con esa mierda —gruñó sin abrir los ojos—. Ven aquí.

Apreté los labios.

—Estoy aquí.

—No. —Agarrándome la muñeca, tiró de mí hacia el colchón a su lado y se colocó sobre mí. Apoyó las manos en la almohada, sus rasgos cansados se relajaron y aquellos penetrantes ojos azules se ajustaron a la luz—. Ven. Aquí.

—Me encanta verte así —dije sin dar más detalles, acariciando su mandíbula sin afeitar—. Eres precioso, Liam.

—Guapo, con eso puedo vivir —bromeó a medias, mordisqueándome el lóbulo de la oreja—. Déjame a mí todo eso de —preciosa —, nena.

Le clavé las uñas en la espalda. Él siseó, hincándome los dientes en el hombro.

—Te deseo.

—Apenas puedo andar por lo de anoche —dije sin rastro de alegría, aunque no tenía intención de negarme a este hombre—. ¿Qué te hace pensar que puedo contigo otra vez?

—Eres mi mujer. —Con su frente contra la mía, acarició su gloriosa erección e introdujo suavemente la gruesa corona en mí—. Puedes con todo.

Mi tenso cuerpo se aferró al suyo. Abrí más los muslos, creando espacio para que se acomodara. Hundido hasta el fondo, deslizó una palma por mi muslo, agarrándome por detrás de la rodilla y hundiéndose más profundo. Contuve el aliento ante el grosor, la plenitud y lo dolorosamente bueno que era.

—¿Te gusta eso? —carraspeó, retirándose un poco para volver a embestir.

—Bésame —susurré, mis dedos alborotándole el pelo oscuro.

Liam apoyó los antebrazos a cada lado de mi cabeza, la bajó y separó mis labios con una caricia de su lengua. Presionando sus caderas contra las mías, me besó lentamente, un gemido erótico pasando de su boca a la mía.

Estirándome de forma insoportable pero maravillosa, empezó a moverse. Levanté las caderas, correspondiendo a sus embestidas intensas y potentes. Con manos impacientes, le agarré el trasero y sentí la pasión con la que me follaba.

Giré la cabeza hacia un lado con un gemido prolongado, y él aprovechó la oportunidad para succionar la piel de esa zona, mordiendo y besando la columna de mi cuello. Su mano se apoderó del hueso de mi cadera, inmovilizándome mientras entraba y salía.

Inesperadamente, me corrí, larga y vorazmente, pero ansiaba más de él. No deseaba que Liam se resistiera o se contuviera. Sobreestimulada y demasiado sensible, lo rodeé con mis brazos y piernas. Recuperándome de un orgasmo absorbente, grité su nombre sin cesar, lo que lo animó a embestir más fuerte, más rápido.

Liam se retiró y me dio la vuelta sobre el estómago.

—De rodillas —ordenó con voz gutural, y de una manera obsequiosamente elegante, bajé la cabeza—. Buena chica. —Rozó mi trasero con los nudillos, me agarró la cintura y se hundió hasta el fondo—. Joder. —Sus labios se deslizaron por mi columna, delineando las intrincadas alas de ángel—. ¿Me amas?

—Sí —dije sin aliento, agarrándome a las sábanas—. Siempre.

Liam se encajó hasta el punto de no retorno, los movimientos se sucedieron mientras reclamaba mi cuerpo. Martilleaba e impulsaba su polla, sus dedos dejando marcas en mis caderas. Impotente y a su merced, arqueé la espalda, echando la cabeza hacia atrás. Me agarró el pelo con el puño y tiró de mí para incorporarme, colocando una mano sobre mi estómago. Me rodeó el cuello con el brazo y yo extendí la mano para sujetarlo por el antebrazo. Las embestidas se volvieron más frenéticas mientras perseguía su orgasmo. Succionó la zona sensible bajo mi oreja y murmuró obscenidades que, involuntariamente, me sonrojaron las mejillas.

Liam estaba cerca. Reconocí las señales, pero cuando el cabecero de la cama de Jace empezó a golpear contra la pared, ambos nos quedamos quietos. Unos gemidos femeninos, salvajes y

pornográficos, inundaron la habitación. No había considerado cómo se sentirían Jace o Brad al escuchar mis gemidos de placer; sin embargo, cuando los papeles se invirtieron y tuve que soportar tal repugnancia, quise apuñalarme los oídos y quedarme sorda.

Sonriendo en mi nuca, Liam deslizó los dedos entre mis pliegues húmedos y rodeó mi dolorido clítoris.

—Ignóralos.

El cabecero se estrelló más fuerte, violentamente abrumador.

—Bueno —respiré, incapaz de creer que Jace pudiera ser tan brusco en la cama—, no es tan fácil de ignorar cuando la mujer suena como si la estuvieran descuartizando. —Me pellizcó el sensible núcleo y mi espalda se curvó—. Oh, mierda.

En cuestión de segundos, el volumen del júbilo erótico de la mujer se convirtió en algo secundario. Liam me aprisionó en sus brazos dominantes y me condujo a través de oleadas de placer y orgasmos que me hicieron retorcer los dedos de los pies. No quedó satisfecho hasta que convulsioné y me estremecí en una secuencia de clímax. Solo entonces, aceleró el ritmo y finalizó el suyo.

Sin huesos y sin peso en su abrazo, apoyé las rodillas en la cama y acompañé sus martilleantes caderas, empujando mi trasero contra él. Me apreté deliberadamente alrededor de su polla en movimiento, y él lo aprobó, agarrando mis pechos y apretándolos. Con una sobrecarga de sensaciones, empujó mi cara de nuevo contra la almohada, sujetó mi pelo en un puño apretado y sacudió las

caderas. Pulsando su liberación, eyaculó su esperma caliente dentro de mí con un gruñido bajo y salvaje, y, como la yegua insaciable que soy, volví a desearlo.

—Joder —dijo entre dientes, suavizando el agarre de mi pelo.

Liam se retiró con cuidado, y yo hice una mueca, apretando los muslos. Empapado en sudor, cayó de espaldas a mi lado, regulando su respiración errática.

Perezosamente, le pasé un brazo por la cintura y le arreglé la cadena militar sobre el pecho.

Entrelazando nuestros dedos, se llevó mi mano a la boca y me besó la cara interna de la muñeca.

—Tenemos que hablar.

—Esa parece una conversación terriblemente seria, Liam. —Su sentido de la oportunidad era impecable—. ¿Puede esperar?

—No es nada grave —aseguró mientras mis dedos acariciaban sus labios—. Me necesitan de vuelta en Londres. —Su garganta se movió —. Nos vamos mañana.

Un dolor inamovible me oprimió el pecho.

—¿Tú y Brad?

Asintió.

¿Por qué no me exige que me vaya con él?

—¿Adónde irás?

Confundido por mi pregunta, me miró fijamente.

—A los negocios.

—Yo también estoy casi lista para irme —confirmé, y aunque él nunca es de mostrar emociones, no intentó ocultar su alivio—. La semana que viene, una vez que haya pasado un poco más de tiempo con Tony… —para averiguar si hay algo de verdad en la carta de mi madre— vendré… ——A casa —, pensé, sabiendo que ya no tenía ningún lugar al que poder llamar mío. No más.

—¿Qué pasa? —Recolocándose de lado, se giró hacia mí, apartando mechones de pelo de mi cara—. ¿Por qué te has puesto triste de repente?

Forcé una sonrisa.

—Soy más feliz que nunca, Liam.

Incrédulo, Liam buscó el engaño en mis ojos, que no parpadeaban.

—¿Necesitas una copa? —pregunté, deslizándome fuera de la cama y buscando una camiseta—. Algo de comer, quizás.

—Café. —Girándose sobre su espalda, cruzó los brazos bajo la cabeza—. Ponte ropa interior o no me haré responsable de partirle el cuello a Jace.

Me detuve junto a la puerta.

—¿Y Brad?

Liam permaneció impasible.

—Él no se atrevería a mirarte de forma inapropiada.

Entrecerré los ojos.

—Jace tampoco. —Cuando el músculo de su mandíbula se contrajo, puse los ojos en blanco—. Vale. —Abriendo un cajón, encontré el par de bragas más indecoroso que tenía, una talla más grande y salpicada de purpurina deshilachada—. ¿Te gustan? —Me las puse, sin perderme la mueca de asco de sus labios—. Compré la talla equivocada. Han estado acumulando polvo y alojando polillas ladronas desde entonces.

Se incorporó sobre los codos.

—¿De qué coño estás hablando?

Dios, a estas alturas, ni siquiera tengo una respuesta razonable.

—Entonces, ¿qué tal estoy? —Dándole la espalda, me levanté la camiseta y modelé mi trasero horriblemente decorado—. ¿Crees que atraeré a Jace y Brad con estas preciosidades?

—¿Intentas cabrearme? —Se levantó de la cama, y mis ojos desvergonzados no se apartaron de toda esa perfección que colgaba entre sus piernas—. ¿Alexa?

—¿Sí? —Parpadeé para aclarar mis pensamientos pervertidos—. Sí, ¿qué decías?

Una sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios.

—Mis ojos están aquí arriba —dijo, y salivé al pensar en arrodillarme y tomarlo en mi boca—. ¿Nena?

Me lamí los labios, de repente secos.

—¿Sí?

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó, entrecerrando los ojos—. ¿No te satisfago? Has estado hipersexual últimamente.

—¿Es eso una queja? —Me crucé de brazos—. ¿Preferirías una mujer que despreciara la idea del sexo y fingiera migrañas? Sí, estoy caliente por mi hombre. Muy caliente, de hecho. —Observé de nuevo

su miembro semiduro. Joder. Soy incorregiblemente lasciva—. ¿Las mujeres embarazadas experimentan un aumento de la libido? —Sentí las mejillas calientes y sonrojadas—. Joder.

Llevándose las manos a la nuca, los ojos de Liam se movieron de mí a la cama.

—¿Quieres otra vez?

—¿Qué? —Arrugué la cara—. No. Me refería en sentido figurado, Liam. No literal —balbuceé, cogiendo un folleto de la cómoda para abanicarme—. Ya sabes, —joder —, en plan, ¿qué me pasa?, ese tipo de —joder —.

Se llevó una mano a la barbilla.

—Alexa.

Inhalé.

—¿Sí, Liam?

—Ve a por el café.

—Claro, por supuesto. —Lanzando el folleto, abrí la puerta del dormitorio de golpe y la cerré de un portazo a mi espalda—. Zorra dócil. —Sacudiendo la cabeza, mortificada, voy directa a la cocina y

me detengo en seco. Oso, el unicornio abandonado, reina con aire de suficiencia en el sofá—. Este día no podría ser más raro.

Puse la tetera y preparé una taza para Liam mientras, simultáneamente, ordenaba y despejaba la mesa. Preguntándome si Brad se habría quedado en otro sitio anoche, ya que el sofá no tenía mantas ni almohadas, me asomé por la ventana. Su Bentley está aparcado al otro lado de la calle.

—Extraño. —Quizás él es el que está ocupando a una mujer en la casa de al lado, y Jace se quedó a dormir en casa de Kim, ese golfo.

Abriendo las puertas del porche, me aventuré fuera para limpiar el desorden de la escapada sexual de anoche, recogiendo el traje de Liam de la mesa y llevándolo adentro. Tirando el reciclaje a la basura, doblé la chaqueta de su traje, y su teléfono cayó sobre la encimera, incitándome a investigar.

—Mierda. —Está mal mirar, pero mi vena traviesa pudo más que yo. Mirando hacia el dormitorio para comprobar que Liam no estaba allí, pulsé la pantalla y husmeé sus notificaciones. Mientras me desplazaba hacia abajo, un nombre eclipsó al resto.

Hellen Bennett.

Mis fosas nasales se ensancharon.

Liam no usa contraseña, así que invado su privacidad, revisando los mensajes y el registro de llamadas. La mayoría son llamadas sin

respuesta, pero en las últimas dos semanas, ha contestado a la zorra sanguijuela. Una llamada duró quince minutos.

Un velo carmesí teñido de sangre cubrió mis ojos.

Miré furiosa la puerta del dormitorio, imaginando las muchas maneras en que me gustaría desmantelar esa polla que una vez consideré la perfección.

Hellen: Te echo de menos.

Hellen: ¿Cuándo podré volver a verte?

Hellen: Me siento traviesa. ¿Quieres una foto?

Estrujé el teléfono en mi mano y lo arrojé sobre la encimera.

¿Cómo coño se atreve Liam a acusarme de nada con respecto a Jace cuando él sigue dándole coba a esa mujer trastornada?

Sonó con otro mensaje.

No pude evitarlo.

El nombre de Hellen apareció en la pantalla.

Con una rabia incontenible, salí furiosa de la cabaña, cerré la puerta y contesté su llamada.

—¿Liam? —la exasperante voz de Hellen sonó en el auricular—. ¿Por qué no has respondido todavía a mis mensajes? Y no me mientas. Recibo una notificación cada vez que lees uno. ¿Y qué pasa con las llamadas? Me ignoras con tanta crueldad. Por favor, ¿qué he hecho para merecer tanta frialdad de tu parte? —Llegaron sus sollozos, pero yo estaba demasiado insensible para que me importara o sentir lástima por ella—. Estoy de luto por la pérdida de mi padre. Deberías estar ahí para mí. No con palabras, Liam. Te necesito aquí para consolarme.

—Hellen —dije con voz baja, tranquila pero mortal—. Voy a decir esto una sola vez. Deja de llamar a mi novio. Y lo mismo va para los mensajes…

—¿Perdona? —chilló, y el aborrecimiento reemplazó a sus lágrimas —. ¿Quién es? ¿Por qué contestas al teléfono de mi pareja? ¡Qué falta de respeto por tu parte! —espetó con vehemencia mientras yo me estudiaba las uñas pintadas de rojo—. Repugnante zorra. Ponlo al teléfono ahora mismo.

—No puedo hacer eso —dije con regocijo, observando las olas romper contra el acantilado en la distancia—. Liam está dormido… en mi cama. De hecho, probablemente debería volver con él…

—Oh, mírate. ¿Intentas herir mis sentimientos? —dijo con condescendencia, burlándose en mi oído—. Disfrútalo mientras dure, niñita. Volverá a mis brazos antes de que acabe la semana. No te quepa la menor duda.

—¿Es tu mente loca la que habla de nuevo, Hellen? La última vez que comprobé, Liam estaba conmigo. No contigo…

—Y vuelve a casa mañana —interrumpió, y la conversación que había tenido con Liam antes me cayó encima como una tonelada de ladrillos—. No estás tan habladora ahora, ¿eh?

—Voy a matarte —la amenacé, y lo decía en serio—. Tú… —Detuve mi lengua desbocada antes de que soltara verdades, mordiéndome el interior de la mejilla—. Esta es mi vida, Hellen. No la tuya. Ya me has quitado bastante. —Colgué la llamada, ahogué un grito de indignación y volví a entrar en la cocina.

Ya no me importaba si Liam me veía con su teléfono. Y puede hacerse su maldito café él mismo.

Mi mano casi alcanza el pomo de la puerta del baño cuando esta se abrió de golpe, y un desvergonzado Brad Jones en toda su desnuda gloria me saludó. Mi mirada se posó inevitablemente en su virilidad oscilante y…

—Oh, Dios. —Me tapé los ojos con una mano—. Brad. Joder. Ponte algo de ropa. —Ese hombre la tiene como un caballo, y me aterroriza—. Ahora.

Su cuerpo sudoroso y desnudo rozó el mío al salir del baño.

—Arreglado.

No me fiaba de él. Echando un vistazo entre mis dedos, comprobé que no me estuviera tomando el pelo.

—¿Un cojín? —dije sin expresión, con las manos en las caderas—. Me refería a cubrirte de verdad, Brad.

Con el cojín en la entrepierna, se rascó la barbilla.

—¿Puedo irme ya?

—¿Por qué tienes que pasearte desnudo? —Tenía que preguntar. Me saca de quicio—. Tienes una panoplia de ropa de diseñador a la moda, y sin embargo, veo más tu maldito trasero que el de Liam. Sabes que eso no es normal, ¿verdad?

Anticipando una explicación, ladeé la cabeza, y entonces la puerta del dormitorio de Jace se abrió. Preciosa y completamente follada, una rubia escultural se contoneó hacia el salón, impecablemente desnuda.

Se me cayó la mandíbula al suelo.

Guiñándole un ojo al muy cabrón presumido, ignoró por completo mi presencia y se encerró en el baño. Mis ojos se fijaron en la puerta cerrada, pero no fue su exhibición descaradamente promiscua lo que desató el caos en mi cerebro. Fueron los gemidos entrecortados de otra mujer, que resonaban desde el dormitorio de Jace.

El calor subió a mi cara.

—¿Qué está pasando?

Mis pies se movieron por su cuenta y tomé la idiota decisión de verlo por mí misma. De piel pálida y cubierto de tatuajes, observé un reconocible culo tatuado flexionándose mientras Jace martilleaba a una pelirroja de piernas largas, que estaba despatarrada como una estrella de mar muerta en la cama. Murmuré algo completamente indescifrable y deseé lejía pura para limpiar el horror de mis ojos.

—Oh, sí, sí, sí —canturreaba la compañera de cama junto con los gemidos guturales de Jace—. Oh, qué bueno. Qué bueno. No pares… eso es. Justo ahí.

Mi ojo izquierdo tembló, y me estremecí de asco.

—He entrado en una zona ambigua. —Es una pesadilla de vaginas húmedas y demasiada carne oscilante—. Yo… —La puerta del baño chirrió, y la rubia reapareció—. ¡Brad!

—Vamos, papi —ronroneó con un guiño gatuno, pavoneándose—. Pulso por ti.

Gimiendo de anticipación, Brad me lanzó una mirada impaciente.

—¿Hemos terminado?

Boquiabierta y cada vez más perpleja, lo señalé con un dedo acusador.

—¡Has corrompido a mi mejor amigo!

—Yo no he corrompido una mierda —se defendió, mirándome como si me hubiera salido un tercer pezón—. ¿Es que no conoces a ese hombre de nada?

—Lo conozco —dije con decisión, desafiándolo a discutir mi amistad con Jace—. Mi amigo no se comporta como un libertino mujeriego y sin remedio, a diferencia de alguien que yo conozco.

Brad se ofendió por mi despectiva insinuación. Dejando caer el cojín al suelo de madera en señal de desafío, se cruzó de brazos.

—Alexa, no convencí a Jace para que hiciera algo que no quisiera. Esas mujeres —lanzó una mano hacia el dormitorio de Jace— iban a irse a casa con él de todas formas. Yo solo soy lo bastante descarado como para autoinvitarme a la fiesta.

—Fiesta —repetí, rascándome la cabeza—. Eso no es una fiesta, Brad. ¡Eso es un puto gangbang!

Amasándose la barbilla sin afeitar, soltó una carcajada.

—¿Un qué?

Inhala, Alexa.

—¿Por qué te burlas de mí?

—Alexa —dijo con una mueca, sin poder disimular la diversión—, creo que el término que buscas es una orgía.

Sin entender por qué la terminología correcta importaba, levanté las manos con frustración.

—¡Brad!

—Como decía —replica, inquietándose—, tuvimos una fiesta.

—Teniendo —le corregí, señalando lo obvio—. Presente. Todavía está en pleno apogeo ahí dentro.

—Es solo sexo, Alexa. —Brad exhaló un largo suspiro—. ¿Por qué tienes que darle tanta importancia?

—Solo sexo —murmuré, deseando entender su lógica—. ¿Cómo pueden dos hombres, que apenas se soportan, follar y llamarlo convencional? Pasar toda la noche con mujeres… mujeres sin nombre a las que nunca volveréis a ver.

Una de las damas gritó en el fondo, y fruncí los labios.

—En realidad, no respondas. Nada de esto tiene sentido logístico. —Frotándome las palmas sudorosas, me dirigí a mi dormitorio, donde es más seguro—. Si me disculpas, tengo asuntos que resolver.

Cerré la puerta deliberadamente.

Liam sigue sin vestir. Yace boca abajo, levantando la cabeza cuando nuestras miradas se encuentran.

—¿Olvidaste el café? —Al percibir mi firme enfado, se incorporó y se sentó al borde de la cama—. ¿Qué pasa?

Las palabras murieron en mi lengua. Sentí una mezcla de tristeza, decepción, ansiedad y una creciente truculencia.

Poniéndose unos calzoncillos tipo bóxer negros, Liam se irguió, evaluándome, rascándose el pecho desnudo.

—¿Algún problema?

Sí, muchos problemas.

Liam es un putero.

Brad es un putero.

Jace es un putero.

Todos los hombres que me rodean son Casanovas sin vergüenza.

El cabecero de Jace golpeó la pared, y luché por contenerme.

—¿Estás oyendo esto?

Indiferente a sus actividades extracurriculares, Liam enarcó una ceja.

—Chicos siendo chicos, Alexa. —Empezó a vestirse con un traje azul real—. No es para tanto.

—Hombres adultos que se comportan como adolescentes.

—Disfrutando de sexo consentido —dijo con firmeza, abotonándose la camisa.

—Estoy harta de ello. —Pasándome una mano por el pelo, empecé a caminar de un lado a otro—. Estoy harta de todas las mujeres.

Los dedos de Liam se detuvieron en el último botón. Lo dejó desabrochado y capturó mi mirada con la suya, acusadora.

—¿Qué coño está pasando, Alexa? Y no me vengas con gilipolleces sobre la vida sexual de Brad y Jace. No me lo trago.

Estoy enfadada por la llamada de Hellen, y debería saber que no debo preguntarle a Liam por qué sigue siendo un problema, porque es inaccesible.

—Juraste que no habría otras mujeres —dije lo impensable, sabiendo que lo pondría a la defensiva—. Y, sin embargo, Hellen te envía

mensajes y llama a tu teléfono sin cesar. ¿Y lo que es peor? —añadí, al borde de las lágrimas—. Tú le das coba. Tuviste una conversación entera con esa mujer, pero nunca me lo dijiste. Eso es sospechosamente cuestionable. Estoy en mi derecho de exigir respuestas… ah, y para rematar, Hellen sabía que estabas de vacaciones y que vuelves a Londres mañana. ¿Cómo? Puede que no sea la mujer más lista del mundo, pero me suena a que vosotros dos habéis tenido contacto recientemente.

—Revisaste mi teléfono —replicó él, ignorando todo lo que había dicho—. Alexa, no tenías ningún puto derecho…

—¿Que no tenía derecho? —lo desafié, oyendo la puerta principal cerrarse detrás de esas buscadoras de pollas risueñas—. Que yo revise tu teléfono no es relevante, así que deja de andarte con rodeos y responde a mis preguntas.

Apretando la mandíbula, se calzó con rabia sus zapatos de cuero.

—Esto es una puta locura.

—No, lo que es una locura es que la persona que se supone que me ama siga simpatizando con una mujer que llora al hombre al que una vez llamé padre.

La furia ennegreció sus ojos.

—No simpatizo con nadie, y lo sabes —ladró, con la cara roja de ira —. Ya te expliqué mi situación con Hellen. No esperes que dé más

explicaciones. No significa nada para mí. Nada. No voy a justificarme de nuevo.

No quería llorar, así que aparté la mirada y me mordí el labio inferior lo suficiente como para sentir un agudo escozor.

—Nena, ven aquí. —Acercándose, Liam me agarró la mandíbula, pero le aparté la mano de un manotazo—. Alexa, por el amor de Dios. Mírame.

Quería creerle, pero había habido demasiadas señales de advertencia. Fue Cherry al principio, y ha habido un puñado de mujeres desde entonces. Estoy celosa y no puedo soportarlo. ¿Cómo podemos reconstruir la confianza cuando él está decidido a ocultarme verdades?

—¡Liam! —Me agarró el pelo con el puño, y yo chillé por la repentina molestia en mi cuero cabelludo—. ¡Suéltame!

Estampándome la espalda contra la pared, presionó con más fuerza, y yo gemí.

—Mírame. —Cuando desvío la mirada, sus dedos se aprietan, obligándome a hacer lo que me ordena—. No voy a aguantar esto todo el tiempo. Dejé Londres para estar aquí contigo, para demostrarte cuánto te amo. —Me agarró del cuello—. Tuve la mejor noche de mi puta vida contigo… me desperté contigo en mis brazos… jodidamente perfecto. No quiero discutir por gilipolleces. ¿Por qué arruinarlo?

—Tu puta lo arruinó, Liam —gruñí, agarrándole la muñeca y clavándole las uñas en la carne—. No me culpes a mí porque no puedes mantener a tus zorras a raya.

—Hellen no es un problema… no en lo que a nosotros respecta. ¿Es una amenaza para el sindicato? Sí, una mujer despechada gobernada por hombres de alto estatus puede, sin duda, llevar mi imperio a la ruina, pero estoy trabajando en ello. Mis hombres la vigilan todo el tiempo. En cuanto Bennett pierda la seguridad, la recompensa por su cabeza entrará en juego. Desaparecerá. Dejará de ser un problema…

—Eso no explica por qué te quedaste hablando con ella por teléfono más de quince minutos. —Le di un empujón en el pecho con las palmas de las manos, y él retrocedió—. Lárgate y punto.

Apretando la mandíbula, Liam se puso la chaqueta del traje.

—No. ¿Sabes qué? Querías sacarme de mis casillas, joder. Pues te voy a dar gusto —dijo bruscamente, y una sensación nauseabunda me estalló en el estómago—. Me gusta follar. He follado muchísimo. Me importaba una mierda de dónde sacaba un coño, siempre y cuando pudiera follármelo.

Arrugué la nariz.

—Eres asqueroso.

—Me dedicó un chasquido con la lengua—. No aparento lo contrario. Sin embargo, fui lo bastante idiota como para ahogarme en tu coño. ¿Y toda esta mierda? —Me recorre con la mirada, asqueado—. Me recuerda todas las razones por las que evito las relaciones. No me interesa. —Sus ojos eran fríos e indiferentes—. Ninguna zorra vale este puto dolor de cabeza…

—Lo interrumpí con una bofetada en la cara, y su cabeza se giró bruscamente hacia un lado por el impacto. Se llevó la mano a la mandíbula y lentamente me devolvió su mirada feroz.

El miedo me arañó por dentro. Mis ojos le suplicaron que se marchara. Pegué la espalda a la pared—. Liam —susurré.

Liam soltó un gruñido incontenible. De repente, dio un puñetazo a la pared junto a mi cabeza, y yo me encogí hasta convertirme en un mar de lágrimas. Agarrándome la mandíbula con los dedos manchados de sangre, me robó un beso firme mientras yo contenía el aliento, y luego salió furioso del dormitorio. La puerta se hizo añicos con un fuerte estruendo.

En el momento en que oí a Brad correr tras Liam, me fallaron las piernas y caí de culo al suelo. Llorando desconsoladamente de rodillas, agaché la cabeza avergonzada, arrepintiéndome de toda la conversación con Liam.

¿Por qué no puedo dejar pasar esta animadversión hacia Hellen?

¿Por qué tengo que ser tan celosa?

—¿Alexa? —Jace llamó a mi puerta y entró—. ¿Qué ha pasado? —Se agachó frente a mí y me apartó las manos de la cara—. Habla conmigo.

—Jace, creo que lo he estropeado todo —balbuceé entre sollozos, viéndolo doble—. Hellen llamó al móvil de Liam y no pude controlar mi rabia. Me sentí engañada, traicionada. A ver, ella sabía que Liam volvía a casa mañana, así que eso significa que él se lo confirmó, ¿no? Dime que no son imaginaciones mías. —Sollocé, y las lágrimas calientes me corrieron por las mejillas—. Quiero creerle, de verdad, pero toma decisiones cuestionables y no soy capaz de ver más allá.

Aparentemente indeciso, Jace desvió sus ojos verdes, evaluando la situación.

—La odio —susurré, y nuestras miradas volvieron a encontrarse—. Hellen tuvo la suerte de ser amada por un hombre que yo anhelé mientras crecía. Y por si esa no fuera razón suficiente para guardarle rencor, ahora tengo que aceptar su relación con Liam. No —escupí, saboreando las lágrimas saladas en mis labios—. Puede quedarse con el recuerdo de mi padre, pero a Liam no me lo va a quitar también. —Con el pecho subiendo y bajando a un ritmo irregular, solté un sollozo ahogado, inspirando entrecortadamente—. Oh, Dios. —El pecho me oprimía demasiado y el mareo me aturdía—. No puedo respirar…, Jace.

—Alexa. —Jace me sujetó la cabeza—. Mírame y respira hondo. —Abriendo y cerrando la boca, jadeaba en busca de oxígeno, con la sangre latiéndome en los oídos—. ¡Alexa! Piensa en el bebé —dijo con su voz de barítono, lenta y como en trance—. En el bebé, Alexa.

Aferrándome a la parte delantera de su camiseta, me obligué a concentrarme en su rostro, a observar el movimiento de sus labios y a despejar el bloqueo de mis oídos… —Puedes hacerlo —repitió con voz monótona, y yo asentí gradualmente, mis pulmones expandiéndose con una ligera inhalación—. Sigue así. —Cada respiración era menos trabajosa; una oleada de aire fluía por mi tráquea—. Joder.

—Estoy… —Inspira, espira. Me aclaré la vista y tomé una profunda y revitalizante bocanada de aire—. Lo siento.

Jace soltó un suspiro de alivio, y su cálido aliento me apartó unos mechones de pelo de la frente—. Mierda. —Apoyó su frente contra la mía—. Me has asustado, Alexa.

Las náuseas me subieron por la garganta—. Voy a vomitar. —Apartándolo, me puse en pie a trompicones y casi me caigo al suelo cuando los brazos de Jace me rodearon la cintura—. Oh, Dios. —Mis piernas entumecidas me lo impedían—. Jace… —Demasiado tarde. Me incliné y dejé el suelo hecho un asco, vaciando todo el contenido de mi estómago—. ¡Odio mi vida!

El pecho de Jace vibró contra mi espalda mientras reprimía la risa—. Yo lo limpio. —Ayudándome a caminar hasta la cocina, me dejó caer en el sofá y me quedé allí, muerta de vergüenza, mientras él fregaba el suelo.

Apareció un vaso de agua. Le di las gracias a Jace y bebí sedienta, dejando el vaso vacío sobre la mesa de centro. Cuando vi que tardaba más de lo necesario en la cocina, fui a buscarlo—. ¿Qué haces?

—Preparando unos cereales. —Jace vertió leche sobre una montaña de Shreddies—. ¿Quieres?

—No, estoy bien. —Levantándome con cuidado del sofá, arrastré los pies hasta la cocina y me apoyé en la encimera, justo frente a él—. Le he pegado.

Jace se llevó una cucharada de cereales a la boca—. Warren ha aguantado cosas peores que un guantazo.

El estilo de vida al que Liam está acostumbrado no justifica mi comportamiento imprudente.

Me quedo mirando el pecho desnudo de Jace—. Creía que llevabas una camiseta.

—La llevaba —murmuró, masticando—. Hasta que mi compañera de piso ha vomitado algún que otro órgano.

—Qué asco. —Me apreté el puente de la nariz—. Debería darme una ducha… —Mi mirada se posó en su pecho lleno de marcas, en los arañazos y rasguños rojos e inflamados que le laceraban los brazos y el cuello.

Jace notó mi escrutinio—. ¿Qué?

Chasqueé la lengua sin motivo—. Has tenido una noche divertida.

Esquivo, se encogió de hombros—. Algo así.

La risa brotó de mí—. Estaba horrorizada. —Las preguntas florecieron en mi cabeza—. ¿Y Brad?

Su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué pasa con él?

—Bueno… —Fruncí los labios mientras buscaba las palabras precisas —. ¿Vosotros, como que, ya sabes? —Se distrajo en silencio—. ¿Sabes? —Entrelacé los dedos y los entrechoqué, una demostración extraña pero práctica—. ¿Sí?

—Alexa —se atragantó Jace, tosiendo y farfullando contra un puño —. No me follé a Brad.

—¿No? —Perpleja, me rasqué la cabeza—. ¿No hicisteis nada? ¿Ni un beso, ni un toque atrevido?

Pálido, apretó los labios—. No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

—Estabais los dos desnudos y compartiendo mujeres —le recordé, señalándolo con el dedo—. Es plausible.

Resopló, incrédulo—. No, no lo es.

Mi boca se curvó en una sonrisa burlona—. ¿Por qué no?

No creía que sus ojos pudieran abrirse más—. Porque no somos gais.

—Vaya, me has pinchado el globo. —Mordiéndome la uña del pulgar, pensé en otra pregunta—. ¿Jace? —Nuestras miradas se encontraron mientras yo bajaba la voz—. ¿Cómo funciona?

—¿Por qué susurramos? —susurró él.

—No sé. —Mi tono subió un poco—. ¿Y bien?

—¿Cómo funciona el qué?

—Tú y Brad —dije, evitando los detalles—. Y dos mujeres.

Dejando su cuenco vacío en el fregadero, Jace se cruzó de brazos y de piernas a la altura de los tobillos—. ¿Quieres saber sobre el sexo en grupo?

Fascinada, asentí.

—Es bastante sencillo. Normalmente, las mujeres se desnudan primero y montan un numerito o lo que sea. —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Se turnan para chuparnos las pollas, o puede que ambas le presten atención a un solo tío y luego pasen al otro.

Quería palomitas y helado—. ¿Y luego qué pasa?

Su ceja marcada por una cicatriz se arqueó—. Puede que pasemos directamente a follar. ¿Como con Gemma? —Ah, Gemma vuelve a escena, y con una amiga, nada menos—. Ella montaba a Brad mientras yo, ya sabes… —La verdad es que no, no lo sabía—. Se la metí por detrás.

—Yo… oh. —Mi boca formó un círculo—. Ya veo, bueno, genial. —Apretando las nalgas, junté los labios—. Por favor, continúa.

—Cambiamos de mujer y repetimos. Y entonces —y esta es la mejor parte—, podemos verlas lamiéndose los coños la una a la otr…

—¡He cambiado de idea! —Levanté una mano, impidiendo que contaminara más mi alma.

***

CAPÍTULO 22

Alexa

Una vez que hube diferenciado las disimilitudes entre orgías, tríos y sexo en grupo, limpié la cabaña de toda irreverencia hacia mi hogar temporal, empezando por los tangas horteras que aquellas mujeres desvergonzadas habían colgado de los postes de la cama de Jace como logros indignos.

Jace, ese zángano inútil, se pasó el día entero en el sofá, durmiendo la resaca. A las tres de la tarde, le tiré un cubo de hielo por encima, lo que provocó una reprimenda improvisada por parte de la bestia empapada. Resoplé, señalé con el dedo el cuarto de baño y le exigí a mi amigo que estuviera vestido de forma presentable para cuando yo volviera del pueblo.

Con el Traje de Liam, silencioso pero elegantemente vestido, pisándome los talones, me aventuré en el pueblo para comprar carne marinada en la carnicería: pollo, filetes y saladitos envasados. No soy una experta en vinos, así que confié en el encargado de la bodega para que me preparara ocho botellas sabrosas, una selección de Burdeos tinto y blanco. Tony no había pedido que lleváramos nada para su reunión de esta noche, pero la mayoría consideraba de mala educación aparecer con las manos vacías.

—Más te vale estar presentable —grité en cuanto entré en la cabaña —. ¿Puedes dejar el vino en la encimera, por favor?

Tal como le indiqué, el borde del Traje dejó sin decir palabra la caja de vino. Con las manos entrelazadas a la espalda, se apostó junto a los fogones.

Frunciendo los labios, hice tintinear un juego de llaves—. ¿Necesitas un trago o algo?

—No, señora —dijo, su voz profunda desmentía su aspecto juvenil.

Abriendo el grifo del agua fría, me serví un vaso—. ¿Cuántos años tienes?

Hablar conmigo, aunque inocuo y considerado normal, lo incomodaba de una forma claustrofóbica—. Cuarenta y uno, señora.

—Pareces mucho más joven —le halagué, y él se limitó a parpadear como respuesta—. ¿Va en contra de las reglas?

Sus cejas oscuras y pobladas se fruncieron—. ¿El qué va en contra de las reglas, señora?

—Por favor, llámame Alexa. —Lo de —señora — no es neutral en cuanto a la edad. Dirigirse a mí de manera formal y respetuosa sugiere que soy mayor que él—. Hablar conmigo, quería decir. Pareces reacio a hacerlo.

—Warren autorizó únicamente procedimientos de seguridad, señora. —Su nuez subió y bajó—. Entablar una conversación con usted no forma parte de mi contrato.

—Bueno, es cortesía elemental. —Bebiendo un sorbo de agua, me senté en un taburete y crucé las piernas—. Estoy segura de que Liam puede hacer una excepción permitiendo esta muestra de educación.

No sé qué dejó más atónito al Traje: la terrible idea de modificar las normas del sindicato o el hecho de que me dirigiera a su jefe de manera informal—. Estoy contento con mi trabajo, señora. Warren me trata bien.

Oh, le tiene pánico a su jefe—. ¿Seguro que no puedo prepararte algo? —insistí, y él negó lentamente con la cabeza—. ¿Ni un bocado? —Otra mirada ausente—. ¡Jace! —Dejando mi vaso vacío en el fregadero, fui en busca de mi amigo y aporreé la puerta de su dormitorio con todas mis fuerzas—. Estaré lista en diez minutos, así que date prisa.

Cerrando la puerta de mi dormitorio tras de mí, me desnudé y abrí la cremallera de la maleta en busca de un conjunto. Era la impresionante poseedora de glamurosos y sexis vestidos de diseño y tacones de quince centímetros, pero esa ropa de gala no había visto la luz desde que aterricé en Newquay. Durante las vacaciones, opté por un vestuario más informal para pasar desapercibida.

Jace llamó a mi puerta antes de entrar—. ¿Lista? —Viste todo de negro: una cotidiana chaqueta de cuero, camiseta, vaqueros rotos y botas de trabajo pesado—. ¿Por qué no estás vestida?

—Quiero ponerme algo que grite —sexi — pero no —vulgar — — dije, rebuscando entre montones de encaje y gasa—. La mayoría de esta ropa no es apropiada, ¿verdad? —Sostuve un sencillo vestido negro—. ¿Demasiado corto?

Asintiendo, Jace metió una mano en mi maleta—. Me gusta esto. — Pasando el pulgar por una falda de cuero hasta la rodilla, frunció los labios en señal de aprobación—. Sí, ponte esta.

—Jace, esa falda me la pongo con *bralettes* de encaje —le recordé, enseñándole unos *crop tops* transparentes—. Eso no es apropiado para una barbacoa con un hombre que podría… —Mis labios se sellaron. No le he informado de la carta que mi madre le envió al señor Corbyn—. Es demasiado.

—Vale —asintió, eligiendo un top burdeos de manga larga y escote pronunciado—. Ponte eso en lugar del *bralette*. Quedará bien con la falda. —Unos zapatos Louboutin negros cayeron en mis manos—. Y estos.

Impresionada por su elección, me quité el jersey por la cabeza y luego me ajusté la falda de cuero de talle alto—. Oh, me gusta. — Soltándome el pelo, me incliné por la cintura y sacudí la cabeza para soltar los rizos—. Mi madre le escribió una carta a Clarence Corbyn. —Sentándome en el borde de la cama, me calcé los tacones y me retoqué el maquillaje—. Dio a entender que Tony podría ser el padre de su hija.

Jace clavó sus ojos inquisitivos en los míos—. ¿Qué?

Rociándome perfume en el cuello y las muñecas, sonreí sin convicción—. Kathy nació mucho antes de que Tony volviera a Newquay, lo que significa que mi madre tenía dudas cuando estaba embarazada de mí.

—Mierda —dijo Jace con brusquedad, dejándose caer en la cama—. ¿Cómo te sientes con eso?

Sentía una mezcla de escaso consuelo y abrumadora aprensión—. Sinceramente, estoy hecha un lío. A ver, si mi madre le expresó sus preocupaciones a Tony, entonces, ¿por qué no me lo ha mencionado? La posibilidad de que sea mi padre no es algo que se ignore, Jace. Si no fuera por Clarence, me habría ido de Newquay para no volver jamás. —Abriendo un pintalabios rojo, me pinté los labios—. ¿Estaba Tony dispuesto a arriesgarse a no volver a verme nunca? ¿Y para qué? Por un secreto moribundo entre él y mi madre.

—Alexa. —Jace me puso la mano en el muslo—. ¿Y si Tony no es consciente de esa posibilidad, eh? Tu madre guardaba muchos secretos cuando estaba casada con Patrick. Quizá le ocultó esta información a Tony porque temía las consecuencias por parte de su marido. Yo conocí a ese tipo —continuó, frotándome la rodilla con ternura—. Tony es decente. No creo que descuidara a sabiendas sus deberes paternales, así que deja de hacer suposiciones y habla con él.

—Vale, digamos que Tony no tiene ni idea. —Abriendo la cremallera de un bolso de mano, metí los cosméticos dentro—. Y le enseño la carta de mi madre, y no le interesa continuar nuestra relación… —Se me hizo un nudo en la garganta y contuve el aliento—. No necesita más estrés en su vida.

—Alexa, eres la persona con la que es más fácil llevarse bien, literalmente. —Jace me agarró la nuca y me acercó a su costado—. Tony sería un completo idiota si te dejara marchar de su vida.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, y él asintió enérgicamente—. ¿No soy demasiada carga?

—Bueno, si incluyes los zapatos… —Exhibió una sandalia Evangeline de Sophia Webster, y le di una palmada juguetona en el pecho—. Es broma. Aportas más luz a la vida de la gente de lo que crees.

Soltando un suspiro de ánimo, me puse de pie con las manos en las caderas—. ¿Qué te parece?

Jace se levantó de la cama, ajustándose el piercing de la nariz—. Vas a hacer que se giren para mirarte con ese look.

Un rubor tímido me tiñó las mejillas—. No intento que se giren para mirarme…

—Alexa —ladró—. Acepta el cumplido y ya está.

—Sí, claro. —Dios, qué malhumorado está esta noche—. Lista cuando quieras.

***

El obtuso Traje de Liam introdujo la dirección de Tony en el sistema de navegación del Bentley y puso música para que yo no lo incitara a tener conversaciones no permitidas. En los asientos traseros, Jace abrió una lata de cerveza, algo extraño, considerando su predilección por el vodka ruso. Me informó de un momento de epifanía que eludía ambiciones de monetización, fondos inagotables y su consolidada habilidad como tatuador.

Sus ojos, desorbitados y excitados, no se habían movido—. Imagina la escena. —Cara a cara, hablamos pensativamente—. Paredes negras mate y suelos de madera oscura. Imagina asientos de cuero y separadores metálicos.

—Decoración de pared cromada. —Con una botella de agua en la mano, me imaginé en una habitación vacía para diseñar el lienzo en blanco—. Objetos de colección colgados en la pared y pósteres de películas de los 80 firmados.

—Freddy Krueger y Hellraiser —asintió—. Sillas para clientes, puestos de trabajo, máquinas de tatuar y productos de cuidado para después a la venta.

Mentalmente, escribí una lista simplificada: joyas corporales, equipo esterilizado, guantes de látex, agujas y pistolas—. ¿También tienes licencia para hacer piercings?

—Sí —dijo Jace, cargando una página web en su móvil—. Además, podría contratar personal cualificado. Soy demasiado impaciente para enseñar a nadie, así que añadiré —se busca tatuador y anillador corporal totalmente cualificados — al anuncio. —Me enseñó un catálogo de artículos guardados—. ¿Qué te parece?

Jace lo perdió todo tras el secuestro de Summer. Su casa, su trabajo y sus amigos. Nunca le he preguntado si había planeado empezar de nuevo si su hija volvía sana y salva. Supongo que lo sabía, intuitivamente, que la vida, tal y como la conocía, cambiaría a peor.

Summer murió, y una gran parte de Jace murió con ella. Durante mucho tiempo, existir sin rumbo fue su mecanismo de supervivencia. Ahora, sin embargo, parece echar de menos la normalidad. Nunca olvidará la pérdida de su niña ni superará su muerte, pero ha tenido tiempo para llorar, para considerar el futuro y reconstruir el muro roto de su pasado.

Oculté la tristeza que sentía por mi amigo—. Creo que es una idea maravillosa.

Es razonablemente lógico invertir parte del dinero que robamos a políticos deshonestos (que abusaron de su poder) en una aventura empresarial. Jace puede seguir con su carrera de tatuador y convertirse en su propio jefe. Contratar a gente con ideas afines sin duda le ayudará a adaptarse, a entrar en una rutina de trabajo y socialización.

—Estos son locales comerciales contiguos en venta. —Tocó la pantalla e hizo zoom, mostrándome una presentación de las imágenes—. Puedo comprarlos directamente y contratar obreros para que tiren el muro que los separa. Uniría ambos edificios, extendiéndose en un gran espacio abierto en lugar de habitaciones separadas. —Me mostró la cocina de la planta baja y luego el piso de arriba—. Cinco habitaciones, otra cocina y un comedor moderno. Dos salones espaciosos y un baño compartido. Puedo añadir baños en suite a los dormitorios y alquilarlos para obtener ingresos extra.

No necesito el dinero, pero molaría, ¿no? Vivir con compañeros de piso.

La idea de Jace me tranquilizó. Aunque nunca llevaré una vida sin él, significaba que podía concentrarme en arreglar mi futuro, sabiendo que él está bien. Como Liam me espera de vuelta en Londres la semana que viene, yo también tenía que planificar con antelación.

¿Compraré un piso o alquilaré?

Quizá Liam esté organizando mi traslado al ático.

Sea como sea, necesito estabilizar la seguridad para mi hijo. Mi etapa de mochilera con Jace tenía que terminar, tarde o temprano. ¿Y qué hay del trabajo? Modificaré mi currículum y buscaré empleo. El dinero no tenía importancia. Familiarizarme con una rutina de trabajo y reavivar amistades debería ayudar a mi funcionamiento, sin embargo, al menos hasta que nazca el bebé.

—Tú también podrías vivir allí —sugirió Jace, pero negué con la cabeza—. No creía que lo hicieras, pero la oferta sigue en pie si cambias de opinión. —Guardó el móvil—. Bueno, el dormitorio rosa es tuyo, de todas formas. Por si Warren y tú necesitáis vuestro espacio.

—Rosa —murmuré por lo bajo, estremeciéndome ante la espantosa idea—. Ponlo rojo, y trato hecho.

—Hecho. —Se desenroscó la cadena—. ¿Lista?

Mirando por la ventana, vi la casa de Tony y se me encogió el estómago—. Qué rápido. —No había notado que el Bentley redujera la velocidad—. Ojalá Liam respondiera a mis mensajes. —El muy cabezota no ha contestado en todo el día—. Oye, ¿Liam ha vuelto a Londres? —le pregunté al Traje de cara dura, y me ignoró—. Seguramente, sacarme de mi agonía no se considera desleal.

—No ha habido ninguna comunicación de Warren —zanjó el Traje, con la mirada fija en la ventanilla—. Disfrute de la velada, señora.

—Si tanto le estorbo, ¿por qué aceptó el trabajo? —pregunté, molesta por su evidente aburrimiento—. Pídale a Liam que lo cambie por otro.

—Usted no es un estorbo, señora —mintió, abotonándose de nuevo el cuello de la camisa—. Sigo órdenes estrictamente.

Mis dedos aplastaron la botella de agua casi vacía—. ¿Cómo te llamas?

El incorregible Traje suspiró derrotado—. Ted, señora.

Saliendo del asiento trasero, me dirigí a la puerta del conductor y llamé impaciente a la ventanilla. Bajó, y el cerdo impasible me fulminó con la mirada—. Escúchame, Bundy —dije bruscamente, inclinándome para ponernos a la altura de los ojos—. No soy la carga de nadie. Si no puedes al menos sonreír cuando estás en una habitación conmigo… —arqueé deliberadamente una ceja con desdén—, pediré personalmente un reemplazo. Y por si no lo sabías, Liam es muy protector conmigo. No tolerará un comportamiento

indolente y bueno para nada de sus hombres, especialmente cuando se trata de mi seguridad. —Enderezando la espalda, me recompuse —. ¿Cuánto te paga?

Ted tamborileó los dedos en el volante—. Me niego a responder preguntas personales, señora.

—¿Podría preguntárselo a él? —le presioné, sacando mi móvil—. En lo que a mí respecta, no vales ni un céntimo…

—Por favor, no lo haga —soltó con voz ronca, y lo miré por debajo de las pestañas—. Me paga bien. Soy un miembro satisfecho del sindicato.

Nunca le causaría problemas a ninguno de los Trajes, ni siquiera a los de rango inferior o a los menos favorables. Sin embargo, exijo menos brusquedad y más amabilidad si me veo obligada a soportar su altiva prepotencia—. Espero una cara feliz más tarde. —Mi móvil cayó al fondo de mi bolso—. Ve a hacer algo productivo, Bundy. Aliméntate. No soporto a los hombres desdichados.

Jace me agarró del codo y me condujo hacia la casa de Tony—. Casi le das un infarto al tío.

—No soy una chivata. —Ted no necesita expresar sus pensamientos de odio. Puedo sentir su desaprobación, secretamente inconquistable—. Si le dijera a Liam que Bundy me hizo sentir incómoda, lo mataría en un abrir y cerrar de ojos. —Por mucho que me ofendiera la manifestación de aversión de Ted, no deseaba un desenlace mortal—. ¿Estás seguro de que estoy bien?

—Te lo prometo. —Me besó la sien y llamó a la puerta de Tony—. ¿Compraste vodka?

—Escondí una botella con el vino.

La puerta se abrió de golpe y una mujer baja y rubia, con un vestido de flores hasta la rodilla y tacones de gatita, sostenía una copa de vino—. Hola —dijo con voz alegre y amable—. Tony está en el jardín, encendiendo la barbacoa. —Haciéndose a un lado, nos hizo un gesto para que entráramos—. Pasaos, por favor. Oh, traéis regalos. Qué detalle.

Jace me lanzó una mirada de soslayo—. Sí —dicho esto, llevó el vino y las carnes envasadas a la cocina, larga y estrecha—. ¿Dónde quieres esto?

—¿Serías tan amable de llevarle la carne a Tony? —Miró el vino—. ¿Pongo el blanco a enfriar?

No tenía ni idea—. No bebemos vino. —Sus ojos se encontraron con los míos, pero esos tonos grises no desentrañaron mis nervios—. Es solo una pequeña contribución a la fiesta.

—Oh, qué detalle. Bueno, en ese caso —abrió la puerta trasera—, déjalas en la barra.

—No me has dicho tu nombre —dije, siguiéndola a ella y a Jace al exterior.

—Camilla —confirmó, y mis cejas se enarcaron—. ¿Y tú debes de ser…?

Camilla es amiga de Tony—. Alexa.

Jace nos dejó solas a Camilla y a mí, saltando directamente a conversaciones con la gente sentada cerca de la barra de madera. Se deslizó detrás del mostrador, añadiendo las botellas de vino a las estanterías de la pared. Es una adición notable al impecable jardín de Tony: una variedad de licores, vino barato y dispensadores de barriles abastecían la caseta de madera.

—Alexa. —De repente consciente de su apariencia, Camilla se arregló el pelo perfecto—. La hija de Adaline. Tony me ha hablado mucho de ti.

Camilla no tenía motivos para sentirse amenazada por mí. Pero a juzgar por sus mejillas sonrojadas y sus ojos que iban de un lado a otro, es consciente de la antigua relación de mi madre con Tony, y mi presencia aquí la preocupaba.

No es desaprobación lo que marca sus rasgos curiosos; es inseguridad.

—Tony habla muy bien de ti —mentí. No estoy aquí para inquietar a esta mujer, así que la tranquilizaré lo mejor que pueda—. Acabo de saber tu nombre, pero habla de su amiga todo el tiempo.

Camilla sonrió. Sus hombros tensos se relajaron visiblemente—. Es un hombre extraordinario. —Algo parecido al afecto inundó sus ojos, así que desvié la mirada—. Debería decirle que has llegado…

—No es molestia —farfullé, pero ya se abría paso entre la multitud de invitados, dirigiéndose a la zona de la barbacoa—. Mierda.

Frotándome las sienes para aliviar la tensión, bajé del porche envolvente y me deslicé tímidamente entre una cacofonía de conversadores ebrios y música a todo volumen. —Don't Stop Believin' — de Arjun Kaul resonaba desde la barra, y de repente me antojé de tequila. Opté por una Coca-Cola y encontré una mesa de jardín vacía para darme un respiro y un muy necesario espacio mental antes de enfrentarme al hombre que posiblemente podría ser mi padre.

Desde la pérgola alquilada, observé cómo las luces de colores parpadeantes iluminaban el jardín. Tony, de pie con vaqueros y una camiseta blanca, un paño de cocina a cuadros sobre el hombro, daba la vuelta a la carne en la parrilla con unas pinzas. Escuchaba a Camilla, cuya mano descansaba en la parte baja de su espalda. Entregando una hamburguesa en un plato a un amigo, Tony se cruzó de brazos y se volvió hacia ella, asintiendo mientras hablaba.

—Estaba pensando… —apareció Jace, bloqueándome la vista y dejándose caer en una silla, con un vaso de vodka solo en la mano —. Si compro un estudio, necesitaré un nombre, ¿no?

—¿Jace's Ink? —sugerí, y él puso una mueca—. ¿Skull and Dagger? —Entrecerró los ojos—. Oh, no sé, Jace. Ayúdame.

—¿Etched in Ink? —reflexionó, torciendo los labios—. ¿Un poco cliché?

Asentí.

—¿Inkjection? —añadió, y yo apreté los labios—. ¿Hardcore Ink? —Que empiece el *branding*—. ¿Vice Tattoo? ¿Ink Envy? ¿The Midnight Tattoo Parlour? —Me quedé mirándolo—. Alexa, alguna contribución sería de agradecer.

—¿Vas a abrir a medianoche?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo puedes llamarlo así?

En una oleada de derrotismo, se recostó en la silla—. ¿Pierced and Inked?

Simple pero efectivo—. Me gusta.

—¿Sí? —preguntó para que lo confirmara, y sonreí—. Pierced and Inked. —Frunciendo los labios, se perdió en un momento de consideración—. A mí también me gusta.

Levanté mi Coca-Cola, y chocamos los vasos—. Por los nuevos comienzos.

—Alexa. —La voz de Tony retumbó, y yo salté, salpicando Coca-Cola sobre mi falda de cuero—. Has venido. —Su brazo me rodeó el cuello mientras se inclinaba para depositar un beso en mi cabeza—. Estás maravillosa.

—Gracias —susurré, deseando que se sentara junto a Jace, no a mi lado—. Me encanta la barra. ¿La construiste tú mismo?

—Sí —dijo Tony con orgullo, aceptando una copa de vino de Camilla —. Pienso ampliarla en algún momento.

—¿Tenéis hambre? —inquirió Camilla, y miré la parrilla para ver a otro hombre ocupando el puesto—. También he preparado ensalada y platos de arroz.

—Me encanta un buen plato de arroz —intervino Jace, frotándose las palmas de las manos—. ¿Dónde puedo servirme un plato?

—Oh, deja que yo… —Deseosa de ser la anfitriona, Camilla le apretó el hombro y se apresuró a entrar en la casa.

Los ojos de Jace iban de mí a Tony—. Y bien, ¿con qué frecuencia organizas fiestas, Ton?

—Cada dos meses. —Tony apoyó las palmas en la mesa—. Aunque esta vez he echado el resto. —Su codo rozó mi brazo—. Con la visita de Alexa. Tenía que causar una buena impresión. —Era una broma, pero me sentí destrozada—. ¿Te encuentras bien? Pareces bastante pálida.

No, no estoy bien.

El sudor me corría por el cuello y mis entrañas se retorcían en nudos dolorosos—. Un poco cansada —mentí a medias, ya que la fatiga no era la única razón de mis náuseas.

—¿Es por el embarazo? —se preguntó Tony, y lo clavé con ojos perplejos—. Uh, Liam mencionó que estás embarazada.

A ese hombre lo voy a destripar como a un pescado—. ¿Ah, sí? —musité, alcanzando mi vaso de Coca-Cola vacío—. Jace…

—Voy. —Jace saltó de la silla y corrió a la barra, trayéndome otra bebida.

—Me enteré hace poco —dije, secándome el sudor de la frente—. Todavía no parece real.

—Ah, bueno, no lo parecerá. —Tony bebió un sorbo de vino—. Cuando veas la ecografía, estoy seguro de que te sentirás diferente.

Girándome en mi asiento, crucé las piernas—. ¿Cómo?

—Es una imagen visual de tu bebé. Si verlo en la pantalla no lo materializa, entonces estoy seguro de que las horas de parto lo harán.

Supongo—. Sí, probablemente tengas razón.

Jace reapareció, rellenando mi vaso. Se sentó justo a tiempo para que Camilla le pusiera un plato de comida delante: cerdo desmenuzado, arroz especiado, ensalada de patatas, pasta de colores y maíz a la parrilla. Sus ojos se salían de las órbitas por la expectación—. Me he llenado solo con mirarlo.

Me reí—. Ya lo meterás en algún sitio.

—¿Compartes conmigo? —preguntó Jace, y arrugué la nariz—. No comes lo suficiente, Alexa.

Puse los ojos en blanco—. Como de sobra.

—Estás un poco delgada. —Los suaves ojos de Camilla me recorrieron—. ¿Cuál es tu secreto?

Mi amigo resopló—. Matarse de hambre.

—Jace —le regañé, molesta por la inspección—. No me mato de hambre, así que deja de actuar como un capullo sentencioso.

Camilla se estremeció ante mi inofensivo insulto—. Sí, bueno, no le des la lata a la pobre chica. —Me guiñó un ojo, y me relajé—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Newquay, Alexa?

—No mucho más.

Tony apretó la mandíbula—. ¿Te vas pronto? —Parecía decepcionado —. Pensé que tendríamos más tiempo juntos.

—Es la casa de mi madre. —Discutir sobre mi madre incomodaba a Camilla y, aunque mis intenciones no eran pisarle el terreno, me negué a morderme la lengua—. Mi sitio está en Londres.

Tony relajó la mandíbula y golpeó la mesa con el puño cerrado.

—Newquay fue tu hogar una vez.

—Apenas —resoplé—. Pasé la mayor parte de mi infancia encadenada en un sótano.

Tony se atragantó con el vino.

Jace ni se inmutó. Está acostumbrado a mi sarcasmo con respecto a Flamur Bajramovic. Es como aprendí a sobrellevarlo, perdonando a los demonios de mi pasado.

—Camilla, puede que necesite la receta —dice, señalando el arroz con un dedo tatuado—. Es el paraíso en un plato.

—Eres muy amable. —Sus ojos preocupados buscaron a Tony—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí —mintió Tony, apurando lo que quedaba de vino—. Alexa, ¿puedo hablar un momento a solas contigo?

Camilla se irguió en su asiento.

—Yo…

—Ahora no, Camilla. —El tono de Tony no fue brusco, pero su rechazo la había avergonzado—. ¿Alexa?

—Sí, por supuesto. —Recogí mi bolso y me puse en pie—. Dame un segundo.

Él caminó a regañadientes por delante, y yo esperé hasta que entró en la casa.

—Camilla, no te conozco, pero se me está dando bien leer a la gente. Te cuesta odiar o que no te guste la gente. No está en tu naturaleza. De hecho, sabes que preocuparte por la conexión de Tony conmigo no debería molestarte, pero lo hace. Soy la hija de Adaline Haines, la mujer que le rompió el corazón a ese hombre más veces de las que puedo contar. Y aun así, él la amaba. Lo sabes tan bien como yo.

—Alexa —advirtió Jace, apartando su plato a medio comer.

—Pero eso no significa que no pueda volver a amar —continué, ignorando la inquietud de Jace—. Veo cómo te mira. Está colado por ti. Sí, puede que yo le recuerde a Adaline, y, sinceramente, eso me llena de orgullo, porque quiero parecerme a ella. Después de todo, era mi madre.

—Oh, Alexa. —Al ver que se me humedecían los ojos, Camilla se llevó una mano al pecho y susurró algo inaudible—. Lo siento mucho. Me siento fatal.

—No tienes que disculparte. No has sido más que amable conmigo. —Cruce la mirada con Jace, y su tierna sonrisa encendió la mía—. Solo quería tranquilizarte, eso es todo. Y, Camilla —añado, dándole una palmada en el hombro a mi amigo al pasar—, ¡quiero una invitación para la boda!

Oyendo su risa ahogada de fondo, me dirigí a la casa radiante. Dentro estaba oscuro, pero cerré la puerta trasera para asegurarme de que nadie nos interrumpiera. Encontré a Tony en el salón, apoyado en la cómoda. Se estaba sirviendo un whisky.

—Puedes entrar, Alexa.

Entrelazando los dedos, dejé escapar un suspiro y me senté en el sofá.

Tony se quedó clavado en el sitio, al parecer, luchando contra un conflicto interno.

—¿Te gusta Camilla?

El corazón me martilleaba.

—No necesitas mi aprobación, Tony.

—Sí, ya lo sé —maldijo, tamborileando los dedos en el vaso.

Conteniendo la lengua, acaricié los reposabrazos. Tenía muchas preguntas y merecía respuestas; ya era hora de que Tony compartiera algunas verdades. Cuando siguió posponiéndolo, perdí la paciencia.

—¿Para qué me has llamado, Tony? Querías hablar en privado.

La hostilidad de mi tono lo dejó perplejo.

—Me entristece que no te quedes —dijo, y mis labios se torcieron con ironía—. ¿Me he perdido algo?

—Sí, de hecho. —Poniéndome en pie con torpeza, saqué la carta de mi bolso y la arrojé sobre la mesa de centro—. Quiero que me expliques esto.

Un ceño fruncido manchó su rostro. Cogió la carta y desdobló la página.

——Mi queridísimo Clarence, lo que estoy a punto de contarte debes llevártelo a la tumba. Estoy perdida, tan desesperadamente deprimida, pero vivo lo mejor que puedo para darle alegría y felicidad a mi preciosa Kathy… —. —Levantó la vista—. Alexa, ¿de qué va esto?

—Lee el final —dije con ferocidad, haciendo acopio de una fuerza inamovible—. El último párrafo, Tony.

Se aclaró la garganta.

——Estoy embarazada. Y, a diferencia de mi primer embarazo, una parte de mí espera con ansias la llegada de mi bebé. Oh, ¿soy tan malvada como Patrick afirma con tanta crueldad? ¿Está mal que rece para que Tony sea el padre de mi hijo nonato…? — —Su garganta se cerró en lo que pareció un trago de dolor—. Alexa…

—¿Lo sabías? —pregunté con la voz temblorosa—. Y no me mientas, Tony. Estoy harta de que la gente crea que sabe lo que es mejor para mí.

El arrepentimiento veló sus ojos, y ahogué un sollozo en mi mano.

—Hijo de puta.

—Por favor, no te enfades —suplicó, con un tono tenso y entrecortado—. Adaline me negó una prueba de paternidad, Alexa. No tienes ni idea de con qué tipo de hombre se casó.

—Oh, sé exactamente cómo era Patrick Haines —repliqué, arrebatándole la carta y metiéndola en mi bolso—. ¿Qué pasa con la gente ignorante? ¿Con los adultos que viven en un mundo en el que creen que a los niños se les debe ver, pero no oír? —Tenía los ojos tan borrosos que ya no podía verlo—. Recuerdo más de lo que crees. Os vi juntos. Estabais discutiendo mientras yo os miraba y escuchaba.

Tony es incapaz de recordar el momento.

—Alexa…

—Patrick me odiaba —lloré, sintiendo una lágrima caliente rodar por mi mejilla—. Pero supongo que la ignorancia era mejor que un compañero de cama, ¿verdad? Es una pena que no pueda decir lo mismo de mi hermana.

Me cogió del codo.

—¿Estás sugiriendo que ese hombre entraba en el dormitorio de tu hermana?

—¿Necesito explicártelo con todas las letras? —gemiqueé, y sus ojos se desorbitaron de horror—. Un ojo morado como los de mi madre era mejor que sus sucias manos por la noche, ¿verdad? Aunque los abusos sexuales eran el menor de los problemas de Kathy. Si comparas las visitas poco frecuentes de papaíto querido con las interminables violaciones y las crueles palizas de nuestro captor de la infancia.

Tony retrocedió tropezando.

—Crees que no sé qué tipo de monstruo era el marido de Adaline Haines. Te equivocas. Pude haber sido joven, pero fui testigo de cómo les arrebataba la vida a las personas que amaba justo antes de vender a su propia carne y sangre a un notorio pedófilo. Y tú —le di un empujón en el pecho, y se quedó paralizado e impotente para defenderse— no hiciste nada. Eres un cobarde. A la mierda lo que dijo mi madre y a quién temía. Deberías haber luchado por nosotras…, haber luchado por mí.

Con la boca abierta y los ojos enrojecidos, Tony se tapó la boca.

—Alexa… yo no… —Su expresión atormentada se magnificó—. ¿Patrick estuvo detrás de tu secuestro?

—Patrick lo orquestó todo —dije en un susurro bajo, demasiado decepcionada para continuar esta conversación—. Adiós, Tony.

—Alexa, espera. —Me agarró del brazo—. No te vayas así. Cancelaré la fiesta y mandaré a todos a casa para que podamos hablar…

—Tuviste semanas para hablar —le recordé, conteniendo las lágrimas—. Si no hubiera encontrado la carta, ¿me lo habrías dicho?

Cuando dudó, me solté de su agarre.

—Tengo que irme.

Esta vez, cuando me escabullí, Tony no me detuvo.

Con las piernas temblorosas, doblé la esquina del pasillo y corrí hacia la puerta principal, abriéndola de golpe con dedos torpes y chocando de lleno con alguien. Con el corazón latiéndome erráticamente en el pecho, cerré los ojos y dejé caer la cabeza sobre su torso.

—Liam —sollocé, incapaz de contener las lágrimas—. Por favor.

La penetrante colonia de Liam se intensificó mientras me rodeaba la cintura con un brazo musculoso. Su otra mano me sujetó la nuca. Me protegió en su jaula inexorable, esa que yo aceptaba y amaba.

—Alexa —carraspeó, con el furioso latido de su corazón febril contra mi oído—. ¿Qué ha pasado? —Su cuerpo se tensó, y supe que alguien había aparecido detrás de mí—. Tony —dijo enfadado, y yo negué con la cabeza—. Alexa no quiere verte ahora mismo.

—Alexa —graznó Tony, y cuando intentó alcanzarme, Liam me apartó inesperadamente detrás de él—. No voy a hacerle daño.

—Y ya he dicho que no quiere verte. —La altura de Liam, indomable e intimidante, me protegía de Tony.

Sentí un ápice de compasión por el hombre. Puede que no me gustaran ni apreciara los errores pasados de Tony, pero no se merecía la inminente ira de Liam.

—Está bien, Liam. —Puse una mano tranquilizadora en su hombro—. Tony no ha hecho nada malo. Estoy un poco cansada y no me encuentro muy bien… —El estado de confusión de Tony cambió. Miró a Liam más tiempo del necesario, con preocupación y duda en sus ojos enrojecidos—. Por favor, llévame a casa.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, Liam me miró por encima del hombro. Su expresión era desconcertantemente oscura. Fingí una sonrisa tranquilizadora, pero me leía como si fuera un libro abierto.

—Por favor —le supliqué, deslizando mis dedos en su bolsillo para cogerle la mano.

El pulgar de Liam rozó mis nudillos. Accedió, pasando un brazo por mis hombros y guiándome por el camino.

—No me gusta cuando lloras —dijo, intolerantemente insatisfecho—. Me dirás lo que ha pasado.

No había planeado mentirle.

Al otro lado de la carretera, el Bentley de Ted rugió y los faros se encendieron. Tocó el claxon y se marchó, pero Liam ni se inmutó ni apartó los ojos de mí.

Jugueteé con mi bolso.

—Debería escribirle a Jace.

—Brad se encargará de Jace. —Liam abrió el vehículo de Brad y me sujetó la puerta del copiloto. Esperó a que entrara y luego rodeó el coche y se sentó al volante.

—Creía que habías vuelto a Londres. —Me abroché el cinturón—. Ignoraste mis llamadas.

Con la cabeza apoyada en el reposacabezas, me miró con adoración.

—Si pudieras estar en cualquier parte del mundo ahora mismo, ¿dónde estarías?

Esa era fácil.

—En la playa.

Con una sonrisa que se dibujaba en su boca, encendió el motor.

—¿De noche?

—Es el mejor momento para encontrar conchas.

Entrelazando nuestros dedos, Liam se llevó mi mano a los labios y depositó un beso en mi palma.

—Entonces vamos a buscarte algunas conchas.

CAPÍTULO 23

Alexa

Cuando cayó la noche, la luna llena y brillante centelleaba sobre el oscuro y frío abismo del océano. Rompiendo contra la orilla, el sonido somnífero de las olas azules calmaba y relajaba extrañamente las desbocadas inhibiciones.

Liam se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Intimidantemente alto y majestuosamente guapo, el hombre caminaba a mi lado, pero desde que nos fuimos de la barbacoa de Tony, no me ha dirigido más de dos palabras.

Al igual que Jace, Liam me ha acompañado en estas peregrinaciones en busca de un propósito, pero su exasperación manifiesta era, indiscutiblemente, observable. Anhela la normalidad, recuperar una sensación de lo corriente, de vuelta en Londres, donde pertenece.

—Lo siento —susurré, y me miró confundido—. Por no confiar en que te encargarías de Hellen Bennett y por perder los estribos esta mañana.

—Tenías todo el derecho a estar enfadada —perdonó mis inexcusables acciones. Su comprensión tuvo el efecto contrario al de

tranquilizarme—. Bennett no es el problema aquí, Alexa. —Dejó de caminar y se giró hacia mí, tocándome con el hombro—. A estas alturas, seguro que ya sabes cuánto te quiero. ¿De verdad crees que arruinaría lo que compartimos por alguien como ella? O, para enfatizarlo, ¿por cualquier otra mujer?

Le sonreí.

—Tatler te ha nombrado uno de los solteros de oro de Londres.

—¿Qué coño es Tatler? —preguntó, aunque aparentemente sin interés—. No podría importarme menos. Lo que me importa eres tú… nosotros. —Cerró sus manos alrededor de las mías, se las llevó a la boca y sopló calor en mis palmas—. ¿Qué debo hacer, Alexa? Te he vuelto insegura, así que ayúdame a arreglarlo.

—Quiero a Hellen fuera de juego —dije, abordando la complicación en nuestra relación—. Aprecio que no sea un objetivo cualquiera, Liam. De verdad que sí. ¿Pero su obsesión eterna por ti? Me está sacando de quicio. —El viento frío sopló a través de mi pelo—. Me enfrenté a Tony.

—¿Ah, sí? —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Te disgustó?

—No, Liam —le advertí, reconociendo el brillo defensivo en sus ojos oscurecidos—. A Tony no le va a pasar nada. Lo digo en serio. —No me tranquilizó—. No sé con exactitud lo que mi madre le dijo, pero le puso sobre aviso. Siempre ha sabido que existía la posibilidad de que fuera mi padre. —Y esta noche, enfadada y amargada, proyecté

todas mis emociones en él—. Teniendo más miedo de las consecuencias de Patrick, le negó a Tony una prueba de paternidad y vivió en la duda en su lugar.

Sus ojos miraban al frente.

—La cobardía de tu madre te molesta.

—Sí —dije, sintiéndome culpable por admitir juicios en voz alta—. Patrick no era un buen hombre, pero no necesitaba permanecer en un matrimonio abusivo y sin amor. El señor Corbyn, Tony y Noah. Estaba, a distancia, rodeada de hombres que la amaban. ¿Por qué no hizo las maletas y dejó que uno de ellos la ayudara? ¿Por qué le negó a un hombre honesto el derecho a ser padre?

Ni una sola vez, en todos estos años, albergué negatividad hacia la mujer que me dio a luz. Siempre puse a mi madre en un pedestal como una reina que lo merecía. Sin embargo, sus acciones pasadas me decepcionan.

—La gente comete errores —dijo Liam, y yo escuché atentamente—. No dejes que este conocimiento cambie tu percepción de Adaline. No estamos hablando de una mujer malvada, Alexa. Soportó una vida dura, lidiando con Patrick Haines. Deja que su alma descanse y sigue el camino que ella temía. —Reflexionó sobre una pregunta—. ¿Necesitas la certeza?

Sabía que se refería a Tony.

—Sí.

—Hecho. —Caminó hacia atrás, llevándome con él—. Cuando sea el momento adecuado, invita a Tony a Londres para una prueba de paternidad. —Nos detuvimos junto a una poza de marea—. ¿Por qué tienes que ser tú la que luche por el amor de todos? Deja que él rectifique su negligencia demostrándote cuánto le importas. Es su turno de hacer un esfuerzo.

Quitándose la chaqueta del traje, Liam comenzó a desabotonarse la camisa. Lo siguiente fueron los zapatos y los calcetines. Paralizada, lo vi desabrocharse el cinturón.

—¿Qué estás haciendo? —Salivé al ver su físico semidesnudo—. No es momento de tomar el sol, Liam —bromeé, segura de que estaba borracho o se había metido algo. Sus calzoncillos bóxer negros cayeron a la arena, y la excitación se acumuló entre mis muslos. No estaba duro, pero su polla larga y gruesa me tentaba de la manera más traviesa—. Tienes que volvértelos a poner.

—Desnúdate —ordenó con voz ronca, y contuve el aliento—. Empieza por la blusa.

Mirando a mi alrededor en la playa vacía, tragué saliva.

—¿Me quieres desnuda?

—No me gusta repetirme, nena.

Soltando un suspiro entrecortado, dejé mis zapatos sobre una roca cubierta de algas y saqué la blusa de la cinturilla de mi falda. Con los ojos fijos en él, me quité la tela de satén rojo de la parte superior del cuerpo, y su mirada de aprecio recorrió mi pecho desnudo. Soy la desafortunada dueña de pechos pequeños, así que rara vez uso sujetador. En una muestra de seducción sin prisas, bajé la cremallera de la espalda de mi falda de cuero, dejándola caer a la arena.

—Sin encaje —carraspeó Liam, con el músculo de la mejilla palpitándole—. No sé qué pensar de eso.

Resistí una sonrisita.

La creciente erección de Liam delataba su desaprobación. Le encanta que no lleve ropa interior debajo de la ropa, especialmente si un vestido o un atuendo revelador se ajusta a mi cuerpo. Le excita poder deslizar subrepticiamente una mano entre mis muslos, para tocar lo que le pertenece. Sin embargo, no le gusta la idea de que otras personas sepan que vago sin ropa interior.

—¿Debería volver a ponerme la falda? —pregunté, ocultando mi satisfacción—. La blusa quizás.

—No —dijo con una voz baja y salvaje, erizándome la piel—. Ven aquí.

Toqué su pecho, mis dedos trazando cicatrices desvaídas.

—Más nos vale que no nos visite ningún paseador de perros o corredor.

—Que les jodan —gruñó, reclamando mi boca para un beso sabroso. Mordiéndome el labio inferior, tiró, tomando mi boca entreabierta como una invitación. Su lengua acarició la mía, lenta y erótica. Pasando un brazo por la parte baja de mi espalda, me apretó contra él, profundizando el beso—. Te deseo. —No tenía ninguna razón para negárselo—. Deberíamos nadar.

Mis ojos incrédulos se abrieron de golpe.

—¿Qué? —Intentó persuadirme para que fuera hacia el océano, pero clavé los pies en la arena—. No voy a entrar ahí voluntariamente. Mira el cielo. —Señalé, acentuando el nivel de peligro—. Está oscuro. Y ni me hables de los tiburones, que merodean esas aguas en busca de carne fresca. —Me dedicó una sonrisa taimada, y yo estallé—. No te atrevas a ponerme sobre ese hombro, Liam, no a menos que quieras que reniegue de ti por el resto de nuestra existencia.

Pasándose la lengua por los dientes superiores, contuvo una sonrisa divertida.

—Será divertido.

Lo miré de reojo.

—A ti no te importa la diversión.

Se aferró a la paciencia.

—Me importas tú.

—Y aun así quiere darme de comer a una especie depredadora.

—Alexa —suspiró, rascándose el pecho definido—. No hay tiburones en nuestras aguas.

—Sí, ¿sabes qué? Jace dijo lo mismo, pero lo busqué en Google para quedarme tranquila y encontré muchos artículos inquietantes. —— Hombres —, resoplé, cruzándome de brazos. Estos humanos irritantemente imperturbables y locos piensan que nací ayer. Cuando avanzó, me quedé mirando su espalda, totalmente estupefacta—. ¿Adónde vas?

Adentrándose en el agua, nadó bajo el cielo oscuro.

—Mueve el culo, Alexa.

Cubriéndome los pechos, toqué la orilla con la punta del dedo gordo del pie. Puedo hacerlo; puedo hacerlo; puedo hacerlo…

—¡No puedo hacerlo! —grité, ardiendo desde las profundidades de mi estómago revuelto. La marea subió y me salpicó las piernas—. ¡Liam, está helada!

No me honra con una respuesta, demasiado harto de mi petulancia quejica.

—Bueno, si no me come un tiburón, sufriré hipotermia. —Extendí los brazos para sentir la superficie con las yemas de los dedos y atravesé las olas poco profundas hasta que el agua me llegó a la cintura—. En realidad, no está tan fría.

Sonriendo tontamente para mis adentros, cerré los ojos y la boca y sumergí la cabeza bajo el agua. —Silencio —, pensé, inclinando la cabeza para escuchar. Me quedé no más de cinco segundos, no queriendo cortar mi suministro de oxígeno estando embarazada. Saliendo disparada a la superficie cristalina, eché la cabeza hacia atrás y me pasé una mano por el pelo mojado.

—¿Liam? —respiré, mis ojos yendo de un lado a otro para localizarlo. Cuando no pude encontrarlo, me impulsé con los pies y me puse de puntillas, presa del pánico y nadando aterrorizada—. ¡Liam, no me asustes! —No, se ha ido—. ¡Liam!

El aire atrapado salió de mis pulmones cuando algo me agarró el tobillo. Grité con un chillido agudo, pateando y atacando al animal bestial… Liam reapareció, brillando con gotas de agua y riendo roncamente, a carcajadas, a mi costa asustada.

—¡Psicópata cabrón! —Una ira imposible obligó a mi mano a golpear su pecho, una bofetada fuerte e implacable mientras me alejaba de él a patadas—. ¿Quién hace eso? ¡De verdad que eres un cabrón cavernícola!

Su barbilla descansaba sobre la superficie, y sus ojos azules, cazadores y voraces, marcaban cada uno de mis movimientos.

—¿Sigues teniendo frío? —preguntó, y yo me quedé mirando sus labios carnosos e hipnóticos—. ¿Nena?

—No te hablo —logré articular un reconocimiento, incapaz de calmar mi respiración—. Pensé que algo te había comido.

—Ven aquí —dijo, profundo y autoritario.

Mis dedos de los pies luchan por tocar el fondo.

—Esto es suficientemente lejos.

—Alexa, eso no era una petición.

Liam está loco. Si quiere ser cebo para tiburones, es cosa suya, pero yo no quiero saber nada.

—Me has metido en el agua, ¿qué más quieres? —Me sonrió con aire lobuno, y yo puse los ojos en blanco—. Hombres. —Algo indescriptible se deslizó por mi pie—. ¿Qué ha sido eso?

Sus cejas se arquearon.

—¿Qué?

Sucedió de nuevo.

—Liam —mascullé con cautela, estremeciéndome y retrocediendo—. Oh, Dios.

Echando los hombros hacia atrás, Liam se irguió en toda su altura.

—Alexa…

Lo que fuera que merodeaba las oscuras aguas se enroscó alrededor de mi pierna, apretado y arrebatador.

—¡Liam! —grité, agitando las piernas, temiendo por mi vida—. ¡Algo me está atacando la pierna! —Una ola me rompió sobre la cabeza, e involuntariamente tragué un buche de agua salada—. ¡Me ha mordido!

—No entres en pánico —gruñó, pero la inquietud en su tono cortante aumentó mi aprensión. Nadó decididamente hacia mí y, temiéndome lo desconocido, me levantó, priorizando mi seguridad antes que la suya—. Deja de dar manotazos —dijo con dureza estentórea, y yo me marchité, no sin antes enroscarme a él—. Necesito comprobar…

Con los ojos cosidos y la sangre rugiendo en mis oídos, me aferré a él como si fuera mi salvavidas.

—¿Cómo de grave es? —pregunté sin aliento, y él se rio por lo bajo —. ¿Por qué te hace gracia mi desesperación?

—Alexa, ¿cuándo vas a dejar de intentar mandarme a la tumba antes de tiempo? —Agarrándome el tobillo, tocó lo que se había pegado a mi pierna con dedos investigadores—. Algas.

Me sentí increíblemente estúpida.

—No me gusta el mar. —Desenredó el manojo de algas de mi tobillo. Me niego a desenredarme de él—. Ni tú, en realidad.

—Alexa, cálmate. —Su mano se fundió con mi espalda—. Puedo sentir los latidos de tu corazón a través de tu pecho.

Acalorada pero completamente empapada, junté nuestras sienes y contemplé la inmensidad del océano.

—Deberíamos salir.

—Pronto. —Rozando mi pezón con el pulgar, me ahuecó el pecho—. Bésame.

Girando la cabeza, puse mis labios sobre los suyos, delicada y suavemente. Tenté cada centímetro de su boca, pidiendo acceso. Me permitió entrar, acariciando mi lengua con deleite. No rompió nuestro beso, la frialdad envolviendo mi piel mientras me transportaba a la orilla.

De vuelta en tierra firme, me tumbó de espaldas sobre la arena salvaje, sujetándome los brazos por encima de la cabeza. Sus labios

dejaron los míos para morder y chupar mi cuello, mi clavícula y mi pecho.

A través de ojos oscuros y entornados, me miró, recorriendo la longitud de mi cuerpo con adoración. Agarrándome la cintura, se mordió el labio inferior.

—Jodidamente preciosa.

Mi cuerpo anclado a su tacto. Se inclinó y chupó mi pecho, la punta de su lengua estimulando mi pezón erecto.

—Tan receptiva. —Llevando sus labios de nuevo a los míos, me robó otro beso—. Nena.

—Cógeme —gemí en su boca.

Liam me deseaba, allí mismo en la playa. Cómo se contuvo, nunca lo sabré. Sin embargo, ninguno de los dos sabía lo que se podía y no se podía hacer durante el embarazo, lo que planteaba preocupaciones. Como adolescentes imprudentes de la noche, recogimos nuestra ropa desechada y nos besamos todo el camino de vuelta a la cabaña. Si los caminantes nocturnos se dieron un festín visual, no me importó disculparme.

Y Liam Warren nunca decepciona.

—Oh, mierda —grité, agarrando las sábanas con los nudillos blancos de la urgencia—. No pares.

Al llegar, Liam cerró de un portazo la puerta de la cabaña y me cogió justo sobre la mesa del comedor. Me provocó varios orgasmos antes de follarme en la ducha y arrodillarse para lamerme la excitación de entre las piernas.

Estoy soberanamente agotada, pero Liam está de nuevo entre mis muslos, devorándome, atormentándome. Su boca hambrienta, dándose un festín conmigo.

—Puedes hacerlo mejor que eso —murmuró, sus manos empujando las nalgas de mi culo, separándome para su lengua perversa—. Ábrete para mí.

Revolviendo su pelo húmedo con dedos codiciosos, abrí más las piernas y cabalgué su boca. Su lengua se hundió en mis pliegues, y mi cuerpo se estremeció a su orden. Sacudí las caderas, anhelando más. Metió dos dedos dentro de mí, y tuve un espasmo, cubriéndolo con mis jugos. Gimiendo en aprobación, curvó y movió los dedos como tijeras, rozando el punto que sabía que me volvía loca. Su boca creó una succión sobre mi clítoris, y chupó, mordisqueó y me empujó al borde de un abismo demoledor. Caí por ese acantilado, confiando en que me atraparía.

Todavía recuperándome de los clímax consecutivos, jadeé, ahuecando su mandíbula con barba incipiente.

—Tienes que subir aquí, Liam.

Cubierto de sudor y dolorosamente guapo, Liam, con la boca brillando por mi excitación, se arrastró sobre mi cuerpo,

acomodando sus caderas entre mis muslos expectantes.

—Estoy enamorado de ti —susurró en mi boca, pasando perezosamente su lengua, incitándome a saborearme—. ¿Te mereces mi polla otra vez, nena?

—Sí —dije sin convicción, sabiendo que era mi turno de darle placer —. Déjame…

—No. —Atrapó mi mano errante antes de que alcanzara su miembro duro y creciente—. Siempre se trata de ti. —Mordisqueando el lóbulo de mi oreja, se alineó con mi coño empapado y empujó hacia adelante—. Me encanta follarte a pelo.

No importa cuántas veces este hombre me reclame, nunca puedo prepararme del todo para la invasión que me estira. Siseando, clavé las uñas en su musculosa espalda y me arqueé hacia él.

—Liam —gemí, envolviéndolo con mis brazos y piernas—. Por favor.

Sujetándome a su pelvis, Liam se meció, sin prisa, pero cada embestida dura significaba algo. Con mi pelo fuertemente agarrado en su puño, me folló a fondo, aumentando la presión. Besándome con reverencia apasionada, me enjauló bajo su poderoso cuerpo, sus caderas girando.

El deseo me atravesó. Gimiendo el nombre de Liam, correspondí a sus embestidas medidas, queriendo ser el catalizador de su apasionado clímax.

Manteniéndonos conectados, se echó hacia atrás sobre sus talones, enraizándome en la base de su miembro.

—Cabalga —dijo con voz gutural, y yo coloqué las rodillas sobre sus muslos—. Eso es. —Con una mano apretándome el pecho, me sujetó por la nuca—. Fóllame.

Con las manos en sus anchos hombros, reboté sobre su polla, vigorizada por el sonido de su respiración superficial y su rostro tenso. Viéndome cabalgarlo, movió una mano hacia mi cadera, su pulgar presionando y girando.

Verme engullir su miembro fue demasiado para que Liam lo soportara. Con los ojos parpadeando cerrados, inclinó la cabeza hacia atrás, y su garganta gruesa y palpitante invitó a mis labios. Besé su prominente nuez de Adán y lamí mi camino hacia su boca, exigiendo ferozmente un beso, respirándolo.

—Me corro —grité entre besos febriles, mi cuerpo convulsionando en sus brazos. Él se hundió en mí castigadoramente—. Liam, me corro.

Era todo lo que Liam necesitaba para perderse. Con la frente pegada a la mía, me sujetó sobre su miembro, y mis paredes apretadas lo engrosaron. Reprimiendo un gemido ronco, me clavó los dientes en el hombro y vació su semilla en mi interior en cuatro cálidos chorros. Amaba cada parte de su placer; la forma en que intenta ocultarse; su polla sacudiéndose y cómo sus manos marcan ausentemente mi piel mientras me posee.

—Nunca —respiró pesadamente en mi oído—. Nunca me cansaré de ti, nena.

***

Encontré una concha mientras paseaba por la playa, una que no había tenido el lujo de conseguir antes. Tuve que buscar la foto en mi móvil por búsqueda de imágenes. No valía ni un céntimo, pero saber que sería la única adición colorida al atrapasueños de Summer aumentaba su singularidad.

—Pensé que podría encontrarte aquí —dijo Tony, y mantuve la vista en el agua—. Es un día precioso, ¿verdad?

Murmurando en respuesta, metí la concha en el bolsillo de mi abrigo.

Tony apareció en mi visión periférica. Con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, contempló el océano conmigo, observando sus olas tranquilas pero impredecibles.

—Me recuerdas tanto a Adaline. —No fue un comentario sórdido. Más bien, un cumplido nostálgico de admiración—. Echo de menos hacer surf… echo de menos los viejos tiempos.

—¿Qué quieres, Tony? —Mi pregunta fue más cruel de lo que pretendía—. Apenas nos conocemos, así que no te sientas en deuda conmigo. —Lo miré y lo encontré ya observándome—. No me debes nada, ¿verdad?

Sus ojos preocupados e inyectados en sangre eran la personificación de la falta de sueño.

—Lo siento.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero no lloraré. No otra vez.

—Sí que luché por ti —continuó, moviéndose para ponerse delante de mí—. Luché por todas vosotras, Alexa. Demonios, sabía que Kathy no era mi hija, pero aun así la quería como si fuera mía. Y tú, fue diferente. Tuve la suerte de verte crecer desde un bebé recién nacido hasta esto… —Deslizándose silenciosamente en el recuerdo, se rio—. Iluminabas una habitación con tu inocencia. Una niña tan hermosa y feliz.

—La recuerdo de otra manera —dije, recordando mi comportamiento malcriado y mis frecuentes enfados—. La pobre Kathy no tuvo ninguna oportunidad conmigo. —Kathy no podía ir al baño sin mi interrogatorio. La seguía como una mascota molesta, aferrándome a cada uno de sus movimientos, queriendo saber adónde iba o si me presentaría a sus amigos—. Admiro su paciencia.

—Kathy te idolatraba —afirmó Tony, y me mordí la lengua hasta saborear la sangre—. Eras, literalmente, su persona favorita. —Hizo una mueca—. Imagino que todavía lo eres.

La culpa me atenazó el corazón. Con los ojos vidriosos, miré hacia los cielos despejados y respiré entrecortadamente.

—Kathy está muerta —le digo, sin poder presenciar su conmoción—. Incluso en la muerte, creo que me odia.

Apesadumbrado, retrocedió tropezando.

—No, eso no salió en las noticias, Alexa. Sería de dominio público.

No si el sindicato manejaba la situación.

—¿Estás segura? —preguntó, y yo asentí—. Dios mío. —Llevándose las manos a la cabeza, desvió sus ojos llenos de lágrimas—. ¿Cuándo? ¿Y cómo? ¿Hubo un funeral? Debería visitar su tumba.

—Ni siquiera sabía si Kathy tenía una tumba con lápida.

—No estoy preparada para esta conversación. —Llevé la mano automáticamente a mi cadena, palpando mi cuello desnudo, echando de menos su consuelo—. Una chica diferente regresó del cautiverio, Tony. No la Kathy que recuerdas, así que dejémoslo estar.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. Sollozando, se la secó con el dorso de la mano.

—Me avergüenzo de mí mismo —graznó, y mi remordimiento se multiplicó por diez—. Tienes razón. No me esforcé lo suficiente. Quería tanto a Adaline y no se me habría ocurrido hacerle la vida más difícil. Por otro lado, me aferré a la esperanza de que algún día entraría en razón y por fin dejaría a Patrick. Estaba dispuesto a esperar para siempre.

—El —para siempre — nunca llegó —susurré.

Tony me dedicó un asentimiento sombrío.

—Si me hubiera esforzado más o incluso si me hubiera enfrentado a Patrick…

—No es culpa tuya —lo interrumpí, poniendo fin a su arrepentimiento y desesperación—. No hiciste más que querer a mi madre y a sus hijas. —Pienso en sus ojos, tan cálidos, tan amables y cariñosos. Anhelaba a Adaline Haines. Ojalá ella hubiera reunido la fuerza para corresponder a su amor—. Podría quedarme aquí todo el día y hacer que te avergüences hasta hundirte en un pozo más oscuro, pero eras joven, Tony. Cometiste errores, todos cometemos errores.

Las manos de Tony se aferraron a mis mejillas.

—Quiero una prueba de paternidad. —El corazón se me hizo añicos. No estaba pidiendo un padre sustituto, pero su suposición me dolió —. Sin embargo, independientemente de los resultados, me encantaría ser ese hombre para ti.

Lo miré desde debajo de mis pestañas húmedas.

—¿Qué estás diciendo?

—Déjame arreglarlo —suplicó Tony, secándome las lágrimas con el pulgar—. No solo porque te lo mereces, Alexa. Sino porque quiero

tenerte en mi vida. —Se lamió los labios secos—. Quiero ser tu padre, si me aceptas.

—¿Por qué? —emití un sonido suave y ahogado—. ¿Por Adaline? No tienes que hacer eso, Tony. Deja tu conciencia tranquila. No te hago responsable del pasado. Anoche solo estaba enfadada. Tú —recalqué, agarrando su jersey con el puño— eres un buen hombre. Y si no sale nada más de este viaje a Newquay, me alegro mucho de que hayamos retomado el contacto y…

—Alexa. —Cortó mi parloteo, sonriéndome—. ¿Tan difícil es de creer que pueda quererte en mi vida?

—Quiero conocerte. —Cobardemente, le miré al pecho en lugar de a la cara y le apreté la mano—. Quiero que me conozcas. —Se me tensó la mandíbula mientras luchaba contra una tristeza persistente —. Solo si es lo que quieres. —¿Podría quererme de verdad como si fuera su hija? ¿Si la prueba diera negativa?—. ¿Y si no soy tuya?

—Vosotras, Kathy y Adaline, siempre fuisteis mías. —Tony me besó en la frente y mis ojos se cerraron de golpe, perdida en su afectuoso abrazo—. No podemos traerlas de vuelta, pero el —para siempre —puede empezar con nosotros.

Secándome la neblina de los ojos, solté una risa ahogada en un sollozo.

—¿Te llamo papá? —bromeé, y ambos nos reímos—. Es broma. —Armándome de valor, me encontré con su mirada inquisitiva—. Gracias.

Tony frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por elegirme desinteresadamente —, pensé.

—No sé cocinar —le informé a Tony mientras nos alejábamos de la orilla—. Los Trajes creen que no los veo esconder comida en las servilletas.

Sus cejas fruncidas se juntaron todavía más.

—¿Quiénes son los Trajes?

—Oh, son de Liam —dije evasivamente, tirando de las mangas de mi sudadera—. Los conocerás si vienes a Londres.

—Tu madre era una cocinera fantástica.

—Sí, bueno, es una pena que no me transmitiera sus habilidades culinarias. —Caminábamos con dificultad por la arena cálida—. Tengo un problema con el gasto. Poseo más zapatos que Imelda Marcos, pero solo uso mis favoritos mientras los demás se quedan en cajas de lujo. Me encanta todo lo que sea rojo —seguí parloteando, sintiendo el viento en la cara—. Es obsesivamente mi color favorito.

—Adaline era muy parecida.

—Lo sé. Y esa es la razón exacta de mi fijación —.

—Soy muy fan del vodka. —Me llevé las manos al vientre—. Cuando no estoy embarazada.

Riéndose por lo bajo, Tony me dio un codazo con el hombro.

—A mí me gustan el whisky, la jardinería y la música. No sé bailar ni para salvar la vida, pero gano puntos por el esfuerzo. Echo de menos las olas, pero el surf está descartado. Aun así, me verás a menudo en la playa, recordando viejos tiempos.

Llegamos al paseo peatonal y nos detuvimos junto a la carretera. Titubeando junto a la puerta del conductor de su camioneta, Tony la abrió.

—Me gusta conocerte —dijo sin mirarme—. Quiero hacerlo más a menudo.

Antes de que pudiera echarme atrás, lo abracé, con la mejilla pegada a su corazón.

—¿Vendrás a Londres?

—Por supuesto. —Me besó en la coronilla—. ¿Quizá podría traer a Camilla?

—Me cae bien —admití, y capté su suspiro de alivio—. Te hace sonreír. —Me separé de él y me recompuse—. Tienes mi número. ——La pelota está en tu tejado —, pensé.

Saludándome, Tony se dejó caer tras el volante y el motor rugió. El polvo se levantó detrás de los neumáticos cuando se marchó. Inmovilizada por la ambivalencia, me quedé mirando la carretera vacía tras su partida.

Desbloqueé el teléfono.

Yo: ¿Estás listo para volver al mundo real?

Tres puntos aparecieron en mi pantalla.

Jace: ¿En serio?

Yo: Sí.

Jace: Aleluya. Estoy haciendo las maletas mientras hablamos.

Yo: ¿Dónde está Liam?

Jace: Cargando el Bentley con Brad.

Guardé el teléfono y eché a correr, los tacones de mis botas resonando contra el suelo. A lo lejos, vi a Brad salir de la cabaña,

con un teléfono en la oreja y una bolsa de viaje en la mano.

Jadeando y sudando, corrí más deprisa, justo a tiempo de ver a un Liam trajeado bajar los escalones de la cabaña.

—¿Alexa? —me llamó, con una evidente sospecha arrugando sus cejas—. ¿Qué pasa?

Deteniéndome en seco, lo señalé.

—No —dije entrecortadamente, tratando de recuperar el aliento—, te vayas a ningún sitio. —Perplejo, me vio pasar disparada como un rayo.

—¿Jace? —grité, atravesando el salón, recogiendo ropa tirada, objetos personales y trastos varios que habíamos acumulado durante las semanas—. Vámonos.

Dentro de mi dormitorio, abrí las cremalleras de mis maletas y las llené, lanzando cosas a diestro y siniestro. Adecuadamente preparada, arrastré las maletas por el suelo, encontrándome con Jace en la cocina.

Él arrojó las llaves sobre la encimera.

—¿A qué viene esto?

—Londres es donde soy feliz —solté, encogiéndome de hombros—. Así que no puedo confiar en ninguna revolución si la felicidad no está involucrada, ¿verdad?

Jace me rozó la barbilla con los nudillos.

—Esa es mi chica.

Llevando nuestras maletas fuera, Jace le dijo algo a Brad en voz baja. El Traje rubio asintió, abriendo el maletero del Bentley para mi amigo.

Liam no se había percatado de mi presencia. De espaldas a todos, hablaba por teléfono.

Cuando los hombres suben al vehículo, me coloco detrás del hombre que amo y le rodeo la cintura con los brazos.

—Manda a tres —autorizó Liam, posando su mano sobre mi antebrazo—. Concierta una reunión. —Otra pausa—. Exige informes. —Escucho a un Nate que murmura repasando unas preguntas escritas—. Inútil. Deshazte de él. —Mis cejas se alzaron de golpe—. ¿Y ella? —El interés me picó y ladeé la cabeza—. Hm —murmuró, mirándome por el rabillo del ojo—. Ahora no. —Nate mencionó mi nombre—. Sí.

Retiré los brazos.

Liam terminó la llamada.

—Ted tiene órdenes estrictas. Sé que odias toda esta atención, pero si yo no estoy aquí, quiero a un miembro del sindicato dentro de ese edificio. —Con el teléfono en la mano, señala la cabaña—. No es negociable, Alexa. No puedo relajarme si no tienes seguridad veinticuatro horas al día. Serena se fue, o eso creemos. Pero no me fío de ella. No puedo estar seguro…

—Liam —lo interrumpí, agarrando la cinturilla de su pantalón. Poniéndome de puntillas, le di un suave beso—. No me quedo.

—¿Qué? —Su expresión se endureció—. ¿Qué significa eso? ¿Has encontrado otro sitio donde quedarte?

—No, quiero ir a casa… dondequiera que esté —dije tímidamente, esperando que fuera con él—. No tiene por qué ser el ático. Podría vivir en un hotel hasta que diera la entrada para un apartamento o algo…

—O algo —repitió, sonriendo mientras nos besábamos—. Tu casa está conmigo.

Esperaba que dijera eso.

—Soy una acaparadora de cama.

—No me importa. —Me atrapó entre sus brazos—. Estás en mi cama, eso es todo lo que importa.

—Quemo los huevos revueltos.

—Me los comeré de todas formas.

—Canto en la ducha.

—El que estés desnuda —me mordisqueó la mandíbula—, me distrae.

Este hombre me tiene en una nube.

—Te quiero, Liam.

Liam se echó hacia atrás para mirarme. Con la palma de la mano en mi mejilla, separó mis labios con su pulgar.

—Siempre.

***

CAPÍTULO 24

Alexa

Lo primero que quise hacer al volver a Londres fue dormir. Olvidé deshacer las maletas y ducharme; la imponente cama del dormitorio de Liam me atraía. Para mi sorpresa, no me desperté hasta la tarde siguiente, con un ático oscuro y vacío para recibirme. Liam no había hecho hueco en el vestidor para mis cosas. Invadir su privacidad no era nuevo para mí, pero, sinceramente, no tenía energía para hacerlo. Dejé las bolsas de viaje abiertas sobre el banco alargado y en su lugar organicé los cosméticos en el chifonier negro de alto brillo. No había utilizado ese elegante mueble, a excepción del armamento oculto, así que lo reclamé como mío.

Echaba de menos el café; echaba más de menos el vodka.

El lunes por la mañana, fui al consultorio médico. Cuarenta y cinco minutos estuve sentada en la sala de espera. La enfermera, bajita y amable, apareció en la recepción, examinando mis notas mientras me llamaba. Fue enigmática la vergüenza que sentí cuando los pacientes me vieron caminar hacia una sala privada. No debería importar, su curiosidad, pero que supieran por qué le entregué a la enfermera una muestra de orina sellada me preocupó el resto del día.

Embarazo confirmado; espero una confirmación adicional del laboratorio antes de que el médico pueda enviar mis datos al Royal London Hospital.

Jace es el eufórico propietario de dos edificios comerciales. Con una botella de Chateau De Fleur, vino espumoso sin alcohol para mí, y una de Armand de Brignac Ace of Spades para Jace, lo celebramos. Pidiendo un festín a domicilio, Jace dispuso recipientes de comida china sobre una mesa que los anteriores propietarios habían dejado y luego me explicó las reformas.

No se me permitía levantar objetos pesados, pintar o decorar, así que Jace me puso a cargo de la búsqueda de objetos de recuerdo. Aunque no me dijo que sería la camarera de turno para los contratistas.

—Otro cafelito, cielo. —Un señor mayor con un casco blanco, gafas de seguridad y un chaleco amarillo fosforito de alta visibilidad, golpeó una taza vacía sobre mis notas—. Con poco azúcar.

Al final de la semana, odiaba el café.

Usando la espalda para abrir la puerta del salón, llevé las compras al mostrador frontal sellado con plástico que Jace había traído ayer.

—Me vas a adorar.

—Ya te adoro. —Jace, cubierto de motas de pintura blanca y negra, me dio un beso en la coronilla—. ¿Qué es eso?

Con las cejas danzantes, le entregué el paquete.

—Echa un vistazo.

Dando un sorbo a una humeante taza de café, la dejó a un lado y examinó la caja de cartón. Abriendo una navaja, cortó el celofán.

—*Jóvenes Ocultos*. —Entrecerró los ojos para leer el autógrafo garabateado—. Mierda, lo ha firmado Kiefer Sutherland. —Pasó al siguiente—. *Frankenstein*, *El resplandor*. Tiene el autógrafo de Jack Nicholson.

—Pasé tres días con los ojos pegados a los eventos de subastas online para poder conseguir estos. —Le enseñé los pósteres—. *Pesadilla en Elm Street*, firmado por el Kruger de los 80, Robert Englund. Sé que te encanta esa película. Ah, y le pedí al tipo de enfrente que nos los enmarcara.

Jace echó un vistazo por la ventana a la galería de gestión artística.

—He oído que esos artistas organizan fiestas sexuales por la noche. —Su atención volvió a los marcos negros—. ¿Te cobró el dueño por el enmarcado?

—No, no me cobró ni un céntimo, lo cual me pareció muy amable… —Jace enarcó una ceja inexpresiva—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Como decía, esos artistas de aspecto indie organizan fiestas sexuales. —Abriendo una caja de herramientas sobre el mostrador,

encontró un martillo y clavos—. Nadie te da algo por nada, Alexa. Recuerda eso la próxima vez que alguien te ofrezca algo gratis.

Miré con rabia la galería cerrada.

—¿Te invitó el tipo a una exposición? —preguntó, colocando un nivel en la pared negra principal—. Te dijo que llevaras a una amiga, ¿eh?

Sí, el tipo y sus compañeros me habían hecho una invitación, aunque yo la había rechazado educadamente.

—Oh. Soy una idiota confiada. —Abriendo una lata de limonada, me senté en un taburete, cruzando las piernas—. Recuérdame que envíe un pago, Jace. No voy a dejar que ese baboso se crea con derecho a reclamarme nada.

Recibí un correo electrónico del médico, programando una cita con la matrona. Aun así, el embarazo no parecía real. Rutinariamente, me estudiaba en el espejo del baño, con la mano en mi vientre plano. Vómitos y cansancio eran mis únicos síntomas. Pero, por otro lado, sufría ambos cuando tenía resaca, y las secuelas de la ebriedad ocurrían habitualmente.

Liam ya no dormía en la oficina. Sin embargo, llega tarde a casa, quitándose camisas manchadas de sangre y aceptando llamadas telefónicas sin parar de los Trajes. La mayoría de las noches, Liam no se mete en la cama hasta las tres de la madrugada, y aunque cree que estoy dormida, nunca deja de besarme en la mejilla o de atraerme a sus brazos.

Brad Jones, la sombra de Liam, se adueñó de uno de los dormitorios de invitados. Según Liam, Brad tiene un apartamento, pero por alguna razón que desconozco, el hombre nunca se queda allí. No me importa. Adoro a Brad, y es un cocinero de primera.

Me obligo a despertarme al alba, solo para unirme a los hombres en el desayuno temprano: zumo de naranja fresco, huevos revueltos, beicon veteado, tostadas con mantequilla y aguacate.

Sí, estoy tomando notas.

Con ojo de halcón, observo a Brad ocupar los fogones mientras tecleo en mi teléfono cuánto tiempo tarda en no quemar nada.

—Tienes una cara de mierda —me insultó Brad, deslizando un plato delicioso ante mí—. ¿Qué pasa con ese pelo?

—¿Y qué pasa con el tuyo? —repliqué infantilmente, mordiendo un trozo de tostada.

—Está preciosa. —Poniéndose una chaqueta de traje negra, Liam entró en la cocina—. Buenos días, cariño. —Aceptando un café de Brad, me quemó la mejilla con un beso prolongado—. ¿Cómo te encuentras?

—De mierda —respondió Brad por mí, abrochándose la camisa blanca.

—Cállate —le regañó Liam, sorbiendo su café—. Ve a arrancar el Bentley. Bajo en un minuto.

Brad me tiró de la coleta al pasar. Abrió la puerta principal, ladrando órdenes a los pobres Trajes que montaban guardia en el pasillo.

—Tengo fecha para una cita con la matrona. —Girando la cintura, miré a Liam, asombrada por su inquebrantable masculinidad—. ¿Vendrás?

—Por supuesto. —Me acarició la mejilla y me besó suavemente los labios—. No estaría en ningún otro sitio.

Con los ojos en él, me levanté.

—¿Me quieres? —pregunté, colocando una mano en su pecho mientras me arrodillaba.

—Cariño —dijo, con voz baja y ronca—. Ya sabes que sí.

Desabrochándole el cinturón y la cremallera, estiré el cuello para mirarlo. Su polla se endureció deliciosamente bajo sus apretados calzoncillos. Enroscando mis dedos bajo la cinturilla, le bajé los calzoncillos y su apetitosa verga cayó en la palma de mi mano. Con una firme caricia ascendente, gimió, agarrando mi pelo y tirando de mí hacia él. Pasé la lengua por la parte inferior de su miembro, evitando a propósito su glande hinchado y brillante.

—Me estás matando —gruñó, sus dedos apretando mis raíces—. Chúpamela.

Obedientemente, separé los labios y lo engullí, chupando y saboreando las gotas de líquido preseminal. Agarrando la base de su miembro, moví la mano, desesperada por verlo venirse.

Liam movió las caderas y otra gota de preeyaculación calentó mi lengua. Su respiración se volvió más agitada y supe que estaba cerca.

Me empezó a doler la mandíbula, pero no iba a bajar el ritmo. Apreté los muslos, regañándome interiormente por desear a Liam de más maneras que solo dándole placer. Él necesitaba esto, se lo merecía. Yo podía esperar a más tarde, cuando volviera del club, para que me volviera loca con su boca devoradora.

—Joder —jadeó, su polla hinchándose y palpitando—. Alexa. —Sus muslos se contrajeron y un espeso semen brotó en mi boca—. Jodida hostia.

Saboreando su sabor masculino, me lo tragué con una sonrisa triunfante.

Con el miembro colgando entre sus piernas, se lo guardó.

—Ven aquí —ordenó, y me levanté con piernas temblorosas—. Bésame.

Mis palmas abrazaron sus hombros. Me alcé y lo besé. Detecté una mezcla de café y menta en su lengua mientras me derretía contra él.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, agarrando mi culo para levantarme y sentarme en la isla de la cocina. Erguiéndose entre mis muslos separados, apoyó las palmas en la encimera. Su polla semi dura se presionó contra mi sexo.

—Podría follarte todo el día. —Me chupó el cuello—. Túmbate y desnuda ese coño para mí.

—No —protesté inútilmente, agarrando el cuello de su camisa—. Quiero que esta mañana sea sobre ti.

Desdeñando mi negativa, separó más mis muslos y deslizó dos dedos dentro de mí.

—Quítate la camiseta. Quiero ver esas preciosas tetas.

—Liam —argumenté, retorciéndome en su agarre ineludible—. No se trata de mí.

Me agarró la mandíbula.

—Siempre se trata de ti.

***

Durante la semana, me ocupé en Pierced and Inked, ayudando a Jace a prepararse para su gran inauguración. Me dio un portátil y las llaves de su oficina, toda negra y muy masculina.

Entronizada en una silla de cuero detrás de su escritorio, entrevisté a posibles empleados.

—Trabajé en el bar de Sam durante dos años —dijo el solicitante, desplomándose en la silla—. Disfruté de aquello.

Con cero experiencia, el hombre de cincuenta y tres años había pasado la mayor parte de la entrevista consultando el móvil.

—Se da cuenta de que Pierced and Inked es un salón de tatuajes, ¿verdad?

Se ajustó las gafas bifocales.

—Sí.

—Vale. —Frunciendo los labios, cogí un bolígrafo y tracé una línea sobre su solicitud—. Tenemos sus datos. —Abrí un cajón y dejé caer su formulario rechazado dentro—. El señor Williams le llamará si procede.

Una hora después.

—Me encanta todo lo negro —me dice la mujer, limándose las afiladas uñas pintadas de negro—. Marilyn Manson y la mitología.

Asintiendo, marqué sociable, amable y garabateé gusto excéntrico por la moda.

—¿Por qué dejó su anterior trabajo?

—Oh. —Poniendo los ojos en blanco, se enderezó—. Me lié con mi jefe. —Bajó la voz—. Si sabe a lo que me refiero.

Sin pestañear, me quedé mirando.

—Estaba casado. Un desperdicio —añadió despreocupadamente, admirando sus garras de codicia—. Era fantástico en la cama. Tenía carne para dar y regalar.

Aclarándome la garganta, anoté algo al final de su formulario.

—Supongo que eso no será un problema si el señor Williams la contrata.

Jace recalcó que quería profesionales. Se está tomando esta empresa en serio, así que no necesitamos dramas.

—Dicho de la forma más amable posible. —Apoyé los codos en el escritorio—. ¿Es usted famosa por tirarse a hombres que no son suyos, específicamente en el lugar de trabajo?

—No. —Soltando una risita ahogada, agitó una mano con desdén—. Soy lesbiana. Es más fácil.

Me parece justo. Revisé su historial laboral.

—Marcó —sí — en piercing, pero no encuentro el certificado…

—Sí, ignore eso. —Hizo estallar una pompa de chicle rosa—. Estoy practicando con una amiga.

Con la gorra de béisbol al revés, Jace entró en la oficina y los ojos de ella, abiertos de par en par con aprobación, lo persiguieron.

Rebuscando en un archivador, Jace no presta atención a la entrevista ni a la lascivia babeante de la mujer.

Ofrezco una sonrisa plana y me dirijo a la entrevistada una vez que él se va.

—Él es el jefe.

Sus ojos no se han apartado de la puerta cerrada.

Sacudiendo la cabeza, trazo una línea en su formulario de solicitud y doy por terminada la entrevista.

—Trabajé en Dragon Ink durante cinco años. —Shane tiene el pelo corto, rubio decolorado y la oreja izquierda llena de piercings de titanio—. Empecé como aprendiz y fui subiendo en el escalafón. —Abriendo la cremallera de su mochila, sacó una carpeta de cuero y la colocó sobre el escritorio—. Esto es parte de mi trabajo.

Intrigada, me incliné hacia adelante y ojeé su portafolio.

—¿Hiciste todos estos? —reflexioné, respetando su estilo tradicional, rosas coloridas, anclas detalladas y mujeres preciosas—. ¿Por qué dejaste Dragon Ink?

Shane hizo una mueca, rascándose la nuca.

—Me peleé con mi jefe.

—Dios, no me digas que también es conocido por conducta sexual inapropiada —.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Le iban cosas que no me gustan —admite, aumentando mi interés —. No me va eso de hacer tatuajes por gratificación sexual, señorita. Llámeme anticuado, pero no puedo tolerar ese tipo de comportamiento.

—¿Su antiguo jefe solicitaba favores sexuales a los clientes? —pregunté, y él asintió con la cabeza—. Entonces, no le culpo por

marcharse. —Tenía una lista admirable de cualificaciones—. ¿Hace piercings?

Juntó las manos.

—Sí, señorita.

—¿Le incomoda que un cliente solicite piercings en zonas íntimas?

—No, soy estrictamente profesional. —Rezuma una confianza reconfortante—. Lo mismo se aplica a los tatuajes. Puedo tatuar en cualquier parte. No es un problema.

Me gustó.

—Vale —dije con una sonrisa amable—. Le pasaré los datos al señor Williams. —Ambos nos levantamos, dándonos la mano—. De cualquier manera, le llamará en los próximos dos días.

En el momento en que Shane se va, le envío un mensaje a Jace.

Yo: Shane es perfecto. Te va a encantar. También está interesado en alquilar una habitación arriba.

Yo: (insertar emoji de baile) negocio redondo.

Jace: Guay. Bien hecho, Alexa.

Yo: De nada.

—Estás buscando trabajo sin visado —le digo al estudiante de intercambio internacional—. No podemos contratarte.

Saltó bruscamente de su asiento.

—Puedo conseguir un visado.

—Claro que puedes —.

—Vuelve a vernos cuando lo tengas.

Dos horas más tarde.

—Me encanta esta habitación. —Luciendo cuero negro y unas Dr. Martens de color rosa brillante, Harlyn, que me recuerda a un duende gótico, cogió un objeto de colección para examinarlo—. Vale, voy a ir al grano. Soy una mierda con la gente. Hablo demasiado, no porque esté nerviosa, sino porque no sé cuándo callarme.

Mis cejas se dispararon.

—¿Y cómo te convierte eso en —una mierda con la gente —?

—Porque no me gustan —dijo sin reparos, encogiendo un hombro—. Pero soy una artista cojonuda. Dame un poco de piel y crearé una

obra maestra: acuarela, tradicional, realismo y tribal. No hay nada que no sepa hacer. Sobre los piercings, adquirí mis habilidades en Blue Banana el año pasado. —Me enseñó su piercing en la lengua—. Me lo hice yo misma.

Hablé antes de pensar.

—¿Eres hetero?

—¿Por qué? —Su ceja se arqueó sugestivamente—. ¿Estás interesada?

—No, no soy… ——Lesbiana —, pensé, golpeando el bolígrafo en el escritorio—. Casi todas las mujeres que he entrevistado solo están interesadas en el jefe.

—¿Te refieres a ese cachas de ahí fuera? —Resoplando, lanzó un pulgar por encima de su hombro—. Sí, no, gracias. Ya he tenido mi ración de hombres así. Acaba conmigo haciendo las maletas.

Me gustó su honestidad.

—¿Cómo manejarías a un cliente difícil?

—Bueno, eso depende. —Se ajustó la peluca rosa—. Si es un tío que se pone fresco conmigo, lo cogeré por los huevos. Si es alguien que no está contento con mi trabajo —lo cual nunca pasa, por cierto—, le diré que se largue. Supongo que si es un asunto que no puedo

manejar yo misma, pues llamaré al Señor Jefe para que se encargue de ellos, ¿no?

Creo que se refería a Jace.

—El próximo viernes es la noche de inauguración. —Sacando un contrato, le pasé un bolígrafo—. Tienes el trabajo. Firma esto y preséntate al señor Williams.

Abrió la boca.

—¿Tengo el trabajo?

—Sí. —Mantendrá a Jace en vilo. Necesita ese nivel de frustración en su vida; mantendrá su mente ocupada—. Te veré la semana que viene.

—Oh, eres un encanto —dijo, abriendo la puerta de par en par.

Destapando una botella de agua, me desplomé en la silla y apagué mi sed.

Oí los fuertes pisotones de Jace y me preparé para un ataque verbal.

—Alexa —susurró a gritos, irrumpiendo hacia el escritorio—. ¿La has contratado sobre la marcha?

—Lo he hecho. —Cerrando los ojos, consideré una siesta por la tarde —. Me encanta su imagen. Me recuerda a un hada oscura.

—Alexa —suspiró, pellizcándose el puente de la nariz—. Es un problema.

—Harlyn —pronuncié, su nombre rodando por mi lengua—, es exactamente lo que tu empresa necesita. Es peculiar, inteligente, divertida y experimentada. No aceptará tonterías de los clientes y se llevará genial contigo y con Shane. —Le muestro su formulario de solicitud—. Escribió —no aplicable — como dirección, lo que me lleva a creer que es una ocupa. Sé un caballero y alquílale una de las habitaciones.

—No voy a vivir con una Harlyn malhablada —ladró, arrugando su formulario.

—Con una Alexa malhablada de cojones sí que vivirías.

—Eso es diferente —explicó, pero su lógica insondable me dejó perpleja—. Tú eres diferente.

—Jace. —Rodeando el escritorio, me senté en el borde de madera y lo abracé por la cintura—. Por favor, confía en mí. Harlyn es una tatuadora excepcional. Mira esos diseños. —Abriendo un archivo, le mostré sus hojas arrugadas—. Conceptuales y creativos.

Los ojos de Jace se iluminaron.

—Guau.

—Lo sé, ¿verdad? —Pasé la página—. Quiero decir, ese león es tan realista y fiero. Joder, quiero tatuármelo en el culo.

Me lanzó una mirada de desaprobación.

—Mira, si Harlyn la caga, entonces rescinde su contrato, pero dale la oportunidad de demostrar lo que vale.

—Me debes una por esto. —Su dedo tatuado me dio un golpecito en la nariz, enviando un dolor agudo a mi frente—. Uno más. No más contrataciones sobre la marcha.

Le enseñé el dedo corazón.

—Sí, señor.

Hundiéndome en la silla de cuero, enciendo el portátil y espero a Jared.

Una hora después, el capullo tardón entra como una tromba en la oficina.

—Lo siento muchísimo. —Ajetreado y jadeante, Jared cerró la puerta —. Se me pinchó la rueda de la moto, así que corrí a por el autobús… y perdí ese puto autobús. —Sacó una silla y se sentó—. Y no había comido. Me pongo de un humor de perros cuando tengo

hambre. —Devorando una barrita de cereales, la inhaló en tres bocados, con la boca llena en una mejilla—. Bueno —aplaudió—, ¿por dónde empezamos?

—En primer lugar, la impuntualidad no es aceptable. Ni para una entrevista y, lo que es más importante, ni para los clientes. Deberías saberlo, teniendo en cuenta que trabajaste en Hellfire durante cinco años. He oído que el jefe lleva un régimen estricto.

Indiferente, Jared se alborotó el pelo negro azabache.

—Sí, que le den por culo a Hellfire, por lo que a mí respecta. ¿Sabes lo que me hizo ese cabrón? Me retuvo el sueldo durante tres meses… tres meses, por si no lo has pillado. ¿Cómo se supone que voy a vivir sin sueldo? Estoy endeudado hasta las cejas. Tengo dos perros que me arruinan y una novia necesitada que vive una vida de champán con un presupuesto de limonada. —Se metió el envoltorio en el bolsillo—. Y nuestro gato se murió, pero todavía no se lo he dicho a la parienta.

—Siento lo de tu gato. —Apretándome la coleta, acepté su carpeta y extendí su encomiable colección por el escritorio—. Antes de empezar, tengo que preguntar, ¿eres ciudadano británico? —No me apetece otra discusión sobre visados hoy—. Si es así, ¿puedo ver tu derecho a trabajar?

Poniéndose de pie, Jared se ajustó el piercing de la ceja. Sacó unos documentos doblados del bolsillo y los puso sobre el escritorio.

—P60 y P45. —Blandiendo un pasaporte, reveló su foto de carné—. No te rías. Pasé por una fase en la que me teñía el pelo de morado.

—Te queda bien —le felicité, ojeando el pasaporte—. ¿Cuál es el color más loco que te has teñido el pelo?

—Naranja vómito. —Sus labios se torcieron en repulsión—. Parecía un pelirrojo cruzado con un caniche.

Reprimí una carcajada.

—¿Azul?

—Una vez. —Sonriendo maliciosamente, abrió mucho sus ojos azules —. Y a las chicas les gustó. Hacía juego con mis ojos y todo eso. Además —se inclinó hacia adelante, señalando el techo—, he leído que el señor Williams tiene algunas habitaciones disponibles. Me gustaría alquilar una aunque no consiga el trabajo.

Frunciendo el ceño, volví a mi asiento, deslizando la copia del pasaporte en el cajón de Jace.

—No creo que el señor Williams busque parejas, Jared.

No es mentira. Jace está buscando profesionales que trabajen. Sin animales. Sin niños.

—Sí, los perros son de mi novia, y pienso dejarla. —Se movió incómodo—. Creo que se está tirando a mi hermano.

Permanecí impasible.

—Eso es realmente decepcionante. ——Dios, Jared está lleno de vida, considerando el reciente disgusto. Es sociable, también, prácticamente vomitándome información personal — —Si ese es el caso, a menos que tus circunstancias cambien, creo que a Jace le encantaría alquilarte una habitación.

Leí las notas de Jace con las —preguntas obligatorias — y se las transmití.

—¿Qué te parece tatuar un chichi...? —Hijo de puta. Voy a matar a Jace—. Quiero decir, ¿qué te parece tatuar zonas íntimas? —Se me pusieron las mejillas al rojo vivo—. Masculinas o femeninas.

—Dado que los tíos tienen polla... —Me lanzó una mirada perpleja—. No tengo ningún problema en tatuar un chichi —dijo en tono de burla, rozándose los dientes de arriba con el piercing de la lengua—. ¿Era una pregunta seria? Tengo un porfolio entero: capuchón del clítoris, labios —internos o externos—, un Christina. —Levantó los dedos y los agitó—. Princess Albertina... aunque hay menos opciones para los pezones; las anillas son lo más común. —Sus ojos curiosos recorrieron brevemente mi pecho—. ¿Tú tienes uno?

—No. —Puse una mueca—. ¿Tú?

—Pues sí, la verdad. —Se levantó la camiseta y me enseñó los piercings—. Me gustan las barras. ¿Este? —Se pellizcó el pezón izquierdo—. Oro blanco.

—Bájate la camiseta, por favor. —Jared saldría volando por una ventana si Liam viera esta entrevista tan escandalosa—. ¿Tienes flexibilidad horaria?

—Puedo trabajar por la mañana, a mediodía y por la noche. —Parecía sincero—. Escucha, me encanta lo que hago. Para mí no es solo un trabajo, es una pasión.

—¿Qué más haces en tu tiempo libre?

Por primera vez desde que llegó, la coraza imperturbable de Jared se agrietó y una sonrisa tímida asomó a sus labios.

—Soy cantautor —dijo con timidez, mordiéndose el labio inferior—. Toco la guitarra y escribo letras en todas partes. —En un estado de divertida incomodidad, se pasó una mano por el pelo y soltó una risita—. Se me ha ocurrido una canción solo con mirarte.

—¿Ah, sí? —Mi sonrisa fue un reflejo de la suya—. ¿Cómo se llama?

Se recostó en el asiento.

—La dama de rojo.

Puse los ojos en blanco.

—Un cliché.

—Mis letras no lo son. —Se levantó con torpeza cuando Jace entró —. Eh, tío. —Extendió el brazo y estrechó la mano de un Jace reticente—. Jared. Me encanta lo que has hecho con el local. —Señalando el suelo del salón, se metió las manos en los bolsillos para evitar más aspavientos de incomodidad—. Está genial.

Jace parecía cansado.

—Gracias. —Me dio una taza de té, se puso la gorra del revés y cogió dinero de la caja fuerte—. ¿El último del día?

Asentí.

—Bien —dijo Jace secamente, estampándole un contrato en el pecho a Jared—. Estás contratado. Rellena esto y luego ayúdame a montar unos muebles.

Con los ojos como platos y la boca abierta, Jared me arrebató un bolígrafo de la mano y siguió a Jace como una sombra fuera del despacho.

—¿Quién ha dicho que yo sepa montar muebles?

Desconcertada y paralizada por un instante, me sacudí los pensamientos dispersos de la cabeza y corrí tras ellos.

—¡Eh! —Le di un tirón a la camiseta de Jace—. Me dijiste que no contratara a más gente a la primera de cambio.

—No han llegado dos pedidos —se quejó Jace, cogiendo de nuevo un rodillo para pintar las paredes—. Sigo esperando el material de piercing y los productos de cuidado posterior.

Oh, mierda. Hacer los pedidos era mi trabajo, y se me había olvidado por completo.

Jace dio una patada en el suelo.

—¿Ves alguna silla para clientes? ¿Alguna estación de trabajo?

Fruncí los labios.

—Tampoco hay mesas ni bancos. —Estresado y con la cara más roja de lo normal, Jace maldijo, secándose el sudor de las sienes—. Y esos obreros se pasan más tiempo de cháchara que trabajando.

—Vale, cálmate. —Detrás del mostrador de recepción, cogí el táper con la ensalada de pasta que había comprado por la mañana y se lo di—. Vete al despacho y cómete esto. Necesitas tomarte un descanso, Jace. —Abrió la boca para protestar, así que levanté una mano—. No es negociable. Llamaré a las empresas para averiguar qué ha pasado con nuestros pedidos. ——Señor, perdóname —,

pensé, mintiendo como una bellaca; —haré el pedido y pagaré un extra ——. ¿Y en cuanto a esos cabrones vagos? Déjamelos a mí.

Pasando por encima de escombros y ladrillos rotos, me aventuré al local de al lado. Dentro del espacio diáfano, ocho hombres estaban de pie, bebiendo de termos y cotilleando.

—Eh —espeté, y ocho pares de ojos se volvieron bruscamente—. ¿Os pagamos para que no hagáis nada? —Un hombre exhaló humo de cigarrillo—. ¿Y qué coño es eso? ¿Os ha dado Jace permiso para fumar?

—Es solo un descanso para un cigarrito...

—Me importa una mierda. De hecho, coge tus cosas y lárgate. —Abrí la puerta de par en par, le arranqué el abrigo del perchero y lo lancé a la acera—. Estás despedido.

Se le enrojecieron las papadas.

—¡No puedes hacer eso!

—Ah, sí que puedo. —Golpeé el suelo con el tacón y levanté la barbilla, desafiándolo a buscarle las cosquillas a una embarazada trastornada—. No necesitamos tus servicios de vago... —El hombre enfurecido pasó a mi lado empujándome y clavándome el hombro a propósito—. Has empujado a propósito a la novia embarazada de Liam Warren —gruñí, y se quedó pálido al instante—. Espero que eso te atormente esta noche.

—Mierda —murmuró uno de los hombres, corriendo por la sala para transportar una viga de metal—. Moveos, chicos. —Todos los trabajadores se apresuraron, martilleando y encendiendo taladros—. ¿Necesitas algo más? Puedo comprarte un chocolate caliente...

—Deja de lamerme el culo. —Cerré la puerta en la cara del hombre sentenciado y esquivé unas cajas de herramientas—. Si no habéis terminado para el final del día, el señor Williams está en su derecho de rescindir los contratos sin pago.

Para ahogar su caótico y frenético barullo, subí la música y busqué a Jace. Como le había indicado, estaba sentado en su despacho, zampándose la comida y terminándose una taza de vodka a palo seco.

—¿Estás bien? —Me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta—. ¿Has dormido?

—Ya dormiré luego —graznó, masticando y bebiendo.

Jared pasó por delante del despacho con un tablón de madera al hombro. Se había puesto un chándal y zapatillas. Como estaba fuera, vigilando a los obreros, cerré la puerta y acerqué una silla junto a Jace. Nuestras miradas se encontraron, y él suspiró, derrotado, arrojando su gorra sobre el escritorio y desplomándose contra mí. Con la cabeza en mi muslo, dejó que le masajeara el cuero cabelludo, descansando incómodo pero aliviado por tener un respiro.

En cinco minutos, pude oír los leves ronquidos de Jace. Mis dedos le masajearon la nuca, manteniéndolo en estado de somnolencia todo el tiempo que pude antes de que se diera cuenta.

Sobre el escritorio, mi teléfono vibró con un número desconocido. Contesté la llamada y me lo puse en la oreja.

—¿Diga?

Hubo un largo silencio.

—Alexa Haines.

Su voz desconocida hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿Quién es?

Odiaba el silencio.

Cuando el teléfono pitó, confirmando que había terminado la llamada, me quedé mirando la pantalla en blanco. Llevándome un puño a la boca, consideré llamar a Liam. Odiaba preocuparlo, pero con Serena y los gemelos, no tenía opción. Marqué su número, pero saltó el buzón de voz.

—Hola —dije, sin querer dejarle un mensaje preocupante—. Vale, preferiría hablar contigo, pero debes de estar ocupado... —Jace se

removió, así que seguí acariciándole el cuello—. Yo... —Mi teléfono vibró—. Llámame cuando puedas.

Tenía una notificación de correo electrónico.

Aclarando la garganta, abrí el email y cargué el archivo adjunto. Era una foto tomada desde la distancia de Liam entrando en su restaurante. Su mano en la parte baja de la espalda de Hellen Bennett. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver una rara sonrisa en sus labios. Demasiado juntos, acurrucados, y William, el gerente del Grape and Vine, esperaba al fondo, con una carta de cuero en la mano.

Una de las mujeres del pasado de Liam me había enviado esto para hacerme daño.

Funcionó.

Tecleé furiosamente en mi pantalla, un SMS larguísimo y lleno de reproches... Me interrumpí y llamé a Brad.

Contestó a los tres tonos.

—¿Qué pasa, cielo? —dijo con alegría, y lo odié por actuar con normalidad, sabiendo que su jefe me estaba mintiendo otra vez—. ¿Estás bien?

—¿Dónde estás? —pregunté, instándome a mantener la calma—. Voy a pasarme por el supermercado después de terminar en el local

de Jace, así que me preguntaba si necesitabas algo.

—Estamos abastecidos —confirmó, ignorando mi pregunta inicial—. Ya que lo dices, tráeme un poco de zumo de zanahoria.

—¿Por qué? —¿Desde cuándo bebía Brad fruta y verdura licuada?—. Da igual. ¿Está Liam contigo?

Brad dudó.

—El jefe está en una reunión con un cliente potencial —mintió, y mi corazón se fracturó un poco más—. Le diré que te llame...

—¿Qué reunión? —insistí, y oí a Nate soltar improperios de fondo—. ¿Qué le pasa a Nate?

—Joder, Alexa. ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —se burló Brad—. Por eso no tengo novia, así que déjame en paz.

La furia me endemoniaba.

—Eres un cabrón de mierda, Brad —grité, y Jace se incorporó de un salto, frotándose los ojos frenéticamente para quitarse el sueño—. Sé que Liam está con Hellen...

—Eh, para el carro —dijo Brad, sin duda chasqueando los dedos a Nate—. ¿Cómo sabes eso?

—Eso es irrelevante. —Me puse de pie y empecé a caminar por el espacioso despacho—. Me lo prometió, Brad.

—Escucha, ricura. —Mi teléfono pitó, y el nombre de Liam apareció en la pantalla—. No es lo que crees...

Colgué para contestar.

—Hola —susurré, tranquila y serena.

—He recibido tu mensaje. —Ni una pizca de arrepentimiento en su voz—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás? —pregunté, interpretando su silencio como una señal de cansancio—. ¿Liam?

—En la oficina.

Mi mirada furiosa se cruzó con la de Jace, quien, ante el engaño de Liam, hizo una mueca de dolor y apretó el puño.

—Vale —dije alegremente, secándome las lágrimas de las mejillas—. No hay problema. —Una vez más, mi novio mentiroso y tramposo vaciló en su respuesta—. Supongo que te veré luego.

—Por supuesto —dijo con voz ronca, y apreté los labios para evitar que mi lengua malvada y rebelde se desatara—. Te quiero, nena.

—Mmm —gruñí, terminando la llamada y apagando el teléfono—. Lo odio.

Jace se desplomó en una silla.

—No lo entiendo —dijo con voz pastosa, cansado por el sueño interrumpido—. Warren te idolatra, joder, y sin embargo no para de cagarla y de contarte gilipolleces. —Mis labios temblaron, y él saltó de la silla—. Alexa, no dejes que te afecte.

—Duele —lloré, cayendo en sus brazos—. Me duele, Jace.

—Shh —murmuró, encerrándome en su firme abrazo—. Necesitamos una alternativa al vodka.

No, necesito un hombre que se preocupe más por mí que por mujeres supuestamente insignificantes.

CAPÍTULO 25

Liam

Hellen Bennett cometió el estúpido error de abordarme a la salida del Grape and Vine, donde londinenses y turistas paseaban por la hilera de tiendas, bares deportivos con múltiples pantallas, restaurantes de postín y boutiques de lujo. Vigilantes y elegantes, su equipo de seguridad asignado, un despliegue de hombres trajeados y armados, se mantenía a escasos centímetros de nosotros, protegiendo cada uno de sus movimientos. Impulsada a una reprimenda vociferante, Hellen, a la vista del público indiscreto, me reprendió vehementemente hasta dejarme en un silencio indignado. Sus mejillas rubicundas contrastaban vivamente con su pálida piel.

Acorralado por acusaciones infundadas, me mantuve frío, impasible, y la engatusé para que me acompañara dentro, lejos de las miradas curiosas de Londres y de la vigilancia de sus guardias.

Brad y Nate, que se suponía que iban a disfrutar de un almuerzo tardío por cortesía de Will, el gerente del Grape and Vine, captaron las señales sin necesidad de una orden verbal. En lugar de eso, volvieron al Bentley aparcado y esperaron instrucciones.

En ese punto de mi cita improvisada con Bennett, no tenía ni idea de cómo acabaría. ¿Sería lento y doloroso? ¿O sufriría una muerte

rápida e indolora? A pesar de las circunstancias, el despliegue de guardaespaldas equipados de Hellen complicaría su prematuro fallecimiento.

Inmerso en una disputa, me recliné frente a Hellen, provocado por su interminable perorata. Mientras sopesaba las consecuencias de su desaparición premeditada, le pedí un Macallan a Will y estudié las piedras de granito no poroso en el fondo del vaso de whisky *old fashioned*.

—La necesito a solas —, pensé, sujetando el vaso con dedos rígidos.

—¿Cuál es tu razón para estar aquí?

Mi pregunta desconcertó a Hellen. Desplegando una servilleta, se sonó la nariz y proclamó su amor eterno por mí.

¿Cómo puede confundir la lujuria con el amor?

El enamoramiento es un producto de la imaginación de Hellen.

Cuando cortejaba a Hellen, no fui ni amable, ni cariñoso, ni comprensivo, ni fiel. Incluso ahora, mientras finjo escuchar, pienso en otra mujer. Y Hellen, aunque se niega conscientemente a aceptar la verdad, lucha por una relación disfuncional con un hombre que indiscutiblemente no tiene tiempo para ella.

—La muerte de papá me destrozó, Liam —sollozó Hellen, haciendo un gesto a un Will que pasaba—. Marqués de Murrieta. —Le entregó

la carta de vinos—. Date prisa.

Will fruncía el ceño ante los clientes pretenciosos, pero Hellen, desde su punto de vista, no era alguien con quien pudiera permitirse ser brusco. Cree que es mi cita. Solo por esa razón, se forzará a ser educado y a ocultar sus quejas.

—No has estado ahí para mí, Liam —continuó, y yo solté un suspiro cansado—. Rara vez respondes a mis mensajes y casi nunca contestas a mis llamadas.

—No te quiero —dije con dureza, inclinándome hacia adelante para mirarla a los ojos—. Sé sincera, Hellen. Soy el peor tipo de hombre para ti. —Sus labios temblaron—. Llamaste a mi teléfono y contestó otra mujer. ¿No es esa razón suficiente para lavarte las manos conmigo?

—Te quiero —susurró entre sollozos, mirándome con desesperanza —. Por favor, Liam. Danos otra oportunidad. —Alargó la mano por encima de la mesa y entrelazó nuestros dedos anillados—. Tú y yo somos el epítome de una pareja de poder. Imagina todo lo que podríamos lograr juntos.

Mi teléfono vibró sobre la mesa. Vi el nombre de Alexa y desvié su llamada al buzón de voz.

—¿Son necesarias las miradas indiscretas de tus hombres? — pregunté, señalando hacia la ventana, donde sus guardaespaldas observaban descaradamente nuestro íntimo intercambio—. No aprecio ese nivel de escrutinio sentencioso.

—La agobiante manipulación de mi madre ha empeorado progresivamente desde la desaparición sin resolver de mi padre. —Hellen jugueteó con su collar de perlas—. Montaría en cólera ante la idea de que volviéramos.

Beverly Bennett, la vanidosa zorra de madre de Hellen, desaprobaba que su hija saliera con un hombre como yo. Lo intuí la noche que Hellen nos presentó.

—¿Por qué?

Instintivamente, Hellen miró hacia la ventana como para comprobar que la seguridad no estaba al tanto de nuestra conversación.

—Mi madre cree... —Dudó, cogió un tenedor y pinchó un tomate cherry—. Cree que podrías saber algo sobre el bombardeo del ayuntamiento.

Resoplando, hice girar el vaso, haciendo chocar las piedras de granito.

—¿Qué piensas tú de tales especulaciones?

Hellen me miró con recelo.

—He considerado la idea, pero te quiero demasiado como para ver más allá de las elucubraciones de mi madre.

—Débil —, pensé, conteniendo una mueca de fastidio.

—¿Me quieres lo suficiente como para meterte debajo de la mesa y chuparme la polla?

Visiblemente ofendida, observó nuestro entorno.

—¿Con público?

Encogiéndome de hombros, me bebí el resto de mi copa.

—Sí —dijo, apoyando las palmas en el mantel blanco—. Si es lo que quieres.

Me mordí el labio inferior.

—¿Por qué no te deshaces del ejército, Hellen? —la desafié con una mirada prometedora—. Para evitar el menosprecio de tu madre, diles a los guardias que te dejen en casa de una amiga.

Arrugó la frente.

—¿Con qué propósito?

Por debajo de la mesa, le rodeé la parte posterior de la rodilla y le pasé una mano por la marcada pantorrilla.

—Nos dará tiempo a solas —sugerí, y sus ojos se agrandaron con esperanza—. No debes joderlo, Hellen. Nadie puede saber de nuestro encuentro clandestino. —Su pecho se hinchó con una profunda inspiración—. A no ser que quieras que mamá nos mantenga separados.

Cogiendo su bolso, Hellen retiró la pierna de mi alcance y se puso de pie.

—¿Dónde?

Picó el puto anzuelo.

Hellen y yo nos separamos. Dejando una propina para Will sobre la mesa, caminé por el concurrido comedor y devolví la llamada de Alexa.

—Hola —contestó, con la voz algo entrecortada y sin aliento.

—He recibido tu mensaje. —Verifiqué si venía algún coche y crucé la calle—. ¿Qué pasa?

Brad saltó del Bentley, señalándome con un dedo antes de su teatrillo demostrativo de cómo me ponían la soga al cuello.

—¿Dónde estás? —preguntó ella en tono acusador y, aunque intentaba ocultarlo, me di cuenta de que podría estar al tanto de mi tarde con Hellen Bennett—. ¿Liam?

Por el amor de Dios.

—En la oficina —mentí, deslizándome en el asiento trasero del Bentley.

—Vale —dijo ella—. No hay problema. Supongo que te veré luego.

Alexa es impredecible. Si le hubiera informado de mis planes, se habría autoinvitado y lo habría arruinado todo con su imprudencia precipitada.

—Por supuesto. —Esta noche, cuando vuelva al ático, se lo explicaré —. Te quiero, nena.

Murmuró algo que no entendí bien y luego me colgó. Aplastando el teléfono con la mano, lo tiré en el asiento trasero y me recliné en el cuero.

—Ni se te ocurra —le advertí, sintiendo la intensidad de la mirada altanera de Brad—. Sé lo que hago.

Brad intercambió una mirada con Nate, que tamborileaba sus dedos tatuados contra el volante con exasperación.

—Yo no he dicho nada —dijo Brad, llevándose un palillo a la comisura de la boca—. No te sulfures.

Vi rojo.

—Mide tus putas palabras.

—Siento haber nacido —murmuró con sarcasmo.

A las once de la noche, dejé a los hombres en las entrañas del callejón detrás del hotel Ivory Vale. Me enfundé los guantes de cuero, abrí la puerta trasera con la llave y mantuve la cabeza gacha para evitar las cámaras de vigilancia. Era un establecimiento anticuado, pero la opulencia de cinco estrellas no era un requisito para mi corta estancia. Los gritos estentóreos del chef se sincronizaban con sartenes chirriantes y estrepitosas y compañeros de trabajo desbordados; un menú de pizzas al horno de leña, platos de pasta y ensaladas Caprese se preparaba para los clientes.

Evitando el restaurante y el vestíbulo, abrí la puerta doble y subí las escaleras hasta el último piso. Escudriñando los alrededores, localicé la habitación de Hellen y llamé, guardándome los guantes.

Impaciente y deseosa, Hellen me recibió vestida únicamente con unos tacones de quince centímetros y un conjunto de lencería rosa pálido.

—Liam —ronroneó, agarrándome por el cuello de la camisa para meterme dentro—. Me preocupaba que me fallaras. —Abatallándose sobre mí como un animal hambriento, me estampó contra la puerta cerrada y trepó por mi cuerpo—. Estoy tan cachonda. —Cuando su lengua rebelde lamió la comisura de mis labios, incliné la cabeza hacia su hombro y le hundí los dientes en la piel enrojecida—. Eso ha dolido.

En un intento por tomar la delantera, hice retroceder a Hellen hacia la cama de matrimonio, esforzándome por subirme encima de ella. Hellen, sin embargo, tenía otras ideas. Desabrochándome el cinturón con manos codiciosas, se arrodilló sobre la alfombra raída y me agarró la polla flácida.

—¿Por qué tardas tanto? —gimió, frotándose e inhalando en mi entrepierna—. Ponte dura, Liam. Quiero que me folles por toda esta habitación de hotel.

—No —dije con voz ronca, agarrando sus dedos errantes—. Demuéstrame cuánto me deseas. —Me senté en la cama, apoyando el peso en los codos—. Cabálgame.

Con un brillo travieso en los ojos, Hellen se elevó entre mis piernas separadas y se montó en mi regazo. Colocando las rodillas a cada lado de mis muslos, me tumbó sobre la espalda y me chupó el cuello.

Apartando la cabeza bruscamente, le di una palmada en el culo.

—Nada de eso.

—Te he echado de menos —maulló, frotando su coño empapado sobre mi miembro cubierto por los bóxers—. Quiéreme, por favor, Liam. Necesito olvidar. —Me desabrochó la camisa con dedos frenéticos y apoyó sus frías palmas en mi pecho desnudo—. Ayúdame a olvidar.

Agarrando a Hellen por la raíz del pelo, tiré de ella y le di un beso en los labios.

—¿Cómo puedes amar a alguien que no te pertenece? —Apuñalando el costado de su cuello con una hoja afilada, sostuve sus ojos redondos y doloridos—. Siempre la querré a ella —susurré, rasgando el cuchillo a través de su yugular.

Con los ojos vidriosos y ahogándose en un jadeo, Hellen perdió todo su peso en mis brazos. Su sangre caliente brotó entre mis dedos, empapando mi camisa blanca y mi pecho. Una pregunta no formulada bailaba en sus ojos desorbitados, pero no pudo expresar su último deseo. Lancé su cuerpo a un lado y me levanté de un salto de la cama, abrochándome la ropa.

Limpiándome salpicaduras de sangre de la mejilla, saqué mi teléfono y marqué el número de Reginald Burton.

—Warren —contestó—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—El Ivory Vale —dije arrastrando las palabras, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro para envolver el cuerpo de Hellen con la sábana manchada—. ¿Ha oído hablar de él?

Reginald dudó.

—Sí, ¿por qué?

—Hellen Bennett —dije, y él escupió una sarta de improperios—. Su alto estatus es todo un obstáculo. —Cogí un vodka barato del minibar, desenrosqué el tapón y empapé su cuerpo envuelto—. ¿Puedo confiar en que encontrará un sospechoso de asesinato? —Tiré la botella vacía al suelo—. Un pirómano con condenas anteriores, quizás.

—¿Por qué? —preguntó, y encendí un Zippo—. En realidad, no conteste. Es mejor que no lo sepa.

Lanzando el mechero sobre la cama, me eché hacia atrás y observé cómo los vapores prendían con lenguas de fuego.

—Espere a una llamada de emergencia antes de enviar a los bomberos. ——Haré sonar la alarma para dar a los demás la oportunidad de huir del edificio ——. ¿Entendido?

—Afirmativo —dijo, y colgué.

Pronto, el humo asfixiante y la carne quemada ofendieron mis fosas nasales. Una vez más, me deslicé los guantes de cuero sobre los dedos y salí de la habitación. Encontré un pulsador de alarma de incendios en la planta baja y rompí el cristal, activando una advertencia ensordecedora en todo el edificio.

En medio de huéspedes que se dispersaban y empleados frenéticos, caminé en dirección opuesta y me escabullí de vuelta al oscuro callejón, donde Nate y Brad hacían guardia, esperando mi regreso.

La muerte de Hellen Bennett sería noticia de primera plana por la mañana.

***

Nate solicitó una reunión. Según mi hombre de más confianza, tenía algo personal que deseaba discutir conmigo.

—Puede esperar —le dije, sabiendo que Alexa me esperaba en el ático—. Ven a la oficina temprano.

Obediente, Nate me dejó frente a la torre de apartamentos y aceptó estar en el Club 11 a las siete de la mañana.

A mi llegada imprevista, el equipo de seguridad enderezó sus posturas encorvadas mientras yo avanzaba hacia la puerta principal. Dejando las llaves en el aparador, bajé los pocos escalones hacia la sala de estar y me dejé caer en el sofá de cuero blanco.

Necesito algo para relajarme, una copa fuerte o una raya.

Conformándome con un porro, preparé el material y lo lié, aguzando el oído en busca de cualquier sonido de una Alexa enfurecida. Con el canuto en los labios, acerqué una llama e inhalé una bocanada de humo para adormecer mis músculos sobrecargados.

Preguntándome por qué mi mujer no había aparecido aún del dormitorio, miré el pasillo vacío: nada.

Exhalando humo, abrí el cajón de la mesa de centro y saqué el portátil.

Sosteniendo el porro entre los labios, me levanté para quitarme la camisa manchada de sangre y la arrojé al respaldo del sofá. Abriendo el navegador, seleccioné un sitio web guardado y miré fijamente el artículo. Asegurando mi decisión, escribí un correo electrónico rápido, le di a enviar y luego devolví el portátil al cajón.

Apagando el porro, me desabroché el cinturón mientras me dirigía al dormitorio. Sin molestarme en encender la luz, deambulé a ciegas hasta el baño y cerré la puerta. Abrí la ducha, me quité el resto de la ropa y me metí bajo el chorro de agua caliente, eliminando cualquier rastro de Hellen Bennett de mi cuerpo.

Con la piel en carne viva y perfumado adecuadamente, me anudé una toalla a la cintura y me agarré al lavabo. Por primera vez en meses, no aborrecía al hombre que me devolvía la mirada en el espejo. Ya no estaba perdido ni de luto, llevaba una vida de plenitud y felicidad, una emoción placentera que no sabía que necesitaba hasta que Alexa unió nuestras almas.

Sabía lo que tenía que hacer.

Borrando la sonrisa de mis labios, salí del baño y encendí la lámpara de la mesilla de noche para encontrar una cama vacía. En un arrebato de desconcierto e ira, cogí mi teléfono de los pantalones tirados en el suelo y marqué su número. —Sé razonable —, pensé, mirando la hora. No, son las dos y media de la madrugada. Alexa debería estar en casa.

—Hola —contestó, con la voz fatigada por el sueño—. ¿Sí?

—¿Dónde estás? —pregunté con calma, aunque estaba de todo menos sereno—. He vuelto a casa esta noche esperando encontrar a mi preciosa novia. En cambio, me ha recibido una cama fría y vacía. —Dentro del vestidor, me puse unos calzoncillos blancos—. Explícate. Ahora.

—No tengo que darte explicaciones —discutió, y rompí una percha de traje—. Estoy cansada, Liam. ¿No puede esperar a mañana?

—¿Me estás tomando el puto pelo? —Vistiéndome a medias con un impoluto traje gris, me metí la Eagle en la cinturilla de los pantalones—. ¿Dónde estás? Y ni se te ocurra mentirme, Alexa.

—No soy yo la que sigue mintiendo, Liam.

Interrumpiendo la llamada, salí furioso del ático y bajé las escaleras hasta el majestuoso vestíbulo. El amable recepcionista levantó la cabeza para hablar, pero no me quedé a charlar. Empujé a los huéspedes reunidos en la entrada y corrí hacia el aparcamiento para seleccionar uno de los Bentleys estacionados. Encendiendo el motor, pisé a fondo el acelerador y me metí en la carretera principal, esquivando dos vehículos que se acercaban para saltarme un semáforo en rojo.

El tráfico omnipresente pasaba en una maraña de luces de colores. Reduje la velocidad en otro semáforo y me relajé contra el cuero, tamborileando con los dedos en el volante. Odiando el silencio,

encendí el sistema y emparejé mi teléfono para escuchar música. Seleccioné *Often* de The Weekend, amplificando el volumen.

En ámbar, cambié de marcha y aceleré, metiéndome en el carril siguiente. Por el retrovisor, vi un Jaguar negro que se pegaba a mí. No podía ver al conductor a través de los cristales tintados, pero su cercanía agudizó mis sentidos, así que tomé la decisión repentina de girar en la siguiente calle, solo para ver si el coche me seguía. Confirmando mis sospechas, el Jaguar giró bruscamente a la derecha, siguiéndome a distancia.

Con una mano en el volante, me estiré sobre la consola central y abrí la guantera. Cogiendo un cargador para la Eagle, miré hacia adelante en busca de un lugar oscuro y tranquilo para dejar el Bentley.

Con un barrio de viviendas sociales a la vista, me desvié hacia mi parada y aparqué junto a un bloque de pisos de hormigón. Por el retrovisor lateral, vi cómo se apagaban los faros del Jaguar y negué con la cabeza. —Hijo de puta —, gruñí para mis adentros, bajando la ventanilla. Sabía qué esperar. O un tiroteo desde el coche o una colisión. Sin embargo, el coche no pasó. Permaneció en las sombras, esperando mi próximo movimiento, al parecer.

Sintiendo su estrecha vigilancia, salí por el lado del conductor y rodeé el capó. Abrí la verja del jardín comunitario de los pisos y me deslicé por la parte de atrás, donde los habitantes guardan el reciclaje y los muebles desechados.

Seleccionando el contenedor número seis, saqué mi Eagle y le metí el cargador. Unos pasos diligentes se acercaron mientras la persona

acechaba. —Demasiado pesados para una mujer —, concluí, escuchándolo acercarse. En el segundo en que vi la silueta danzante del tipo, emergí de la negra seguridad de mi escondite y lo agarré del abrigo, estampándolo contra los contenedores.

—¿Vienes a joderme? —ladré, estampándole una dura bofetada en la mejilla—. ¡Habla!

Su grito de pánico hizo que dos gatos callejeros salieran disparados de unas bolsas de basura.

—¡Espera! —bramó mientras yo le hundía el cañón bajo la barbilla—. ¡No iba a hacerte daño, Warren!

Leí el engaño en sus ojos saltones.

—¿Quién te envía? —ladré, doblegando su corpulento cuerpo—. Te he hecho una puta pregunta.

—Yo... —Su boca se cerró de golpe—. No es lo que...

Agarrándole la mandíbula, le metí el cañón en la boca aullante y apreté el gatillo. Con un estruendo ensordecedor, su cerebro salpicó por todas partes y su cuerpo se desplomó en el suelo, pintando el contenedor de acero de un rojo carmesí.

Apreté la mandíbula.

—Joder. —Pasándome una mano por el pelo, lo desarmé y pateé al gordo cabrón; su cara irreconocible y destrozada golpeó contra el asfalto.

Pasando por encima de su cadáver, corrí de vuelta al Bentley y me dejé caer tras el volante. Manteniendo los faros apagados, me dirigí a la carretera principal mientras enviaba un mensaje a Brad para que mandara al equipo de limpieza a la escena del crimen. No tengo paciencia para lidiar con un sermón de Reginald esta noche.

Brad: ¿Quién es el tipo?

Yo: Ni idea.

Brad: Joder.

Brad: ¿Dónde lo tiro?

Yo: Al Támesis.

Lanzando mi teléfono al asiento trasero, llegué a la calle de Jace y apagué el motor frente a su recién adquirido salón de tatuajes.

Abriéndome la chaqueta del traje, me detuve ante el escaparate de la tienda para mirar dentro, pero estaba demasiado oscuro para distinguir algo.

—Alexa —llamé, golpeando la puerta principal con el puño—. Sé que estás ahí dentro.

Detrás del cristal esmerilado, una luz brillante perfiló una figura alta que se acercaba. —Jace —, pensé, retrocediendo para que abriera la puerta. Se abrió de golpe y, como sospechaba, Jace, vestido solo con unos pantalones de chándal caídos, me recibió a regañadientes.

—Warren. —Cruzándose de brazos sobre el pecho tatuado, me miró con arrogante desdén—. ¿Qué quieres?

—No me jodas, Jace. —Agarrando la parte superior del marco de la puerta, me incliné, poniéndonos cara a cara—. Se te está acabando el crédito.

Sus ojos verdes se entrecerraron.

—Alexa no quiere verte.

—Alexa no tiene elección —escupí, desafiándolo a impedir lo inevitable—. Tienes cinco segundos para decirle que baje antes de que te borre esa sonrisita de suficiencia de la puta cara.

Alexa, perdida en la enorme camiseta de Jace, apareció por detrás de él. Mis ojos desaprobadores se posaron en sus piernas desnudas mientras su mirada condenatoria me abría un agujero en la nuca.

—Sube al coche.

—Jace, ¿puedes darnos un momento? —preguntó ella, y él nos miró a ambos con preocupación—. No pasa nada. Liam nunca me haría daño.

—¿Qué, ahora tienes que justificarle nuestra relación a ese capullo? —ella puso los ojos en blanco—. No me pongas los putos ojos en blanco, Alexa.

Jace nos dejó a solas a regañadientes. Los pies descalzos de Alexa tocaron el escalón de hormigón mientras cerraba la puerta.

—Has estado con Hellen —dijo, sin mirarme de frente—. Supongo que os lo habéis pasado bien.

—No hagas eso. —Cuando alargué la mano para acunarle la cara, ella se apartó de un respingo—. ¿Alexa?

—¿Qué es eso? —señaló mi cara—. En el cuello, Liam.

—Sangre —fruncí el ceño—. Acabo de matar a un tío.

—No, Liam —me interrumpió, frotándose las sienes—. Es un chupetón.

—Un chupetón —repetí con incredulidad—. No, cariño. No es lo que parece…

—¡Deja de tomarme por tonta! —replicó, dándome un empujón en el hombro—. Estoy harta de todas las mentiras entre nosotros, Liam. —Sus ojos húmedos me oprimieron el pecho—. ¿No significa nada para ti que esté esperando un hijo tuyo?

Significaba todo para mí.

—Hellen está muerta. La convencí para que despistara a los de seguridad y así pudiéramos estar a solas. —Su expresión sombría se transformó en perplejidad—. Mañana lo verás en todas las noticias. Tuve que fingir que la deseaba para que se reuniera conmigo en la habitación de un hotel. Sí, me tocó, pero la cosa no fue a más, Alexa.

—¿Por qué mentiste? —entrecerró los ojos hacia mí—. ¿Por qué no pudiste admitirlo por teléfono?

—No me escuchas, cariño. —Esta vez, cuando le agarré la mano, no me detuvo—. Eres una imprudente. Si te hubiera dicho que me iba a reunir con Bennett… ——Lo habrías jodido todo —, pensé, mordiéndome la lengua—. Ya está, se acabó. No quiero volver a hablar de esa zorra en mi vida. —Ella bajó la cabeza, abatida—. No me obligues a meterte en el coche, Alexa.

—Déjame pensar —dijo, frustrada, frotándose los brazos para quitarse el frío de la noche—. Todas mis cosas están arriba.

—Mandaré a alguien por la mañana. —Pasándole un brazo por la cintura, la atraje hacia mi pecho y hundí la nariz en su pelo—. Venga, cariño. No quiero acostarme sin ti.

Alexa echó la cabeza hacia atrás para mirarme. No le estaba ocultando mis debilidades, a ella no.

—Le prometí a Jace que mañana le ayudaría con los retoques de última hora de la reforma…

—Vale. —Extendiendo un brazo por detrás de ella, abrí la puerta y la metí dentro de un tirón. —Me quedo contigo.

—¿Qué? —su mirada preocupada iba de un lado a otro—. ¿Por qué?

Me detuve en seco.

—¿Estabas compartiendo la cama de ese cabrón?

—¿Qué? —preguntó, atónita ante mi razonable pregunta—. Claro que no, Liam.

—Entonces, ¿por qué te preocupa que esté aquí?

—Porque temo que te despiertes en mitad de la noche para matar a Jace —dijo, marcando cada sílaba, mientras pasaba a toda prisa por delante del mostrador principal y se dirigía a la parte de atrás—. Por favor, abstente de hacerlo.

No pienso hacer tal promesa.

En el piso de arriba, la seguí hasta el final del pasillo y entramos en una habitación de invitados. Alexa no perdió el tiempo en meterse en una cama individual de aspecto incómodo. Se dejó caer sobre la almohada, se acurrucó y se tapó con el edredón hasta la barbilla, observando cómo me desvestía y doblaba el traje sobre un escritorio.

—¿Qué? —pregunté, dejando mis zapatos de cuero en una silla—. Tienes esa cara.

Ella frunció los labios.

—¿Qué cara?

—La de que quieres preguntarme algo, pero temes mi respuesta.

Se giró para tumbarse bocarriba y se quedó mirando al techo.

—En realidad, te estaba fichando.

Enarcando una ceja, reprimí una sonrisita y me deslicé por encima de su precioso y expectante cuerpo.

—Me alegro de que apruebes.

—No soporto la marca de otra persona en ti —bufó, lanzándole una mirada furiosa a la marca de mi cuello—. Me da asco.

—Lo siento —, pensé, besándole la mejilla.

—Me posees, Alexa.

Sus dedos se cerraron en torno a mi cadena y tiró de mí para darme un beso que me robó el aliento.

—Puede que tengas que recordármelo.

—Puedo hacerlo. —Con las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza, jugueteé con su boca con la lengua, buscando entrar—. ¿Qué quieres, cariño?

Apoyándose en los codos, se quitó la camiseta y separó los muslos.

—Te quiero ahí abajo. —Su descaro y su coño al descubierto me endurecieron la polla en un instante—. Y luego quiero que me folles.

Sujetándole el cuello con suavidad, le besé sus deliciosos labios y la insté a que se tumbara.

Esta noche no vamos a dormir.

Continuará.

MAILING LIST

¡ Suscríbete a mi lista de correo! ¡Recibirás noticias sobre mis próximos lanzamientos y promociones especiales!

subscribepage.io/nataliaes